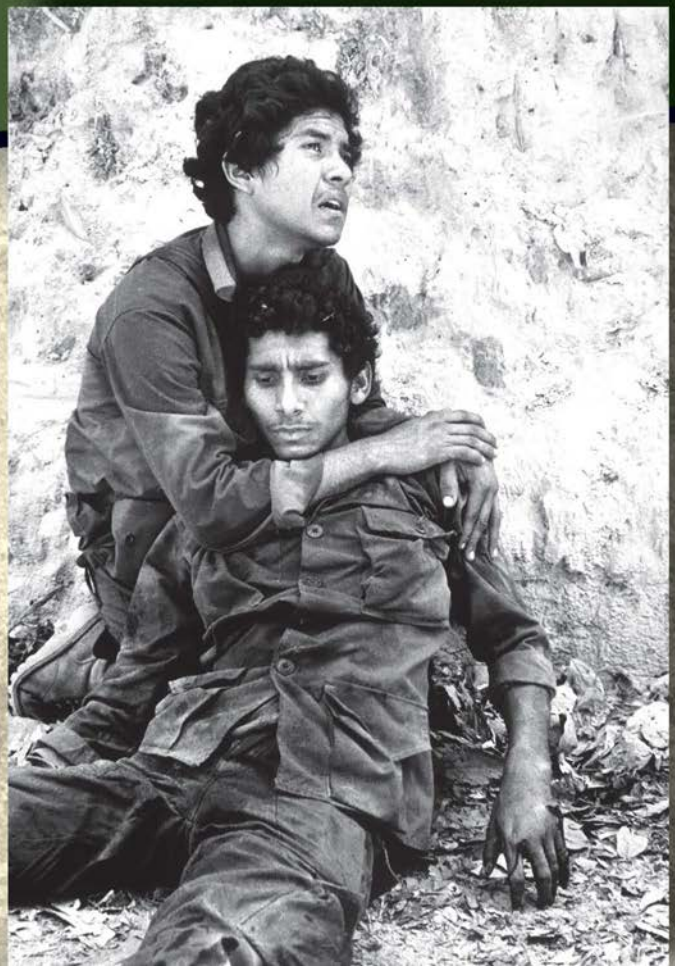
Pública memoria 7

México ante el conflicto centroamericano

Testimonio de una época

Mario Vázquez Olivera
Fabián Campos Hernández
(coords.)



Pùblica memoria 7

México ante el conflicto centroamericano. Testimonio de una época

Esta obra se editó gracias al apoyo de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM, a través del programa de apoyo a proyectos de investigación e innovación tecnológica que ha permitido desarrollar el proyecto PAPIIT IN400512 "México ante el conflicto centroamericano, 1976 – 1996. Una perspectiva histórica".

F1439.5
M4
2016

México ante el conflicto centroamericano. Testimonio de una época /
Coordinadores Mario Vázquez Olivera y Fabián Campos Hernández.
México: Bonilla Artigas Editores : UNAM, Centro de Investigaciones Sobre América Latina y el Caribe, 2016.

332 p. ; 17 x 23 cm.
(Colección Pública-Memoria ; No. 7)
ISBN 978-607-8450-74-9 (Bonilla Artigas Editores)
ISBN 978-607-02-8792-3 (UNAM)

1. América Central – Historia
2. América Central – Relaciones exteriores – México

I. Vázquez Olivera, Mario, coord.
II. Campos Hernández, Fabián, coord.

Los derechos exclusivos de la edición quedan reservados para todos los países de habla hispana. Prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio conocido o por conocerse, sin el consentimiento por escrito de su legítimo titular de derechos.

Primera edición: diciembre de 2016

De la presente edición:
© Bonilla Artigas Editores S. A. de C. V.
Cerro Tres Marías 354
Col. Campestre Churubusco, C. P. 04200
Ciudad de México
México

© Universidad Nacional Autónoma de México
Centro de Investigaciones Sobre América Latina y el Caribe (CIALC)
Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México

Coordinación editorial y cuidado de la edición: Bonilla Artigas Editores
Diseño editorial: Saúl Marcos Castillejos
Diseño de portada: Teresita Rodríguez Love
Fotografía de portada: *La Piedad*. El Salvador, 1982, Augusto Vázquez©, fotógrafo mexicano.

ISBN: 978-607-8450-74-9 (Bonilla Artigas Editores)
ISBN: 978-607-02-8792-3 (UNAM)

Impreso y hecho en México

México ante el conflicto centroamericano. Testimonio de una época

Mario Vázquez Olivera
Fabián Campos Hernández
(coordinadores)

BONILLA ARTIGAS EDITORES

CIALC
Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe

A la memoria del Doctor Rogelio de la Puente Solano, *Raúl Renderos*
(Iguala, México, 1957 – Soyapango, El Salvador, 1989)

Contenido

Presentación. Testimonio de una época 11

México ante el conflicto centroamericano, 1978-1982. Las bases de una política de Estado
Mario Vázquez Olivera y Fabián Campos Hernández 21

¿Activismo o intervencionismo? México frente a Nicaragua, 1978-1982
Mónica Toussaint 49

Las relaciones mexico-nicaragüenses: entre la cordialidad y el distanciamiento, 1983-1985
Mireya Tinoco 79

"¿Quién me quita lo bailado?" Gerardo Camacho Vaca, agregado cultural mexicano en Nicaragua, 1974-1984
Fabián Campos Hernández 101

Fotografía de prensa y movimientos armados. Pedro Valtierra en Nicaragua
Mónica Morales Flores 121

La Dirección Federal de Seguridad y los revolucionarios guatemaltecos, 1947-1985
Fabián Campos Hernández 145

La región de fronteras, de zona de conflicto, selvas y alzamientos a retaguardia estratégica de la URNG: entre la defensa territorial y el apoyo a la guerrilla
Mario Eduardo Valdez Gordillo 169

México, ¿un país de refugio? El caso de los refugiados guatemaltecos en Chiapas, 1981-1999
Joel Pérez Mendoza 189

La organización de Mujeres Refugiadas Mamá Maquín. Rupturas y cambios identitarios, 1980-2015
Mercedes Olivera Bustamante 213

México y el proceso negociador de Guatemala
Miguel Ángel Sandoval 231

"Pa' los toros del Jaral..." Entrevista al embajador Hermilo López Bassols
Mario Vázquez Olivera 245

En el umbral de una invasión. Panamá en los años ochenta y la postura de México
Carlos Planck Hinojosa 261

La solidaridad y el internacionalismo mexicano en las guerras centroamericanas
Héctor Ibarra Chávez 269

"La revolución salvadoreña necesita de la solidaridad del pueblo mexicano". Exilio salvadoreño y activismo político en la Ciudad de México
Kristina Pirker y Omar Núñez Rodríguez 285

Hacia nuevos objetos de estudio. El conflicto centroamericano en la academia mexicana
María Patricia González Chávez 309

Presentación
Testimonio de una época

Durante casi doscientos años de vida independiente, las relaciones entre México y los países centroamericanos se han desarrollado de manera oscilante, alternándose prolongados periodos de distanciamiento y letargo con lapsos más breves de interacción muy intensa. No obstante, desde la malograda anexión de la audiencia de Guatemala al Imperio de Iturbide, entre 1821 y 1823, hasta el momento actual en que el ingreso continuo de transmigrantes a través de la Frontera Sur constituye una emergencia humanitaria de vastas proporciones, Centroamérica nunca ha dejado de ser una región altamente sensible para los intereses nacionales de México. Por lo mismo, de tanto en tanto el gobierno mexicano se ha visto involucrado en los asuntos del Istmo cuando circunstancias críticas o conflictos de cierta proporción han configurado situaciones de riesgo o de emergencia política para nuestro país. Tal fue el caso del que trata este libro, cuando entre finales de los años setenta y mediados de los noventa del siglo pasado, tanto el gobierno mexicano como diversas fuerzas políticas y grupos de la sociedad civil tomaron parte activa en los procesos de cambio político y confrontación militar que sacudieron Centroamérica.

El conflicto centroamericano tuvo su etapa más aguda durante la década de los ochenta. Su antecedente inmediato fueron las grandes movilizaciones populares de carácter beligerante que tuvieron lugar en Nicaragua, El Salvador y Guatemala desde mediados de la década anterior, en las cuales gravitaban tensiones sociales de larga data, agudizadas por el creciente desgaste político de los regímenes autoritarios y represivos de dichos países. Otro vector que incidía fuertemente en la insurgencia popular era el accionar de agrupaciones clandestinas de corte radical, que si bien no representaban una amenaza militar inminente, ya no eran como las guerrillas de los años sesenta pequeños núcleos relativamente aislados en las montañas o en la clandestinidad; ahora su presencia

y liderazgo eran patente entre organizaciones populares de todo tipo, sindicatos, asociaciones estudiantiles, ligas campesinas, comunidades cristianas, etcétera, constituyendo un elemento catalizador en el proceso de organización y radicalización del movimiento popular. A partir de este vínculo, las masas radicalizadas adoptaron la violencia como un recurso inmediato para impulsar sus anhelos de transformación social.

En respuesta al desafío revolucionario, los gobiernos de Guatemala, El Salvador y Nicaragua decidieron combatir sin miramientos el "complot comunista". Cuerpos de seguridad, fuerzas armadas y "escuadrones de la muerte" llevaron la violencia represiva a extremos inauditos. El terror de Estado abarcó también a la oposición reformista que buscaba el cambio por medios pacíficos. La represión generalizada y el cierre de espacios de acción política abonó en favor de los proyectos radicales y la vía insurreccional. La caída del dictador nicaragüense Anastasio Somoza en julio de 1979 marcó un punto de inflexión en la situación centroamericana. El triunfo de la insurrección popular y la llegada al poder del Frente Sandinista para la Liberación Nacional (FSLN) acrecentó enormemente la efervescencia revolucionaria en El Salvador y Guatemala.

Es de señalar que la guerrilla nicaragüense gozó de condiciones excepcionalmente favorables para su causa. El FSLN exhibió una habilidad política sin precedente entre los grupos insurgentes latinoamericanos para capitalizar el desgaste nacional e internacional del régimen somocista, conjugando el desarrollo interno de la sublevación con la construcción de alianzas amplias a nivel nacional e internacional. De este modo en el curso de la insurrección los sandinistas pudieron contar con la ayuda militar cubana y el respaldo político y financiero de distintos gobiernos latinoamericanos, señaladamente Panamá, Costa Rica, Venezuela y México.

Por su parte, Estados Unidos buscó evitar a toda costa que la causa revolucionaria obtuviera un nuevo triunfo en Centroamérica. Con esa intención respaldó el golpe de Estado de octubre de 1979 en El Salvador, que a la vuelta de unos meses condujo al establecimiento de un gobierno encabezado por la Democracia Cristiana. A instancias de Washington, Costa Rica y Venezuela retiraron su apoyo a los sandinistas y respaldaron firmemente al nuevo régimen salvadoreño. Paralelamente el apoyo económico y militar de Estados Unidos a sus aliados en la región se incrementó de manera exponencial. De hecho, este país estacionó tropas y aviones en Honduras, que se convirtió en una importante plataforma de operaciones para atacar a la Nicaragua sandinista. Incluso en ciertos momentos unidades de fuerzas especiales, agentes de la CIA y asesores militares estadounidenses entraron en combate en Nicaragua y El Salvador. Cabe agregar que al esfuerzo por contener el avance revolucionario en la región también se sumaron otros países como Argentina, Taiwan, Israel y Venezuela, que brindaron apoyo logístico y asesoría en contrainsurgencia a los gobiernos salvadoreño y guatemalteco.

Los sandinistas no se quedaron de brazos cruzados. Tan pronto se asentaron en el poder brindaron su apoyo a las fuerzas insurgentes de El Salvador y Guatemala, e inclusive a las incipientes guerrillas hondureñas. Asimismo, diversos países del bloque socialista como Cuba y Vietnam, pero también la propia Unión Soviética, desplegaron una cantidad significativa de recursos bélicos en apoyo del proceso revolucionario centroamericano; le proporcionaron armamento sofisticado a Nicaragua y abastecieron y entrenaron a los guerrilleros salvadoreños y guatemaltecos. La causa revolucionaria en Centroamérica también contó con el respaldo entusiasta de otras fuerzas radicales como el gobierno libio, la Organización para la Liberación de Palestina, la ETA y diversos grupos armados latinoamericanos.

El involucramiento militar de distintos gobiernos en favor de uno y otro bando hizo patente que, si bien los conflictos de Nicaragua, El Salvador y Guatemala tenían orígenes internos y seguían cada uno pautas particulares, también estaban articulados a una trama muy compleja de intereses y enfrentamientos de orden internacional. Más allá de las delirantes denuncias de la administración norteamericana en el sentido de que el conflicto era resultado de la injerencia soviética, era un hecho que la crisis política y la guerra en Centroamérica se habían terminado por vincular de distintas maneras con la confrontación estratégica entre Estados Unidos y el Bloque Socialista.

En cuanto se refiere a nuestro país, cabe destacar que el involucramiento del gobierno en el conflicto centroamericano fue más profundo y comprometido de lo que suele admitirse usualmente. Lejos de ser un actor neutral, México fue un protagonista. La intención de favorecer el cambio político en Centroamérica condujo al presidente José López Portillo a desempeñar un rol activo en los procesos revolucionarios que se desarrollaban en la región, aún a riesgo de confrontarse con Estados Unidos. Desde finales de 1978 el mandatario comprometió su respaldo al movimiento sandinista. Tras el derrocamiento de Somoza, México se convirtió en uno de los principales aliados del gobierno revolucionario de Nicaragua, proporcionándole importante apoyo económico y diplomático. Asimismo, durante 1980 y 1981 nuestro gobierno acompañó las iniciativas políticas de la insurgencia salvadoreña y estableció secretamente acuerdos iniciales con la guerrilla guatemalteca.

Tal postura motivó graves fricciones con la administración norteamericana. Además de este costo inevitable y calculado, México se vio afectado de distintas maneras por el escalamiento del conflicto. Alrededor de 200 000 centroamericanos (mayormente salvadoreños y guatemaltecos) se internaron en nuestro país en busca de refugio. Los combates entre la guerrilla y el ejército de Guatemala se acercaron peligrosamente a los linderos nacionales. La posibilidad de que Estados Unidos invadiera Nicaragua o El Salvador y que la guerra se extendiera a todo el Istmo hacía prever un escenario catastrófico: la emergencia humanitaria, ya de por sí grave, alcanzaría sin

duda proporciones de desastre, y el propio territorio mexicano podría ser vulnerado por fuerzas militares extranjeras.

Ante esta perspectiva, desde 1983 nuestro gobierno concentró sus esfuerzos en conjurar la intervención militar norteamericana y en promover una solución concertada a la crisis regional, aunque sin declinar su respaldo al gobierno nicaragüense y a las fuerzas revolucionarias de El Salvador y Guatemala. Hasta el final del conflicto México fungió como plataforma de acción diplomática y conspirativa del FMLN salvadoreño, y en las regiones fronterizas de Chiapas y Tabasco los guerrilleros guatemaltecos mantuvieron sus estructuras de retaguardia y logística, lo cual les permitió sobrevivir a los embates del ejército. En ambos casos el apoyo mexicano tuvo un valor estratégico. Nuestro gobierno consideraba que esos grupos insurgentes eran fuerzas legítimas y representativas, y en consecuencia estaban llamados a jugar un papel insoslayable en el reordenamiento político sus respectivos países. A la larga mantener esta postura facilitó la distensión del conflicto y contribuyó a que las negociaciones de paz de El Salvador y Guatemala culminaran de manera exitosa en 1992 y 1996 respectivamente.

Puede afirmarse que el involucramiento oficial mexicano en el conflicto de Centroamérica tuvo intenciones y alcances que solo se equiparan al apoyo prestado a la República Española durante la Guerra Civil de 1936-1939. A ello cabe añadir que la actuación del gobierno contó con la aprobación de amplios sectores políticos y de opinión, lo cual le brindó a este posicionamiento activo consenso social y legitimidad. La insurrección sandinista y los procesos revolucionarios de El Salvador y Guatemala motivaron fuertes simpatías entre agrupaciones políticas, organizaciones sociales, comunicadores, académicos, funcionarios, intelectuales, sindicalistas y personalidades públicas de muy distinta orientación política. La escalada intervencionista de Estados Unidos motivó un fuerte repudio. Las matanzas de civiles y el drama de los refugiados suscitaron indignación y rabia. En toda la república se organizaron grupos de solidaridad. En esos años del conflicto los pueblos de México y Centroamérica estrecharon relaciones como nunca hasta entonces había sucedido.

En el apoyo a los procesos de cambio político en Centroamérica convergieron desde personeros del partido oficial, diplomáticos y funcionarios del "último gobierno de la Revolución Mexicana" –como se conoció al gobierno de José López Portillo–, hasta grupos clandestinos de la izquierda radical, pasando por todo el abanico de la izquierda partidaria y de la izquierda sin partido. La solidaridad con los procesos revolucionarios centroamericanos colocó en una misma trinchera a personas y agrupaciones francamente disímbolas.

La participación de mexicanos durante el proceso insurreccional de Nicaragua fue ciertamente reducida, pero muchos connacionales colaboraron de manera entusiasta con el gobierno sandinista durante los años ochenta. En los casos de El Salvador y Gua-

temala, la prolongación de la guerra y la presencia de miles de refugiados permitió al FMLN y la URNG establecer estructuras permanentes en México, a las cuales se incorporaron varios cientos de connacionales. Muchos de ellos colaboraron de formas muy comprometidas con los rebeldes de Centroamérica. Incluso un número significativo de compatriotas se hizo presente en los frentes de guerra, participando como médicos, radiotécnicos, maestros y combatientes. Se tiene registro de una veintena de mexicanos que perdieron la vida peleando en El Salvador.

En los años ochenta, ante la necesidad apremiante de comprender el carácter del conflicto regional y prever sus posibles implicaciones para nuestro país, proliferaron en el medio académico mexicano los estudios acerca de Centroamérica. La Universidad Nacional Autónoma de México, el Centro de Investigación y Docencia Económica, El Colegio de México y la Secretaría de Relaciones Exteriores, entre otras instituciones, auspiciaron investigaciones sobre los procesos políticos y sociales que habían dado lugar a la guerra, y acerca la dinámica del conflicto regional, la crisis humanitaria y el impulso de México al proceso de paz.

En marcado contraste, durante la década de los noventa, tras la derrota electoral del Frente Sandinista y una vez que el conflicto centroamericano entró en una etapa de distensión, el interés de periodistas, analistas políticos y cientistas sociales se movió hacia otros temas urgentes del acontecer nacional, como por ejemplo los sucesos de Chiapas. En este contexto los estudios sobre la cuestión centroamericana se vieron truncados. Ya no se continuó con un análisis más a fondo de los procesos revolucionarios, de la crisis que por poco desemboca en una guerra generalizada y del involucramiento mexicano en el conflicto. Solo hasta hace poco, tras un prolongado periodo de "abandono académico", dichos temas comenzaron a posicionarse nuevamente dentro de la agenda de investigación de las instituciones mexicanas, esta vez como materia de indagación y reflexión históricas.

En el año 2012 un grupo de investigadores y estudiantes de la UNAM y el Instituto Mora, así como de otras instituciones nacionales, dimos inicio al proyecto "México ante el conflicto centroamericano, 1976 - 1996. Una perspectiva histórica". Planteamos este proyecto sobre la base de una fructífera experiencia de trabajo anterior sobre el tema de las relaciones entre nuestro país y Centroamérica a lo largo de los siglos XIX y XX.[1] En el curso de estas investigaciones pudimos consultar, en distintos archivos nacionales, docu-

[1] Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *Espacios diversos, historia en común. México, Guatemala y Belice: la formación de una frontera*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2006, (México y sus fronteras), y Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *Centroamérica*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2010, (Historia de las Relaciones Internacionales de México, 2).

mentación relativa a la participación de nuestro gobierno en el conflicto centroamericano y a la presencia y actividades en México de los grupos insurgentes centroamericanos. Se trataba de información reservada que no había sido contemplada anteriormente y cuyo conocimiento nos condujo a cuestionar aspectos importantes de los trabajos elaborados en los años ochenta del siglo pasado. Al complementar dichos hallazgos con los testimonios de antiguos diplomáticos y activistas de los grupos de solidaridad mexicanos, así como de militantes revolucionarios de Nicaragua, El Salvador y Guatemala, pudimos ver con claridad que el involucramiento de México en el conflicto regional estaba lejos de ser un episodio resuelto en términos del conocimiento histórico. Hacían falta nuevos estudios que sacando provecho de esa rica información contribuyeran a esclarecer los mecanismos y el alcance real de nuestra participación en Centroamérica.

Este proyecto surgió como respuesta a dicha necesidad. En primer lugar, nos propusimos examinar la evolución de la postura oficial mexicana ante los acontecimientos del Istmo para lo cual nos fue muy útil retomar los trabajos elaborados en la década de los ochenta, pues sin duda hicieron valiosos aportes al respecto. Sin embargo, no dejamos de observar que se trataba de estudios hechos al calor de los acontecimientos y que buena parte de ellos habían sido publicados bajo el auspicio del gobierno. El análisis crítico de esa bibliografía fue un insumo básico de nuestra propia interpretación.

Ahora bien, nuestro interés no se limitó a dilucidar los aspectos concernientes a la esfera diplomática. Por el contrario, consideramos necesario incorporar al análisis otras variables que hasta ahora escasamente se habían tomado en cuenta. Por ejemplo, nos propusimos examinar distintas formas de involucramiento de la sociedad mexicana en los procesos sociopolíticos de Centroamérica, desde la cobertura de prensa y el análisis académico hasta las diversas expresiones de solidaridad y colaboración entusiasta de muchos compatriotas con los proyectos revolucionarios centroamericanas, incluyendo la incorporación directa de numerosos mexicanos a las fuerzas rebeldes.

Del mismo modo le dimos importancia a investigar la actividad conspirativa que desarrollaron en territorio nacional, a lo largo de tres décadas, los grupos insurgentes centroamericanos, la cual representó un asunto muy sensible de seguridad interna para nuestro gobierno. Al incluir esta temática en nuestro programa de investigación también quisimos hacer un aporte significativo a la historia de los procesos sociopolíticos centroamericanos, sacando a luz elementos novedosos acerca de la presencia y actividades en México de militantes, refugiados y exiliados políticos, y recopilando en nuestro país documentos y testimonios relevantes para la historia de los movimientos revolucionarios de Nicaragua, El Salvador y Guatemala.

Nuestro interés en privilegiar el trabajo con fuentes primarias se hizo patente en los resultados del proyecto. Además de hacer acopio de abundante documentación en colecciones particulares y repositorios de México, Centroamérica y Estados Uni-

dos, recabamos testimonios personales de gran interés y valor histórico. En cuanto a lo primero, fue fundamental la consulta de la documentación resguardada en el Archivo General de la Nación y el Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores. También, aunque de forma contingente, llevamos a cabo una labor de rescate, ordenamiento y digitalización del archivo de la Comisión Político-Diplomática del Frente Farabundo Martí de El Salvador, que tuvo su sede en México a partir de 1981.

En lo que respecta a nuestra intención de atribuirle un rol central a los testimonios personales dentro de la construcción del conocimiento histórico, los tres libros publicados previamente con auspicios del proyecto (dos de ellos en colaboración con el Instituto Mora), constituyen trabajos emblemáticos. El primero fue *Diplomacia en tiempos de guerra. Memorias del embajador Gustavo Iruegas*, trabajo de historia oral realizado por la doctora Mónica Toussaint, el cual recoge el testimonio de este diplomático mexicano cuya carrera estuvo estrechamente vinculada con los acontecimientos de Centroamérica. Entre otras cosas, esta publicación vino a arrojar nueva luz acerca de la política mexicana durante los primeros años del conflicto. Hoy en día constituye un referente obligado para el estudio de dicha temática.[2]

Por su parte, el libro *Rosa María, una mujer en la guerrilla* rescata los relatos testimoniales que escribió Mirna Paiz, la primera mujer que se incorporó a una columna guerrillera en las montañas de Guatemala en la década de los años sesenta, y que más tarde en el marco de sus actividades clandestinas en nuestro país fue detenida y estuvo recluida más de un año en una prisión mexicana. Estos relatos habían permanecido inéditos por casi medio siglo. Su publicación se acompañó de un estudio histórico-biográfico que a la vez retomó el testimonio oral de la autora, y de un ejercicio de análisis narrativo, trabajos que llevaron a cabo respectivamente las doctoras Gabriela Vázquez y Yosahandi Navarrete.[3]

Nuestro proyecto coauspició también el libro de la doctora Verónica Rueda Estrada, *Recompas, Recontras, Revueltos y Rearmados: posguerra y conflictos por la tierra en Nicaragua*, el cual tiene como base un extensa investigación de historia oral.[4] Aparte de ello, nos interesó de manera particular respaldar la publicación de un trabajo contracanónico en el contexto de los estudios mexicanos sobre el conflicto en Centroamérica, dado que este centra su atención en los combatientes contrarrevolucionarios que lucharon

[2] Mónica Toussaint, *Diplomacia en tiempos de guerra. Memorias del embajador Gustavo Iruegas*, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, CIALC-UNAM / La Jornada Ediciones, 2013.

[3] Mirna Paiz Cárcamo (Gabriela Vázquez Olivera, ed.), *Rosa María, una mujer en la guerrilla: relatos de la insurgencia guatemalteca en los años sesenta*, México, CIALC-UNAM / Juan Pablos Editor, 2015.

[4] Verónica Rueda Estrada, *Recompas, Recontras, Revueltos y Rearmados: posguerra y conflictos por la tierra en Nicaragua, 1990-2008*, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora / CIALC-UNAM, 2015.

para derrocar al gobierno sandinista, y lo hace de manera por demás empática. Indudablemente haber adoptado esta postura fue fundamental para que la autora alcanzara una visión más profunda y comprensiva del fenómeno estudiado, pero además rompió con prescripciones y esquemas ideológicos aún arraigados en ciertos sectores del medio académico mexicano, que impedían reconocer que, además de responder a los intereses de los Estados Unidos, la guerra de la Contra era también una expresión de insurgencia campesina frente a abusos del gobierno y en defensa de la tierra.

En lo que toca al presente volumen colectivo, *México ante el conflicto centroamericano. Testimonio de una época*, se trata del cuarto y último libro que ve la luz bajo los auspicios de nuestro proyecto. Los quince aquí textos reunidos no solo abarcan los temas específicos que nos propusimos examinar desde un inicio, sino que a la vez responden a nuestra intención de exponer enfoques críticos y privilegiar el empleo de "fuentes primarias", en este caso documentos de archivo, prensa de la época, fotogramas y testimonios personales, como fundamento básico del análisis histórico.

El examen del involucramiento del gobierno mexicano en Centroamérica durante los primeros años del conflicto ocupa un lugar importante en el libro. Optamos por concentrar nuestra atención en esta etapa en razón de que allí se originaron las principales definiciones de una política de Estado que habría de prolongarse hasta mediados de la década de los noventa. Los trabajos de Mónica Toussaint, Mireya Morales, Mario Vázquez Olivera y Fabián Campos Hernández dan cuenta de este aspecto. Otras etapas y facetas de la actuación oficial mexicana son referidas a partir de los testimonios personales de tres diplomáticos en retiro, Hermilo López Bassols (embajador en El Salvador de 1989 a 1992), Carlos Plank Hinojosa (embajador en Panamá de 1986 a 1990) y Gerardo Camacho Vaca (secretario de nuestra embajada en Nicaragua de 1974 a 1984). Asimismo, Miguel Ángel Sandoval, miembro de la comisión diplomática de la Unión Revolucionaria Nacional de Guatemala hace el recuento de la participación mexicana en el impulso a las negociaciones de paz de dicho país.

Diversos aspectos del impacto que tuvo en México el conflicto centroamericano, desde la cobertura de prensa, el movimiento de solidaridad, los estudios académicos y la participación de combatientes mexicanos en los frentes de guerra, son examinados en los textos de Mónica Morales, Héctor Ibarra, María Patricia González, Kristina Pirker y Omar Núñez. Por otra parte, Fabián Campos Hernández y Mario Valdez ponen sobre la mesa un tema escasamente discutido en estudios académicos: la compleja relación entre el gobierno mexicano y los guerrilleros guatemaltecos que aprovecharon el territorio nacional como santuario y plataforma operativa a lo largo de tres décadas. Por otro lado, Mercedes Olivera y Joel Pérez aportan perspectivas novedosas acerca de un tema sobre el cual se ha escrito mucho, el del refugio guatemalteco en el estado de Chiapas, exponiendo, por un lado, la compleja interacción de los refugiados con las agencias gu-

bernamentales mexicanas, y por otro el proceso de paralelo de organización política y desarrollo de la conciencia género entre las mujeres refugiadas.

Finalmente, también forma parte significativa de este libro la ilustración de la portada, "La piedad" (1982), obra de Augusto Vázquez, fotógrafo mexicano que participó en la guerra civil de El Salvador y registró con su cámara algunas de las imágenes más conocidas a nivel mundial sobre dicho conflicto. Este fotograma capta intensamente un episodio del enfrentamiento armado; desgarramiento, muerte, angustia, compasión, compañerismo. Es un instante de dolor suspendido en el tiempo. Testimonio de una época de participación comprometida y acción solidaria.

Resta finalmente manifestar nuestro profundo agradecimiento a todas aquellas personas que de una u otra manera colaboraron en la realización de esta obra. Primeramente, a los autores de los trabajos aquí reunidos y a quienes compartieron con nosotros sus testimonios personales. Reconocemos su participación entusiasta y comprometida, así como la paciencia sin límites que demostraron a todo lo largo del proceso editorial. De igual manera, agradecemos a Augusto Vázquez y Pedro Valtierra por permitirnos reproducir sus fotogramas de gran valor histórico. No omitimos mencionar la muy valiosa colaboración de los estudiantes universitarios David Ruiz Peña y Aurora Vázquez. El primero como ayudante de investigación desde el inicio del proyecto y la segunda en la revisión del borrador general del libro.

En transcurso de la investigación los coordinadores de esta obra recibimos la hospitalidad y respaldo académico de amigos y colegas de distintos países de Centroamérica: Julia Trujillo, de Nicaragua; el maestro Jorge Juárez, director del Instituto de Investigaciones Históricas, Antropológicas y Arqueológicas de la Universidad de El Salvador; y en Guatemala la familia Ramírez Anderson, la periodista Kimy de León y Mirna Páiz Cárcamo, así como colegas de la Universidad de San Carlos, los doctores José Cal y Ángel Valdez de la Escuela de Historia y la doctora Sandra Herrera de la Dirección General de Investigación.

En México, los encargados del Archivo General de la Nación y del Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores atendieron con diligencia nuestras numerosas e insistentes solicitudes de consulta. De la misma manera recibimos una esmerada atención en el Archivo General de la Nación de Nicaragua y el archivo del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, así como en el archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Guatemala y en el del Ministerio de Relaciones Exteriores de El Salvador. El Programa de estancias de consulta en la Colección Latinoamericana Nettie Lee Benson de la Universidad de Texas en Austin nos benefició con una beca que fue de gran provecho.

La publicación de este libro fue posible gracias al financiamiento de la UNAM a través del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Inovación Tecnológica (PAPIIT).

Por su parte las autoridades y personal técnico y administrativo del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de nuestra máxima casa de estudios nos brindaron en todo momento su pleno respaldo. Del mismo modo manifestamos nuestra gratitud a la casa editorial Bonilla Artigas por su labor profesional y el compromiso con que asumieron la producción de esta obra.

Mario Vázquez Olivera

Fabián Campos Hernández

México ante el conflicto centroamericano, 1978-1982. Las bases de una política de Estado

Mario Vázquez Olivera[1] y Fabián Campos Hernández[2]

Durante los años ochenta el desarrollo del conflicto centroamericano motivó gran interés en México. Para el distinguido internacionalista Mario Ojeda, el rompimiento de relaciones con el gobierno de Anastasio Somoza en mayo de 1979, la Declaración Franco-Mexicana de agosto de 1981 y el impulso a la conformación del Grupo Contadora en enero de 1983, implicaron un rompimiento con la tradicional política exterior de nuestro país.[3] ¿Por qué el gobierno mexicano decidió involucrarse de manera tan activa en los procesos centroamericanos? Las explicaciones que ofrecieron en aquel momento tanto el propio gobierno como voceros del partido oficial, académicos, periodistas y analistas políticos subrayaban al respecto los siguientes elementos: gracias al auge petrolero, México había adquirido una capacidad inédita para actuar en el plano internacional, dando lugar a una política exterior activa;[4] esa capacidad era propia de una "potencia media" y por lo tanto su actuación debía encaminarse a propiciar la

[1] Doctor en Estudios Latinoamericanos. Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la UNAM.

[2] Maestro y candidato a Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Profesor de la Universidad Iberoamericana y del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

[3] Mario Ojeda, *México y Cuba revolucionaria: cincuenta años de relación,* México, El Colegio de México, 2008, pp. 116 y 117.

[4] Mario Ojeda, *México: el surgimiento de una política exterior activa*, México, SEP, 1986.

distención y la negociación de los conflictos internacionales.[5] En el caso específico de los conflictos centroamericanos, la internacionalización de la guerra y una posible intervención directa de tropas estadounidenses acarrearía consecuencias muy graves para México; ello obligaba al gobierno a buscar una salida política, aprovechando su prestigio internacional, para respaldar los esfuerzos por el diálogo y la negociación entre las partes enfrentadas, promoviendo el respeto a los derechos humanos, dando acogida a refugiados y asilados políticos y haciendo contrapeso a la política intervencionista de la administración Reagan.

Los trabajos más importantes y significativos sobre la actuación de México ante la crisis centroamericana fueron publicados durante el sexenio de Miguel de la Madrid.[6] Se trataba de análisis elaborados al calor de los acontecimientos; tenían como base documentos y declaraciones oficiales de carácter público e información periodística, y al parecer no consideraban –o al menos no referían– datos o informes de carácter confidencial. En general, la atención de estos trabajos estaba puesta en los esfuerzos del gobierno mexicano en favor de la negociación y la solución pacífica de los conflictos, y tendían a considerar las acciones previas a enero de 1983 como "aisladas y casuísticas",[7] meros antecedentes de una política de Estado atinada y congruente con nuestros principios tradicionales de política exterior, cuya expresión más notoria era la iniciativa de paz de Contadora. Esta explicación se ha mantenido desde entonces, tanto en la academia como en la propia Cancillería mexicana, como la versión definitiva sobre los fines y las pautas del involucramiento en Centroamérica.[8]

Nosotros consideramos que esta versión mantiene cierta vigencia. Obras como las ya mencionadas de Mario Ojeda y Olga Pellicer constituyen desde luego referencias

[5] Olga Pellicer (ed.), *La política exterior de México: desafíos de los ochenta*, México, CIDE, 1983.

[6] Además de los ya citados libros de Mario Ojeda, *México. Surgimiento de una política exterior activa* y Olga Pellicer, (eds.), *La política exterior de México*, el Fondo de Cultura Económica publicó en esos años otros dos libros importantes sobre el tema: Miguel Messmacher, Santiago Genovés, Margarita Nolasco, *et al.*, *Dinámica maya: los refugiados guatemaltecos*, México, FCE, 1986, y Víctor Flores Olea, (ed.), *Relación de Contadora*, México, SRE-FCE, 1988. Asimismo, el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) publicó la colección Relaciones Centroamérica-México, coordinada por Adolfo Aguilar Zínser y Rodrigo Jauberth Rojas, en la que participaron destacados investigadores de diversas instituciones nacionales.

[7] Mario Ojeda al hacer un balance del rompimiento de relaciones con Somoza y la Declaración Franco Mexicana, señalaba: "Ante esta situación, el gobierno de México decidió involucrarse activamente en la política de la región, en forma diplomática, como gestor de una paz negociada. En un principio las acciones de México fueron aisladas y más bien casuísticas", Mario Ojeda, *Retrospectiva de Contadora. Los esfuerzos de México para la paz en Centroamérica (1983-1985),* México, Colmex, 2007, pág. 14.

[8] Como un ejemplo reciente puede referirse el evento conmemorativo del vigésimo aniversario de los Acuerdos de Paz de El Salvador organizado por la Cancillería, cuyas ponencias fueron publicadas en el número especial de 2013 de la *Revista Mexicana de Política Exterior*.

obligadas para el estudio del tema; representan una valiosa fuente de información y son ejemplos claros de la capacidad y agudeza de los observadores de la época. Sin embargo, a más de no considerar información relevante de carácter confidencial o reservado, y de su sesgo oficialista, dicha interpretación adolece de una visión de corto plazo, se limitó a dilucidar la coyuntura sin ponderar debidamente los intereses estratégicos del Estado mexicano y el trasfondo histórico de su involucramiento en la región.[9]

Trazos de una vieja historia

En años recientes se ha desarrollado un renovado interés por estudiar la historia de las relaciones entre México y Centroamérica. Quienes nos hemos dedicado a esta labor coincidimos en destacar la importancia estratégica que tuvo la región centroamericana dentro de los proyectos de Estado desde la consumación de la Independencia en 1821, cuando se buscó anexar a México la capitanía general o reino de Guatemala. Lejos de ser una ocurrencia caprichosa de Agustín de Iturbide, como muchos han supuesto, aquella iniciativa obedecía a consideraciones estratégicas relativas a la defensa, al orden interior, al interés económico y a la proyección regional del naciente país. Tras el fracaso de dicho experimento, México y Centroamérica emprendieron por separado el camino de la consolidación nacional. Aun así se preservó la noción de que México debía ejercer un influjo político permanente en las repúblicas del Istmo en aras de salvaguardar ciertos intereses territoriales y de seguridad estratégica.[10]

Los problemas del Estado mexicano para consolidarse internamente le impidieron consumar sus aspiraciones con respecto a Centroamérica. Más aún, el manejo poco empático del diferendo territorial con respecto a Chiapas y el Soconusco le enajenaron las simpatías de las élites de la región. Esta situación se vio agravada cuando un poco más adelante, al perfilarse Estados Unidos como potencia continental, consideró a Centroamérica como un área vital para consolidar su hegemonía.

Durante la primera mitad del siglo XX, los gobiernos emanados de la Revolución experimentaron nuevas formas de proyección política en el Istmo, desde la llamada "diplomacia sindical", distintas iniciativas de enlace radiofónico y cooperación cultu-

[9] Una excepción en este sentido la constituye el libro monumental de Luis G. Zorrilla, funcionario de la Cancillería, *Relaciones de México con la república de Centro América y con Guatemala*, México, Editorial Porrúa, 1984, que documenta ampliamente el desarrollo de las relaciones diplomáticas con el vecino país.

[10] Este planteamiento se desarrolla con amplitud en el libro de Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *Centroamérica*, México, SRE, 2010, (Historia de las Relaciones Internacionales de México, 2).

ral, técnica y militar, hasta el apoyo logístico a los liberales nicaragüenses durante la Guerra Constitucionalista (1926-1927). Aunque estos esfuerzos resultaron infructuosos e incluso motivaron el recelo de dictadores y gobiernos autoritarios, el México revolucionario (real o imaginario) se convirtió en un referente para la disidencia antiimperialista centroamericana que buscaba impulsar reformas políticas y sociales en la región. En este contexto, un buen número de centroamericanos perseguidos en sus países de origen encontraron aquí un lugar de refugio y no tardaron en aprovecharlo como plataforma para emprender sucesivos intentos revolucionarios.

Durante la Segunda Guerra Mundial, México tuvo la oportunidad de intentar en Centroamérica un acercamiento diplomático basado en el petróleo. Durante 1942, Manuel Ávila Camacho envió representantes ante los gobiernos del área ofreciendo sustituir con petróleo nacional el faltante que resultaba del racionamiento impuesto por Estados Unidos a sus exportaciones del energético. Pemex hizo estimaciones de las necesidades de petróleo de los países centroamericanos, las capacidades nacionales de producción y distribución, las posibles vías de embarque y mecanismos políticos para conseguir que México aprovechara la situación internacional para convertirse en proveedor de petróleo para el área. Una comunicación del embajador en Guatemala al presidente Manuel Ávila Camacho ilustra el sentido de esta iniciativa:

> Contrarrestando la política que lleva a cabo el Ministro Americano en ésta, en la que se ve a las claras que la llamada "política del buen vecino" [...] se traduce en política de aprovechar la situación para vender las mercancías americanas al precio más alto posible, debemos nosotros que demostrar que la política de México hacía sus hermanos del sur –los que deben de constituir nuestra natural esfera de influencia espiritual y material– es la cooperación sincera, sin ventajas transitorias ocasionadas por el desequilibrio mundial, y así se cimentaría una base sólida para que poco a poco reconquistara México, como tiene derecho y obligación de hacerlo, la dirección material y espiritual que en otro tiempo tuvo y su influencia política cuando menos hasta Panamá.[11]

Sin embargo, el gobierno de Washington no tardó en echar abajo aquel ambicioso proyecto ejerciendo presiones políticas y comerciales sobre México y Centroamérica para asegurarse que las empresas estadounidenses mantuvieran en exclusiva dicho mercado.[12]

[11] Carta de Francisco del Río y Cañedo a Manuel Ávila Camacho, 5 de marzo de 1942, en Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en adelante se citará como AHGE, 34-6-13, folio 4.

[12] AHGE, expedientes LE-592 y 34-6-13.

Cabe preguntar en qué medida este fracaso influyó en el retraimiento mexicano con respecto a Centroamérica durante los años subsiguientes, pues no sería sino hasta el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), y más bien bajo el mandato de Luis Echeverría, que se volverían a formular iniciativas de acercamiento económico hacía nuestros vecinos del sur. Conocido por su activismo "tercermundista" poco se ha reparado en que su campaña de proyección internacional estuvo acompañada de planes económicos. Agotado el modelo de desarrollo por sustitución de importaciones, la forma en que su gobierno previó afrontar la crisis del sistema fue mediante la reestructuración de la economía nacional estimulando las exportaciones a países con menor desarrollo. Para ello publicó la Ley para la promoción de las exportaciones mexicanas y la regulación de la inversión extranjera.[13] Y en dicho plan, obviamente, Centroamérica ocupaba un lugar fundamental. Empero, el hecho de que su "tercermunismo" se percibía como personalista y altamente costoso, aunado a su enfrentamiento con el capital nacional, la fuga de capitales, la devaluación del peso y la crisis económica del fin de sexenio, terminaron por abortar este intento. Habría que esperar otra oportunidad.

México entra en el conflicto centroamericano: Nicaragua

A la luz de lo anteriormente expuesto, nos interesa problematizar dos aspectos de la interpretación convencional sobre el involucramiento del gobierno mexicano en Centroamérica durante la década de 1980. ¿Es válido considerar las decisiones del presidente López Portillo como "acciones aisladas y casuísticas"? ¿Y acaso la actuación de nuestro gobierno buscó exclusivamente la solución negociada de un conflicto muy sensible para nuestro país, en razón de su proximidad geográfica, o en un inicio tuvo también otros propósitos?

El conflicto centroamericano en su dimensión internacional inició propiamente en 1977. Tras la muerte del comandante Carlos Fonseca Amador en octubre de 1976, el Frente Sandinista de Liberación Nacional se fracturó en tres organizaciones separadas y enfrentadas entre sí. Estas tenían dirigencias, estructuras y estrategias distintas. Una de ellas, la tendencia Insurreccional o Tercerista, propició un cambio trascendental al impulsar una política de alianzas amplias en lo interno y lo externo. Por primera vez una guerrilla centroamericana se propuso obtener el respaldo político, económico y militar de personalidades, organizaciones y gobiernos no socialistas. En el marco de esa nueva estrategia fue que el gobierno mexicano inició su involucramiento en el conflicto centroamericano.

[13] Héctor Guillén Romo, *Orígenes de la crisis en México. 1940/1982,* México, Ediciones Era, 1990, p. 40.

Al concluir el sexenio de Luis Echeverría Álvarez, México se encontraba en una profunda crisis. Además de ya encontrarse agotado el modelo económico por sustitución de importaciones, por primera vez en décadas el tipo de cambio respecto al dólar había variado, pasando de 12.50 a 20 pesos por dólar, y la deuda externa creció de 53 mil a 300 mil millones de pesos entre 1970 y 1976, lo cual sumado a la crisis política resultante del enfrentamiento del poder político con la clase económica y la presión de otros sectores sociales por el agotamiento de las expectativas de movilidad, mantenían al régimen priísta en un permanente cuestionamiento.

Producto de lo anterior es que el nuevo presidente, José López Portillo, inició su mandato buscando paliar la crisis económica. Los primeros pasos fueron tratar de recomponer las relaciones con Estados Unidos y renegociar con los organismos financieros internacionales la deuda externa. México firmó su entrada al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), con lo cual se comprometió a eliminar las disposiciones proteccionistas que resguardaban la industria nacional y renegoció la deuda externa sobre la base de una transformación profunda: fincaría sus finanzas en la exportación de petróleo. De este modo México recuperó la confianza de los organismos financieros internacionales. El flujo de capitales y las promesas de negocios dinamizaron la economía nacional haciendo que se olvidaran los meses de crisis.

Para agosto de 1977, los Terceristas del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) ya habían conformado una propuesta de nuevo gobierno para Nicaragua, integrado exclusivamente por empresarios, intelectuales y personalidades que no podían ser tachadas en el plano internacional de comunistas o guerrilleros. Bajo el nombre de Junta Revolucionaria de Gobierno, estas personas empezaron a visitar a gobiernos de Centro y Sudamérica solicitándoles apoyo político para derrocar a Somoza, presentándoles un plan de gobierno de cinco puntos: régimen democrático de libertades civiles, desaparición de la Guardia Nacional y conformación de un nuevo ejército, expropiación de los bienes de Somoza y sus allegados, economía mixta, no alineamiento internacional y fin de la dependencia de Estados Unidos. Se proyectaba instaurar este nuevo gobierno como resultado de la insurrección popular que los Terceristas planeaban iniciar en octubre de ese año.[14]

Dicha acción militar no logró el derrocamiento de Somoza. Los propuestos miembros de la Junta de Gobierno pasaron a llamarse Grupo de los Doce, y bajo esa denominación, el 30 de octubre realizaron una primera visita a López Portillo en Los Pinos. En ese momento el presidente rechazó involucrarse de manera directa en el con-

[14] Ortega, *La epopeya de la Insurrección,* Managua, Editorial LEA, 2004, p. 320

flicto nicaragüense aduciendo el principio de no intervención, pero se comprometió a brindarles asilo en caso de necesidad.[15]

Las cosas cambiaron poco después. El giro en las perspectivas económicas de corto plazo impactó directamente en la política interior y exterior mexicana. En el plano interno, López Portillo propuso una reforma del Estado que incluía por primera vez a las fuerzas de izquierda y otorgaba libertad a los presos políticos. En lo internacional, si al inicio del sexenio López Portillo había mostrado un acercamiento con los Estados Unidos, para 1978 diferendos alrededor de la construcción de un gasoducto transnacional tensaron la relación y permitieron al presidente un giro nacionalista. Poderío económico, renovación del discurso político de la Revolución Mexicana y el alejamiento respecto a Estados Unidos abonaron el terreno para que el Grupo de los Doce encontrara una mejor recepción en su siguiente visita.

El nivel del compromiso subió en septiembre de 1978, cuando ya los elementos internos señalados iban muy avanzados y en Nicaragua se desarrollaba la segunda insurrección. En ese mes, López Portillo designó como Encargado de Negocios en ese país al joven diplomático Gustavo Iruegas. Santiago Roel, en ese momento canciller mexicano, le dijo: "vaya usted a Nicaragua a hacer todo lo que pueda por esa gente y su revolución, cuidando las formas, esas son sus instrucciones".[16]

La situación económica se terminó de transformar. Muy lejos aparecían los días de la crisis, y para finales de 1978 se empezó a conformar la necesidad de "administrar la abundancia". Para lograr esto último, José López Portillo instaló la Dirección de Proyectos Especiales de la Presidencia, un organismo cuya tarea era generar diagnósticos y planes de desarrollo sectoriales que debían proyectarse en un horizonte de veinte años plazo y tener un carácter intersecretarial. Para la Dirección el panorama era muy claro: estimaba la población mexicana en el año 2000 en 104 millones de habitantes, lo que significaba crecer un 50% en dos décadas; proyectaba que en dicho plazo México creciera a un ritmo anual del 8% sostenido para alcanzar la meta presidencial de incrementar el ingreso por habitante al nivel de Italia,[17] perfilando al país como una potencia regional. ¿Cómo se conseguiría esa meta? La idea era aprovechar el *boom* petrolero para desarrollar la industria nacional y transformarnos en un país exportador de manufacturas. En estos nuevos planes, Centroamérica tendría un papel fundamental.

[15] López Portillo escribió en sus memorias "Delicado para mí el problema, por nuestro principio de no intervención. Sin embargo, les di aliento, simpatía y seguridades de refugio. Me gustaría ayudarlos. Pero imposible. Vamos a ver como se vienen las cosas", *Mis tiempos. Biografía y testimonio político. Parte primera*, México, Fernández Editores, 1988, p. 642.

[16] *Cit*. en Manuel Ángel Castillo *et al*., *op. cit*., p. 138.

[17] AHGE, Expediente III-7092-3 (1ª parte), *Conferencia de Rodolfo Moctezuma Cid*.

El 17 de enero de 1979, López Portillo recibió al Ministro de Relaciones Exteriores de Panamá, quien le comunicó una propuesta del general Omar Torrijos y del presidente venezolano Carlos Andrés Pérez para que México encabezara un movimiento internacional para invadir Nicaragua. Este emisario le hizo saber que ambos estaban dando armas y apoyo a los sandinistas, pero que temían un cambio de actitud en el nuevo gobierno de Venezuela y que se concretara una invasión de Somoza a Costa Rica. López Portillo se negó aduciendo nuevamente el principio de no intervención.[18] En ello pesaban, sin decirlo, las posibles consecuencias que una acción de este tipo pudiera tener en la relación bilateral con Estados Unidos.

Un día después de su entrevista con el canciller panameño, el mandatario recibió la visita del coronel Carlos Humberto Romero, presidente de El Salvador. Para López Portillo la situación era clara: Carter le "había movido el tapete" a Somoza y ahora no sabía cómo salir de la crisis. Por su parte, Romero consideraba que para los gobiernos centroamericanos era necesario que Somoza dejara el poder; de no ser así cabría esperar que la crisis política en Guatemala y El Salvador también se agravara, abriendo la puerta a la implantación de "gobiernos castristas" en toda la región. En dicha visita el presidente salvadoreño fue galardonado con el Águila Azteca.[19]

Por esos mismos días aumentó la tensión con Estados Unidos a raíz de la insistencia norteamericana en adquirir gas y petróleo mexicanos a precios más bajos que los estándares internacionales. En febrero de 1979 Carter visitó México y fue recibido con expresiones tajantes por López Portillo. En sus memorias el mandatario hizo la siguiente reflexión al respecto:

> Fui seco y duro en las entrevistas y en discurso. Tanto en el análisis multilateral como en el bilateral: el mundo de influencia de Norteamérica, el mundo libre, no tiene salida para el desarrollo. No hay esperanza y su cancelación es grave. No tienen esquemas substitutivos y eso crea problemas irresolubles como los de Vietnam, Irán y hasta Nicaragua. Insistí mucho en una política superior de energéticos que, ante el pragmatismo norteamericano, sonó a ingenuidad romántica.[20]

El giro nacionalista en la relación bilateral tomó tintes de enfrentamiento. Incluso se llegó a afirmar que, al terminar aquel discurso, López Portillo musitó un orgulloso: "me lo chingué".[21]

[18] José López Portillo, *Mis tiempos. Biografía y testimonio político*, Segunda parte, México, Fernández Editores, 1988, p. 802.

[19] *Ibid*. p. 803.

[20] *Ibid*. p. 811.

[21] S/A, *¿Buenos vecinos?: López Portillo y Carter*, Wikiméxico, disponible en <http://www.wikimexico>.com/articulo/Carter-y-Lopez-Portillo>.

El 4 marzo de 1979, en el marco del 50 aniversario de la fundación del Partido Revolucionario Institucional, López Portillo saludó públicamente a los "legítimos representantes del pueblo nicaragüense" y después los invitó a Los Pinos donde se acordó un apoyo económico a la lucha armada a través del PRI.[22] Hay que decir que hasta ese momento el involucramiento mexicano en Nicaragua se dio en los círculos más cerrados del poder. Nada de esto fue público y aún hoy son datos no suficientemente ponderados cuando se escribe sobre México y Centroamérica. Poco después vendría el destape.

El 20 de mayo López Portillo anunció el rompimiento de relaciones con el gobierno de Somoza debido a las matanzas que perpetraba contra sus ciudadanos. Mario Ojeda, afirmó al respecto:

> El rompimiento de relaciones constituía una importante desviación respecto de la política exterior tradicional. En primer lugar, porque la medida iba dirigida en contra de un gobierno establecido y que había llegado al poder mediante un proceso electoral. Claro está que dicho proceso había sido de dudosa legitimidad. Sin embargo, esa razón no era suficiente para el rompimiento, dado lo común que era ello en América Latina, incluido el caso de México y del propio López Portillo. Pero no fue éste sino otro el argumento que sirvió de base para el rompimiento, el cual fue también novedad. Al basar su decisión no en el origen del gobierno de Somoza sino en sus actos, México se apartaba de su tradición de evitar calificar acciones de otros gobiernos. En opinión del gobierno mexicano, la violación reiterada de los derechos humanos, representada por un evidente genocidio, hacía necesario aislar diplomáticamente a Somoza a fin de apresurar su caída. De ese mismo pecado habían sido acusados Díaz Ordaz y Echeverría por los hechos de Tlatelolco en 1968, pero al parecer el gobierno de López Portillo lo había olvidado.[23]

Después de romper relaciones con Somoza, el gobierno de López Portillo maniobró en distintos foros internacionales para hacer fracasar los planes de Estados Unidos respecto a Nicaragua. Ejemplo de ello fue la postura que asumió el secretario Jorge Castañeda de la Rosa en la reunión de la Organización de Estados Americanos (OEA) en junio de 1979 donde se discutió la posible conformación de una fuerza multinacional que interviniera en Nicaragua.[24] La rotunda negativa mexicana, seguida de los otros países que apoyaban a los sandinistas orillaron a cancelar esta iniciativa. A partir de ese

[22] Ernesto Cardenal, *Memorias III. La revolución perdida*, México. FCE, 2005, p. 132-133.

[23] Mario Ojeda, *México y Cuba revolucionaria: cincuenta años de relación,* México, Colmex, 2008, pp. 116 - 117.

[24] Dato proporcionado por la doctora Mónica Toussaint Ribot a los autores.

momento quedó en evidencia que el gobierno mexicano respaldaba la inclusión de los guerrilleros en la solución del conflicto.

Al parecer, el apoyo a los sandinistas no se redujo a maniobras diplomáticas y entrega de dinero. Si le damos credibilidad a ciertos testimonios, en junio de 1979 (*circa*) en el momento final de la crisis nicaragüense, el gobierno mexicano entregó armas y municiones al Frente Sandinista de Liberación Nacional.[25] De haber sido así, se habría tratado en todo caso de un aporte muy menor al que brindaron otros países como Cuba, Venezuela y Panamá, en materia de logística militar, a la guerrilla sandinista, sin embargo, habría tenido un sentido simbólico digno de considerar.

Tomando en cuenta el respaldo político, diplomático, monetario y probablemente también militar proporcionado por el gobierno mexicano a la causa antisomocista difícilmente se sostiene la noción de que se trató solamente de "hechos aislados y casuísticos". Quizá no se trató de un plan fraguado con anterioridad, pero hay sólidos indicios de que el involucramiento mexicano en el conflicto nicaragüense, tuvo la clara intención de favorecer un cambio político de signo revolucionario.

Apoyar a los sandinistas de Nicaragua representaba un cambio inesperado en la política de México hacia los movimientos revolucionarios centroamericanos. En el marco del alineamiento continental con Estados Unidos a partir de la Segunda Guerra Mundial, México implementó un discurso de Guerra Fría en múltiples áreas. Una de las instituciones que condensan este alineamiento fue la Dirección Federal de Seguridad. En sus labores internas la Dirección Federal de Seguridad (DFS) se dedicó a vigilar, perseguir, detener, torturar y desaparecer a disidentes internos, especialmente a los grupos guerrilleros marxistas leninistas, bajo el argumento de que representaban riesgos para la seguridad nacional. Se trató de la llamada *guerra sucia*.[26] Pero esa política también se amplió a los extranjeros. Así, mientras por un lado se daba acogida a numerosos exiliados y se les permitía realizar actividades públicas de denuncia política, por el otro, desde 1960 las instituciones de seguridad mexicanas –el ejército, las policías, migración y la propia DFS– redoblaron su seguimiento a las actividades políticas y conspirativas de los

[25] El dato de transporte de armas mexicanas a Nicaragua fue revelado por el ex agregado cultural de México en Nicaragua en esos años, Gerardo Camacho Vaca, en una entrevista que aparece en este mismo libro.

[26] Sobre esto hay una amplia bibliografía, referimos solamente una de ellas. En el año 2000, el entonces presidente Vicente Fox ordenó la constitución de la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (Femospp) que tuvo entre sus tareas la de hacer una investigación documental a partir de los archivos de la DFS y otras instituciones de seguridad, para establecer los mecanismos y formas de la represión durante la *guerra sucia*. Resultado de dichos trabajos se realizó un informe que únicamente abarca el periodo de 1964 a 1982, pero que establece claramente las intenciones, métodos y formas de operar de la *guerra sucia*. El informe completo se encuentra disponible en <http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB180/index2.htm>.

centroamericanos residentes o en tránsito por nuestro país. Durante años, en colaboración con la Agencia Central de Investigaciones estadounidense (CIA), las fuerzas de seguridad mexicanas persiguieron, detuvieron, encarcelaron, expulsaron y en ocasiones entregaron a sus respectivos gobiernos a militantes centroamericanos que usaban el territorio nacional para preparar proyectos revolucionarios socialistas, dando lugar a lo que Fabián Campos Hernández ha llamado la otra guerra sucia mexicana.[27]

Para el tema que nos ocupa es importante mencionar lo anterior, pues cuando el gobierno de López Portillo decidió apoyar la causa sandinista aún se hallaba inmerso en una sorda confrontación con diversos grupos armados mexicanos y reprimía sin demasiadas contemplaciones a otras organizaciones guerrilleras de Centroamérica que tenían presencia en México. En este sentido el respaldo a la instauración de un gobierno revolucionario en Nicaragua representó también un punto de inflexión en materia de política interior y de seguridad nacional. No se trató de una decisión circunstancial. Muy pronto esta postura se hizo extensiva para el caso de El Salvador y más tarde también para Guatemala.

Un riesgo mayor: El Salvador

El triunfo de la revolución nicaragüense tuvo un impacto inmediato en El Salvador. En este país la guerrilla enarbolaba un programa mucho más radical que el Frente Sandinista y ejercía influencia directa sobre sindicatos, asociaciones estudiantiles, centrales campesinas y agrupaciones populares. Durante 1979 la movilización beligerante puso en jaque al gobierno del coronel Romero. En ese contexto, el 15 de octubre se produjo un golpe de estado encabezado por militares reformistas y políticos e intelectuales de centro-izquierda. No obstante, la extrema derecha enquistada en el ejército y los cuerpos de seguridad boicoteó las acciones de la Junta Revolucionaria de Gobierno y recrudeció la represión contra los grupos insurgentes y el movimiento popular. A su vez, la guerrilla incrementó su actividad armada, alentando un estallido insurreccional semejante al de Nicaragua. En enero de 1980, ante la incapacidad de la Junta para contener los excesos de la extrema derecha, el gobierno perdió el respaldo de importantes dirigentes y agrupaciones reformistas. Incluso algunos funcionarios abandonaron sus cargos y se sumaron a la insurgencia. Sin embargo, el Partido Demócrata Cristiano se mantuvo en la Junta en alianza con la cúpula castrense y contando con el respaldo de

[27] Una revisión de la política de seguridad nacional respecto a la presencia de guerrilleros guatemaltecos en México puede verse en el artículo de Fabián Campos Hernández al respecto en este mismo libro.

Estados Unidos y otros gobiernos latinoamericanos como los de Venezuela, Argentina, Honduras y Costa Rica.

Ante la agudización de la crisis salvadoreña, López Portillo declaró en febrero de 1980 durante su visita a Managua: "Ya El Salvador está viviendo su propio proceso definitivo. Creo que hay una buena oportunidad para que ese país centroamericano aproveche la experiencia nicaragüense sin necesidad de extremarla".[28]

Esta declaración era un indicio de que el gobierno mexicano iniciaba su involucramiento en este otro conflicto. En abril de aquel año se conformó el Frente Democrático Revolucionario de El Salvador. Bajo sus siglas se aglutinaron socialdemócratas y disidentes demócrata cristianos así como las organizaciones sociales ligadas a las organizaciones guerrilleras; juntos conformaban la cara civil del movimiento revolucionario que buscaba derrocar al gobierno. Según reportes de la cancillería salvadoreña, el 16 de junio el embajador de México en la República Federal de Alemania, Octavio Campos Salas, ofreció una recepción al cuerpo diplomático acreditado en dicho país con un solo objetivo: presentar al Frente Democrático Revolucionario como "legítimo representante" del pueblo salvadoreño.[29] Gestos como este hacían evidente que hacia mediados de 1980 el gobierno mexicano ya había tomado partido en la confrontación interna que desangraba a El Salvador.

La decisión del presidente López Portillo de desarrollar una política activa ante los conflictos centroamericanos fue acompañada por intentos de incrementar la presencia económica de México en el área. El 3 de agosto de 1980, México y Venezuela firmaron el Acuerdo de San José. Mucho se ha escrito sobre el papel de este pacto como una iniciativa latinoamericana para solventar la crisis energética de Centroamérica y el Caribe.[30] Pero poco se ha dicho sobre dos aspectos fundamentales de este acuerdo: primero, que la no discriminación política para proveer petróleo no dejó nunca de ser meramente discursiva; el gobierno democristiano de Venezuela no estuvo dispuesto a venderle petróleo a Cuba ni a la Nicaragua sandinista, por lo que México asumió totalmente esos rubros y, a la vez, nunca intentó suministrar hidrocarburo a aquellos países del Caribe que tenían una relación privilegiada con Venezuela. En este sentido, el Acuerdo de San José debe de verse como un reparto del mercado regional entre dos países que delimitaban de esta forma sus áreas de influencia. En segundo lugar, debe de

[28] *Antecedentes del enfriamiento de las relaciones diplomáticas México-El Salvador,* Archivo Diplomático de la República de El Salvador, sección 700. La fecha del documento puede situarse entre agosto y septiembre de 1980 por los datos que incorpora.

[29] *Antecedentes del enfriamiento de las relaciones, op. cit.*

[30] Un ejemplo de la valoración positiva que ha tenido el Acuerdo de San José, en los términos señalados en el texto puede verse en Mario Ojeda, *Retrospectiva...*, *op. cit.*, págs. 18 y 19.

señalarse que una de las clausulas para lograr plazos de crédito favorables a los países compradores –uno de los aspectos más afamados del acuerdo– estaba ligado a proyectos de desarrollo energético que debían de consumir un alto porcentaje de materias primas de los países proveedores, es decir que mediante el acuerdo se buscaba impulsar los intereses comerciales de los dos gobiernos que patrocinaron este acuerdo.

En ese mismo mes el presidente López Portillo dejó en claro la visión de su gobierno sobre el futuro político de la región. En el discurso que dio en la Plaza José Martí durante una visita que hizo a Cuba, el mandatario declaró que no había dos modelos de revolución en América Latina, el mexicano y el cubano, como podrían pensar algunos, sino una sola necesidad histórica de la región: hacer la revolución. Y ahora en Centroamérica se presentaba la oportunidad de aprovechar las virtudes y superar las limitaciones de ambos modelos. Se trataba de impulsar una propuesta de futuro exclusivamente latinoamericana, sin injerencias imperialistas, refiriéndose obviamente a Estados Unidos.[31]

En cuanto a El Salvador, a finales de ese mismo mes, López Portillo nombró como encargado de negocios a Gustavo Iruegas, el mismo diplomático que había desempeñado un papel fundamental en la instrumentación de la política mexicana hacía Nicaragua durante el curso de la insurrección sandinista.[32] El hecho de que un diplomático de rango menor y simpatizante de la insurgencia fuera colocado al frente de aquella legación indicaba la intención de mantener un perfil bajo en las relaciones con el gobierno salvadoreño y a la vez asegurar un enlace directo en dicho país con los grupos guerrilleros y la oposición civil. En palabras del propio Iruegas:

> A diferencia de Nicaragua, no íbamos a hacer contactos, ya estaban hechos, la misión era clara. Antes de partir ya había concertado con mis contactos con Carmen Lira dos reuniones: una con dos guerrilleros que estaban aquí y otra con los jefes de un movimiento de personalidades democráticas, entre las que se encontraba un exministro de Agricultura que se habían reunido privadamente con el canciller Jorge Castañeda y Álvarez de la Rosa.[33]

Ciertamente, según su propio testimonio y el de diversos jefes guerrilleros de El Salvador, Iruegas jugó un destacado papel como enlace entre el gobierno mexicano y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, proporcionando al prime-

[31] José López Portillo, *Discurso en la Plaza José Martí*, Cuba, 2 de agosto de 1980, (mimeografiado).

[32] Véase el libro de Mónica Toussaint, *Diplomacia en tiempos de guerra. Memorias del embajador Gustavo Iruegas*, México, Instituto Mora/La Jornada-CIALC-UNAM, 2013.

[33] *Ibid*. p. 230.

ro información de primera mano sobre la consolidación militar de la insurgencia y brindándole a la vez un importante apoyo político y operativo al movimiento revolucionario hasta mediados de 1981 en que finalizó su gestión en aquella Embajada.[34]

Este nivel de involucramiento en el conflicto salvadoreño por parte del gobierno mexicano evidenciaba una decisión mucho más arriesgada que con respecto al proceso insurreccional de Nicaragua. En el caso nicaragüense, la participación mexicana se había producido en el marco de una alianza muy amplia de gobiernos latinoamericanos y cuando ya el conflicto estaba cerca de su desenlace, de manera que los riesgos asumidos por el gobierno mexicano fueron menores. En cambio, para mediados de 1980, cuando se decidió respaldar a las fuerzas revolucionarias de El Salvador, ya habían tenido lugar cambios importantes en el escenario regional. Un año antes el gobierno de Carter había jugado un papel activo en la crisis nicaragüense, retirándole su apoyo a Somoza; asimismo, en el caso de El Salvador la administración estadounidense había respaldado el golpe de estado de los militares reformistas. En cambio, ahora no estaba dispuesto tolerar un nuevo triunfo revolucionario en Centroamérica por lo que apoyaba de manera decidida al gobierno salvadoreño. Del mismo modo los nuevos mandatarios de Venezuela y Costa Rica se habían distanciado del gobierno sandinista y respaldaban la política norteamericana con respecto a El Salvador. En este contexto México se convirtió en el principal simpatizante no socialista de la insurgencia salvadoreña, solo secundado en su postura por el gobierno panameño.

El riesgo que conllevaba asumir esta decisión puede llevarnos a considerar que probablemente el gobierno mexicano se había formado una alta expectativa sobre las posibilidades de la guerrilla para poner en jaque al gobierno salvadoreño y capitalizar la efervescencia insurreccional del movimiento de masas. Ciertamente, durante 1980, a pesar de la violenta represión desencadenada por la extrema derecha contra el movimiento popular, las agrupaciones revolucionarias incrementaron notoriamente su capacidad operativa gracias a la incorporación masiva de nuevos combatientes, así como al entrenamiento y respaldo logístico proporcionado de manera ostensible por Cuba y Nicaragua.[35]

En el mes de diciembre, ante el agravamiento del conflicto y la inminente llegada de Ronald Reagan a la presidencia estadounidense, la administración Carter consideró seriamente entablar negociaciones con la guerrilla. La cancillería mexicana no fue ajena a dicha iniciativa. Sin embargo, una lectura equivocada de la coyuntura y el desacuerdo

[34] *Ibid*. pp. 245-247.

[35] Al respecto, véase Mario Vázquez Olivera, "Del desafío revolucionario a la reforma política. El Salvador 1970-1992", en Ignacio Sosa, coord., *Insurrección y democracia en el Circuncaribe*, México, CCyDEL-UNAM, 1998, pp. 195-227.

entre los propios dirigentes del FMLN echaron por tierra esta opción.[36] En cambio en los primeros días del año siguiente las fuerzas revolucionarias lanzaron su primera ofensiva general. Dicha acción no logró sus propósitos de dividir al ejército, poner en crisis al gobierno y extender la insurrección. Pero, aunque el FMLN no contaba con la fuerza necesaria para tomar el poder, a partir de entonces la guerra de guerrillas se generalizó en el país y amplias áreas rurales quedaron bajo control rebelde. La prolongación del conflicto salvadoreño y el cambio de administración en Estados Unidos hacían prever un escenario regional de mayor confrontación. Aun así México sostuvo su decisión de respaldar por diversos medios al gobierno sandinista y al movimiento revolucionario de El Salvador.

"Va a ser una época sumamente difícil para México, para nuestra política exterior"

Del 9 al 12 de febrero de 1981 tuvo lugar una reunión a puerta cerrada entre el secretario Castañeda y Álvarez de la Rosa y los embajadores mexicanos en Centroamérica y el Caribe. En la sesión inaugural, el canciller subrayó la importancia de este evento que, en su opinión, "no podría ser más oportuno ya que de acuerdo con la Política Exterior trazada por el señor Presidente de la Republica, nuestras relaciones con los países de Centroamérica y el Caribe ocupan un lugar de máxima prioridad en nuestro quehacer internacional". Para el secretario, "la dinámica de los acontecimientos en el exterior" y "la impresionante evolución de México" obligaban a revisar la "forma y nivel" de la presencia mexicana en la región.[37]

Para explicar los principales elementos de aquella "impresionante evolución" del país a que hacía referencia Castañeda y Álvarez de la Rosa, y que era el trasfondo de la diplomacia activa propia del sexenio de López Portillo, a la reunión de embajadores fueron invitados tres de los principales responsables de señalar el rumbo económico de México: el secretario de Patrimonio y Fomento Industrial, José Andrés de Oteyza, el

[36] Los contactos entre funcionarios del Departamento de Estado y representantes del FMLN tuvieron lugar en Tegucigalpa, Honduras. La propuesta norteamericana contemplaba un cese al fuego, reorganizar el gobierno y el ejército, disolver los cuerpos de seguridad y convocar a elecciones. Oscar Martínez Peñate, *El Salvador. Del conflicto armado a la negociación, 1979-1989*, San Salvador, Editorial Nuevo Enfoque, 2007, pp. 57-59.

[37] Las transcripciones de todas las intervenciones realizadas en dicha reunión se encuentran resguardadas en el Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaria de Relaciones Exteriores de México, AHGE III-7092-3 (1ª parte), *Reunión de embajadores de México en Centroamérica y el Caribe con el Canciller Jorge Castañeda de la Rosa y Álvarez*.

subsecretario de Comercio Exterior, Héctor Hernández, y Rodolfo Moctezuma Cid, encargado de la Dirección de Proyectos Especiales de la Presidencia. Ellos expusieron ante los diplomáticos las proyecciones del desarrollo nacional a los cuales nos hemos referido, así como ciertos aspectos que dificultaban su concreción.

El secretario Oteyza subrayó que el proceso de industrialización llevaba casi cuatro décadas. En dicho lapso se había desarrollado una industria protegida y subsidiada, modelo que no era funcional para impulsar la exportación de manufacturas. Lo ejemplificaba de la siguiente manera: DINA, la empresa estatal fabricante de automotores, producía tractores con tecnología japonesa que se vendían en el mercado mexicano, pero que resultaba imposible exportarlos ya que, aun considerando el costo de transportación, a los países de Centroamérica y el Caribe les era más barato comprar tractores directamente a Japón. Lograr que la producción mexicana fuera competitiva implicaba llevar a cabo transformaciones estructurales, pero México necesitaba empezar a exportar para cambiar las dinámicas de producción. Un ejemplo era la forma en que se aprovechaba la relación especial que había con Cuba, que compraba tractores mexicanos a pesar del sobreprecio. La lección era clara: el establecimiento de nuevas alianzas podría permitirle a México incrementar y diversificar sus exportaciones a Centroamérica y el Caribe.

Esta expectativa en el terreno económico se correspondía con lo expresado por el secretario Castañeda acerca de la posibilidad que se planteaba para México, si no de ejercer un liderazgo regional, cuando menos sí de "influir positivamente para que algún día haya en esos países Gobiernos que sean para nosotros interlocutores básicos, que si bien puedan no estar de acuerdo con todas nuestras posiciones, por lo menos permitan con México un dialogo constructivo". Y como ejemplo de estas relaciones, mencionaba los casos de Nicaragua, Venezuela y Cuba.

Es de notar que estos ambiciosos proyectos en materia económica y política tuvieran como escenario de instrumentación una zona en conflicto. Pero en la perspectiva del canciller, la turbulencia política que experimentaba Centroamérica había que interpretarla como una coyuntura histórica; la crisis anunciaba "una etapa de transformaciones fundamentales [...] una época que podría propiciar profundas transformaciones de carácter social". Si bien Castañeda fue muy cuidadoso al expresar sus puntos de vista al respecto, algunos de los representantes mexicanos en Centroamérica que asistían a la reunión manifestaron abiertamente su convicción de que dicha circunstancia configuraba un escenario de oportunidad que podría permitirle a México impulsar sus objetivos económicos, forjar nuevas alianzas y fortalecerse políticamente.

"Si estamos fortaleciendo y ayudando a la Revolución sandinista estamos fortaleciendo la nuestra", sentenció el embajador en Nicaragua, Julio Zamora Bátiz, al definir el carácter del apoyo mexicano: "Entre más Gobiernos democráticos y progresistas

existan en América Latina, mayor ayuda tendremos en nuestra tarea de desarrollarnos y de defendernos de las acometidas del imperialismo". Por su parte Gustavo Iruegas, destacado en El Salvador, también señalaba sin ambages:

> Por razones morales, por motivos de seguridad, por conveniencia económica, porque es necesario frenar al imperialismo y porque el imperativo histórico así lo exige, México debe alentar la existencia en la región de gobiernos democráticos de amplio respaldo popular, de carácter nacionalista, y comprometidos en la búsqueda de la justicia social para sus propios pueblos.

El apoyo mexicano al gobierno sandinista, la situación de Guatemala y la postura ante el proceso revolucionario salvadoreño fueron materia de interesantes discusiones a lo largo de la reunión. El embajador Zamora Bátiz destacó la magnitud de la ayuda brindada a Nicaragua desde la caída de Somoza. Según sus datos, México era, sin lugar a dudas, el principal apoyo económico del régimen revolucionario, aunque ciertamente la ayuda fluía de manera desordenada por la propia descoordinación de las instancias mexicanas. Este apoyo era altamente ponderado por los dirigentes sandinistas que profesaban hacia México y su presidente "gran respeto... gran consideración" y no dejaban de expresar "su interés por vincularse más, económicamente" a nuestro país. No obstante el diplomático se mostraba un tanto escéptico con respecto a sus resultados a más largo plazo, señalando el riesgo de que el esfuerzo mexicano pudiera ser capitalizado por "el otro imperialismo", refiriéndose a la creciente influencia cubana y del bloque socialista en el país centroamericano, para lo cual proponía "ser más consistentes" en buscar que el respaldo a la revolución en Centroamérica abonara efectivamente al establecimiento de "gobiernos representativos... que no se deterioren hacia una dictadura".

En cuanto a la situación guatemalteca, los registros de la reunión hacen evidente que aún no se hacía manifiesta una política de apoyo al movimiento revolucionario como en los casos de Nicaragua y El Salvador, aunque al parecer desde el año anterior instancias del gobierno habían establecido un acuerdo inicial con las Fuerzas Armadas Rebeldes.[38] Como militar de carrera, el embajador Rafael Macedo Figueroa expresó una opinión autorizada sobre los avances de la guerrilla en el terreno militar, pero no profundizó en el conflicto social ni expresó mayor simpatía por la insurgencia. Su principal interés fue exponer algunas características del gobierno guatemalteco, como su carácter represivo, la enorme influencia en su interior de intereses oligárquicos y el poder político adquirido por el ejército. Acerca de la relación bilateral, esta se hallaba afectada por opiniones antimexicanas características de la extrema derecha de dicho país,

[38] Entrevista de Fabián Campos Hernández al comandante guerrillero Pablo Monsanto, marzo de 2014.

cuestionamientos al respaldo de México a la independencia de Belice y acusaciones de que la guerrilla que operaba en la región fronteriza se movía con libertad en territorio mexicano.

Sobre esto último el secretario Castañeda señaló que el presidente había ordenado darle seguridades al gobierno guatemalteco de que no había rebeldes de su país en territorio nacional, pero que de ninguna manera México cooperaría "en la guerra contra las guerrillas de oposición y la oposición que tienen allá". Y asimismo hizo mención de que las recientes maniobras del ejército mexicano en la frontera sur habían tenido también el propósito de "mandar una señal a Guatemala muy directa, muy sutil".

En cuanto al caso salvadoreño, el análisis de Gustavo Iruegas se enfocó en las consecuencias inmediatas de la "Ofensiva final" lanzada por la guerrilla apenas un mes antes. Según su opinión, aunque esta acción militar no había culminado con una victoria, el FMLN había mostrado que tenía capacidad para derrotar al gobierno. A partir de enero el conflicto se desarrollaba en el campo como un "enfrentamiento entre dos ejércitos", e incluso la insurgencia contemplaba la instalación de un gobierno provisional en alguno de los territorios que tenía bajo su control. Pero el curso del conflicto era incierto. El ejército salvadoreño estaba recibiendo armamento y asesoría estadounidense. Iruegas preveía que, si los rebeldes no alcanzaban el triunfo en los próximos tres meses, podría generarse un escenario catastrófico:

> Se iniciará entonces una guerra popular que rebasará las fronteras de El Salvador, acelerará y modificará el proceso revolucionario guatemalteco, se complicará con la programada independencia de Belice, se extenderá a territorio hondureño, involucrará al gobierno revolucionario de Nicaragua, amenazará al gobierno revolucionario de Cuba y beneficiará a la economía de guerra norteamericana. México no podrá considerarse ajeno al conflicto.

Según Iruegas, la insurgencia salvadoreña consideraba al gobierno mexicano como su aliado político más importante. Él estaba convencido de que nuestro país estaba "llamado a protagonizar momentos difíciles en el desarrollo del proceso revolucionario". Los rebeldes salvadoreños necesitaban urgentemente el "solidario aporte de la nación y el Estado mexicanos en su proceso de legitimación internacional". Y, ante la creciente intervención de Estados Unidos, México debía empeñar su "gran fuerza moral que tantos años de actuación internacional justa y valiente le han permitido acumular, para fustigar y, de ser posible, expulsar al intruso".

En efecto, el reciente cambio de administración en los Estados Unidos anunciaba una mayor complicación del escenario centroamericano. El secretario Castañeda preveía que el nuevo gobierno republicano concentraría sus esfuerzos en impedir que en El Salvador y Guatemala triunfara la insurgencia; también probablemente

buscaría derrocar a los regímenes revolucionarios de Cuba y Nicaragua. "Va a ser una época sumamente difícil para México, para nuestra política exterior", anunciaba preocupado. Muy pronto la "fuerza moral" del país, su prestigio internacional, iba a ser sometida a "una prueba muy dura" en Centroamérica. Pero no había marcha atrás:

> Tenemos cierta obligación de ser consistentes, de no abandonar ciertos principios que [...] han definido a la nación desde su independencia; pero no va a ser fácil [...] porque al hacerlo –y tendremos que hacerlo– [...] nos vamos a encontrar en un plano de confrontación con los Estados Unidos y habrá que mantener esa posición como nos ha ocurrido en el pasado en muchas otras ocasiones [...] a pesar de todos los riesgos que pudiera representar [...].

Hacer valer el principio de la no intervención en esta coyuntura era una decisión política pero también una definición histórica. No hacerlo "afectaría profundamente nuestro ser nacional" sostenía el secretario de Relaciones Exteriores. "Dejaríamos de ser México", sentenciaba categórico.

Intentos de mediación

En los meses que siguieron a la reunión de embajadores, el gobierno mexicano resolvió dar un paso decidido en relación al conflicto salvadoreño, que tras la ofensiva guerrillera de enero había caído en cierto *impasse*. Aunque las acciones de guerra se extendieron a amplias zonas del país, era claro que el FMLN no tenía capacidad para lanzar una nueva ofensiva general en el corto plazo y enfrentaba los embates del ejército gubernamental. Por su parte, Estados Unidos y la Junta de Gobierno se negaban a entablar cualquier tipo de negociación con la insurgencia. Ante esta situación el presidente López Portillo dio paso a una propuesta que conjugaba un llamado a la solución negociada del conflicto y lo planteado por Iruegas en la reunión de embajadores en el sentido de respaldar la "legitimación internacional" del FMLN. En el impulso de esta iniciativa se consideró también otra idea esbozada por Castañeda en el encuentro de febrero: la de impulsar una acción colectiva, junto con otros gobiernos de la región, en aras de "restablecer cierto grado de paz" en Centroamérica.[39] Aunque al no encontrar otro gobierno latinoamericano que acompañara su propuesta, el secretario Castañeda buscó el respaldo del gobierno de Francia que encabezaba el socialista François Mitterrand.[40]

[39] AHGE III-7092-3 (1ª parte), *Reunión de embajadores de México en Centroamérica y el Caribe con el Canciller Jorge Castañeda de la Rosa y Álvarez*.

[40] Jorge G. Castañeda, *Amarres perros. Una autobiografía*, México, Alfaguara, pp. 210-211.

El 28 de agosto de 1981 se dio a conocer la famosa Declaración Franco-Mexicana sobre el conflicto salvadoreño firmada por los cancilleres de ambos países. En ella se establecía que El Salvador estaba urgido de cambios sociales, económicos y políticos "fundamentales" y se reconocía a la coalición insurgente como una "fuerza política representativa", avalando su disposición a "asumir las obligaciones y ejercer los derechos" derivados de dicha condición. Francia y México hacían un llamado a la comunidad internacional para evitar "toda [...] injerencia en los asuntos internos de El Salvador", pero a la vez manifestaban con claridad que la solución del conflicto debía contemplar el establecimiento de "un nuevo orden interno", la reestructuración de las fuerzas armadas y la celebración de elecciones "auténticamente libres".[41]

Así como en su momento la ruptura de relaciones con el régimen somocista había mostrado la disposición del presidente López Portillo a asumir un acompañamiento activo del proceso nicaragüense, esta declaración sobre El Salvador estableció las definiciones fundamentales que regirían la actuación mexicana ante el conflicto regional de allí en adelante, señalando que los procesos revolucionarios tenían su origen en causas internas, que la solución de los conflictos pasaba por la negociación entre las partes enfrentadas y debía conducir a transformaciones sustantivas sociales y políticas y que, en la medida en que el bando insurgente asumiera este compromiso, contaría con el apoyo del Estado mexicano.

Consecuentemente con ello, poco después, el gobierno mexicano auspició la instalación de la representación oficial del FMLN-FDR en el Distrito Federal. Con el transcurso de los años esta suerte de "embajada" llegó a contar con diversas oficinas, personal operativo y cuadros especializados en la gestión diplomática. Este fue un recurso estratégico que los rebeldes aprovecharon con singular habilidad a todo lo largo de la guerra. A la vez, las embajadas mexicanas, no solo en la región sino en otras partes del mundo, prestaron apoyo de muy distinto tipo a la movilidad, las comunicaciones y las gestiones internacionales de los "diplomáticos" guerrilleros.[42]

En un artículo publicado recientemente la profesora Ana Covarrubias destaca un aspecto poco mencionado sobre la Declaración Franco-Mexicana: el fuerte contraste entre la recepción favorable que tuvo por parte de gobiernos europeos como los de Noruega, Suecia, Holanda, Irlanda y la República Democrática Alemana, mientras que en América Latina únicamente Nicaragua y Granada se adhirieron a ella. Cova-

[41] Raúl Benítez Manaut y Ricardo Córdova Macías, comps., *México en Centroamérica. Expediente de documentos fundamentales (1979-1986)*, México, CEIICH-UNAM, 1989, pp. 45-46.

[42] Las gestiones diplomáticas del FMLN-FDR y la colaboración con que contaron por parte de la Secretaría de Relaciones Exteriores y otras instancias del gobierno mexicano se encuentran documentadas extensamente en el archivo de la Comisión Político-Diplomática del FMLN.

rrubias señala que, en el ámbito regional, la declaración tuvo como consecuencia el aislamiento de México, pues además de la reacción airada de El Salvador y los Estados Unidos, el gobierno venezolano encabezó una postura de rechazo tajante a la misma, la llamada Declaración de Caracas, que secundaron Colombia, Argentina, Bolivia, Chile, Guatemala, Honduras, Paraguay y República Dominicana. Al parecer, esta reacción ya había sido prevista por el secretario Castañeda, quien la minimizó al declarar: "No es la primera vez que México se encuentra aislado de sus hermanos latinoamericanos, ni tampoco será la última".[43]

Ciertamente el gobierno mexicano se mantuvo firme y no cejó en su empeño de contener la agresiva política estadounidense. Con este fin propuso diversas iniciativas en pro del diálogo y la negociación entre las partes enfrentadas. En noviembre de 1981 tuvieron lugar en territorio mexicano pláticas secretas entre el secretario de Estado estadounidense, Alexander Haig, y el vicepresidente cubano, Carlos Rafael Rodríguez. Para lograr que se sentaran a la mesa el presidente López Portillo había echado mano de todos sus argumentos, llegando inclusive a pedirle a Ronald Reagan que "le devolviera el favor que le había hecho al dejar de invitar a Castro" a la Cumbre del Diálogo Norte-Sur. Sin embargo, durante las pláticas quedó claro que para Estados Unidos resultaba inaceptable la alianza de Cuba con la Unión Soviética, su intervención militar en África, la presencia de asesores cubanos en Nicaragua y el apoyo a las guerrillas de Guatemala y El Salvador. El secretario Haig cerró las pláticas con una demanda: "Si quieren hablar en serio, nosotros también. Pero necesitamos un contexto para las discusiones, y algún tipo de señal de su parte de que lograremos resultados".[44] Estados Unidos no abandonaría tan fácilmente su postura, y eso se confirmó cuando, de manera casi simultánea a dichas pláticas, fueron asignados 20 millones de dólares para acciones encubiertas contra Nicaragua.

No obstante la reticencia de Reagan, México lo volvería a intentar. El 21 de febrero de 1982, durante su segunda visita a Nicaragua, López Portillo definió la situación en el Circuncaribe como un problema de tres nudos: la relación Cuba-Estados Unidos, Estados Unidos-Nicaragua y el conflicto en El Salvador. Señaló que la forma de resolverlos estaba condicionada a negociaciones bilaterales y paralelas, y se ofreció como intermediario para facilitar las conversaciones. Cuba y Nicaragua aceptaron de inmediato, pero Washington solo aceptó luego de fuertes presiones de la oposición demócrata: "No estábamos interesados en la iniciativa desde el principio... pero el Congreso y la

[43] Ana Covarrubias, "La Declaración Franco-Mexicana sobre El Salvador", en *Revista Mexicana de Política Exterior*, número especial, México, Instituto Matías Romero/SRE, 2013, pp. 49-53 y 58-59.

[44] William LeoGrande y Peter Kornbluh, *Diplomacia encubierta con Cuba. Historia de las negociaciones secretas entre Washington y La Habana,* México, Fondo de Cultura Económica, 2015, pp. 262-267.

opinión publica nos emboscaron. Teníamos que acceder a negociar o parecer poco razonables".[45]

En marzo, Fidel Castro escuchó de voz de Vernon Walters las condiciones de Estados Unidos para la normalización de la relación bilateral. Cuba debía cesar su apoyo a las guerrillas en Centroamérica y Colombia, retirarse de Angola y Nicaragua y aceptar el regreso de los delincuentes enviados en El Mariel. La respuesta de Castro fue que el regreso de los "excluibles" era un tema sencillo, que desde hacía un año Cuba había suspendido el abastecimiento logístico a Nicaragua y al FMLN y que estaba dispuesto "a apoyar constructivamente el plan de López Portillo para llegar a un acuerdo en El Salvador". Sin embargo, ni Walters ni Reagan quisieron confiar en el líder cubano y en consecuencia este nuevo encuentro propiciado por México culminó también con un fracaso.[46]

El camino a Contadora

Al no fructificar las iniciativas de negociación se exacerbó el conflicto en Centroamérica. Para 1982 la Junta de Reconstrucción Nacional de Nicaragua había perdido a la mayor parte de sus miembros moderados, algunos de los cuales se integraron a las filas contrarrevolucionarias. Los sandinistas, por su parte, firmaron un acuerdo de cooperación económica con la Unión Soviética y estrecharon lazos con el Bloque Socialista. Esta alianza era vital para consolidar sus fuerzas armadas y defender el proyecto revolucionario. Desde luego Estados Unidos tuvo en ello el pretexto ideal para endurecer sus medidas económicas y políticas contra el gobierno nicaragüense y redoblar su apoyo a los grupos contrarrevolucionarios instalados en Honduras, Costa Rica y la Costa Atlántica.

En El Salvador, el FMLN había logrado resistir las ofensivas del ejército contra sus bastiones rurales en el centro y oriente del país a pesar de la campaña de tierra arrasada emprendida por las fuerzas gubernamentales que cobró miles de vidas y provocó la salida de masiva de refugiados hacia México, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Belice. Gracias a la asesoría y al armamento recibido de países como Cuba, Vietnam y Libia, la guerrilla salvadoreña pudo consolidar sus fuerzas e iniciar acciones ofensivas de mayor envergadura. De manera paralela, la ayuda estadounidense permitió al ejército gubernamental multiplicar sus efectivos e incrementar su arsenal (incluyendo la renovación total de su fuerza aérea). Asimismo, un centenar de asesores y agentes de inteligencia norteamericanos fueron desplegados en El Salvador. Su presencia fue clave para cohesionar al ejército y redefinir la estrategia contrainsurgente.

[45] *Idem,* p. 268.
[46] *Idem,* pp. 268-270.

De manera paralela al recrudecimiento de la guerra tuvieron lugar en El Salvador importantes procesos de transformación política auspiciados por Estados Unidos. En marzo de 1982 se celebraron elecciones generales para elegir una Asamblea Constituyente y aunque la guerrilla intentó boicotear las votaciones estas se llevaron a cabo. En este proceso quedó de manifiesto que la Democracia Cristiana y el naciente partido Alianza Republicana Nacionalista (Arena), de ultraderecha, no eran solo los principales referentes del juego electoral, sino que tenían gran poder de convocatoria y contaban con un efectivo respaldo social. En esta medida, la rebelión popular daba paso a una auténtica guerra civil. Cuando en mayo la Junta encabezada por José Napoleón Duarte entregó el poder al presidente provisional Álvaro Magaña, El Salvador se hallaba en guerra pero también estaban en curso cambios fundamentales de carácter social, como la reforma agraria, y había iniciado la renovación "democrática" del sistema político.

En Guatemala las cosas siguieron un rumbo muy distinto. A pesar de contar con amplio respaldo popular, la guerrilla no alcanzó a consolidar sus fuerzas militares y sufrió graves reveses en el campo y la ciudad desde mediados de 1981, cuando el ejército inició su gran ofensiva contrainsurgente. La represión y las masacres se recrudecieron tras el golpe de Estado de marzo de 1982 que llevó al poder al general Efraín Ríos Montt. Además de cobrar miles de víctimas civiles, la campaña de tierra arrasada provocó la huida en masa de campesinos indígenas hacia territorio mexicano dando lugar a una crisis humanitaria de grandes proporciones que colocó a nuestro gobierno en una situación sumamente comprometida.

En cuanto al resto del Istmo, Panamá había sufrido un duro golpe con la sospechosa muerte del general Omar Torrijos en un accidente de aviación. Si bien el gobierno panameño se mantuvo al lado de Nicaragua y de los revolucionarios salvadoreños, su activismo regional se redujo notoriamente. Costa Rica se alineó plenamente con Estados Unidos. El presidente Luis Alberto Monge entabló una dinámica de confrontación con el gobierno sandinista y toleró que la Contra nicaragüense operara en su territorio.

Honduras era un caso extremo. Se había convertido en pieza fundamental de la estrategia estadounidense para combatir la revolución en Centroamérica. No solo su gobierno estaba plegado a los designios de Washington, sino que, desde el año anterior, el territorio nacional albergaba instalaciones militares estadounidenses donde se coordinaban misiones de inteligencia y operaciones especiales contra Nicaragua y el FMLN. Además, el ejército y las fuerzas de seguridad colaboraban abiertamente con la Contra nicaragüense que había sentado sus reales en zonas aledañas a la frontera con Nicaragua. A la vez libraban una "guerra sucia" contra las pequeñas agrupaciones guerrilleras de Honduras y las guerrillas de El Salvador que trasegaban armas a través del país.

Dada la situación, el panorama catastrófico descrito por Gustavo Iruegas en la reunión de embajadores parecía concretarse. La guerra comenzaba a desbordar las fronteras. Inevitablemente la intromisión de Estados Unidos y sus aliados por un lado, y de Cuba y el bloque socialista por el otro, situaba el conflicto regional en el marco de la confrontación Este-Oeste. Por si fuera poco, que Estados Unidos tuviera tropas y aeronaves estacionadas en Honduras y realizara periódicamente maniobras navales en los litorales centroamericanos, hacían patente la amenaza de una intervención militar directa, la cual incluso se podría extender a Cuba.[47] En este escenario los espacios de acción de la diplomacia mexicana se estrechaban críticamente.

En agosto de 1982 se presentó la oportunidad de impulsar otra vez una acción colectiva con respecto a Centroamérica, cuando el presidente venezolano Luis Herrera Campins propuso a México impulsar de manera conjunta una nueva iniciativa de diálogo. Ambos gobiernos acordaron convocar por escrito a cada una de las partes confrontadas con quien tuvieran, respectivamente, mayor cercanía política. De esta manera quedaba atrás el distanciamiento que se había producido a raíz de la Declaración Franco-Mexicana. Si bien ante la negativa de algunos gobiernos alineados con Estados Unidos dicho esfuerzo no rindió frutos en lo inmediato, unos meses después, iniciando el sexenio de Miguel de la Madrid, habría de dar lugar a la iniciativa de paz del Grupo Contadora.

Consideraciones finales

Hemos visto que la política de López Portillo hacía Centroamérica no se constituyó de hechos aislados ni de acciones casuísticas, sino que de manera sistemática se propuso respaldar los procesos de cambio sociopolítico que apuntaban a la instauración de gobiernos revolucionarios en el Istmo. Esta decisión estuvo determinada por la evolución de los conflictos internos en los propios países centroamericanos y la actitud adoptada ante ello por la administración Carter. Pero también gravitaron en ella de manera específica los ambiciosos planes de desarrollo económico planteados por la presidencia de la república, el contrapunto con Estados Unidos en torno a la cuestión petrolera y la intención de renovar la legitimidad interna del régimen priísta en concordancia con la reforma política de 1977.

Entre 1978 y 1981 se establecieron las principales pautas del involucramiento mexicano en Centroamérica, a saber:

[47] Sobre los planes para invadir Cuba, véase William LeoGrande y Peter Kornbluh, *op. cit.* p. 264.

- La interpretación de los conflictos en Nicaragua, El Salvador y Guatemala como procesos de origen interno que expresaban la necesidad apremiante de cambios políticos, económicos y sociales.
- Respaldo económico y político al gobierno sandinista de Nicaragua y establecimiento de relaciones, acuerdos políticos y mecanismos de colaboración con grupos insurgentes de El Salvador y Guatemala.
- Acogida de asilados y refugiados y denuncia de violaciones graves a los derechos humanos.
- Oposición abierta a la política intervencionista de Estados Unidos.
- Promoción y acompañamiento de soluciones negociadas tanto en el caso de la confrontación regional y como de los distintos conflictos nacionales.

Es de subrayar que todas las iniciativas en pro del diálogo y la negociación presentadas por México desde la Declaración Franco-Mexicana en adelante fueron planteadas cuando el país enfrentaba la peor crisis económica que había sufrido después de la Revolución. Esto significaba entrar "en un plano de confrontación con los Estados Unidos", a decir del canciller Castañeda, pero al mismo tiempo debía considerarse que dicho país era el principal acreedor y socio comercial de México, y que tenía un peso decisivo en los organismos financieros internacionales, por lo cual una buena relación con Washington resultaba crucial para paliar la crisis. Sobre esta situación paradójica los estudiosos del tema han dicho poco. Convendría explorar más a fondo cómo enfrentó este desafío la diplomacia mexicana pues, a pesar del riesgo que ello implicaba y actuando muchas veces en el filo, México siguió involucrado a fondo en el conflicto centroamericano sin voltear jamás la espalda a sus amigos revolucionarios.

Finalmente cabe recalcar que durante el sexenio de José López Portillo se definió una política de Estado con relación a los conflictos centroamericanos. Inclusive considerando que buena parte del cuerpo diplomático y funcionarios de otras dependencias gubernamentales desconocían los entretelones de esta política, en particular en cuanto se refiere a la dimensión y los alcances que tuvo el apoyo a la insurgencia centroamericana, es un hecho que el rumbo trazado por López Portillo y Jorge Castañeda asumió a la larga un carácter transexenal, pues en sus pautas generales, señaladas arriba, se mantuvo vigente durante los gobiernos de Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari, alcanzando su momento culminante con la firma de los Acuerdos de Chapultepec, que consignaron el fin de la guerra civil en El Salvador.

Repositorios

Archivo Histórico "Genaro Estrada" de la Secretaria de Relaciones Exteriores de México.
Archivo Diplomático de la República de El Salvador.
Archivo de la Comisión Político-Diplomática del FMLN.

Entrevistas

Entrevista al comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Rebeldes de Guatemala, Pablo Monsanto, marzo de 2014.

Bibliografía

Aguilar Zínser, Adolfo y Rodrigo Jauberth Rojas, (coords.), Relaciones Centroamérica-México, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas, 1986-1987.

Benítez Manaut, Raúl y Ricardo Córdova Macías, (comps.), *México en Centroamérica. Expediente de documentos fundamentales (1979-1986)*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

Cardenal, Ernesto, *Memorias III. La revolución perdida*, México. Fondo de Cultura Económica, 2005.

Castañeda, Jorge G., *Amarres perros. Una autobiografía*, México, Alfaguara, 2014.

Castillo, Manuel Ángel, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *Centroamérica*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2010, (Historia de las Relaciones Internacionales de México, 2).

Covarrubias, Ana, "La Declaración Franco-Mexicana sobre El Salvador", en *Revista Mexicana de Política Exterior*, número especial, México, Instituto Matías Romero / Secretaría de Relaciones Exteriores, 2013, pp. 39-62.

Flores Olea, Víctor, (ed.), *Relación de Contadora*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores / Fondo de Cultura Económica, 1988.

Guillén Romo, Héctor, *Orígenes de la crisis en México. 1940/1982,* México, Ediciones Era, 1990.

LeoGrande, William y Peter Kornbluh, *Diplomacia encubierta con Cuba. Historia de las negociaciones secretas entre Washington y La Habana,* México, Fondo de Cultura Económica, 2015.

López Portillo, José, *Mis tiempos. Biografía y testimonio político. Parte primera*, México, Fernández Editores, 1988.

_____, *Discurso en la Plaza José Martí*, Cuba, 2 de agosto de 1980, (mimeografiado).

Martínez Peñate, Oscar, *El Salvador. Del conflicto armado a la negociación, 1979-1989*, San Salvador, Editorial Nuevo Enfoque, 2007.

Ojeda, Mario, *México: el surgimiento de una política exterior activa*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986.

_____, *Retrospectiva de Contadora. Los esfuerzos de México para la paz en Centroamérica (1983-1985),* México, El Colegio de México, 2007.

_____, *México y Cuba revolucionaria: cincuenta años de relación,* México, El Colegio de México, 2008.

Ortega Saavedra, Humberto, *La epopeya de la Insurrección*, Managua, Editorial LEA, 2004.

Messmacher, Miguel, Santiago Genovés, Margarita Nolasco, *et al.*, *Dinámica maya: los refugiados guatemaltecos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

Pellicer, Olga, (ed.), *La política exterior de México: desafíos de los ochenta*, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas, 1983.

Toussaint, Mónica, *Diplomacia en tiempos de guerra. Memorias del embajador Gustavo Iruegas*, México, Instituto Mora / La Jornada / Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe-Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.

Vázquez Olivera, Mario, "Del desafío revolucionario a la reforma política, El Salvador 1970-1992", en Ignacio Sosa, (coord.), *Insurrección y democracia en el Circuncaribe*, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos-Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, pp. 195-227.

Zorrilla, Luis G., *Relaciones de México con la república de Centro América y con Guatemala*, México, Editorial Porrúa, 1984.

Recursos electrónicos

s/a, *¿Buenos vecinos?: López Portillo y Carter*, Wikiméxico. Disponible en <http://www.wikimexico.com/articulo/Carter-y-Lopez-Portillo>.

Femospp, *Informe preliminar*, México, 2006, Disponible en <http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB180/index2.htm>.

¿Activismo o intervencionismo? México frente a Nicaragua, 1978-1982

Mónica Toussaint[1]

El papel de México en la región centroamericana a fines de los años setenta y principios de los ochenta del siglo pasado ha despertado polémica. Para algunos, México dio continuidad a una preocupación por lo que acontecía en los países del istmo centroamericano, que había estado presente a lo largo de su historia como nación independiente. Para otros, a partir de 1979, México manifestó una clara vocación "centroamericanista" y empezó a desarrollar una diplomacia francamente activa hacia Guatemala, Nicaragua y El Salvador debido a la situación de crisis política y a su mayor capacidad de ejercer el papel de actor regional, derivada de los recursos petroleros. Algunos más han llegado a argumentar que la política exterior de México hacia Centroamérica en esos años rebasó el marco de los principios tradicionales de la diplomacia mexicana, y la han caracterizado como una política de franca intervención.

De aquí que en este capítulo se busque analizar la política exterior de México hacia Nicaragua en el periodo de 1978 a 1982, tomando en cuenta el pensamiento y las acciones de los actores diplomáticos concretos, en el marco de lo que puede definirse como una política de Estado impulsada por un gobierno defensor de una ideología nacionalista y revolucionaria. Partiendo de que se trata de una época caracterizada por un marcado activismo de la diplomacia mexicana, se hará énfasis tanto en los mecanismos de formulación de política exterior desde la Cancillería como en el papel de la embajada mexicana en Managua. Con este fin, se presenta un panorama general del proceso

[1] Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Investigadora del Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora.

revolucionario en Nicaragua, para luego exponer cómo las acciones emprendidas por el gobierno mexicano pueden ubicarse en varios niveles.

En primer lugar, se destacan algunas de las acciones llevadas a cabo durante este periodo, las cuales corresponden a la tradición de la política exterior mexicana de defensa de una serie de principios y, en particular, se hace referencia a la práctica de otorgar asilo a los perseguidos políticos en las sedes diplomáticas mexicanas. En segundo término, se analiza el viraje en la política exterior mexicana a partir de 1979, para convertirse en una política francamente activa hacia la región, que buscaba dar apoyo a los movimientos sociales que luchaban por un cambio, y que se expresó en dos iniciativas claras: la ruptura de relaciones con el gobierno de Anastasio Somoza en mayo de 1979 y la solidaridad con el nuevo gobierno a través de acuerdos de cooperación, como el Pacto de San José, firmado en 1980. Un tercer apartado busca explicar cómo, derivado de esta política activa, se inició un importante proceso negociador encabezado por México, el cual tuvo como característica principal el enfrentamiento con el gobierno de Ronald Reagan, empeñado en intervenir de manera directa en la región, proceso que fue el antecedente de la creación del Grupo Contadora, en 1983. Por último, se hace referencia a las acciones promovidas por la Cancillería o impulsadas de manera personal por el encargado de negocios de la embajada de México en Managua, que claramente rebasaron los límites de los principios de nuestra política exterior y que pueden considerarse una forma de intervención o, al menos, de participación directa en el apoyo a los movimientos sociales nicaragüenses que desafiaban al régimen de Anastasio Somoza Debayle.

De esta manera, se busca dar cuenta de un fenómeno que, por su complejidad, no puede analizarse a través de una sola línea explicativa, sino que tiene que ser abordado tomando en cuenta los diversos factores que incidieron en la elaboración de la política exterior mexicana y las distintas formas en que ésta se expresó.

La revolución sandinista

A finales de los años sesenta, las protestas sociales se incrementaron en Centroamérica. Frente al fracaso de los partidos políticos tradicionales, las luchas sociales fueron encabezadas por los movimientos estudiantiles y el incipiente movimiento guerrillero, a los que se sumó la crítica de sectores cercanos a la oligarquía, como fue el caso de la Iglesia. A todo ello, la clase dominante respondió con una oleada creciente de represión. Para complicar más la situación, los factores externos otorgaron al conflicto una dimensión político-ideológica que influyó muchas veces en su evolución. Así, la segunda mitad de los años setenta fue un periodo de crisis en Nicaragua, El Salvador y Guatemala. En cada uno de esos países, las manifestaciones del deterioro social, económico y político fueron

diferentes, pero en todos los casos se intentó dejar atrás los regímenes autoritarios, militarizados y carentes de prácticas democráticas.[2]

En el caso de Nicaragua, al iniciarse la década de los sesenta existía una gran inquietud popular por organizarse en contra de la dictadura de Anastasio Somoza Debayle, quien ejercía el monopolio económico en el país y sustentaba el control político con base en una constante represión a las fuerzas de oposición. Las luchas y protestas masivas contra la carestía de la vida, la insalubridad, la falta de vivienda y otros muchos problemas se sucedían de manera espontánea en los sindicatos, los barrios, las escuelas y el campo, debido a la ausencia de una organización que encabezara estas luchas. En general, la oposición antisomocista había sido hegemonizada por el Partido Conservador, pero venía experimentando una pérdida gradual de control sobre los movimientos sociales que, cada vez más, buscaban la caída de Somoza. En este periodo, el movimiento estudiantil empezó a enarbolar la figura de Augusto César Sandino y la consigna antimperialista como banderas de lucha que pudieran aglutinar a los sectores sociales más pobres de Nicaragua.

El surgimiento del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en 1961,[3] organización antisomocista con un programa revolucionario, abrió una nueva etapa en el desarrollo de las luchas populares en Nicaragua. En un inicio, el FSLN trabajó en la clandestinidad, desarrollando una actividad fundamentalmente guerrillera. Ello se debió tanto a la constante represión de la que eran víctimas los sectores populares contrarios al régimen como a la concepción política que, debido a la influencia de la revolución cubana, privilegiaba la lucha guerrillera como medio para acabar con la situación económica, política y social imperante.

Después del revés militar sufrido en el primer intento armado llevado a cabo en Bocay, en 1963, el FSLN inició una campaña de acumulación de fuerzas y estructuración de una red clandestina con el fin de subsistir frente a la represión, al tiempo que trabajaba con el objetivo de ganar autoridad política para organizar y movilizar al pueblo nicaragüense. Por ello, se dio a la tarea de vincularse a los movimientos sociales en los sindicatos de la ciudad y el campo, en los barrios y en las escuelas, presentando una alternativa de expresión y protesta, a la vez que desarrollaba una intensa labor de propaganda política. Este incipiente trabajo de masas fue dirigido por el FSLN a través del Frente Estudiantil Revolucionario (FER) y de los Comités Cívicos Populares. Durante este primer repliegue, se trabajó también en alianza con algunas fuerzas democráticas,

[2] Edelberto Torres Rivas, "Introducción a la década", en *Historia General de Centroamérica. Historia inmediata (1979-1991)*, Madrid, Flacso, 1993, t. VI, pp. 16-17.

[3] En 1961 se constituyó el Frente de Liberación Nacional y, dos años más tarde, tomó el nombre de Frente Sandinista de Liberación Nacional a instancias de Carlos Fonseca Amador.

como el Partido Socialista Nicaragüense (PSN) y Movilización Republicana, con el fin de llevar adelante luchas de carácter reivindicativo por el agua, la luz, el transporte, etcétera, pero sin darles un contenido político revolucionario. De manera paralela, se lograron difundir las ideas sandinistas por medio de círculos de estudio, volantes y propaganda armada.

El año de 1967 fue el punto de partida para la conformación de una alternativa revolucionaria independiente, que buscaba combinar la lucha guerrillera con el trabajo político-organizativo en el campo y la ciudad, a fin de que el movimiento popular se desprendiera de la tutela de la burguesía opositora y de los partidos políticos tradicionales. Cuando el Partido Conservador, dirigido por Fernando Agüero, pactó con Anastasio Somoza Debayle para que éste llegara al poder, el FSLN emergió, después de la experiencia guerrillera de Pancasán, como la única fuerza enfrentada al régimen somocista y comenzó a adquirir un carácter nacional, frente a la oposición burguesa que estaba cada vez más desprestigiada. A partir de entonces, se desarrollaron mecanismos clandestinos de vinculación a las masas y se comenzó a participar de manera más activa en las organizaciones estudiantiles, obreras, campesinas, comités de barrios, comunidades de base, etcétera. Con todo, el FSLN vio mayores resultados a nivel del fortalecimiento de sus estructuras clandestinas que en el ámbito de la organización popular masiva.

El terremoto de 1972 conllevó una seria crisis política y económica debido a la destrucción que produjo en Managua, que se agudizó en virtud de que gran parte de la ayuda económica internacional fue a parar a los bolsillos del dictador. De aquí que el FSLN se planteara la necesidad de reforzar su trabajo político de masas, creándose organizaciones y frentes que apoyaban y difundían los postulados sandinistas, al tiempo que participaban en diversas movilizaciones y jornadas de lucha.[4]

En 1974 surgió la Unión Democrática de Liberación (UDEL), grupo opositor dirigido por Pedro Joaquín Chamorro, que agrupaba a algunos miembros del Partido Conservador, sindicatos, grupos democristianos, al PSN y, en general, grupos de la pequeña burguesía nicaragüense. El 27 de diciembre de ese mismo año, el FSLN llevó a cabo un operativo en casa del ministro *Chema* Castillo, acción que les proporcionó recursos económicos, dio gran difusión a sus planteamientos y les otorgó mayor presencia nacional e internacional, pero que trajo consigo una severa represión que resquebrajó al incipiente movimiento de masas.[5] A ello se sumó el surgimiento de tres tendencias al interior del FSLN a partir de 1975: la Tendencia Proletaria (TP), que re-

[4] Manlio Tirado, *La revolución sandinista,* México, Nuestro Tiempo, 1983, pp. 43-44.

[5] Jaime Wheelock, *Frente Sandinista. Diciembre Victorioso*, Managua, Secretaría Nacional de Propaganda y Educación Política del Frente Sandinista de Liberación Nacional, 1980.

calcaba la necesidad de la organización de la clase obrera en los centros de producción; la Tendencia Guerra Popular Prolongada (GPP), que apoyaba el trabajo político de masas pero ponía mayor énfasis en la actividad guerrillera en la montaña; y la Tendencia Insurreccional (TI), que buscaba impulsar acciones armadas en la ciudad con base en una amplia política de alianzas.

Para 1977, el objetivo del FSLN era desarrollar un programa mínimo de reivindicaciones populares,[6] que reflejara las demandas más sentidas del pueblo de Nicaragua y sentara las bases para la implantación de un gobierno revolucionario, democrático y popular. Al mismo tiempo, se realizó un intenso trabajo orientado a fortalecer las organizaciones populares, el cual se vio favorecido por la derogación del estado de sitio en septiembre del mismo año. En ese contexto, en octubre se constituyó el Movimiento Pueblo Unido (MPU), integrado por organizaciones de trabajadores, colonos, campesinos, estudiantes y mujeres en torno a la problemática de los derechos humanos en Nicaragua y la libertad de los presos políticos.

A raíz del asesinato de Pedro Joaquín Chamorro el 10 de enero de 1978, la UDEL convocó a una huelga general. La mitad de los comercios de Managua cerraron sus puertas y cerca de 300 000 trabajadores faltaron a sus labores. Los sandinistas realizaron acciones en Matagalpa, Granada, León y Masaya y tuvieron lugar importantes levantamientos indígenas en los barrios de Monimbó y Subtiava. El movimiento popular se desbordó y fue víctima de la sangrienta represión de la Guardia Nacional. En respuesta, la oposición antisomocista empezó a aglutinarse y a conformar bloques unitarios en contra de Somoza. Tal fue el caso del surgimiento en marzo del Movimiento Democrático Nicaragüense (MDN), dirigido por Alfonso Robelo; el Frente Amplio Opositor (FAO), constituido en mayo por el propio MDN, la UDEL y el Grupo de los Doce,[7] la oposición conservadora y algunos sindicatos obreros; y el MPU, creado por los sandinistas en julio, y en el cual confluyeron partidos políticos de izquierda, organizaciones estudiantiles, sindicatos, asociaciones de mujeres, etcétera.

Los movimientos populares culminaron con la toma del Palacio Nacional el 22 de agosto,[8] acción que abrió la puerta a la insurrección de septiembre de 1978. A partir

[6] FSLN, "Plataforma programática: aspectos principales de la estrategia", en Humberto Ortega Saavedra, *Sobre la insurrección*, La Habana, Escuela de Ciencias Sociales, 1981, pp. 25-36. FSLN, "Programa mínimo", en Augusto César Sandino y Carlos Fonseca Amador, *Nicaragua: La estrategia de la victoria*, México, Nuestro Tiempo, 1980, pp. 225-233.

[7] El Grupo de los Doce estaba compuesto por Sergio Ramírez, escritor; Fernando Cardenal, sacerdote; Arturo Cruz, economista; Joaquín Cuadra, abogado; Felipe Mántica, industrial; Carlos Gutiérrez, dentista; Ernesto Castillo, abogado; Miguel D'Escoto, sacerdote; Carlos Tunnerman, ex rector de la Universidad Nacional; Casimiro Sotelo, arquitecto; Emilio Baltodano, industrial; y Ricardo Coronel, agrónomo.

[8] Gabriel García Márquez, *et al.*, *Los sandinistas*, Bogotá, Oveja Negra, 1979, pp. 31-48.

de entonces comenzaron a darse pasos más certeros hacia la unidad del movimiento popular. El FAO y la Organización de Estados Americanos (OEA) pretendieron negociar una salida pacífica con un "somocismo sin Somoza", contando con el apoyo de Estados Unidos, por lo que el Grupo de los Doce, el PSN y la CTN se retiraron del FAO y, a partir de que se inició el proceso de reunificación de las tres tendencias dentro del FSLN, se conformó el Frente Patriótico Nacional (FPN), cuyo eje fundamental era el MPU, y al cual se sumaron el Grupo de los Doce, diversas fuerzas de izquierda y los sindicatos dirigidos por el FSLN. Así, ante la imposibilidad de llevar adelante un gobierno somocista sin Somoza, los sectores conservadores decidieron aliarse con las fuerzas populares y tratar de influir en el nuevo gobierno. Por su parte, el FSLN amplió su política de alianzas y empezó a trabajar en la organización de las masas que participarían en la insurrección y en la creación de una fuerza militar que garantizara la victoria: el Ejército Popular Sandinista (EPS).

En los primeros meses de 1979, el ascenso del movimiento revolucionario era incuestionable. Las acciones militares del FSLN se multiplicaron[9] y, a la par que se desarrollaban los enfrentamientos militares con la Guardia Nacional, las organizaciones populares se hacían presentes en manifestaciones, tomas de ciudades, construcción de barricadas, tomas de iglesias, etcétera. Este proceso culminó con la reunificación de las tres tendencias en marzo de 1979, el inicio de la ofensiva final, el llamado a la huelga general el 4 de junio y la constitución del Gobierno Provisional de Reconstrucción Nacional el 16 del mismo mes, acciones que junto con los intensos combates llevados a cabo por el EPS y las movilizaciones de las masas organizadas condujeron al triunfo de la revolución sandinista el 19 de julio de 1979. En este proceso tuvieron un papel central los frentes amplios (MPU y FPN), las organizaciones de masas sectoriales, así como la participación en formas de lucha armada y no armada a través de los Comités de Defensa Civil (CDC) que fortalecieron la labor de dirección del FSLN.[10]

Tradiciones y principios

Los principios tradicionales de la política exterior mexicana (no intervención, autodeterminación de los pueblos, solución pacífica de controversias, proscripción de la

[9] El FSLN llevó a cabo acciones militares en Estelí, León y Chinandega.

[10] Para todo el apartado, *vid.* Humberto Ortega Saavedra, *50 años de lucha sandinista*, México, Diógenes, 1979. Omar Cabezas, *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, México, Siglo XXI, 1982. Claribel Alegría y D. J. Flakoll, *Nicaragua: La revolucion sandinista. Una crónica política, 1855-1979*, México, Era, 1982; Pilar Arias, *Nicaragua, revolución: Relatos de combatientes del frente sandinista*, México, Siglo XXI, 1980, 226 pp.

amenaza o el uso de la fuerza en las relaciones internacionales, igualdad jurídica de los Estados, cooperación internacional para el desarrollo, y lucha por la paz y la seguridad internacionales) comenzaron a adquirir un carácter doctrinario oficial a partir de la revolución mexicana y fueron defendidos por los gobiernos emanados de ésta, convirtiéndose en factores de legitimación del sistema político mexicano.[11] Durante la segunda mitad del siglo XX, México impulsó una política exterior de Estado, claramente delineada desde la Cancillería, la cual contó con la participación de los diplomáticos que debieron aplicarla en varios países, ante distintos casos concretos y en los diversos foros multilaterales, con el fin de hacer oír la voz de México. Se reivindicaba una serie de principios del derecho internacional y se promovía el desarrollo de una política exterior activa que buscaba la independencia frente a Estados Unidos, la protección de los mexicanos en el exterior, el ejercicio del derecho de asilo, la construcción de un mundo sin armas, la promoción de la ayuda humanitaria, la condena a las invasiones militares, la pacificación de los conflictos y la defensa de la soberanía.

Como signatario de las Convenciones Interamericanas de asilo, la de La Habana (1928), la de Montevideo (1933) y la de Caracas (1954), a lo largo del siglo XX el gobierno mexicano construyó una sólida tradición de dar protección a los perseguidos de los regímenes políticos autoritarios, por lo que México se convirtió en tierra de refugio para españoles, chilenos, argentinos, uruguayos, guatemaltecos, nicaragüenses y salvadoreños. La tesis mexicana que se aplicaba era en el sentido de que el asilo era una institución humanitaria y que cuando un embajador pedía instrucciones para dar o no asilo, la Cancillería debía preguntarle a ese mismo embajador si quien lo solicitaba lo merecía, porque el único que podía saberlo era él. El argumento fundamental era que si se daba respuesta a partir de la información, entonces la respuesta sería política y no humanitaria. Por ello, el embajador era quien debía asumir la responsabilidad de darlo o negarlo y la Cancillería lo iba a respaldar. Generalmente eran asuntos tratados con discreción, excepto cuando el personaje tenía una estatura tal que la discreción no fuera posible.

En palabras del embajador Gustavo Iruegas, que fungió como encargado de negocios de la embajada de México en Managua de septiembre de 1978 a mayo de 1979, el problema del asilo se resumía en una fórmula: en caso de duda, era mejor otorgarlo. A lo mejor se perdía un boleto de avión, o un poco de tiempo, o tal vez era una molestia, pero si no se otorgaba, se corría el peligro de perder una vida. Esa era la posición mexicana respecto del asilo. Durante los meses que estuvo en Nicaragua, Iruegas siguió la instrucción que para tal efecto les había dado don Alfonso de Rosenzweig, que era la de

[11] César Sepúlveda, "Vigencia actual de los principios de la política exterior del Estado mexicano", *Relaciones Internacionales*, núm. 26-27, jul-dic 1979, pp. 5-18.

no llamar al asilo por su nombre, a menos que fuera absolutamente necesario. Era una vieja práctica de la diplomacia mexicana para evitar trámites administrativos y conflictos políticos, además de prevenir represalias en contra de las familias de los asilados.[12]

Una vez que se hizo cargo de la embajada de México en Nicaragua, en septiembre de 1978, el diplomático mexicano se encontró con que el número de asilados, dentro de la misma embajada, que huían de la represión del régimen somocista crecía día con día.[13] Cuando llegó, había entre doce y quince asilados, pero la entrada diaria era de alrededor de una docena de personas, a las cuales había que entrevistar y resolver si se les otorgaba el asilo o no.[14] En tiempos de Iruegas, la embajada mexicana en Managua llegó a albergar entre 750 y 800 asilados, siempre con el respaldo del gobierno de México. Sin embargo, en un momento dado, lo llamaron de la Cancillería para que explicara por qué había dado tantos asilos, pues algún funcionario pensaba que estaba vendiendo el asilo. Pero Iruegas respondió a esa acusación argumentando que gran parte de los asilados eran muy pobres, muchachos cuya edad fluctuaba entre los 18 y los 20 años, porque en ese momento la represión somocista era generalizada sobre los jóvenes, que eran los que habían salido a las calles, a las barricadas.[15] No eran los combatientes quienes pedían la protección de la Embajada, era la población que se había incorporado a la insurrección.[16]

Además, argumentó que era imposible consultar a la Cancillería acerca de todos los casos, porque así era la práctica mexicana de asilo: el embajador decidía y cargaba con la responsabilidad de decidir si otorgaba o no el asilo.[17] Después de escuchar sus razones, en la Cancillería le pidieron que fuera ver al entonces secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heroles, quien le dijo que no era necesario dar ninguna explicación y que continuara con su labor tal como la había venido realizando.[18] Esto hizo que Iruegas regresara a Managua muy fortalecido, contando con el apoyo de ambas secretarías. Cada vez que Iruegas juntaba un cierto número de salvoconductos, llegaba un avión del Estado Mayor que les llevaba comida, sacos de frijol, latas de atún y sardinas, y todo

[12] Mónica Toussaint, *Diplomacia en tiempos de guerra. Memorias del Embajador Gustavo Iruegas*, México, Instituto Mora / CIALC-UNAM / La Jornada, 2013, p. 185.

[13] *Ibid.*, p. 192.

[14] *Ibid.*, p. 195.

[15] *Ibid.,* pp. 195-196.

[16] *Ibid.*, p. 196. Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *Centroamérica*, México, Acervo Histórico Diplomático-SRE, 2011, vol. 2, p. 139. (Colección Historia de las relaciones internacionales de México, 1821-2010).

[17] Mónica Toussaint*, op. cit.,* p. 196.

[18] *Ibid.*, p. 197.

lo que ellos tenían dispuesto para las situaciones de emergencia. De regreso, el avión trasladaba a los asilados que tenían salvoconducto.[19]

Un año antes de la llegada de Gustavo Iruegas a Managua, algunos miembros del Grupo de los Doce habían concertado una cita, primero con Jesús Reyes Heroles, secretario de Gobernación, y después con el propio presidente José López Portillo. Estuvieron presentes, entre otros: Sergio Ramírez; el rector de la Universidad Centroamericana, el padre Miguel D'Escoto; los dos jesuitas Cardenal, Ernesto y Fernando; y el director del Instituto del Café de Nicaragua, de apellido Coronel. Su objetivo era explicarle a López Portillo lo que estaba sucediendo en Nicaragua, la historia de la lucha contra Somoza y la idea de que el Grupo de los Doce se convirtiera en un brazo político del ejército sandinista para así darle legitimidad. López Portillo los recibió, los escuchó y les dijo que les deseaba mucha suerte en su lucha, pero que México tenía un fuerte compromiso con la no intervención.

Uno de ellos, Joaquín Cuadra, padre de quien después fue jefe del Ejército Sandinista, le dijo que no se preocupara, que estaban muy satisfechos por el simple hecho de que el presidente de México los hubiera escuchado y que eso animaría a sus hijos en la montaña[20] Según Iruegas, esto impresionó profundamente a López Portillo y les pidió que le explicaran como era que sus hijos estaban en la montaña. No podía entender que los hijos de un grupo de la pequeña burguesía nicaragüense fueran combatientes sandinistas que luchaban contra Somoza. Eso lo conmovió porque era un hombre formado en la ideología de la revolución mexicana y esa afirmación les dio a esas personas un aval moral indiscutible.[21] Por ello, cuando fue invitado a Managua para celebrar el Segundo Aniversario de la Revolución, pronunció un discurso en el cual afirmó que había habido tres grandes revoluciones en América Latina en el siglo XX: la mexicana, que privilegió la libertad sobre la justicia, la cubana, que privilegió la justicia sobre la libertad, y la nicaragüense, a la cual le tocaba encontrar el equilibrio entre ambas cosas.[22]

De acuerdo con el testimonio de Iruegas, esa reunión fue el antecedente de la decisión de otorgar el asilo a siete miembros del Grupo de los Doce, encabezados por el escritor Sergio Ramírez, en la Embajada de México en Managua un año más tarde.[23]

[19] *Ibid.*, p. 200. Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.,* p. 139.

[20] Mónica Toussaint*, op. cit.,* p. 198.

[21] *Idem.*

[22] *Ibid.*, p. 199.

[23] Como se dijo arriba, el Grupo de los Doce estaba compuesto por figuras reconocidas de los distintos ámbitos de la política, la economía, la sociedad civil, la educación, la cultura, la iniciativa privada y la iglesia en Nicaragua. Lucrecia Lozano, *De Sandino al triunfo de la revolución*, México, Siglo XXI, 1985, p. 93.

El Grupo de los Doce se había retirado del Frente Amplio Opositor[24] cuando éste, junto con la Organización de Estados Americanos, pretendieron negociar una salida pacífica al conflicto a través de lo que se denominó "un somocismo sin Somoza", para lo cual contaban con el apoyo del gobierno de Washington, en ese momento encabezado por Jimmy Carter.[25] De aquí que, a finales de octubre de 1978, Iruegas recibiera un mensaje de la Cancillería que decía que siete políticos nicaragüenses se presentarían a solicitar asilo a la Embajada y que debía concederlo.[26] Como habían abandonado la negociación, Iruegas no esperó a que ellos llegaran a la sede diplomática, sino que los fue a buscar a las casas en donde se encontraban ocultos. Iruegas relataba que, esa misma noche, informaron a la Cancillería que los "siete doceavos" habían abandonado la negociación con la OEA y que ya estaban asilados en la Embajada".[27]

Una política activa

Los tres primeros años del gobierno de José López Portillo se caracterizaron por un importante esfuerzo de acercamiento a Estados Unidos y por el repliegue de la participación de México en los foros internacionales debido a que, para algunos, el fenómeno del "tercermundismo" impulsado por el presidente Luis Echeverría había hecho mucho ruido en el exterior y deteriorado las relaciones con el vecino del norte. La política exterior mexicana fue más cautelosa y conciliadora, y tuvo como base el reconocimiento de que en un contexto de recesión económica y deterioro de las instituciones políticas, la dependencia de México hacia Estados Unidos era inevitable.[28] Sin embargo, a partir de 1979, el petróleo se convirtió en la base material para que México desarrollara una política exterior activa, no solo en el discurso, sino que buscara ejercer su influencia en los asuntos internacionales, particularmente en la crisis centroamericana.[29]

Así, la política exterior de México hacia la región centroamericana adquirió un perfil activo sin precedente. México optó por el activismo en su relación con los paí-

[24] Tomás Borge, *Los primeros pasos: la revolución sandinista*, México, Siglo XXI, 1981. Augusto César Sandino, *op. cit.*

[25] Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, p. 139.

[26] Mónica Toussaint, *op. cit.*, p. 200.

[27] *Idem.*

[28] Guadalupe González, "Incertidumbres de una potencia media regional: las nuevas dimensiones de la política exterior mexicana", en Olga Pellicer (comp.), *La política exterior de México: desafíos en los ochenta*, México, CIDE, 1983, pp. 65-66.

[29] Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, p. 136. Mario Ojeda, *El surgimiento de una política exterior activa*, México, SEP, 1986, p. 135.

ses de Centroamérica y decidió otorgar su apoyo a los procesos de cambio social en el istmo, con lo que manifestó una clara vocación "centroamericanista".[30] Hasta entonces, México había sido activista *ex post facto*, es decir, su política exterior era más bien defensiva o reactiva. Sin embargo, a partir de 1979, el gobierno mexicano empezó a formular iniciativas, metas y estrategias. La nueva política exterior mexicana buscaba varios objetivos: crear una esfera de influencia en la región centroamericana, factible por la cercanía geográfica, histórica y cultural; establecer alianzas entre el gobierno de México y los grupos ubicados a la izquierda del espectro político centroamericano, en este caso los sandinistas; convertir a México en un interlocutor válido para Estados Unidos en asuntos de terceros; cumplir con la función de legitimar el sistema político mexicano por medio de una política nacionalista que diera cabida a ciertos sectores progresistas de la sociedad mexicana.

La crisis política centroamericana hizo evidente la importancia geopolítica de la región para México y la necesidad de jugar un papel activo en la solución de los conflictos. Además, dado que la relación histórica con Estados Unidos había sido tradicionalmente directa y estrictamente bilateral, se vio la necesidad de inyectar otros elementos a la relación para ampliar el marco de negociación y modificar la correlación de fuerzas.[31] Por último, el cambio en la política exterior de Washington con el advenimiento al poder de Ronald Reagan en 1981, particularmente el apoyo que éste otorgó a la "contra" en Nicaragua, intensificó la situación de crisis en la región, por lo que para el gobierno mexicano resultó indispensable evitar la regionalización del conflicto, ya que éste podría poner en peligro su propia seguridad.

El objetivo estratégico del gobierno de López Portillo era garantizar la estabilidad política de la región y eliminar un foco de tensión en su frontera sur. Lo que estaba en juego eran los intereses mexicanos y Centroamérica se encontraba demasiado cerca como para permanecer indiferentes a lo que sucedía en el istmo. Por ello, la política exterior no podía limitarse a la defensa de los principios sino que debía asumir un carácter activo[32] El nivel de prioridad política de Centroamérica se modificó y la región se convirtió en un tema fundamental en la agenda internacional de México por lo que, a partir de entonces, empezaron a tratarse asuntos como el tipo de gobierno en Nicaragua, la situación políti-

[30] Raúl Benítez y Ricardo Córdova, "México-Centroamérica: percepciones mutuas y trayectoria de las relaciones (1979-1986)", en *México en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales (1979-1986)*, México, CEIICH-UNAM, 1989, p. 12.

[31] Antonio Carrillo Flores, "Reflexiones y testimonio acerca de la política exterior y la diplomacia mexicanas", en Secretaría de Relaciones Exteriores, *Política Exterior de México. 175 años de historia*, México, SRE, 1989, t. IV, p. 13.

[32] Jorge G. Castañeda y Robert Pastor, *Límites en la amistad: México y Estados Unidos*, México, Joaquín Mortiz / Planeta, 1989, pp. 224-225.

co-militar en El Salvador, las relaciones de Estados Unidos con el gobierno sandinista y la posibilidad de un tratado de paz para los países centroamericanos.[33]

La intención de favorecer el cambio político en Centroamérica condujo al gobierno mexicano a brindar respaldo diplomático y ayuda material[34] al gobierno sandinista de Nicaragua, así como a entablar relaciones con los grupos revolucionarios de El Salvador y Guatemala, a los cuales apoyó de distintas maneras. Además, en vista de la agresividad de la política norteamericana, era necesario volver a defender los principios de la no intervención y la autodeterminación de los pueblos en los foros internacionales.[35] Para el impulso de esta diplomacia, el presidente López Portillo convocó a un grupo de funcionarios que comprendían la trascendencia de esta coyuntura y estaban convencidos de la necesidad de respaldar la transformación de las sociedades centroamericanas.[36]

Tal fue el caso de Jorge Castañeda y Álvarez de la Rosa, diplomático de carrera reconocido por sus opiniones nacionalistas, quien en mayo de 1979 remplazó a Santiago Roel como titular de la Cancillería, así como de Porfirio Muñoz Ledo, quien fue nombrado representante permanente de México ante la Organización de las Naciones Unidas. Otro diplomático más joven, que simpatizaban abiertamente con la causa revolucionaria, fue Gustavo Iruegas, quien también desempeñó un papel destacado en la operación de la nueva política mexicana hacia Centroamérica.[37]

A principios de 1981, en una reunión con los embajadores mexicanos en Centroamérica y el Caribe, convocada por el canciller Jorge Castañeda y Álvarez de la Rosa, éste explicó el sentido del viraje en la política exterior de México: se buscaba participar activamente en las cuestiones continentales y asumir la responsabilidad del gobierno mexicano frente a los países en desarrollo de la región.[38] México se había propuesto adoptar una postura clara ante la coyuntura centroamericana, en el marco de la cual se definirían posiciones específicas con respecto a cada uno de los países del área. No se buscaba ejercer un liderazgo político, sino aplicar el principio de no intervención, hacer un manejo prudente de la cooperación económica y de la difusión cultural y, al mismo tiempo, manifestarse en los foros internacionales con la finalidad de influir para que esos países contaran con gobiernos con los que México pudiera desarrollar un diálo-

[33] Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, p. 136.

[34] Emma Yanes Rizo, *Araceli. Nicaragua, 1976-79: la libertad de vivir*, México, Ítaca, 2008, pp. 77-78.

[35] Jorge G. Castañeda y Robert Pastor, *op. cit.*, p. 225.

[36] Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, pp. 137-138.

[37] *Ibid.*, p. 138.

[38] Jorge Castañeda y Álvarez de la Rosa, "Debate general", en Reunión de embajadores en Centroamérica y el Caribe con el Canciller Jorge Castañeda, febrero de 1981, AHGE-III-7092-3 (1ª).

go constructivo.[39] En función de este propósito, México estaba dispuesto a aceptar, e incluso a respaldar, cambios políticos y sociales en Centroamérica, en el entendido de que los procesos revolucionarios que se estaban desarrollando no tenían su origen en una conspiración del comunismo internacional, como afirmaba el gobierno estadounidense, sino en los graves rezagos sociales y la intransigencia política de los regímenes autoritarios de la región.[40]

Como se dijo antes, fueron dos las líneas de acción que se desprendieron de esta diplomacia activa: la ruptura de relaciones con el gobierno de Anastasio Somoza y la solidaridad con el gobierno sandinista. El 20 de mayo de 1979, México rompió relaciones con el gobierno de Anastasio Somoza Debayle, debido al ataque a los derechos humanos en Nicaragua.[41] En este caso, se respetó el espíritu de la Doctrina Estrada, formulada en 1930, la cual postula que México no reconoce ni desconoce gobiernos, sino que mantiene o no relaciones con los países y los gobiernos que éstos tengan. México no estaba desconociendo al gobierno de Somoza, sino que ejerció su derecho soberano de mantener o retirar a sus agentes diplomáticos, sin desconocer por ello al otro gobierno.[42]

Además de esta acción unilateral, López Portillo realizó una campaña de proselitismo para que el resto de los países latinoamericanos se sumaran al bloqueo diplomático en contra de Somoza y para que la OEA tomara cartas en el asunto.[43] El canciller Jorge Castañeda y Álvarez de la Rosa insistió en que la medida tenía el objetivo de aislar políticamente a Nicaragua y lograr que Estados Unidos dejara de apoyar a Somoza, y expresó su sorpresa porque la OEA no hubiera tomado medidas para salvaguardar los derechos humanos del pueblo nicaragüense.[44] De inmediato, Somoza lamentó esta decisión, declaró que la Embajada de México en Managua se había convertido en "refugio de terroristas, asesinos y ponebombas" y afirmó que la ruptura se había decidido por

[39] *Idem*.

[40] Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, p. 137. Consuelo Dávila, "La política exterior de México en el marco de Contadora", *Relaciones Internacionales*, núm. 41, enero-abril, 1988, p. 40.

[41] "Rompe México con el gobierno de Somoza", *El Universal*, 21 de mayo de 1979, p. 1. "Rompe México con Somoza", *Excélsior*, 21 de mayo de 1979, p. 1.

[42] Luis Quintanilla, "La política internacional de la revolución mexicana", en Secretaría de Relaciones Exteriores, *Política exterior de México. 175 años de historia*, México, SRE, 1989, t. III, p. 71. El texto completo de la Doctrina Estrada puede consultarse en Guillermo Garcés Contreras, *México: cincuenta años de política internacional*, México, PRI-ICAP, 1982, p. 12.

[43] Incluso en algunos medios circulaban versiones de que el gobierno mexicano apoyaba con armas a los sandinistas.

[44] "Aislar políticamente a Somoza, pide México", *Excélsior*, 22 de mayo de 1979, p. 1.

influencia de Fidel Castro. Además de rechazar la acusación de genocidio, reiteró que en Nicaragua existía "una paz relativa", por lo que él abandonaría el gobierno hasta el fin de su mandato presidencial, el primero de mayo de 1981.[45]

Castañeda se encargó de notificar a la Embajada de Nicaragua en México la decisión de romper relaciones diplomáticas debido a la violación masiva de los derechos humanos y a la represión indiscriminada de la Guardia Nacional en contra de la población civil de Nicaragua. Además, solicitó al gobierno de ese país que permitiera la salida del encargado de negocios, Gustavo Iruegas, del personal de la misión diplomática, así como de las personas asiladas en la Embajada de México en Managua, conforme a lo dispuesto en la Convención de Caracas; y ofreció al embajador nicaragüense, Ernesto Navarro Richardson, las facilidades para que abandonara el territorio mexicano con las garantías de seguridad correspondientes.[46] Gustavo Iruegas regresó a México en el avión *Quezalcóatl II*, junto con el personal de la Embajada y 37 asilados a quienes se les había otorgado salvoconducto (13 hombres, 12 mujeres y 12 menores).[47] En su opinión, técnicamente la Embajada hubiera podido continuar trabajando pero, políticamente, el rompimiento había sido necesario.[48]

Los apoyos a la decisión de México fueron muchos. Los líderes de la oposición nicaragüense aplaudieron la medida y la vieron como una forma de demostrar que el mundo abría los ojos ante el genocidio perpetrado por Somoza.[49] Además del presidente tico, diputados de todas las agrupaciones políticas de Costa Rica manifestaron su apoyo a la ruptura de relaciones con el gobierno de Nicaragua por parte de México, por considerar que era una manifestación clara en contra de un régimen que había oprimido al pueblo nicaragüense a lo largo de su historia. Por su parte, el gobierno de Colombia declaró que la medida constituía un paso contundente hacia el derrocamiento del régimen de Anastasio Somoza y se mostró convencido de que otros países democráticos latinoamericanos podrían seguir el ejemplo de México.[50]

Sin embargo, a pesar del apoyo a esta medida, ello no implicó que otros países optaran por la ruptura de relaciones con Somoza. Tal fue el caso de Colombia y Panamá,

[45] "Señala a Castro como el culpable", *El Universal*, 24 de mayo de 1979, p. 1. Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, pp. 139-140.

[46] "Las atrocidades de Somoza determinaron la ruptura", *El Día*, 22 de mayo de 1979, p. 1. "México pide salvoconductos para asilados en Nicaragua", *El Día*, 22 de mayo de 1979, p. 2. Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, p. 140.

[47] "Todo terminado en Nicaragua", *El Universal*, 26 de mayo de 1979, p. 1.

[48] *Idem*, p. 15. Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, p. 141.

[49] "Reacción favorable de la oposición nicaragüense", *El Día*, 21 de mayo de 1979, p. 6. "Agradecimiento de la oposición nicaragüense", *Excélsior*, 21 de mayo de 1979, p. 1.

[50] Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, p. 141.

quienes decidieron mantener relaciones diplomáticas con el gobierno de Nicaragua argumentando que no deseaban tomar una decisión precipitada y que era mejor hacer una campaña entre los gobiernos latinoamericanos para aislar a Somoza.[51] Desde luego, hubo también quienes criticaron severamente la acción tomada por el gobierno mexicano, como el presidente de Guatemala, Romeo Lucas García, quien lamentó la ruptura de relaciones de México con Nicaragua por considerar que lesionaría la unidad de los países centroamericanos.[52]

Un mes después de la ruptura de relaciones, México encabezó al grupo de países que bloqueó una iniciativa de Estados Unidos en la OEA, encaminada a constituir una fuerza interamericana de paz para restablecer el orden y asegurar las elecciones en Nicaragua.[53] Asimismo, a partir del triunfo de la revolución sandinista el 19 de julio de 1979, México otorgó su reconocimiento al Gobierno de Reconstrucción Nacional[54] y decidió colaborar con él con el objetivo de conservar el carácter pluralista de la revolución.[55] Por ello, propuso un pacto de no agresión de Estados Unidos hacia Nicaragua, fungió como gestor permanente ante Washington para evitar la intervención armada y, junto con Venezuela, se convirtió en abastecedor de petróleo a los nicaragüenses.[56]

El 3 de agosto de 1980, los presidentes de México y Venezuela, José López Portillo y Luis Herrera Campins, firmaron el Acuerdo de San José en presencia del mandatario costarricense, Rodrigo Carazo Odio, por medio del cual se comprometían a abastecer de petróleo a nueve países centroamericanos y caribeños (Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, República Dominicana, Jamaica y Barbados[57] a crédito y con tasas preferenciales.[58] El Acuerdo fue calificado como una muestra

[51] "Colombia y Panamá deciden no romper con Nicaragua", *Excélsior*, 23 de mayo de 1979, p. 2. "La ruptura no es suficiente, hay que llegar al aislamiento total", *Excélsior*, 23 de mayo de 1979, p. 2.

[52] "Estimula la lucha contra Somoza el rompimiento decretado por México", *El Día*, 23 de mayo de 1979, p. 2. "La ruptura de México con Nicaragua, paso decisivo para derrocar a Somoza", *El Día*, 22 de mayo de 1979, p. 2. "El presidente de Guatemala dice que ocasionó problemas a Centroamérica la ruptura de México con Nicaragua", *El Día*, 23 de mayo de 1979, p. 2. Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.,* p. 141.

[53] Guillermo Garcés Contreras, *op. cit.*, p. 304.

[54] José López Portillo, "Tercer Informe del C. presidente José López Portillo al Congreso de la Unión rendido el 1o. de septiembre de 1979", en *20 años de política exterior a través de los informes presidenciales 1970-1990*, México, SRE, 1990, p. 82.

[55] José López Portillo, "Cuarto Informe del C. presidente José López Portillo al Congreso de la Unión rendido el 1o. de septiembre de 1980", en *20 años de política...*, *op. cit.*, p. 85.

[56] Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, p. 142.

[57] "Acto histórico trascendental, la visita de José López Portillo", *El Día*, 5 de agosto de 1980, p. 3.

[58] "Petróleo de Venezuela y México a nueve países de nuestra América", *El Día*, 4 de agosto de 1980, p. 1. "El Acuerdo de San José, paso hacia el Plan Mundial de Energéticos", *Excélsior*, 4 de agosto de 1980, p. 6.

de la solidaridad hacia la región y de la unidad de los pueblos latinoamericanos[59] y fue visto como un paso hacia el "Plan Mundial de Energéticos" propuesto por el presidente López Portillo, como una forma de resolver el problema energético a nivel regional y como una manera de salvar de la catástrofe financiera a países pobres no productores de petróleo.[60] Por otra parte, entre 1979 y 1982 México suscribió más de doscientos acuerdos para impulsar programas de asistencia técnica y económica con Centroamérica y el Caribe. En el caso de Nicaragua, además de suministrarle ayuda económica y técnica, se llevaron a cabo diversos proyectos de inversión conjunta y se le otorgaron donativos y préstamos por más de 100 millones de dólares.[61]

Durante la Reunión de embajadores de México en Centroamérica y el Caribe con el secretario de Relaciones Exteriores y algunos funcionarios de la Cancillería que tuvo lugar en febrero de 1981, Castañeda recalcó la prioridad que las relaciones con Centroamérica ocupaban en el quehacer internacional de México en ese momento, derivada de la vecindad geográfica, la identidad de objetivos y aspiraciones populares, los antecedentes históricos semejantes y los intereses complementarios, todo lo cual hacía más fácil la cooperación en los ámbitos político, económico, social y cultural. Al mismo tiempo, el canciller destacó la situación tan compleja por la que pasaban los países del istmo, lo que hacía indispensable que el gobierno de México estuviera enterado en forma oportuna de los acontecimientos en estos países por medio de los informes de sus representantes en la región, con el fin de diseñar una política exterior sólida.[62]

En el caso de Nicaragua, ya no se trataba de un país en guerra, sino de un nuevo gobierno que se había dado a la tarea de realizar un proceso de recuperación económica, apoyado en gran medida en el financiamiento externo. La lucha por derrocar a Somoza había dejado un saldo de destrucción, tanto en términos de vidas humanas, como de una parte importante de la planta industrial y las cosechas; y la creciente presión por parte de Estados Unidos hacia que el gobierno sandinista debiera recurrir a sus aliados externos, principalmente Cuba y México. Por ello, el gobierno mexicano se había

[59] "Acto histórico trascendental, la visita de José López Portillo", *El Día*, 5 de agosto de 1980, p. 3. "Integrantes de diversos sectores apoyan la política exterior de José López Portillo", *El Día*, 6 de agosto de 1980, p. 2. "El Acuerdo petrolero México-Venezuela, principio de un frente común en América Latina", *El Día*, 7 de agosto de 1980, p. 3.

[60] Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, pp. 142-143. "El Acuerdo de San José, primer paso para resolver el problema energético", *Excélsior*, 4 de agosto de 1980, p. 4.

[61] Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, p. 143.

[62] Jorge Castañeda y Álvarez de la Rosa, "Inauguración de la reunión de embajadores", en Reunión de embajadores en Centroamérica y el Caribe con el Canciller Jorge Castañeda, febrero de 1981, AHGE, exp. III-7092-3 (1ª). Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, p. 144.

convertido en uno de los principales apoyos económicos para Nicaragua en cuestiones técnicas, crediticias, comerciales y de abasto petrolero.[63]

Negociaciones por la paz

A lo largo del siglo XX, México tuvo una historia de participación en procesos de negociación en pro de la paz en el istmo centroamericano y de defensa de los principios de política exterior en los foros internacionales frente a Estados Unidos. Tal fue el caso de su participación en las conferencias de paz de 1906 y 1907; el apoyo al presidente de Nicaragua José Santos Zelaya en 1909, a quien Porfirio Díaz ofreció asilo y transportó a México en un barco de guerra mexicano; la condena al golpe de Estado al presidente Jacobo Árbenz en Guatemala en 1954 y al desembarco de "marines" en la República Dominicana en 1965; así como su apoyo al derecho a la autodeterminación del pueblo beliceño. Sin embargo, a raíz de la crisis centroamericana de los años setenta, el interés de México en participar en los procesos de paz en la región creció de manera exponencial.

Con el ascenso de Ronald Reagan al poder en enero de 1981,[64] se incrementaron las amenazas de intervención en Centroamérica y las posibilidades de regionalización del conflicto. Reagan impulsó una serie de acciones abiertamente intervencionistas, justificadas con el argumento de la defensa de la seguridad nacional de Estados Unidos, haciendo ver los conflictos en la región como producto de la confrontación Este-Oeste.[65] La estrategia de Guerra de Baja Intensidad (GBI) hacia Centroamérica, desarrollada por la administración Reagan, buscó dar marcha atrás (*roll back*) al proceso revolucionario nicaragüense y, con el objetivo de que lo sucedido en Nicaragua no se repitiera, impulsó de manera paralela una estrategia de contrainsurgencia en El Salvador y en Guatemala, encaminada a combatir y derrotar a los movimientos revolucionarios en la región. Los recursos económicos utilizados fueron considerables y estuvieron destinados al apoyo económico para reforzar los ejércitos locales, al entrenamiento de los soldados guatemaltecos y salvadoreños, al financiamiento de la contra nicaragüense y a la construcción de bases militares, aeropuertos y depósitos de armamento en Hondu-

[63] Julio Zamora Bátiz, "Nicaragua", en Reunión de embajadores en Centroamérica y el Caribe con el Canciller Jorge Castañeda, febrero de 1981, AHGE, exp. III-7092-3 (1ª). Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, pp. 146-147.

[64] Walter Lafeber, "The Reagan Policy in Historical Perspective", en Kenneth M. Coleman y George C. Herring, *The Central American Crisis. Sources of Conflict and the Failure of US Policy*, Wilmington, Scholarly Resources, 1985, pp. 1-16.

[65] Mario Ojeda, *Retrospección de Contadora. Los esfuerzos de México para la paz en Centroamérica (1983-1985)*, México, CEI-Colmex, 2007, p. 20.

ras, medidas que produjeron un creciente proceso de militarización en la región que ponía en riesgo la estabilidad política del área.[66]

En palabras del canciller Jorge Castañeda y Álvarez de la Rosa, la nueva administración estadounidense buscaba impedir el avance de los movimientos calificados como subversivos, que representaban una opción de cambio en El Salvador y Guatemala y, al mismo tiempo, propiciar un cambio en Nicaragua para volver a formas de gobierno más tradicionales, que pudieran garantizar la defensa de los intereses estadounidenses tanto económicos como políticos.[67] De aquí que, durante 1981, México impulsara una serie de esfuerzos diplomáticos para fomentar la distensión entre las partes en conflicto.

El primero de ellos fue la entrevista entre Daniel Ortega, coordinador de la Junta de Gobierno de Nicaragua, y el presidente de Honduras, Policarpo Paz García, la cual tuvo lugar en mayo a petición expresa de Nicaragua, con el objetivo de fomentar un acercamiento entre ambos gobiernos, cuyas relaciones se habían deteriorado en virtud del apoyo otorgado por el gobierno hondureño a la Contra nicaragüense. De esta reunión surgió un comunicado conjunto que expresaba la voluntad de ambos mandatarios por buscar la solución a los conflictos a través del diálogo y la negociación, y acordaba la celebración de dos futuras reuniones de ministros de Relaciones Exteriores y de Defensa, la primera en Tegucigalpa y la otra en Managua. Con todo, aunque estas reuniones no derivaron en resultados concretos, contribuyeron a generar un ambiente de distensión. El segundo fue la entrevista entre el secretario de Estado, Alexander Haig, y el vicepresidente cubano, Rafael Rodríguez, realizada en México en noviembre de 1981. Sin embargo, este esfuerzo tampoco derivó en resultados concretos y más bien fue utilizado para tratar de convencer al gobierno cubano de que no se inmiscuyera en los asuntos centroamericanos.[68]

Por último, en febrero de 1982, durante su visita a Managua en apoyo a la Junta de Reconstrucción Nacional, el presidente López Portillo propuso un Plan Regional de Distensión. Esta iniciativa multilateral tenía como finalidad disminuir las tensiones y sentar las bases de negociación para la paz, la estabilidad, la democracia y el desarro-

[66] Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, pp. 147-148. Para conocer la política de Reagan hacia Centroamérica *vid.* Martin Diskin, *Trouble in our Backyard. Central America and the United States in the Eighties*, New York, Pantheon Books, 1983, pp. 43-62. Edward Best, *US Policy and Regional Security in Central America*, New York, St. Martin's Press, 1987, pp. 32-66.

[67] Jorge Castañeda y Álvarez de la Rosa, "Debate general", en Reunión de embajadores en Centroamérica y el Caribe con el Canciller Jorge Castañeda, febrero de 1981, AHGE, exp. III-7092-3 (1ª). Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, p. 148.

[68] Mario Ojeda, *Retrospección de Contadora...*, *op. cit.*, p. 24. Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, pp. 148-149.

llo en Centroamérica.[69] El plan proponía una solución negociada para El Salvador, un pacto de no agresión de Estados Unidos hacia Nicaragua y hacia el resto de los países centroamericanos, y el diálogo entre Cuba y Estados Unidos, para todo lo cual México se ofrecía como mediador.[70] Nicaragua vio el plan con buenos ojos, pero El Salvador lo consideró una intromisión, mientras que Estados Unidos resolvió esperar los resultados de las elecciones salvadoreñas.[71] En ellas, la derecha derrotó a la Democracia Cristiana de Duarte, lo que provocó el acercamiento entre México y Venezuela y dificultó que Estados Unidos siguiera otorgando ayuda militar al gobierno salvadoreño. Así, aunque la iniciativa no prosperó, sentó un precedente importante pues hizo evidente la necesidad de un esfuerzo concertado para la paz en Centroamérica[72] y constituyó uno de los antecedentes de la creación del Grupo Contadora un año después.[73]

A mediados de 1982, tuvo lugar una nueva ronda de conversaciones entre Estados Unidos y Nicaragua, realizada gracias a la iniciativa del gobierno mexicano. El punto nodal fue la exigencia por parte de Washington de que se democratizara el régimen sandinista, como un mecanismo de presión en contra de Nicaragua encaminado a aislarla del resto de Centroamérica. De esta reunión no se desprendieron resultados concretos y se fortaleció la idea de que Estados Unidos no tenía ninguna intención de negociar. Derivada del acercamiento entre México y Venezuela, en septiembre del mismo año tuvo lugar en Cancún una reunión de cancilleres de ambos países, en la cual los presidentes de México y Venezuela acordaron enviar sendas cartas a sus homólogos de Estados Unidos y Honduras, así como al coordinador de la Junta de Reconstrucción Nacional, conminándolos a frenar la escalada bélica en Centroamérica y a fomentar el diálogo y la negociación para la solución de los conflictos. El presidente Reagan ignoró este llamado y optó por convocar a un Foro para la Paz y la Democracia, en San José de Costa Rica, cuya finalidad consistía en aislar al gobierno sandinista. En esta reunión participaron Costa Rica, El Salvador y Honduras, quedando excluidas Nicaragua y Guatemala por no cumplir con los principios de un gobierno democrático. Por ello, ni México ni Venezuela aceptaron participar en el Foro y prefirieron concertar una entrevista entre Daniel Ortega y el nuevo presidente de Honduras, Roberto Suazo Córdova, con el fin

[69] "Discurso pronunciado por el presidente José López Portillo en la Plaza de la Revolución de la ciudad de Managua, Nicaragua, el 21 de febrero de 1982", en Raúl Benítez y Ricardo Córdova, *op. cit.*, p. 57.

[70] Gabriel Rosenzweig, "El plan de paz para Centroamérica del presidente López Portillo", *Cuadernos de Política Exterior Mexicana,* núm. 1, 1984, p. 105. Mario Ojeda, *Retrospección de Contadora...*, *op. cit.*, p. 25.

[71] Para un seguimiento de las diversas reacciones ante el plan de paz *vid.* Gabriel Rosenzweig, *op. cit.*, pp. 105-109.

[72] Mario Ojeda, *Retrospección de Contadora...*, *op. cit.*, p. 26.

[73] Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, p. 156.

de promover el diálogo acerca del problema de la contra. Sin embargo, Suazo Córdova no aceptó la invitación y la mediación de México y Venezuela quedó sin efecto alguno.[74]

Más allá de los principios

A partir de 1979, la relación entre la política exterior y los principios se modificó. En primer lugar, el gobierno mexicano empezó a definir una serie de intereses, ubicándolos por encima de los principios y, en segundo lugar, comenzó a entenderse la necesidad de relativizar dichos principios, ya que en ciertas ocasiones debía imponerse el pragmatismo. En suma, se pensaba que había llegado el momento de apoyarse en los principios, pero sin limitarse a ellos. Había otro elemento de mayor jerarquía que justificaba la nueva política de México hacia Centroamérica: la batalla contra la violación de los derechos humanos. Así, se mantuvo la idea de la no intervención directa, pero se comenzó a justificar una política diplomática activa y una participación más decidida en los conflictos.

A todo ello coadyuvó a la idea de que los principios son algo más que verdades eternas e inmutables y encierran cierto grado de ambigüedad que les permite ser más flexibles. De aquí que no puedan abstraerse de una relación constante y compleja con la política real y concreta, pues son un ingrediente necesario pero, a veces, insuficiente en la elaboración y ejecución de la política exterior.[75] De este modo, se produjo una ruptura en el sentido de que los principios se colocaron en un lugar diferente y México empezó a llevar a cabo acciones diplomáticas con repercusiones reales. La política exterior buscó, a partir de entonces, influir en las acciones y decisiones de otros países. ¿Podemos entonces hablar de intervencionismo? Pondremos algunos ejemplos.

En el libro de Emma Yanes se afirma que los integrantes del movimiento mexicano de solidaridad con Nicaragua siempre pudieron trabajar con absoluta libertad, aprovechando las facilidades otorgadas por el gobierno, tales como "lugares para hacer prácticas de tiro en Cuernavaca, casas de seguridad, dinero y pasaportes". Se hace referencia también a los apoyos del propio presidente José López Portillo, del secretario de Gobernación Jesús Reyes Heroles y de Carlos Sansores Pérez, entonces dirigente nacional del PRI, quien les proporcionó "dos millones de dólares en efectivo, un avión Cessna de turbohélices y un automóvil blindado Ford LTD".[76]

[74] Mario Ojeda, *Retrospección de Contadora...*, *op. cit.*, pp. 26-28. Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, p. 157.

[75] Antonio Carrillo Flores, *op. cit.*, p. 11.

[76] Emma Yanes Rizo, *op. cit.*, pp. 77-78.

Por otra parte, en septiembre de 1978, meses antes del triunfo de los sandinistas, cuando Gustavo Iruegas estaba por partir para hacerse cargo de la Embajada de México en Managua, después de que el gobierno de México retirara a su embajador en ese país, el canciller Santiago Roel le dijo: "Vaya usted a Nicaragua a hacer todo lo que pueda por esa gente y su revolución, cuidando las formas, esas son sus instrucciones".[77] Iruegas siguió al pie de la letra la encomienda del canciller, pero reconoció que eran unas instrucciones muy poco comunes.[78]

Un aspecto más que pone en evidencia la manera en que los operadores de la política exterior mexicana relativizaron el principio de no intervención y participaron de forma directa en los asuntos políticos de Nicaragua fue la forma de negociar la ruptura de relaciones. Como se argumentó arriba, la ruptura en sí misma no contrariaba los principios tradicionales de la diplomacia mexicana y tenía sustento en la Doctrina Estrada. Sin embargo, el matiz que se señala ahora tiene que ver con la manera en que el encargado de negocios colaboró para llevar a cabo esta ruptura.

Cuando enviaron a Gustavo Iruegas a Nicaragua, en la Cancillería le preguntaron si debían romper relaciones con el gobierno de Anastasio Somoza y él respondió que no "porque venía una guerra más larga, porque iba a haber necesidad de dar asilo y necesidad también de saber qué pasaba en el país".[79] Por eso en un principio él recomendaba no romper, sino estar presentes en la situación de guerra. Unos meses después, ya en 1979, volvieron a preguntarle y su respuesta fue distinta: "Ahora pienso que sí, porque ya existe el Ejército Sandinista, pronto van a hacer la ofensiva final, y la ruptura de México iniciaría el aislamiento internacional de Somoza".[80] En ese momento, la lucha sandinista era vista como una causa revolucionaria, tanto en México como en América Latina. Sin embargo, al principio, en la Cancillería hubo cierta reticencia a la ruptura de relaciones por distintos motivos, entre ellos, la posibilidad de tener un conflicto con Estados Unidos o la idea de que con la ruptura se estuviera mucho tiempo alejado, sin saber lo que pasaba, prácticamente desconectados.[81] En su testimonio, Iruegas narra como "el viejo Rosenzweig, que era el más sabio de todos, dijo: si se ha de hacer, hay que buscar un pretexto".[82] Pero Iruegas argumentó que no debería buscarse ningún pretexto, sino que

[77] Mónica Toussaint, *op. cit.*, p. 191.

[78] Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit.*, p. 138.

[79] Mónica Toussaint, *op. cit.*, p. 202.

[80] *Idem.*

[81] *Ibid.*, p. 206.

[82] *Ibid.*, pp. 206-207.

debían romper relaciones con Nicaragua, no porque le hubiera hecho algo a México, sino por lo que su gobierno le estaba haciendo a su pueblo.[83]

El acuerdo fue entonces que Iruegas les mandaría decir cuándo lo consideraba más conveniente y regresó a Managua. Primero habló con los sandinistas para ponerlos al tanto de la decisión y luego se trasladó a Costa Rica para hablar con Daniel Ortega, "clandestino yo y clandestino él".[84] Los sandinistas querían que la ruptura coincidiera con la "ofensiva final", pero Iruegas pensaba que eso no era conveniente, sino que era mejor anunciarla un tiempo antes, para que realmente tuviera repercusiones. De lo contrario, la noticia de la ofensiva ahogaría a la de la ruptura y ésta no tendría efecto alguno. Ortega estuvo de acuerdo y programaron juntos una posible fecha.[85] Sin embargo, debieron esperar a que tuviera lugar la visita de Fidel Castro a Cozumel, en mayo de 1979, para que no se le vinculara con la decisión de romper relaciones con Somoza. Iruegas aclara que aunque algunos medios vincularon la visita de Castro con el anuncio de la ruptura de relaciones, como si ésta hubiera sido idea de Fidel, en realidad ambos acontecimientos no tuvieron nada que ver. López Portillo ya había tomado la decisión antes.[86]

Casi al mismo tiempo, el presidente mexicano había cesado al secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heroles, al secretario de Relaciones Exteriores, Santiago Roel, y al de Presupuesto, Ricardo García Sainz. La primicia "era que el nuevo secretario de Relaciones era don Jorge Castañeda y Álvarez de la Rosa".[87] Sin embargo, ante la presión de los acontecimientos, Iruegas decidió adelantarse y viajar a México porque la ruptura era ya muy urgente. Al llegar escuchó por la radio al presidente López Portillo que decía que le estaba ordenando al canciller que rompiera relaciones con Nicaragua. El presidente le ordenaba públicamente al canciller que rompiera relaciones con Nicaragua, pero en los hechos quien estaba rompiendo era él. Era el 20 de mayo de 1979.[88]

Iruegas tuvo que regresarse entonces a Managua semiclandestino, con un pasaporte ordinario. México había roto relaciones y era necesario volver para hacerse cargo de los asilados y cerrar la Embajada. Afortunadamente, como el funcionario de Migración era sandinista, Iruegas pudo llegar a la Embajada sin mayor dificultad y resolvió encargar los intereses de México al embajador de Perú en Managua. El canciller peruano era muy amigo de Castañeda, era un diplomático reconocido, también progresista; pero el

[83] *Ibid.*, p. 207.
[84] *Idem.*
[85] *Idem.*
[86] *Ibid.*, p. 208.
[87] *Idem.*
[88] *Idem.*

embajador estaba horrorizado y no hacía las gestiones necesarias. Decía que no quería presionar para que le dieran a Iruegas los salvoconductos para los asilados, pero esa era la única manera en que podrían regresar a México. Finalmente, Iruegas se impuso argumentando que al día siguiente se iría a México y que, si no tenía los salvoconductos, los asilados permanecerían en la Embajada de Perú. De esta manera, el trámite se agilizó.[89]

Ahora bien, para poder evaluar el carácter del apoyo de Gustavo Iruegas, encargado de negocios de la Embajada de México en Nicaragua, y sus implicaciones en términos de intervención o no, debemos analizar algunos ejemplos concretos.

En Nicaragua Iruegas hizo contactos irregulares con los jefes de la guerrilla, con los revolucionarios, pero eso nunca lo mencionó en ningún informe.[90] Los jefes lo sabían, pero él no lo escribía. En los informes proporcionaba datos de otra clase de asuntos y circunstancias y adjuntaba la documentación disponible. En ellos daba sustento a la línea general de los acontecimientos, pero nada más. ¿Por qué se reunía con la guerrilla? Porque lo primero era saber. El contacto con los guerrilleros era muy importante, era indispensable para conocer todo lo que pasaba en Nicaragua e informarlo a la Cancillería. El gobierno de México ganaba con estar informado y para los guerrilleros era importante hablar con los funcionarios que estaban en el poder.[91] Además, se había establecido un sistema de mandar a México a los heridos de guerra, y de ahí se iban a Cuba; ese era el arreglo con la guerrilla. Hubo un momento en que Iruegas le dijo al canciller Santiago Roel que se había entrevistado con los jefes de la resistencia urbana en Nicaragua. Roel no le prohibió nada, pero le decía que tuviera cuidado.[92]

Iruegas recuerda que el asedio a la Embajada era muy fuerte, porque ellos estaban muy comprometidos con la lucha guerrillera. En una ocasión llevaron munición para un mortero, la entregaron y al poco rato los sandinistas atacaron con el mortero la casa del ministro de Gobernación, que estaba a diez casas de la Embajada. La mochilita en que habían llevado la munición la dejaron ahí mismo y todo eso salió en la televisión. Eran situaciones muy comprometedoras, pero estaban convencidos de que su participación era muy importante.[93] En su testimonio, rememora que 1979 era un año de gran intensidad en la vida política de Nicaragua y que no solo él, sino también su esposa, hacían todo tipo de cosas: movían armas, dinero, gente. Iruegas relata cómo Susie llevó a la comandante Dos a Granada, en un auto con placa diplomática, con una bolsa llena de armas y, para ocultarlas, pusieron un montón de ropa interior arriba. En el camino las

[89] *Ibid.*, p. 209.
[90] *Ibid.*, p. 235.
[91] *Ibid.*, p. 248.
[92] *Ibid.*, p. 191.
[93] *Ibid.*, p. 205.

detuvieron y empezaron a catearlas, pero al ver que tenían placas diplomáticas, las dejaron ir. Eran decisiones y riesgos personales, que muchas veces hacían que estuvieran sumamente nerviosos.[94]

Susie se encargaba de hacer desayunos, comidas y cenas para los asilados que estaban en la Embajada. Iba al mercado temprano a comprar los ingredientes y, junto con la cocinera, preparaba las tres comidas para los muchachos.[95] Como parte de su trabajo cotidiano, debía darle de comer en la boca a un muchacho que había llegado sin brazos, debido a que mientras hacía una bomba, le había explotado y había perdido ambas extremidades. También se dedicaba a curar a una joven que había sido violada de manera brutal y tenía una fuerte infección, por lo que había que limpiarla y ponerle yodo para que el mal no avanzara. También tuvo que atender a unos muchachos que llegaron a la Embajada con lepra de montaña, que es una especie de hongo y, para evitar que se propagara, los tuvo que inyectar a todos.[96]

Pero hubo momentos en que, como se señaló antes, su participación con la guerrilla fue más directa. En una ocasión, la muchacha violada se puso muy mal, tenía mucha fiebre y, a pesar del toque de queda, fueron a buscar a un médico. Tenían miedo, pero fueron por el médico porque era urgente que la revisara. Lo que hacían era poner la bandera de México en el automóvil, para que pareciera que era un asunto oficial.[97] Una noche, cuando Iruegas estaba en México, Sergio Ramírez y Tito Castillo, que estaban asilados en la Embajada, le dijeron a Susie que tendrían que salir para asistir a una reunión clandestina. Ella no lo pensó dos veces y se ofreció a llevarlos escondidos en el auto, los esperó mientras estaban en su reunión y los regresó a la Embajada.[98] En otro momento, Iruegas le avisó que tenía que viajar a México para explicar por qué estaba otorgando tantos asilos, pero, justo esa noche, él tenía la misión de ir a entregar a una gasolinera una maleta. La maleta ya estaba en la cajuela del coche y le pidió a Susie que la fuera a entregar. No tenía más que abrir la cajuela, y los sandinistas se encargarían de sacarla. Y así fue. Susie llegó a la gasolinera y abrió la cajuela. Se acercaron dos muchachos, tomaron la maleta, cerraron la cajuela, le dieron dos golpes al auto, después arrancó y se regresó a la Embajada.

Tanto Gustavo Iruegas como su esposa estaban convencidos de que lo que estaban haciendo era correcto, porque era para ayudar a una causa justa. Lo hacían por convicción, pero en el caso de Susie, mientras menos supiera, mientras menos se enterara,

[94] *Ibid.*, pp. 203-205.
[95] *Ibid.,* pp. 479-480.
[96] *Ibid.,* pp. 483-484.
[97] *Ibid.,* p. 491.
[98] *Ibid.,* p. 494.

era mejor. Por eso, cuando en otra ocasión, Ernesto *Tito* Castillo le dio un paquete y le pidió que lo llevara a un departamento, no preguntó más. Simplemente fue y lo entregó. Al triunfo de la revolución, Gustavo y Susie regresaron juntos a Managua y asistieron a una recepción. Ahí, un señor se acercó y le dijo a Susie: "Usted es la señora del millón de dólares". En ese momento ella supo que lo que había hecho era entregar un paquete con un millón de dólares, que les habían dado para la causa.[99] Unos días después de haber llegado a México, después de la ruptura de relaciones con el gobierno de Nicaragua, los sandinistas organizaron un concierto en la Sala Nezahualcóyotl y ahí Sergio Ramírez tomó la palabra: "Aquí están los de la embajada con nosotros".[100] Era un reconocimiento abierto al apoyo de México a la revolución sandinista, en particular, a Gustavo Iruegas, a su esposa Susie y al personal de la embajada de México en Managua.

Conclusiones

Como se ha visto hasta ahora, no todas las acciones emprendidas por el gobierno de México pueden calificarse como intervencionistas, como resultado de una política exterior activa o como derivadas de los principios tradicionales de política exterior. Sí podemos afirmar que el eje de la política de México hacia Nicaragua entre 1978 y 1982 tuvo que ver con la decisión de llevar adelante una diplomacia activa, con una marcada vocación "centroamericanista". También influyeron, desde luego, la identificación ideológica de los distintos actores que participaron en la toma de decisiones.

En primer lugar, podemos concluir que el gobierno de José López Portillo fue el último gobierno mexicano de corte nacionalista, en el que todavía se hacía una defensa de la ideología de la revolución mexicana y que, por lo mismo, el presidente de México tenía cierto grado de identificación con la lucha de los sandinistas, en tanto buscaban derrocar a la dictadura que venía ejerciendo por décadas la dinastía Somoza. Por su parte, las ideas progresistas del canciller Jorge Castañeda y Álvarez de la Rosa y sus vínculos con otros diplomáticos, tanto en América Latina como en Europa, lo hacían proclive a dar su apoyo a estos movimientos.

Pero, en definitiva, quienes fueron más allá y tuvieron una participación muy cercana a la lucha de los sandinistas en Nicaragua fueron el encargado de negocios de la Embajada de México en Managua, Gustavo Iruegas y su esposa Susie. Ambos fueron fieles a sus convicciones y consecuentes con su forma de pensar. De aquí la huella que Iruegas ha dejado en la diplomacia mexicana, por su solidaridad con los movimientos

[99] *Ibid.,* pp. 493-494.
[100] *Ibid.*, p. 212.

revolucionarios, por su compromiso con la defensa de las causas justas y por su sensibilidad ante el sufrimiento de quienes huían de la represión y la tortura.

En opinión de Iruegas, de todos los principios, en el centro del activismo mexicano hacia Centroamérica se encontraba el de la no intervención. Y precisamente, cuando llegó a ser cuestionado acerca de si México había dejado de lado el principio de no intervención en Nicaragua, Iruegas hacía una clara distinción entre la no intervención y la indiferencia.[101] En su opinión, esa fue la lección que la Centroamérica de entonces le dejó a México. La importancia de asumir con responsabilidad los retos que la historia le imponía en su relación con el mundo y, en particular, con los países vecinos. Para él, las dos condiciones necesarias para la participación de México en Centroamérica eran el grado de responsabilidad y el grado de interés que tenía en el asunto. México participó porque le tocaba en lo inmediato, porque se trataba de su zona de responsabilidad internacional, y también porque era del interés de México que se agotara ese conflicto. Para Iruegas, dado que México no es una potencia de alcance mundial, sino una nación con importancia regional,[102] en aquellos años tomó la decisión de demostrar que tenía cierta responsabilidad en la región y que era consecuente con esa responsabilidad.

Repositorios

Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores (AHGE).

Documentos

Castañeda y Álvarez de la Rosa, Jorge, "Debate general", en Reunión de embajadores en Centroamérica y el Caribe con el Canciller Jorge Castañeda, febrero de 1981, Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores, exp. III-7092-3 (1ª).

_____, "Inauguración de la reunión de embajadores", en Reunión de embajadores en Centroamérica y el Caribe con el Canciller Jorge Castañeda, febrero de 1981, Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores, exp. III-7092-3 (1ª).

[101] *Ibid.,* p. 251.
[102] *Ibid.*, p. 267.

"Doctrina Estrada", en Guillermo Garcés Contreras, *México: cincuenta años de política internacional*, México, Partido Revolucionario Institucional-Instituto de Capacitación Política, 1982, 460 pp. (Serie Política internacional).

fsln, "Programa mínimo", en Augusto César Sandino y Carlos Fonseca Amador, *Nicaragua: La estrategia de la victoria*, selección, prólogo y notas de Fernando Carmona, México, Nuestro Tiempo, 1980. (Colección La lucha por el poder).

_____, "Plataforma programática: aspectos principales de la estrategia", en Humberto Ortega Saavedra, *Sobre la insurrección*, La Habana, Escuela de Ciencias Sociales, 1981, pp. 25-36.

López Portillo, José, "Discurso pronunciado por el presidente José López Portillo en la Plaza de la Revolución de la ciudad de Managua, Nicaragua, el 21 de febrero de 1982", en Raúl Benítez y Ricardo Córdova (comps.), *México en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales (1979-1986),* México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México, 1989. (Antologías unam).

_____, "Tercer Informe del C. presidente José López Portillo al Congreso de la Unión rendido el 1o. de septiembre de 1979", en *20 años de política exterior a través de los informes presidenciales 1970-1990*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1990, p. 82.

_____, "Cuarto Informe del C. presidente José López Portillo al Congreso de la Unión rendido el 1o. de septiembre de 1980", en *20 años de política exterior a través de los informes presidenciales 1970-1990*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1990, p. 85.

Zamora Bátiz, Julio, "Nicaragua", en Reunión de embajadores en Centroamérica y el Caribe con el Canciller Jorge Castañeda, febrero de 1981, Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores, exp. III-7092-3 (1ª).

Hemerografía

El Día, México, (1979-1980).
El Universal, México, (1979).
Excélsior, México, (1979-1980).

Bibliografía

Alegría, Claribel y D.J. Flakoll, *Nicaragua: La revolucion sandinista. Una crónica política, 1855-1979*, México, Era, 1982. (Serie Popular Era, 80).

Arias, Pilar, *Nicaragua: revolución. Relatos de combatientes,* 2ª ed., México, Siglo XXI, 1981.

Benítez, Raúl y Ricardo Córdova (comps.), *México en Centroamérica: Expediente de documentos fundamentales (1979-1986),* México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México, 1989. (Antologías unam).

Best, Edward, *US Policy and Regional Security in Central America*, New York, St. Martin's Press, 1987.

Borge, Tomás, *Los primeros pasos: la revolución sandinista*, México, Siglo XXI, 1981.

Cabezas, Omar, *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, México, Siglo XXI, 1982.

Carrillo Flores, Antonio, "Reflexiones y testimonio acerca de la política exterior y la diplomacia mexicanas", en Secretaría de Relaciones Exteriores, *Política Exterior de México. 175 años de historia*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1989, t. IV, pp. 11-35.

Castañeda, Jorge G. y Robert Pastor, *Límites en la amistad: México y Estados Unidos*, México, Joaquín Mortiz/Planeta, 1989.

Castillo, Manuel Ángel, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *Centroamérica*, México, Acervo Histórico Diplomático-Secretaría de Relaciones Exteriores, 2011, vol. 2. (Colección Historia de las relaciones internacionales de México, 1821-2010).

Dávila, Consuelo, "La política exterior de México en el marco de Contadora", *Relaciones Internacionales*, núm. 41, enero-abril, 1988, pp. 40-44.

Diskin, Martin, *Trouble in our Backyard. Central America and the United States in the Eighties*, New York, Pantheon Books, 1983.

Garcés Contreras, Guillermo, *México: cincuenta años de política internacional*, México, Partido Revolucionario Institucional-Instituto de Capacitación Política, 1982. (Serie Política internacional).

García Márquez, Gabriel *et al*., *Los sandinistas*, Colombia, Oveja Negra, 1979.

González, Guadalupe, "Incertidumbres de una potencia media regional: las nuevas dimensiones de la política exterior mexicana", en Olga Pellicer (comp.), *La política exterior de México: desafíos en los ochenta*, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas, 1983, pp. 15-81.

Lafeber, Walter, "The Reagan Policy in Historical Perspective", en Kenneth M. Coleman y George C. Herring, *The Central American Crisis. Sources of Conflict and the Failure of US Policy*, Wilmington, Scholarly Resources, 1985, pp. 1-16.

Lozano, Lucrecia, *De Sandino al triunfo de la revolución*, México, Siglo XXI, 1985.
Ojeda, Mario, *El surgimiento de una política exterior activa*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986.
_____, *Retrospección de Contadora. Los esfuerzos de México para la paz en Centroamérica (1983-1985)*, México, Centro de Estudios Internacionales-El Colegio de México, 2007.
Ortega Saavedra, Humberto, *50 años de lucha sandinista*, México, Diógenes, 1979.
_____, *Sobre la insurrección*, La Habana, Escuela de Ciencias Sociales, 1981.
Quintanilla, Luis, "La política internacional de la revolución mexicana", en Secretaría de Relaciones Exteriores, *Política exterior de México. 175 años de historia*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1989, t. III, pp. 70-94.
Rosenzweig, Gabriel, "El plan de paz para Centroamérica del presidente López Portillo", *Cuadernos de Política Exterior Mexicana,* núm. 1, 1984, pp. 105-109.
Sandino, Augusto César y Carlos Fonseca Amador, *Nicaragua: La estrategia de la victoria*, selección, prólogo y notas de Fernando Carmona, México, Nuestro Tiempo, 1980. (Serie La lucha por el poder).
Sepúlveda, César, "Vigencia actual de los principios de la política exterior del Estado mexicano", *Relaciones Internacionales*, núm. 26-27, jul-dic 1979, pp. 5-18.
Tirado, Manlio, *La revolución sandinista*, México, Nuestro Tiempo, 1983. (Serie La lucha por el poder).
Torres Rivas, Edelberto, "Introducción a la década", en *Historia General de Centroamérica. Historia inmediata (1979-1991)*, Madrid, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1993, t. VI, pp. 11-34.
Toussaint, Mónica, *Diplomacia en tiempos de guerra. Memorias del Embajador Gustavo Iruegas*, México, Instituto José María Luis Mora/Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe-Universidad Nacional Autónoma de México/La Jornada, 2013.
Wheelock, Jaime, *Frente Sandinista. Diciembre Victorioso*, Managua, Secretaría Nacional de Propaganda y Educación Política del Frente Sandinista de Liberación Nacional, 1980.
Yanes Rizo, Emma, *Araceli. Nicaragua, 1976-79: la libertad de vivir*, México, Ítaca, 2008. (Colección Memorias del porvenir).

Las relaciones mexico-nicaragüenses: entre la cordialidad y el distanciamiento, 1983-1985

Mireya Tinoco[1]

El agravamiento de la situación político-social en el istmo centroamericano a partir de la coyuntura política que se desarrolló luego del triunfo de los sandinistas en 1979 obligó a las cinco repúblicas de América Central a reconocer la necesidad inmediata de impulsar mecanismos que coadyuvaran a establecer puentes de diálogo tendientes a cambiar la situación de inestabilidad política de la región. En un primer momento las iniciativas corrieron a cargo de Costa Rica, Honduras, Nicaragua, Guatemala y El Salvador, sin embargo, el aumento de las tensiones Nicaragua-Honduras y Costa Rica-Nicaragua, a causa de los problemas fronterizos y la existencia de grupos armados en las fronteras norte y sur, dificultaron el camino hacia el diálogo.

Los evidentes fracasos de las propuestas de paz presentadas entre 1980 y 1982 estimularon la formación, por parte de otros actores latinoamericanos, de nuevas fórmulas de negociación. Fue así como surgió en 1983 el Grupo de Contadora conformado por Colombia, México, Panamá y Venezuela como una fuerza mediadora que pondría a disposición de las partes en conflicto un dispositivo jurídico mediante el cual se pudiera establecer el diálogo y la negociación evitando el uso de la fuerza militar como vía para solucionar los diferendos existentes en el área.

Es en este contexto donde trataremos de dar seguimiento a las relaciones bilaterales México-Nicaragua con el objetivo de conocer el nivel que mantuvieron luego del sexenio de José López Portillo, y así analizar la complejidad que enfrentaron las mismas

[1] Doctora en Historia por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Becaria posdoctoral, CH/CIALC-UNAM.

durante los primeros años de la administración de Miguel de la Madrid y de la formación y gestión del Grupo de Contadora.

Surgimiento del Grupo de Contadora

Miguel de la Madrid Hurtado asumió la presidencia de la República en un contexto de graves problemas económicos y políticos. En el ámbito de las relaciones internacionales, lo inmediato era conocer las líneas que se continuarían respecto a la región centroamericana, sobre todo porque sostener el mismo nivel de apoyo económico que José López Portillo había destinado para la reconstrucción de Nicaragua resultaba, en estas condiciones críticas, casi imposible. A pesar de ello, De la Madrid dio seguimiento a la problemática centroamericana pero imprimiendo un giro que le permitiría ser parte del proceso sin aparecer como el único intermediario entre el gobierno sandinista y la Casa Blanca. Para lograrlo, se propuso seguir con detalle el devenir de la región ístmica acompañado de otros actores latinoamericanos.

En búsqueda de ese objetivo, Miguel de la Madrid estableció conversaciones con sus homólogos de Venezuela, Colombia y Panamá, mandatarios a los cuales manifestó una seria preocupación por el panorama en Centroamérica; la finalidad era plantear la posibilidad de una reunión conjunta donde los temas principales serían: búsqueda de propuestas para pacificar la zona de conflicto sin violar el principio de no intervención y la elaboración de un programa de apoyo económico para la región en su conjunto.

La propuesta de Miguel de la Madrid fue bien acogida por los tres mandatarios, Luis Herrera Campins (Venezuela), Ricardo de la Espriella Toral (Panamá) y Belisario Betancourt Cuartas (Colombia); quienes acordaron el envío de sus cancilleres para un cónclave. El presidente de Panamá propuso como lugar indicado la Isla de Contadora, situada en la costa panameña del Pacífico, con fechas de 8 y 9 de enero de 1983. Acordada dicha reunión se presentaron: el ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, José Zambrano Velasco; el de Colombia, Rodrigo Lloreda Caicedo; el de Panamá, Juan José Amado III, y el secretario de Relaciones Exteriores de México, Bernardo Sepúlveda Amor.[2]

[2] Mario Ojeda (comp.), *Las relaciones de México con los países de América Central,* México, Colmex, 1985. Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *Centroamérica*, Colección de Historia de las Relaciones Internacionales de México, 1921-2010, México, SRE, 2011. Mónica Toussaint Ribot, *et al.*, *Vecindad y Diplomacia: Centroamérica en la política exterior mexicana, 1821-1988,* México, SRE, 2001. Mario Ojeda Gómez, *Retrospección de Contadora. Los esfuerzos de México por la paz en Centroamérica (1983-1985)*, México, Colmex, 2007. Rodrigo Páez Montalbán, *La Paz Posible: Democracia y negociación en Centroamérica. 1979-1990,* México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia-Centro Coordinador

Luego de un análisis pormenorizado sobre la situación económica, política y humanitaria del istmo, los dignatarios propusieron ser un puente para que los países centroamericanos pudieran establecer un diálogo tendiente a la concertación de la paz, advirtiendo los peligros de la injerencia estadounidense y sus métodos para solucionar el problema en El Salvador y Nicaragua.

Como primer paso, Contadora hizo un llamado urgente a los cinco países del istmo para que, de manera conjunta, se encontraran estrategias tendientes a detener el avance de la crisis. Para ello, plantearon hacer un recuento de las propuestas de paz realizadas con anterioridad analizando su viabilidad, formalizar nuevas considerando los intereses de las repúblicas insertas en la problemática, así como la inclusión de otras proposiciones de países latinoamericanos que mostraran interés en el tema. Todo ello con la finalidad de crear una fuerza diplomática conjunta que, por primera vez, tuviera ecos plenamente latinoamericanos y que alejara el conflicto de la confrontación Este-Oeste.[3]

La propuesta de Contadora tuvo buena aceptación entre los países centroamericanos, mismos que decidieron enviar a sus cancilleres a reunirse con el grupo mediador en la ciudad de Panamá el 21 de abril de 1983. Una vez congregados, se priorizaron los temas militares tales como

> El trasiego de armas, el contrabando de pertrechos, el armamentismo y la presencia de consejeros militares extranjeros y de mercenarios, las acciones destinadas a desestabilizar el orden interno de otros Estados, las tensiones fronterizas, la violación de los derechos humanos, etcétera.[4]

Una vez conocida la propuesta por parte de los países centroamericanos, estos reconocieron la utilidad del mecanismo propuesto por Contadora, pues los intentos anteriores evidenciaron la poca o nula capacidad de negociación limitada, en gran parte,

---

y Difusor de Estudios Latinoamericanos-UNAM, 1998. Oydén Ortega Durán, *Contadora y su verdad*, Madrid, Rufino García Ed.,1985.

[3] El primer respaldo internacional al Grupo de Contadora provino, a iniciativa de Nicaragua, de la Reunión Ministerial del Buró de Coordinación del Movimiento de Países No Alineados (Noal), celebrada en Managua entre el 10 y el 14 de enero de 1983. Posteriormente, también por iniciativa nicaragüense, la VII Cumbre de Jefes de Estado o de Gobierno de los Noal ratifica su respaldo. Augusto Zamora Rodríguez, *La Paz Burlada. Los procesos de paz de Contadora y Esquipulas,* Madrid, Editorial SEPHA*,* 2006, p. 66. Mario Ojeda, *op. cit;* Manuel Ángel Castillo, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *op. cit*; Mónica Toussaint Ribot, *et al.*, *op. cit*. Mario Ojeda Gómez, *op. cit*; Rodrigo Páez Montalbán, *op. cit.* Oydén Ortega Durán, *op. cit.*

[4] Secretaría de Relaciones Exteriores, *Paz en Centroamérica. La diplomacia de México en acción*, México, SRE/FCE, 1988, p. 20.

a la concepción que cada uno tenía sobre un mismo problema dificultando así el tratamiento objetivo. Ante tales hechos, la Casa Blanca por medio del subsecretario de Estado, Thomas Enders, realizó una propuesta, la cual comprendía un plan de paz enfocado a impedir la actuación de asesores militares extranjeros en la zona ístmica, el fin del tráfico de armamentos tanto para la guerrilla salvadoreña como para la *contra* nicaragüense y, finalmente, la búsqueda del restablecimiento de regímenes democráticos. En este último punto, el país más cuestionado era Nicaragua. Se debe señalar que dicha propuesta no prosperó.

El documento surgido de las primeras negociaciones realizadas entre el Grupo de Contadora y los cinco Estados de América Central, fue la Declaración de Cancún sobre la paz en Centroamérica, cuya publicación fue el 18 de julio del mismo año. En ella se adquirieron algunos compromisos políticos:

> Acuerdos para poner término a toda situación de beligerancia prevaleciente; compromisos para la congelación de armamentos ofensivos existentes; iniciación de negociaciones para control y reducción de los inventarios de armamentos y por supuesto el establecimiento de mecanismos apropiados de supervisión y la eliminación de bases militares de otros países en su territorio.[5]

En dicho documento también se hizo un llamado urgente a Estados Unidos y a la República de Cuba como países "con grandes intereses y vínculos en la región" y partes importantes en el proceso de pacificación. En el caso estadounidense, se consideraba indispensable la participación debido a los lazos económicos y la cooperación militar que tenía en el área. Respecto a Cuba, los integrantes de Contadora hicieron referencia a la necesidad de solidaridad latinoamericana para culminar el proceso de mediación.

A pesar de que Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Honduras se reunieron para discutir las propuestas de la Declaración de Cancún dejando fuera de la discusión a Nicaragua, las cinco repúblicas la aceptaron. En el caso de Nicaragua, la Cancillería mexicana agregó la urgencia de firmar un acuerdo de no agresión entre ese país y

[5] *Ibid*. p. 22. Debido a la importancia del contenido, también señalaremos los siguientes acuerdos: 5. Compromiso de dar aviso previo de movimientos de tropas cercanas a las fronteras internacionales. 6. Compromiso de efectuar, según el caso, patrullajes fronterizos conjuntos internacionales o su previsión. 7. Compromiso de construir comisiones mixtas de seguridad. 8. Compromiso de establecer mecanismos internos de control para impedir el trasiego de armas. 9. Compromiso de promover un clima de distención y de confianza en el área. 10. Compromiso de coordinar sistemas de comunicación directa entre los gobiernos a fin de prever conflictos armados y de generar una atmósfera de confianza política recíproca. *Vid* Aquiles Linares Morales, "La solución pacífica del conflicto centroamericano", disponible en: <http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/1/249/11.pdf> [consultado el 1 de septiembre de 2015].

Honduras, pero la propuesta no fue aceptada por Honduras debido a la negativa de reconocer el establecimiento de fuerzas contrarrevolucionarias en su territorio.

Siguiendo la dinámica de elaborar propuestas de manera conjunta, Contadora se volvió a reunir con los cancilleres centroamericanos, siendo este el cuarto encuentro, en la ciudad de Panamá, del 7 al 9 de septiembre. El cónclave dio resultados positivos que se reflejaron en el Documento de Objetivos, formado por 21 puntos, mismos que mostraban a la comunidad internacional la fundamentación teórica para la existencia del Grupo de Contadora y su proyecto de mediación.[6] El documento representó un éxito para las negociaciones, toda vez que en su creación estuvieron presentes todas las partes involucradas.

Ante la posibilidad de que Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica pudieran estar cercanas a una negociación pacífica por medio del Documento de Objetivos, la respuesta por parte de Estados Unidos fue poner en marcha un plan en la región para reavivar el Consejo Centroamericano de Defensa (Condeca),[7] sin la participación nicaragüense pero con el claro objetivo de cerca a ese país. Si bien no se logró el cometido, sí se delinearon los dos grupos antagónicos que actuarían durante todo el proceso de pacificación: Guatemala, Honduras, El Salvador y Costa Rica, –a quienes identificaremos en adelante como Bloque de Tegucigalpa– contra Nicaragua.

Mientras para la Casa Blanca y el Bloque de Tegucigalpa, Nicaragua era el impedimento para lograr la paz, el Ministerio del Exterior del gobierno sandinista respondió con el instrumento Bases jurídicas para garantizar la paz y la seguridad internacionales de los Estados de América Central.[8] En dicho documento, Managua hacía un llamado urgente a la regularización de las relaciones con Estados Unidos como un medio indispensable para entablar el diálogo; cese al fuego, término de la intervención de los Estados vecinos en los problemas internos así como la obligación de pagar los daños causados a otras repúblicas, reconociendo como único garante al Grupo de Contadora.

A pesar de las bondades del documento presentado por Nicaragua, las cuatro repúblicas centroamericanas lo pasaron desapercibido,[9] mientras que Estados Unidos puso en

[6] Comunicado del Grupo de Contadora, 23 de julio de 1985, Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores / Archivo de la Embajada de México en Nicaragua (en adelante AHGE/AEMEXNIC) Legajo 40, Expediente 7.

[7] *El País*, "El Condeca estudia la legalidad de una acción militar contra Nicaragua", 12 de noviembre de 1983. Disponible en: <http://elpais.com/diario/1983/11/12/internacional/437439605_850215.html> [consultado el 22 de mayo de 2015].

[8] Ministerio del Exterior, "Bases Jurídicas para garantizar la paz y la seguridad internacionales de los Estados de América Central. Propuesta oficial de Nicaragua dentro del marco del proceso de Contadora", Managua, Nicaragua, 15 de octubre de 1983.

[9] Es necesario señalar que en el caso de Guatemala, Honduras y Costa Rica hasta esa fecha no se presentaron

marcha nuevas estrategias para contener al gobierno sandinista. Fue así como se propagó la idea de una posible invasión estadounidense a Nicaragua, pues Ronald Reagan no se mostraba dispuesto a permitir el establecimiento de una nueva Cuba en lo que consideraba parte de su frontera. La advertencia más contundente fue la invasión de Granada, pues Kenneth Dam, secretario adjunto del Departamento de Estado expresó que

> Si Nicaragua se siente amenazada por lo que ocurrió en Granada es quizás porque los Sandinistas temen destruirse entre sí como los líderes mal logrados movimientos Nueva Joya [*sic*] o que el envolverse con los Soviéticos y Cubanos los coloque dentro de una prisión de la cual sea difícil escapar pacíficamente.[10]

Asimismo, comparó a Nicaragua con Granada "a través del argumento clásico de la administración Reagan de considerar a dichos países satélites soviéticos y cubanos".[11]

A pesar de los obstáculos existentes para el proceso de paz, la firma del Documento de Objetivos por parte de las repúblicas centroamericanas significó un pequeño avance, pues con ello, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica aceptaban las normas del Derecho Internacional como el medio para la solución pacífica de las controversias existentes en la región.[12] A manera de fortalecer lo estipulado en dicho documento, el 23 de diciembre del mismo año se dictó lo que en adelante conoceremos como las

---

propuestas similares a la nicaragüense. Esto lo decimos con base en la compilación de documentos que hacen Ricardo Córdova y Raúl Benítez sobre las principales propuestas para pacificar la región centroamericana. En el caso de El Salvador, se pude observar que el interés principal por parte del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional-Frente Democrático Revolucionario (FMLN-FDR) era la pacificación nacional más que la regional: "Hoy, ante el innegable avance militar y político de las fuerzas democrático-revolucionarias del pueblo salvadoreño y la creciente presión internacional en favor de la solución política, nuestros enemigos pretenden revestirse con el manto del diálogo. Sin embargo, las palabras conciliadoras no pueden ocultar la trágica realidad de un gobierno salvadoreño que solo puede mantenerse en pie a base del terrorismo de Estado y del sostén de la administración Reagan que incrementa su ayuda militar y pasa cada vez más a asumir la conducción directa de la guerra en El Salvador y Centroamérica". "Propuesta del FMLN-FDR. Cinco puntos para una solución política", 5 de junio de 1983, en Ricardo Córdova Macías y Raúl Benítez Manaut (comps.), *La Paz en Centroamérica: Expediente de Documentos Fundamentales 1979-1989,* México, CEIICH-UNAM, 1989, pp. 77-78.

[10] Declaraciones de Kenneth Dam y Henry Kissinger, el 14 de noviembre de 1983, ante la Organización de Estados Americanos, AHGE/AEMEXNIC Legajo 38, Expediente 15.

[11] *Idem.*

[12] El "Documento de Objetivos" contiene los siguientes puntos: 1. La libre determinación de los pueblos. 2. La no intervención. 3. La solución pacífica de controversias. 4. La abstención de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza. 5. La igualdad soberana de los Estados. 6. El respeto a la integridad territorial de los Estados. 7. El pluralismo en sus diversas manifestaciones. 8. La plena vigencia de las instituciones democráticas. 9. El fomento de la justicia social. 10. La cooperación internacional para el desarrollo. 11. El respeto a la promoción de los derechos humanos. 12. La proscripción del terrorismo y la subversión. Aquiles Linares Morales, *op, cit.*

Normas para la Ejecución de los Compromisos, firmado por las cinco repúblicas centroamericanas el 8 de enero de 1984 de forma casi inmediata debido a que en él se indicaba la manera más sencilla y puntual de ejecutar las propuestas plasmadas en el Documento de Objetivos. Es importante señalar que nuevamente fue Nicaragua el único país de América Central en presentar propuestas concretas y detalladas de acuerdo a lo establecido en el Documento de Objetivos, debido a la presión que la Casa Blanca estaba ejerciendo sobre el gobierno de Managua.

El escrito elaborado por el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) fue denominado Compromisos fundamentales para establecer la Paz en Centroamérica.[13] En este instrumento cobró especial relevancia el tema del armamentismo y la seguridad, ambos contenidos en el Documento de Objetivos. Nicaragua exigió el cese de las actividades militares de fuerzas externas encubiertas dentro de su territorio en clara respuesta a lo que estaba sucediendo en la frontera norte con Honduras. A dicha petición se agregaron cuatro puntos:

> I. Proyecto de tratado para garantizar el respeto mutuo, la paz y la seguridad entre la República de Nicaragua y los Estados Unidos de América. II. Proyecto de tratado de paz, amistad y cooperación entre las Repúblicas de Honduras y Nicaragua. III. Proyecto de acuerdo de paz para coadyuvar a la solución pacífica del conflicto armado en la República de El Salvador. IV. Proyecto de tratado general sobre el mantenimiento de la paz y la seguridad y sobre las relaciones de amistad y cooperación entre las repúblicas de América Central.[14]

De acuerdo a la administración sandinista, la paz solo sería posible con el mejoramiento de sus relaciones diplomáticas con Honduras y Estados Unidos. Para ello era indispensable que el primero dejara de servir como territorio fértil a la contrarrevolución, y que el segundo, a la vez que evitara auspiciar la militarización en el área, prescindiera de considerar al gobierno revolucionario como el causante de la crisis política en El Salvador y en toda la región.

A pesar de la importancia de este documento, Nicaragua no recibió respuesta por parte de sus vecinos de área. Por el contrario, una maniobra diplomática hábil llegó de parte de Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Honduras cuando el canciller del

[13] Ministerio del Exterior de Nicaragua, "Compromisos fundamentales para establecer la Paz en Centroamérica". Propuesta oficial de Nicaragua dentro del marco del proceso de Contadora, Managua, Nicaragua, 1 de diciembre de 1983.

[14] "Intervención de su Excelencia Miguel D'Escoto Brockmann, Ministro del Exterior de la República de Nicaragua en el debate sobre el tema: La situación en Centroamérica: amenazas a la paz y seguridad internacionales e iniciativas de paz", Naciones Unidas, 8 de noviembre de 1983, pp. 21-22.

primer país anunció la decisión de los cuatro Estados para reestructurar el Documento de Objetivos, lo que significó un retroceso en las negociaciones de paz; en la toma de esta decisión no fue considerada la opinión de Nicaragua.

Mientras sucedía todo esto, en el ámbito de las relaciones bilaterales entre México y Nicaragua un tema fundamental durante el año de 1983 fue el relativo al abastecimiento de petróleo según lo convenido en el Acuerdo de San José. Dicho diferendo surgió debido a la falta de pagos por parte de Managua y la poca solvencia económica del Estado mexicano. De acuerdo al canciller Bernardo Sepúlveda, el problema no era que México negara el envío de petróleo, la cuestión era la resistencia del Congreso para autorizar dicha operación. Consciente de la crisis en la que se sumiría Nicaragua en caso de no recibir el abastecimiento acordado, Sepúlveda le propuso a Henry Ruiz un documento firmado por su gobierno, en el que que se aceptaba el reconocimiento del pago de la deuda, mismo que se haría en un plazo relativamente breve. Finalmente, el embarque fue aprobado.[15] Debemos señalar que estas negociaciones fueron aprovechadas para tratar de realizar un frente común en relación a la política agresiva de Estados Unidos.

A excepción de este hecho, en este año no encontramos tratados o convenios realizados entre ambas repúblicas, solo contamos con un documento donde Nicaragua acepta la deuda contraída con México,[16] pero no indica monto ni modalidades de pago. Dentro de la documentación de la Embajada mexicana tampoco contamos con algún indicio de la cantidad reconocida, quizá sea parte de lo que se manejó entre ambos países como "deuda no documentada".

Los primeros escritos emanados de la gestión del Grupo mostraron ante la comunidad internacional la capacidad de negociación que se podía desarrollar sin depender de entidades como la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y la Organización de Estados Americanos (OEA); esto generó una serie de opiniones a favor del proyecto, sin embargo, para la Casa Blanca significó un claro impedimento para la política intervencionista que por décadas había manejado con los países del istmo centroamericano. Para contrarrestar esta situación, Washington se propuso frenar las propuestas del grupo mediador de manera indirecta, es decir, a través de Honduras, El Salvador y Costa Rica; así podía seguir ejerciendo una diplomacia de dos frentes: mientras de manera pública apoyaba las gestiones de Contadora, armaba a los países vecinos de Nicaragua para terminar con

[15] Transacciones realizadas entre Pemex y Petronic, Managua, Nicaragua, enero 26 de 1983, AHGE/AEMEXNIC Legajo 39, Expediente 7.

[16] Normas Jurídicas de Nicaragua, "Ratificación convenio de Reconocimiento de Adeudo suscrito entre Nicaragua y México", Decreto no. 1324, Aprobado el 03 de octubre de 1983, Managua, Nicaragua. Disponible en: <legislacion.asamblea.gob.ni/Normaweb.nsf/> [consultado el 26 de abril de 2014].

el proceso revolucionario. El año siguiente comenzaría con la difícil tarea de contrarrestar este tipo de acciones para lograr que el proceso no se estancara.

El Acta para la paz y la Cooperación en Centroamérica

Al iniciar 1984 los países insertos en la problemática centroamericana continuaron las actividades pendientes del año anterior dando seguimiento a las primeras propuestas de Contadora y al trabajo de las comisiones encargadas de las Normas para la Ejecución de los Compromisos. Mientras tanto, en el mes de enero arribó a Managua una delegación mexicana encaminada a realizar trabajos para fortalecer los lazos económicos entre ambos países.[17] Como resultado se firmó un convenio bastante ambicioso que consideraba apoyo económico, científico-técnico, cultural y educativo;[18] dicho documento fue firmado por el ministro del Exterior, Miguel D´Escoto y el canciller Bernardo Sepúlveda Amor. Otro acuerdo realizado en los primeros meses de 1984 tenía como finalidad apoyar al gobierno sandinista para que pudiera establecer proyectos encaminados al mejoramiento del sector salud. En este caso intervino de manera directa la ministra de Salud de Nicaragua, Lea Guido, y el secretario de Salud de México, Guillermo Soberón, quienes suscribieron un convenio de cooperación científica y técnica destinado a fortalecer la salud pública, la medicina preventiva y otras áreas.[19]

En sentido opuesto, el tema de las relaciones de Nicaragua con Estados Unidos estaba representando un gran obstáculo en el proceso de pacificación, pues la Casa Blanca había desatado una guerra mediática en la que afirmaba que Nicaragua era el impedimento para la solución del conflicto; en respuesta a estas acciones, y con fuertes pruebas de la intervención del ejército estadounidense en territorio nicaragüense, el Ministerio del Exterior y la Presidencia de la república tomaron la decisión, en abril de 1984, de interponer una demanda formal contra el gobierno de Estados Unidos ante la Corte Internacional de Justicia de la Haya (CIJ) por la "ilegal, injusta e inmoral guerra encu-

[17] "Llega delegación económica de México", *Barricada*, año 5, no. 1586, 17 de enero de 1984, p. 8.

[18] "Las partes propiciarán la celebración de acuerdos o entendimientos específicos entre los organismos y empresas de sus sectores público y privado, para la ejecución de programas y proyectos de cooperación, fomentando, particularmente, la participación activa de su pequeña y mediana industria y de sus empresas de participación estatal, determinados de común acuerdo a través de los órganos y mecanismos que se señalan en el presente convenio". Normas Jurídicas de Nicaragua. "Acuerdo de Cooperación entre el gobierno de Nicaragua y el Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos, Firmado por el Canciller Bernardo Sepúlveda Amor y el Ministerio del Exterior Miguel D'Escoto", México, 13-18 de enero de 1984. Disponible en: <legislacion.asamblea.gob.ni/Normaweb.nsf/> [consultado el 27 de abril de 2014].

[19] *Barricada*, año 5, no. 1627, 3 de marzo de 1984, p. 8.

bierta que libra contra Nicaragua por medio de fuerzas mercenarias que han asesinado a miles de nuestros ciudadanos, ocasionando grandes pérdidas a nuestra economía".[20] Nicaragua pedía la intervención de la CIJ como un recurso diplomático de mayores alcances pero sin denostar el trabajo diplomático que estaba realizando Contadora.

Durante la reunión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas del 11 de abril, organizada para analizar la propuesta nicaragüense, el representante mexicano ante dicho organismo, Porfirio Muñoz Ledo, advertía a la comunidad internacional los peligros de ignorar tal petición y de permanecer pasivos ante la problemática centroamericana; a dicha opinión agregaba que era urgente el establecimiento de programas a largo plazo en materia económica, política y social tal como se proponía en todos los documentos redactados por Contadora.

En el caso mexicano, se realizó un encuentro entre Miguel de la Madrid y Ronald Reagan celebrado en Washington el día 16 de mayo de 1984, cuya finalidad era intercambiar puntos de vista acerca de la problemática centroamericana, el déficit financiero y el estado de las relaciones comerciales entre ambos países. En este encuentro, el mandatario mexicano hizo énfasis en la necesidad de guiar las relaciones internacionales en el continente de acuerdo al derecho internacional, por ello, indicaba, el conflicto centroamericano solo podría ser resuelto por la vía diplomática y no armada.

A este respecto, Miguel de la Madrid incitó al mandatario estadounidense a retomar el diálogo entre Nicaragua y Estados Unidos pues, afirmaba, la regularización de las relaciones diplomáticas entre ambos países era determinante en la culminación del proceso iniciado por Contadora y que debía arribar a la pacificación del istmo centroamericano. Para ello, el gobierno mexicano ofreció su participación como mediador entre las dos naciones. Nicaragua consideró necesaria y oportuna la participación de una tercera fuerza pero la propuesta fue rechazada por Estados Unidos. A pesar de las contradicciones iniciales, a partir del 25 de junio, y hasta el mes de diciembre de ese mismo año se llevaron a cabo nueve encuentros en Manzanillo, México, lo cual implicaba neutralidad territorial y política. Todos los encuentros realizados fueron presididos mes a mes por el vicecanciller de Nicaragua, Víctor Hugo Tinoco, y el embajador especial de Estados Unidos para Centroamérica, Harry W. Shlaudeman.

En dichos encuentros el funcionario nicaragüense manifestó la voluntad de su gobierno de entablar un diálogo franco y respetuoso entre ambas partes con la finalidad de regularizar las relaciones diplomáticas entre Nicaragua y Estados Unidos pues, aseguraba, este paso sin duda influiría en la distensión del conflicto en América Central.

[20] "La escalada de agresión, las medidas internas y la condena de la Corte Internacional de Justicia a EE. UU.," Dirección de Información, Documentación y Análisis (DIDA), Minex, Managua, Nicaragua, 11 de noviembre de 1986, p. 66.

Asimismo, Tinoco hizo énfasis en lo desfavorable que resultaba a las negociaciones la interferencia de la administración Reagan en los asuntos internos de Nicaragua y El Salvador, ya que estos hechos constituían una visible violación al derecho internacional.[21]

La respuesta de Shlaudeman fue la rotunda negativa del gobierno estadounidense para firmar el Acta de Contadora. Por ello Nicaragua le ofreció hacer una revisión conjunta de los planteamientos que, dentro de las negociaciones, fuesen inaceptables para la Casa Blanca. La respuesta de Estados Unidos no se concretó, pues la reunión en la cual se discutiría el tema estaba programada para el mes de enero y la administración Reagan ordenó, de manera unilateral, la suspensión de las conversaciones, mostrando así una política impositiva y autoritaria.

No solo la participación de Estados Unidos hizo al proceso de Contadora lento y lleno de altibajos; a nivel regional, Nicaragua seguía cercada por sus vecinos no solo por los continuos ataques militares de que era objeto –por parte de Costa Rica y Honduras–, sino también por el cerco diplomático a que fue obligada. Como prueba de ello, el día 12 de julio se reunieron los vicecancilleres de Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Honduras en la ciudad de San José para analizar de manera conjunta las propuestas de paz realizadas por el Grupo de Contadora, mismas que se verían reflejadas en la segunda versión del Acta de Contadora. Como parte del aislamiento impuesto a Nicaragua, esta no fue invitada. En respuesta, el comandante Henry Ruiz y el vicecanciller Víctor Hugo Tinoco viajaron a la Ciudad de México los días 23 y 24 de julio para entrevistarse con el presidente Miguel de la Madrid y su canciller, Bernardo Sepúlveda Amor, e informarles de manera directa la ratificación de su gobierno a lo estipulado en el Acta de Contadora.

Esta visita es interesante debido a la relación que se dio entre ambas partes, pues tal como se había acordado, los cancilleres de Contadora viajarían de manera conjunta a cada uno de los países centroamericanos para recoger las impresiones y propuestas realizadas al Acta –y no lo contrario–; sin embargo, el gobierno mexicano recibió a los representantes nicaragüenses. Consideramos que el papel de mediador que México estaba desplegando en el área y el estado de las relaciones bilaterales con Nicaragua facilitaba dicho acercamiento sin que ello significara, para México, el distanciamiento con las otras repúblicas centroamericanas.

Ello, aunado a dos sucesos acaecidos durante el mes de agosto, haría parecer a Nicaragua nuevamente como el único punto de conflicto. Uno de estos hechos fue la solicitud de El Salvador a la CIJ para que dicha institución pusiera especial atención a la demanda interpuesta por Nicaragua contra El Salvador, bajo el argumento de que de su fallo dependería la estabilidad del régimen salvadoreño. La CIJ consideró impro-

[21] *Ibid.*, p. 64.

cedente la solicitud salvadoreña. En este mismo tenor, la Casa Blanca interpuso una contrademanda ante la CIJ en contra de Nicaragua.

En otra de las acciones emprendidas para aislar a Nicaragua del contexto centroamericano, el secretario de Estado, George Shultz, se reunió con los ministros del Bloque de Tegucigalpa para entablar una serie de pláticas relacionadas con la aceptación del Acta. El resultado de dicho encuentro se reflejó en las observaciones que se hicieron llegar a Contadora. Además, la cantidad y el tipo de observaciones realizadas serían determinantes en los hechos posteriores.

La firma de acuerdos del Acta de 1984 no llegó a su conclusión debido a diversos factores, entre ellos, la injerencia estadounidense, las contradicciones regionales y el distanciamiento entre la administración Reagan y el gobierno sandinista luego de la demanda interpuesta por Nicaragua ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya. Asimismo, durante el mes de marzo Ronald Reagan pidió al Congreso de su país la aprobación de 28 millones de dólares para financiar la contrarrevolución nicaragüense, de los cuales se aprobaron 21 millones. Días después, el Congreso le autorizó la suma de 92.8 millones de dólares destinados a la ayuda militar en El Salvador, bajo condición de seguir informado sobre los avances del gobierno salvadoreño en contra del FNLN-FDR. Por ello, el canciller, Miguel D'Escoto declaró a los ministros de Contadora que "Nicaragua considera inconcebible que se le pida el desarme, cuando sufre una agresión militar de Estados Unidos".[22] Esto ante la petición que las otras repúblicas centroamericanas hicieron en torno al desarme del Ejército Popular Sandinista y ante los ataques estadounidenses en territorio nicaragüense.

Si bien es cierto que Nicaragua y lo que hemos llamado el Bloque de Tegucigalpa trataron de realizar las tareas encomendadas por Contadora, solo el primero lo hizo con el objetivo de alcanzar una paz firme y duradera. Aunque esta afirmación puede parecer subjetiva y en total defensa del gobierno sandinista, la realidad muestra que solo la Cancillería nicaragüense hizo observaciones puntuales a los documentos de Contadora sin condicionar su adhesión a la firma del Acta, mientras que el Bloque de Tegucigalpa realizó la misma actividad objetando que todo el proceso era una forma de proteger a Nicaragua. Otro aspecto que queda al descubierto en este segundo año es que se hizo manifiesta la importancia que tomaría la triada –Estados Unidos-México-Nicaragua– durante toda la gestión de Contadora.

El periodo que acabamos de abordar tiene características muy importantes, si bien durante los primeros meses de la gestión del Grupo de Contadora las cinco repúblicas centroamericanas habían parecido entusiastas ante el mecanismo de mediación, la rea-

[22] Carlos Fazio, "Centroamérica. Incapaz de identificar a Washington como promotor de discordias, Contadora se estanca", *Proceso*, no. 410, 10 de septiembre de 1982, p. 24.

lidad pronto alcanzó a todos los actores inmiscuidos en el proceso. Podemos considerar el segundo año de Contadora como un periodo prolífero en cuanto a declaraciones, lo cual resulta interesante toda vez que, de alguna manera, caen las "máscaras" utilizadas por las repúblicas centroamericanas de los primeros meses para dar paso a un sinfín de estrategias encaminadas a mantener estancado el proceso de paz.

Así, podemos preguntar: ¿podía un documento como el Acta de Contadora causar tal grado de transformaciones en el istmo centroamericano? Las posibilidades parecían amplias, sin embargo, su cabal cumplimiento indiscutiblemente demandaría la desaparición de estructuras completas, y por lo tanto, emprender un proceso de renovación, objetivo difícil de alcanzar debido a las crisis externas e internas que estaban sobrellevando tanto México como Nicaragua.

Crisis al interior de Contadora: tensiones entre México y Nicaragua

La negativa de las repúblicas centroamericanas de aportar opiniones acerca del Acta y, por ende, de su firma, tuvo como consecuencia que 1985 iniciara con un panorama poco claro para que el proceso de negociación llegara a su fin. En este sentido, a los miembros de Contadora, conscientes de su papel dentro del proceso, solo les restaba esperar la disposición de las partes involucradas para aceptar las propuestas, pues debido a su misma naturaleza, el grupo no tenía la facultad de obligar a las partes a la firma de ningún tipo de documento.

A pesar de los obstáculos que se estaban presentando, Contadora volvió a convocar a los plenipotenciarios centroamericanos para congregarse en Panamá, con fecha tentativa del 15 de febrero. La invitación fue aceptada pero bajo condición de que se celebrase hasta el mes de abril. Efectivamente, llegada la fecha se realizó el encuentro arrojando efectos positivos, el primero de ellos fue la reanudación del diálogo, seguido de la creación de tres mecanismos importantes: "a) Un Comité *Ad-Hoc* para la Evaluación y Seguimiento en Materia Política y de Refugiados, b) una Comisión de Verificación y Control en Materia de Seguridad y c) un Comité *Ad-Hoc* para la Evaluación y Seguimiento de los Compromisos en Materia Económica y Social".[23]

No obstante la importancia de todos los comités formados, el que tomó mayor relevancia fue el referente a la cuestión de la seguridad por las evidentes implicaciones en todo el continente. Costa Rica, Nicaragua y Guatemala aceptaron el documento, mientras

[23] Informe confidencial de la reunión de plenipotenciarios que sostuvieron, en la ciudad de Panamá los días 14, 15 y 16 de mayo último, los representantes de dicho grupo con los cinco países del istmo. Tlatelolco, D. F., 3 de junio de 1985, AHGE/AEMEXNIC Legajo 40, Expediente 7.

que Honduras y El Salvador condicionaron su firma a cambio de nuevas modificaciones, pero aceptando temas como el de los desplazados y el destino de las fuerzas irregulares una vez desarmadas, entre otros no menos importantes, tales como

> El relativo al papel y la función del Cadesca, el fortalecimiento del capítulo económico y social para asegurar la no discriminación para ningún país de sus relaciones económicas, la aceptación de las Comisiones Mixtas y su papel en la solución de los incidentes fronterizos y en la solución de las controversias.[24]

Se propuso también que se realizaran de manera simultánea el cumplimiento de los compromisos referentes a la presencia militar extranjera y el apoyo de fuerzas irregulares en cada uno de los Estados del istmo. Asimismo, se hizo énfasis en la importancia de llevar a cabo cada uno de los puntos planteados en materia de seguridad, pero de forma paulatina para evitar confrontaciones. En este sentido, el tema de mayor controversia era el referente al desarme y militarización del istmo, que en el caso de Nicaragua era una cuestión no negociable.[25]

Con esta declaración, el FSLN ratificaba la decisión de no ceder al desarme en tanto no se aceptara y detuviera la injerencia estadounidense, fuera ésta directa o indirecta. Tal postura fue rechazada por El Salvador, Costa Rica, Honduras y Guatemala; en contraposición, el gobierno mexicano era quizá el único país que apoyaba la renuencia de Nicaragua de aceptar la firma de cualquier documento mientras Estados Unidos siguiera interviniendo en el proceso. Esta actitud facilitó las condiciones políticas para que el Ministerio del Exterior de Costa Rica argumentara que el sandinismo era la principal objeción de la paz, toda vez que atribuía sus problemas internos a la relación bilateral con Estados Unidos.

Asimismo, aumentaron los problemas limítrofes entre Nicaragua y Costa Rica, los constantes enfrentamientos militares entre Honduras y Nicaragua y los litigios diplomáticos de Costa Rica y El Salvador en contra del gobierno sandinista. A pesar de la tensión política en el istmo, los cancilleres centroamericanos, junto con los miembros de Contadora decidieron darle una nueva oportunidad al proceso. Para lograrlo, Contadora reiteró la vigencia de los proyectos planteados desde el inicio de su formación agregando que era prioridad la contemplación y revisión de algunos temas centrales los cuales eran "Acciones para la distensión; tenor de las relaciones Costa Rica-Nicaragua; recuperación del diálogo de Manzanillo; la función de organismos Internacionales, y la importancia del apoyo Latinoamericano".[26]

[24] *Idem.*

[25] *Idem.*

[26] Comunicado del Grupo de Contadora. Acta para la Paz en Centroamérica, Contadora, 22 de julio de

Tales declaraciones tuvieron eco inmediato entre El Salvador, Costa Rica y Honduras quienes, en un intento por promover ante la comunidad internacional el interés por aportar bases sólidas al proceso pacificador, se reunieron para discutir la viabilidad de las propuestas de Contadora.[27] En esta ocasión, Guatemala y Nicaragua no fueron considerados para este cónclave y, por el contrario, la única referencia a ellos fue indirecta, mencionándolos como "los otros Estados parte de estas negociaciones a reanudar los esfuerzos tendientes a acelerar y a concluir las negociaciones de paz, seguridad, democracia y desarrollo".[28]

Por parte de Contadora, otra forma de consolidar la importancia y pertinencia de su labor diplomática, fue presentar ante el secretario general de la ONU, Javier Pérez de Cuellar, el proyecto de paz modificado por las propuestas de las cinco repúblicas centroamericanas. Si bien estas acciones parecían fortalecer el proyecto pacificador, la división de opiniones originó la convocatoria para una nueva reunión entre los países del istmo, a la cual no fueron invitados México y Nicaragua pues se valoraba que el gobierno mexicano inclinaba su apoyo hacia el gobierno sandinista sin considerar a los otros países, y por ende, que México se manifestaba en contra del Bloque de Tegucigalpa.

Ante tales acusaciones, la Secretaría de Relaciones Exteriores, en voz de Bernardo Sepúlveda Amor, manifestó su inconformidad ante la ONU al presentar pruebas de que toda la documentación elaborada para el proceso había sido aceptada por los integrantes del Grupo de Contadora en su totalidad y no como una decisión unilateral del Estado mexicano.

El fin de año mostró la debilidad en que se encontraban las negociaciones propuestas por el Grupo de Contadora. En el caso mexicano, las recurrentes peticiones de Nicaragua para que México mediara frente a la política exterior de Reagan solo sirvieron de argumento para que el Bloque de Tegucigalpa y la Casa Blanca argumentaran que el proceso de pacificación tenía como propósito la defensa del gobierno sandinista. De manera contradictoria, Daniel Ortega lanzó una advertencia a Contadora al decir que mientras Estados Unidos no cesara sus ataques y las demandas de Nicaragua no fueran cumplidas, el proceso debía paralizarse al menos durante los tres primeros meses de 1986. Con ello, Contadora iniciaba su peor crisis, pues también el gobierno

---

1985, AHGE/AEMEXNIC Legajo 40, Expediente 7,

[27] Asistieron a dicho cónclave los señores: licenciado Gerardo Trejos, viceministro de Relaciones Exteriores y Culto de Costa Rica; doctor Ricardo Acevedo Peralta, viceministro de Relaciones Exteriores de El Salvador, y el licenciado José Tomás Anita Valle, ministro de Relaciones Exteriores por Ley de Honduras. Reunión de Cancilleres Centroamericanos, Managua, Nicaragua, agosto 8 de 1985, AHGE/AEMEXNIC Legajo, 38, Expediente 4,

[28] *Idem.*

costarricense pedía la suspensión temporal de las negociaciones mientras se sucedía el proceso electoral en ese país.

Aunado a lo anterior, la Casa Blanca anunció que continuaría respaldando a la Contra.[29] La reacción de Contadora fue la conformación y envío de una comisión que investigase el suministro de misiles antiaéreos para los grupos antisandinistas. En consecuencia, Managua seguiría condicionando su firma a cambio de que se integrara un apartado en el cual se hiciera constancia de los ataques de los que era objeto por parte de Estados Unidos.

Desde el punto de vista del grupo mediador, las contradicciones del gobierno de Managua no significaban la derrota de la mediación, mientras que Edgardo Paz Barnica, canciller hondureño, declaraba que los esfuerzos de Contadora habían fracasado debido, principalmente, a la intransigencia del gobierno sandinista para firmar el Acta de Contadora. Las acusaciones en contra de Nicaragua continuarían siendo una constante hasta 1986.

Ante este panorama Daniel Ortega solicitó la mediación de la OEA para que Nicaragua pudiera exigir el cese de la agresión norteamericana. Sin embargo, no recibió respuesta, quizá para evitar que la participación de dicho organismo fuera considerada una forma más de intervención estadounidense o, por el contrario, pudo ser parte de una maniobra estadounidense para demostrar que no estaba interviniendo en la problemática centroamericana y dejar a Nicaragua sin el respaldo de dicha organización.

Si bien todos los actores inmiscuidos en el proceso de pacificación tenían como bandera la distensión del istmo, es claro que las decisiones tomadas por cada una de las repúblicas centroamericanas estuvieron condicionadas por las múltiples necesidades económicas –resultado de la recesión que se estaba manifestando en el istmo– así como por los sistemas de gobierno que se pretendían sostener o transformar y, finalmente, por el contexto internacional inserto en la última fase de la Guerra Fría.

No obstante el asedio del que estaba siendo objeto el gobierno sandinista, los países miembros de Contadora seguían manteniendo su apoyo al reiterar la importancia del principio de libre autodeterminación de los pueblos. En cuanto al aspecto económico, se tiene registrado que hasta el año de 1985 el apoyo financiero internacional para Managua era el siguiente:

> Desde 1979 América Latina ha brindado ayuda financiera a Nicaragua por valor de 803.6 millones de dólares, contra 780.5 millones del bloque socialista y casi 300 millones de Europa

[29] La Embajada de Nicaragua se permite transcribir carta que el Ministro del Exterior por la Ley, José León Talavera, envió al Secretario de los Estados Unidos, Señor George Shultz, en relación a sus recientes declaraciones sobre la política de su gobierno hacia Nicaragua. Managua, 4 de diciembre de 1985, AHGE/AEMEXNIC, Legajo 70, Expediente 7.

> occidental. En ayuda no reembolsable, en cambio, es Europa occidental la que se coloca a la cabeza de donaciones por valor de 91 millones 540 mil dólares, contra 42 millones, 582 mil dólares para América Latina. México es el país de A. Latina que más ha ayudado a Nicaragua con 31 millones, 424 mil dólares.[30]

Así pues, podemos considerar que las relaciones mexico-nicaragüenses mantuvieron un buen nivel toda vez que México, a pesar de la crisis interna por la que estaba atravesando, decidió otorgar créditos especiales en materia energética a Nicaragua. Por otro lado, al reconocer de manera oficial el triunfo del FSLN en las elecciones de 1984, De la Madrid seguía manifestando su apoyo en materia diplomática a Managua.

Asimismo, con la firma del documento denominado Acuerdo de alcance Parcial entre la República de Nicaragua y el gobierno de los Estados Unidos Mexicanos,[31] México y Nicaragua se comprometían a realizar acciones tendientes a mejorar y agilizar el intercambio comercial entre ambas naciones, sobre todo en el área de los gravámenes y aranceles impuestos a los productos intercambiados; además:

> Las Partes convienen en concederse las mayores facilidades posibles para la promoción comercial en sus respectivos territorios, tales como el intercambio de misiones y delegaciones comerciales, así como la participación en ferias y exposiciones que se celebren, asimismo, en el territorio de las Partes Signatarias.[32]

En tanto, en materia diplomática, consideramos que el ofrecimiento mexicano de que el territorio nacional fuera el escenario para las conversaciones entre Estados Unidos y Nicaragua obedeció a una política exterior de dos frentes. Por un lado, México podría proteger a los delegados nicaragüenses ofreciendo todo tipo de seguridad tanto personal como diplomática mientras que, ante Estados Unidos, el gobierno mexicano podría demostrar que también consideraba válidas las razones de la Casa Blanca para cuestionar las acciones del Ministerio del Exterior nicaragüense; con ello, el Estado mexicano, hasta cierto punto, aseguraba su estabilidad política y económica. No obstante, México y Nicaragua seguirían enfrentado un panorama adverso.

[30] "América Latina: más ayuda financiera a sandinistas", *La Prensa*, Managua, no. 17510, 4 de noviembre de 1985, p. 4.

[31] Normas Jurídicas de Nicaragua. *Acuerdo de alcance Parcial entre la República de Nicaragua y el Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos,* Decreto núm. 308, Suscrito el día 8 de abril de 1985. Disponible en: <legislación.asamblea.gob.ni/Normaweb.nsf/> [consultado el 5 de abril de 2014].

[32] *Idem*.

A pesar de los esfuerzos del Grupo de Contadora, el proceso se estancó de forma visible, pues en aquellos últimos meses no se consolidaron acuerdos que pudieran favorecer la distensión. Por el contrario, los daños provocados por los constantes enfrentamientos entre el ejército sandinista y los grupos contrarrevolucionarios estaban llevando a Nicaragua a una severa crisis humanitaria de grandes costos económicos y políticos al interior del país pues, tal como lo tenía previsto la administración Reagan, la guerra de baja intensidad estaba dando los resultados esperados entre la población. En el ámbito multilateral, no se lograron avances, las discusiones se volvieron largas y redundantes y hubo una ausencia visible de propuestas que pudieran dar a Contadora el impulso necesario para su resurgimiento como fuerza mediadora.

Consideramos que lo anterior tuvo como telón de fondo el terreno que poco a poco fue ganando el Bloque de Tegucigalpa, resaltando la participación de Costa Rica, país que mantuvo una diplomacia de dos frentes durante toda esta parte del proceso. Esta situación no pasó desapercibida para el Grupo de Contadora y, como una forma de contrarrestar las condiciones en las cuales se llevaban a cargo las negociaciones, se decidió ampliar el campo de acción y el área de influencia de Contadora, para lo cual se convocó a Brasil, Argentina, Perú y Uruguay, países que conformaron el Grupo de Apoyo.

Conclusiones

Con el estudio de los años presentados podemos concluir que la iniciativa de México para formar un grupo diplomático multilateral obedeció a la decisión del gobierno de Miguel de la Madrid de moderar el activismo político practicado por su antecesor, con la diferencia de la disminución considerable del apoyo económico destinado a Nicaragua. Por ello, creemos que la diplomacia multilateral desplegada por la administración de De la Madrid fue una forma de compensar esta ausencia.

En el ámbito bilateral logramos conocer que las relaciones entre México y Nicaragua se mantuvieron estables pues se registró una comunicación constante. Durante todo el proceso que abarca este estudio constatamos que las relaciones mexico-nicaragüenses, a partir de 1983, se desarrollaron casi al mismo ritmo que el proceso de Contadora; es decir, ambas naciones mantuvieron una comunicación óptima desde que se anunció el surgimiento del grupo mediador, siendo el primer año decisivo en la consolidación de la relación bilateral.

Tal acercamiento entre México y Nicaragua fue uno de los motivos por los cuales los gobiernos del Bloque de Tegucigalpa cuestionaron más de una vez la participación de México y, por lo tanto, del Grupo de Contadora, argumentando que las acciones estaban dirigidas a favorecer únicamente a los sandinistas. Sin duda, esto contribuyó a

impedir que las negociaciones propuestas por Contadora fueran aceptadas de manera unánime. En el caso de Nicaragua, el apoyo mexicano siguió representando un respaldo diplomático importante ante el acoso que sufría por parte de sus vecinos regionales y Estados Unidos.

A partir de 1984, y notablemente en 1985, hemos localizado el momento más crítico de las negociaciones de Contadora, así como también en las relaciones bilaterales de México y Nicaragua. No obstante, en 1985 el Ministerio del Exterior nicaragüense hizo un recuento sobre la ayuda económica de países latinoamericanos que había fluido a ese país luego del triunfo revolucionario, siendo México el país que más había destinado recursos materiales, económicos y humanos.

A medida que aumentó el nivel de la crisis en México, y ante la falta de solidez económica, la Cancillería, por orden del Ejecutivo, anunció la suspensión del envío de petróleo a Managua a causa de pagos vencidos; sin embargo, en un gesto de buena voluntad, México decidió otorgar el petróleo y con ello evitar que la falta del recurso obligara a Managua a renegociar con la Unión Soviética –y por lo tanto, que Estados Unidos reiterara su discurso acerca de que el verdadero problema en Nicaragua era ser parte de la confrontación Este-Oeste.

En el ámbito multilateral del que Contadora formaba parte, podemos decir que durante el periodo comprendido entre 1983 y 1986 se lograron cosas importantes a nivel latinoamericano. La primera de ellas fue la propia conformación del grupo mediador pues, por primera vez desde que surgiera el mundo bipolar, se creaba una estructura diplomática cuya finalidad era mediar en la problemática centroamericana, pero que, en lo posible, pudiera prescindir de la intromisión de Estados Unidos por medio de la Organización de Estados Americanos. El cúmulo de respuestas favorables en torno a las acciones y propuestas del grupo también provocó que la Casa Blanca, manejara un discurso conciliatorio, mientras que, por otra parte, emprendía acciones dirigidas a desestabilizar la región ístmica por medio del armamentismo y el impulso de una diplomacia que hiciera contrapeso a la política conciliatoria del Grupo de Contadora.

En esta primera fase, Contadora logró el reconocimiento de algunos países europeos y latinoamericanos. Así, México, Venezuela, Panamá y Colombia siguieron impulsando su proyecto dirigido a detener una guerra generalizada; por ello, las propuestas de Contadora se enfocaron a lograr el inventario de armamento efectivo en cada uno de los países centroamericanos, la inspección de asesores militares extranjeros y la firma de acuerdos de no agresión entre los países centroamericanos.

En el caso específico de Nicaragua, podemos decir que las acciones del Ministerio del Exterior nicaragüense a favor de las gestiones de Contadora no obedecieron a ningún tipo de acuerdo entre México y Nicaragua como parte del apoyo que el primero estaba brindando al gobierno revolucionario, en cambio, podemos afirmar que Nicara-

gua descubrió en Contadora el soporte diplomático, tal vez indirecto, que le permitió ejercer el derecho de libre autodeterminación.

Con ello, el gobierno sandinista mantuvo voz y voto en las negociaciones que se realizaron en el istmo a pesar de la resistencia de El Salvador, Guatemala, Costa Rica y Honduras, países que, junto a Estados Unidos, pedían el derrocamiento del FSLN por considerar que Nicaragua estaba bajo un gobierno antidemocrático –a pesar de que miles de observadores internacionales constataron el triunfo legal del Frente en las elecciones de 1984–. Al apoyar las propuestas de paz, Nicaragua aseguraba la permanencia del sandinismo en el gobierno. Las propuestas que de manera individual realizó el Ministerio del Exterior de Nicaragua para complementar los documentos emanados de las negociaciones propuestas por Contadora, nos inducen a afirmar que Nicaragua, hasta 1986, fue el único país del istmo en cooperar para que las negociaciones llegaran a buen puerto antes de que Costa Rica y Guatemala, de manera contradictoria, comenzaran a presentar propuestas con pleno respaldo de Estados Unidos.

El año de 1987 se inicia con la negativa de la firma del Acta de Contadora para la Paz en Centroamérica. Ante la evidente debacle de la influencia del Grupo de Contadora y el Grupo de Apoyo los integrantes optaron por dar un giro en su actuar, enfocándose más a la cuestión económica con el objetivo de reactivar a las naciones centroamericanas. Consideramos que tal estrategia fue trazada para que, una vez lograda la estabilidad económica, los países del istmo pudieran tomar distancia de las exigencias impuestas desde la Casa Blanca.

Repositorios

Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores (AHGE) / Archivo de la Embajada de México en Nicaragua.

Hemerografía

Barricada, Nicaragua, (1984).
El País, España, (1983).
La Prensa, Managua, (1985).
Proceso, México, (1982).

Bibliografía

Castillo, Manuel Ángel, Mónica Toussaint y Mario Vázquez Olivera, *Centroamérica*, *Colección de Historia de las Relaciones Internacionales de México, 1921-2010,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2011.

Córdova Macías, Ricardo y Raúl Benítez Manaut (comps.), *La Paz en Centroamérica: Expediente de Documentos Fundamentales 1979-1989,* México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

"La escalada de agresión, las medidas internas y la condena de la Corte Internacional de Justicia a EE. UU.," Dirección de Información, Documentación y Análisis (DIDA), Minex, Managua, Nicaragua, 11 de noviembre de 1986.

Linares Morales, Aquiles, "La solución pacífica del conflicto centroamericano". Disponible en: <http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/1/249/11.pdf>_[consultado el 1 de septiembre de 2015].

Ministerio del Exterior, "Bases Jurídicas para garantizar la paz y la seguridad internacionales de los Estados de América Central. Propuesta oficial de Nicaragua dentro del marco del proceso de Contadora", Managua, Nicaragua, 15 de octubre de 1983.

Ojeda, Mario (comp.), *Las relaciones de México con los países de América Central,* México, El Colegio de México, 1985.

Ojeda Gómez, Mario, *Retrospección de Contadora. Los esfuerzos de México por la paz en Centroamérica (1983-1985)*, México, El Colegio de México, 2007.

Ortega Durán, Oydén, *Contadora y su verdad*, Madrid, Rufino García Ed., 1985.

Ortega Saavedra, Humberto, *La Odisea por Nicaragua*, Managua, Lea Grupo Editorial, 2013.

Páez Montalbán, Rodrigo, *La Paz Posible: Democracia y negociación en Centroamérica. 1979-1990,* México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia / Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos-Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

Paz en Centroamérica. La diplomacia de México en acción, México, Secretaría de Relaciones Exteriores / Fondo de Cultura Económica, 1988.4

Ramírez, Sergio, *Adiós muchachos: Una memoria de la revolución sandinista*, San José, Ediciones Aguilar, 1999.

Secretaría de Relaciones Exteriores, *Paz en Centroamérica. La diplomacia de México en acción*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores / Fondo de Cultura Económica, 1988.

Sohr, Raúl, *Centroamérica en Guerra: Las fuerzas armadas de Centroamérica y México*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1989.

Toussaint Ribot, Mónica, *et al.*, *Vecindad y Diplomacia: Centroamérica en la política exterior mexicana, 1821-1988,* México, Secretaría de Relaciones Exteriores 2001.
Zamora Rodríguez, Augusto, *La Paz Burlada. Los procesos de paz de Contadora y Esquipulas*, Madrid, Editorial SEPHA, 2006.

"¿Quién me quita lo bailado?" Gerardo Camacho Vaca, agregado cultural mexicano en Nicaragua, 1974-1984

Fabián Campos Hernández[1]

La historia diplomática comparte con la historia política la característica de centrarse en el poder ejecutivo. Así como la "vieja historia política" fijaba su mirada en los presidentes y los grandes personajes, buena parte de la historia diplomática lo hace en la actuación de los embajadores. El estilo personal, los intereses y la forma de relacionarse con la clase política local de cada embajador marcan la forma en que es llevada la representación diplomática en cada país. Sin embargo, una embajada se compone por un grupo de funcionarios, cónsules, consejeros y agregados que le dan vida a la representación, que en muchos casos participan con igual importancia que los embajadores. Esa es la historia de un "personaje" que –en sus propias palabras– es tan conocido en Managua como lo es el Chavo del Ocho.

Oí hablar del licenciado Gerardo Camacho Vaca por primera vez en 2010. Varios de mis entrevistados nicaragüenses al enterarse de mi tema de investigación –la política exterior de José López Portillo– hacia Centroamérica, me preguntaban si ya había entrevistado a *Camachito*. Mi negativa siempre era acompañada de un repertorio de anécdotas sobre él. Cuando por fin lo conocí, no pude menos que estar de acuerdo con ellos: es todo un personaje. Acudí a su restaurant, conocido en todo Managua, María

[1] Maestro y candidato a Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor de la Universidad Iberoamericana y del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

Bonita. Entre disposiciones a sus empleados, empezó a contarme varios pasajes de su vida por la carrera diplomática. Fue funcionario en las representaciones de México en Nicaragua, República Dominicana, Haití, Estados Unidos y Rumanía. Durante esa plática varias veces le sugerí que grabáramos la conversación y reiteradamente se negó, ya habría oportunidad. Esa oportunidad llegó cuatro años después. El 20 de enero de 2015 aceptó sentarse frente a una grabadora y dejar testimonio de una pequeña parte de su vida en el servicio exterior mexicano, los diez años que estuvo en la embajada de México en Nicaragua.

Fabián Campos Hernández (FC). ¿Cómo ingresó usted al servicio exterior mexicano?

Gerardo Camacho Vaca (GCV). Ingresé a la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) en febrero de 1974, no como miembro del servicio exterior. Mi primer cargo formal fue como abogado del departamento jurídico, cuya tarea era revisar toda la cuestión del artículo 27 constitucional. Trabajé seis meses en ese cargo. Tuve la fortuna de haber caído en un lugar que me era ligero, liviano, porque con mi formación como abogado egresado de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) más o menos conocía el tema.

Yo lo que quería era ser diplomático y la directora del servicio jurídico dio muy buenas referencias mías. Así que a finales de julio me hablaron para decirme que si quería irme de tercer secretario y agregado cultural a la embajada de México en Uruguay. Faltando unos ocho o diez días, inclusive, ya tenía yo la visa para irme a Montevideo, me cambiaron la sede y me dijeron: "Usted no se va para Montevideo. Usted va para Managua".

FC. ¿Cómo tomó el cambio de destino?

GCV. Por mi formación un poco izquierdista, revolucionaria, aventurera y de fervor mexicano anti intervencionista, me alegré mucho cuando me mandaron primero a Montevideo, donde sabía que estaban las cosas calientes, y se me ocurrió pensar que iba a ser un lugar de una gran experiencia para mí. Cuando decidieron mandarme a Nicaragua me dio mucho más gusto. Sobre todo porque estando en la BUAP había tenido contacto con gente del Comité de Solidaridad con la lucha antisomocista.

Llegué a Nicaragua el 28 agosto de 1974. Managua estaba casi en escombros. El ochenta por ciento de la ciudad se había caído por el terremoto de 1972, no había vivienda, era un país caro. En ese entonces el embajador era Joaquín Mercado Flores[2] y ante la situación dispuso que yo viviera en la embajada. Así que

[2] Joaquín Mercado Flores presentó sus cartas credenciales el 7 de junio de 1974 y concluyó su misión el 15 de junio del año siguiente. <http://acervo.sre.gob.mx/index.php?option=com_content&view=article&id=174>.

vivíamos ahí el embajador, el compañero Ávila, el compañero Romero Cuevas y otra compañera. Entonces, empecé a conocer la situación del país 24 horas al día, si no estábamos trabajando, estábamos en contacto. El embajador era muy cauto, un hombre muy capaz, queridísimo en la Secretaría. Nunca nos hizo a nosotros ningún proselitismo, ni a favor ni en contra, más bien nos inducía a investigar, preguntar y leer acerca de la resistencia antisomocista.

El asalto a la casa de Chema Castillo

A escasos cuatro meses de haber llegado, se dio el asalto a la casa de Chema Castillo, donde casi secuestran al embajador de Estados Unidos. Estaba en la fiesta pero se fue. Ahí murió el ministro de Somoza, Castillo Quan. El secuestro lo hizo un grupo de guerrilleros sandinistas y lograron la liberación de un numeroso grupo de prisioneros políticos que tenía Somoza. Y fue, prácticamente, el parteaguas de la lucha frontal. No me daba cuenta en ese entonces de las tendencias porque, aunque había tendencias internas, todavía no había manifestaciones del divisionismo que posteriormente hubo. No se hablaba de Tercerismo ni de Guerra Popular Prolongada ni de Proletarios. Era una lucha armada que parecía marchar bien.

FC. ¿Cómo vivió ese episodio?

GCV. Íntimamente, para mí fue algo emocionante. De mucho, me suena hasta un poquito grotesco decirlo, pero de mucho placer, porque le habían dado un golpe a uno de los símbolos de las castas dictatoriales que había en América Latina. Lo vivimos poco más de cerca al embajador, Enrique Romero y yo –que también tenía su formación un poquito de avanzada revolucionaria–. Los otros dos compañeros estaban en fiestas de fin de año, y la pasaron rico también, seguramente.

Me tocó acompañar al embajador en el carro, con el chofer, a la casa de Chema Castillo. Lo llevamos a cincuenta o cien metros de donde estaban los retenes, para que pudiera entrar a la casa asaltada y entregarse como rehén voluntario. Él, el embajador de España y el entonces obispo de Managua –hoy cardenal en retiro– Obando y Bravo, se fueron, desde la casa de Chema Castillo, al aeropuerto acompañando a los guerrilleros, sirviendo a ellos como escudo humano para evitar una agresión. Nosotros íbamos a una distancia prudente. Fue muy emotivo para mí ver cómo la gente salía a la orilla de la carretera al aeropuerto con banderolas de alegría. No se arriesgaron, no recuerdo haber visto banderas rojinegras, era demasiado arriesgado que un ciudadano común y corriente, en ese momento, sacara la bandera rojinegra. Pero sí fue emotivo oír los gritos de victoria y de agradecimiento para el grupo guerrillero que iba a Cuba y que había logrado darle

un golpe a Somoza, arrancarle a prisioneros políticos y salvar a todo el grupo. En aquella época yo no conocía mucho de nombres, después conocí a la gran mayoría del Comando Juan José Quezada. Uno de ellos, el número cero, era hijo de un mexicano, después lo supe. No me acuerdo cómo se llamaba, ahorita se me acaba de olvidar, hasta hay un fraccionamiento muy importante que lleva su nombre...[3]

Entonces, ¿cómo lo vivimos? Lo vivimos como un presagio de que iba a continuar la guerra. De que estaban más decididos y que la esperanza de derrocar al somocismo se tornaba, quizá, un poco más real, más posible. Así fue como lo vivimos. Nosotros no lo celebramos hasta cuando regresó el embajador. No cesaban de llegar felicitaciones para el embajador, alguna gente lo saludaba por teléfono. No todos lo felicitaban con alegría, simplemente lo hacían porque había regresado vivo y lo admiraban porque tuvo "los pantalones".

Que yo sepa jamás el gobierno lo indujo a que él fuera. Él tampoco nos lo dijo. Pero entre nosotros existía la sensación de que él había hablado, "yo quiero ir". Supongo que pidió permiso a México, que avisó diciendo: "Me están solicitando como voluntario para proteger con nuestras vidas al grupo guerrillero y a los presos políticos".

Fue definitivamente el hecho histórico que más nos impactó a todos. A mí en lo personal me impactó mucho. Insisto, me llenó de emociones sin límite. No lo externé mucho porque tampoco era prudente, ¿verdad? Creo que Enrique Romero Cuevas estaba también en la misma línea. Así es como recuerdo ese primer gran hecho histórico.

La embajada y el asilo político

FC. Después de la toma de la casa de Chema Castillo hubo un incremento de la represión en Nicaragua. ¿Qué casos de asilo recuerda usted de esa etapa?

GCV. Que recuerde, los primeros asilados que a mí me tocaron fueron a mediados de 1975.[4] Probablemente hubo aspirantes, pero en esa época los embajadores, sobre todo uno de ellos, era visceralmente "antisandinista" y anticomunista. Tenía un

[3] El líder del comando "Juan José Quezada" era Eduardo Contreras, *Marcos*.

[4] Después del retiro del embajador Joaquín Mercado Flores, el 15 de junio de 1975, México no nombró un embajador inmediatamente. El 12 de noviembre de 1975 fue nombrado Roberto Casellas Leal, quien presentó sus cartas credenciales el 5 de marzo de 1976 y fue retirado el 28 de febrero de 1977. Disponible en: <http://acervo.sre.gob.mx/index.php?option=com_content&view=article&id=174 >.

problema de avaricia. Era tan avaro con el dinero que me ordenó rechazar una petición de asilo. Me mandó a entrevistar al aspirante y no quiso aceptarlo.

–Embajador, este señor es perseguido y lo pueden matar. Es perseguido y está públicamente señalado que lo van a agarrar, y si lo agarran lo matan.

Se asomó a verlo, a través de una ventana donde el aspirante no lo podía ver, y su respuesta fue:

–¿Usted cree que un mechudo, peludo como ese, va a ser alguien que tiene pensamientos revolucionarios?

–Embajador, es perseguido.

–No tenemos con qué darle de comer.

Lo echó fuera. No tardó tres días vivo. Yo intenté denunciarlo, tuve miedo, no lo hice de manera formal. Tenía miedo de perder mi puesto, y no lo hice. Lo comenté varias veces con algunos compañeros. Tres días duró vivo, se apellidaba Valdovinos, no se me va a olvidar.

Unos tres o cuatro meses y el maestro universitario Roberto Cajina me llegó a saludar y me dijo: "vámonos a dar la vuelta". Y me llevó a la Universidad para que trajera yo a otro asilado: Federico Cerdas. Físico matemático y sociólogo.[5]

Después capturaron a Tomás Borge.[6] Lo agarraron comiendo hamburguesas aquí, en el camino de Oriente, en lo que era entonces el centro ejecutivo, el centro de "restaurancitos" de comida rápida, era un centro de atracción. Por supuesto que lo golpearon, lo torturaron, y dio más de algún nombre, o muchos nombres. En sus primeras declaraciones, que se saben públicamente, mencionó el nombre de Ruth Selma Herrera, que había sido su colaboradora. Era su maquillista, la que lo disfrazaba, la que lo llevaba de una casa de seguridad a otra.

Una vez mencionada en sus declaraciones, era indudable que a Selma la iban a perseguir, apresar, torturar y enjuiciar. Y ella organizó a un grupo de periodistas, y en una comparecencia, ante los jueces y todo, en el supuesto juicio que le estaban haciendo a Tomás Borge, se presentó en medio de una masa de periodistas que la iban cubriendo para que no la echaran presa. Se presentó y declaró apoyando lo que dijo Tomás, pero le cambió totalmente la jugada a la Seguridad. Tanto que los llegó a confundir, ella salió dejando una confusión brutal entre los investigadores y se fue a asilar con nosotros. Cuando llegó a la embajada me dijo la secretaria:

[5] No hemos encontrado datos de la fecha de ingreso a la embajada en calidad de asilado de Federico Cerdas, pero se mantenía viviendo en ella hasta el 9 de julio de 1976, cuando ingresó a la misma Selma Ruth Herrera. "Relación de nicaraguenses que se encuentran asilados en la embajada de México en Managua", 9 de julio de 1976, Archivo Histórico Genaro Estrada de la SRE (AHGE-SRE), expediente III-5867-10 (primera parte).

[6] Tomás Borge fue capturado el 4 de febrero de 1976.

–Ahí está una muchacha que dice que quiere asilo.

–¿Ah, sí?

–¡Si vieras que muchacha más bonita!

Entro y me encuentro a una muchacha, efectivamente bella, con una faldita de tenista. La embajada estaba muy cerca de las canchas de tenis del club de Las Colinas. Llegó con su raqueta, sus zapatos tenis y una minifalda. Y me dijo:

–Vengo a pedir asilo.

Yo no la conocía físicamente.

–¡Ay, señorita, esto es muy serio!

–Sí, esto es muy serio.

–¿Cuál es su nombre?

–Ruth Selma Herrera.

–¡Ay, Dios mío! Espéreme tantito, siéntese.

Y voy a la oficina adjunta y le digo al embajador:

–Señor, ahora sí no vamos a poder correr a esta mujer.

–¿Cómo que no? ¿Cómo que no la va usted a correr? La va usted a sacar, dígale que no. No hay asilo.

–Es que es una mujer.

Yo no le quise decir "¡Usted fue el que mató al otro!".

–No, no, no. Usted se encarga de que esta mujer se vaya. Yo me voy a mi casa y no me hable hasta que me diga que ya se fue. ¿Cómo le hace? No lo sé, ni me interesa, usted me saca a esa mujer.

Y se fue a su casa, que estaba a un par de cuadras.

Regresé y le dije a ella:

–Señorita, tengo mucha pena, pero me dice el embajador que no.

–Pero si salgo me matan.

–Sí, yo sé que usted está en una situación muy peligrosa. Y no, el embajador dice que no.

Entonces se volteó, agarró su bolso de tenis, lo abrió y sacó una pistola, un revólver.

–Oiga no, no juegue con eso.

–No, si no voy a jugar. Se la voy a dar a usted. Si yo salgo me van a matar afuera. Máteme usted. Es la única forma en la que yo me voy a ir.

–Oiga, no. ¿Yo cómo la voy a matar?

–Solamente así me van a sacar. Con los pies por delante y con un balazo que usted me va a dar.

–Yo no la voy a matar. Espéreme.

Y le hablé por teléfono al embajador, quien me dijo:

–¿Ya se fue?

–Embajador, no se puede.

–Le dije que solamente me llamara cuando ya se hubiera ido. No me interesa, es una orden, ¡no tenemos dinero para mantener a estos huevones!

Ese era su argumento.

–Embajador, es una mujer que está en peligro de muerte.

–No me interesa.

Y me colgó.

–No, señorita. Yo sé que usted tiene toda la razón.

–Si sabe que tengo la razón, sabe que no me voy a ir. Y usted ya sabe lo que tiene que hacer. Métame un plomazo donde me duela menos.

–No, no, no, yo no. Espéreme.

Y me fui a la casa del embajador con la pistola.

–¿Se fue? ¿qué pasó?

–No. No se quiere ir. Ni se va a ir.

–¡Usted no entiende! Usted, su enfermedad, su sandinismo, su comunismo no lo deja en paz, usted está enfermo no entiende que estos son criminales –bla, bla, bla– Vaya y sáquela.

–No. Dice que solamente que le metamos un balazo y usted no me va a obligar a eso.

–¿Cómo?

Y saqué la pistola.

–¡Oiga...!

–¿Usted le va ir a dar el balazo? Yo no. Usted no puede ordenar que yo la saque. Si yo no puedo, menos voy a poder meterle un balazo. Tome y vaya a matarla.

–¡Oiga!

–Usted no me pone en otra alternativa, usted vaya y dele el balazo, yo no lo voy a hacer. No me puede usted obligar, no me van a correr del servicio exterior por desobedecer una orden de esta naturaleza.

–Me lleva la *pin, pan, pa...*–no era mal hablado, pero ahí se le salieron todas las malas palabras que sabía– dígale que se queda con una condición. Que le traiga de comer su gente, pero nosotros, de la Embajada, no va a salir un frijol para darle de comer.[7]

¿Por qué cuento esto? Lo cuento porque sé que quien lo lea, si conoció a este señor, me va a creer, porque era un enfermo de avaricia. Imagínese que no da asilo,

[7] A Ruth Selma Herrera Montoya se le otorgó el asilo oficialmente el 16 de julio de 1976. "Oficio de Ignacio Villaseñor a Miguel Domínguez Loyo, Subdirector de población de la Secretaría de Gobernación", 20 de julio de 1976, AHGE, expediente III-5867-10 (primera parte).

no cumple con un principio máximo de la diplomacia mexicana, por un plato de alverjones, de frijoles con arroz, por esa razón.

–Que se quede. Pero lo voy a tener a usted muy vigilado. Usted, se me hace que es el que me quiere complicar la vida.

Efectivamente se quedó. Se hizo después un lío, porque el embajador no quería tocar la pistola, y yo no me la quise quedar porque sabía que era un elemento importantísimo en esos momentos. Y se la hice llegar a su familia. Ella me dijo que a su hermana o su mamá. Afortunadamente, nunca nadie me preguntó del servicio exterior de México dónde quedó la pistola. Yo la devolví.

Y por esos días se asiló otra mujer, pero ella ya sabía lo del cuento de la pistola y no se quiso arriesgar a pedir asilo por la vía, digamos, institucional, que era primero al secretario, es decir conmigo, y luego a la embajada. Ella fue directo a la casa del embajador y calculó que fuera una hora en que él estuviera y le tocó la puerta: ¡pa, pa, pa! El embajador tenía una puertecita que se abría y se asomaba, y cuando se asomó, tenía una .45 en las narices.

–Soy Aída Vélez Lacayo. Soy perseguida política, no me obligue usted a dispararle en la frente. Ábrame la puerta que quiero asilo político.

No tardó ni un minuto en abrirle la puerta y me habló:

–¡Vino otra mierda mujer! ¡Vino otra mierda mujer!

–¿Y qué? ¿La voy a sacar?

–Yo ya le di el asilo. Venga para acá y llévese una mierda que me dejó. ¡Una .45![8]

Y me dio la pistola. Yo la fui a guardar a la caja fuerte. Se fue el embajador y no tuvo el cuidado de preguntarme por la pistola. Y se la entregué también a su familia. Hace 15 días me encontré a Aída, y yo no me sabía la leyenda de su pistola:

–Cómo te quiero, Camachito –ella es mi colega, tiene un restaurante aquí cerca, se llama El paladar. Es un bufet popular. Me dice:

–Ay, esa pistola me la había dado Carlos Fonseca Amador y yo no quería perderla, y cuando tú me la hiciste llegar, ¡qué sueño Camacho! ¡Todavía la conservo!

[8] En un informe a la Cancillería, el embajador Casellas Leal aduce, como motivos de su posición, la falta de espacio en la embajada para recibir a más de cuatro asilados al mismo tiempo, el alto costo de su permanencia y los intentos de nicaragüenses de hacerse pasar por perseguidos políticos para viajar a México a costas del presupuesto de la embajada. Además manifiesta que su embajada era la que más asilados admitía, mientras que la mayoria de las representaciones los rechazaban, posición que implicaba un costo político en el ambiente diplomático y político pues se acusaba a México de apoyar a los guerrilleros. Así mismo, solicitaba el aumento del presupuesto de la embajada para costear la permanencia de los asilados y rentar un nuevo espacio donde recibirlos. Informe de Roberto Casellas Leal al Canciller Alfonso García Robles, 26 de julio de 1976, AHGE, expediente III-5867-10 (primera parte).

Una segunda oportunidad en la embajada

FC. Me había contado usted que casi lo retiran de la embajada.

GCV. En 1977 me estaban dando de baja prácticamente. Me había llegado un telegrama: "Comuníquesele al secretario Camacho que, por decisión del servicio exterior mexicano, ha sido designado para que abandone su cargo en Managua y se traslade a la Ciudad de México, donde permanecerá hasta nuevo aviso".

Generalmente, cuando llegaban esos telegramas decía: "Comuníquesele al secretario Camacho que ha sido trasladado. Que la decisión ha sido separarlo del cargo que está y vendrá a la Ciudad de México a ocupar el cargo de jefe administrativo". De jefe de personal, de archivo, de la Dirección General de Asuntos Económicos. A mí no. A mí me estaban mandando a ser, como decían con los embajadores, embajador de pasillos y corredores. Porque les dan el sueldo mínimo, tiene uno que estar en la Secretaría de Relaciones Exteriores sin hacer absolutamente nada, hasta que se cansan y se van. Y fue por este señor miserable, que nos hacía cifrar páginas enteras de la prensa, trasladar, transcribir, y mandar ¡artículos publicados en la prensa! Y cuando se regresó fue a decir: "no regreso a Nicaragua, me quedo acá". Llegó con sus maletas, entonces le dijeron "haga usted su informe". Y soltó todo el veneno del mundo contra mí.

Cuando en septiembre de 1978 llegó Gustavo Iruegas como encargado de negocios yo estaba a punto de trasladarme. Él no me conocía. Seguramente había medio leído alguna acusación pero aun así me concedió el beneficio de la duda. Me dijo:

–¿No te quieres ir?

–No.

–¿Cómo? ¿No tienes miedo?

–Sí tengo miedo, claro que tengo miedo, mucho miedo.

–¿Y por qué tienes miedo?

–Porque los balazos se oyen horrible.

–¿Y no te quieres ir?

–No, no me quiero ir.

–¿Seguro? ¿Por qué?

–Porque sé que la guerra viene pronto y no me la quiero perder.

Y yo no sabía ni siquiera si él era de derecha o de izquierda. Pude haber cavado mi tumba, si me hubiera tocado un hombre reaccionario.

–Te quedas– me dijo.

No me pongo a brincar aquí como brinqué ese día, porque me vería ridículo. Pero brincaba de alegría, porque no sabía si le iba a caer bien al licenciado, que eso le caía gordo.

–No me diga licenciado, cabrón. Que ni siquiera la prepa he terminado.

Entonces a Gustavo le gustó la espontaneidad con que yo le dije que me quería quedar. Alguna vez le dijo a Sergio Ramírez:

–Este cabrón no es un genio para nada, pero es bueno para todo lo que le pongas a hacer.

A él le gustaba la gente que no tuviéramos ni las uñitas pintadas ni nada por el estilo. Le gustaba gente de combate. Y formó a un grupo de gente así. No estoy hablando de que fui el único; se trajo de México a cinco o seis que vinieron a trabajar como animales. Ojalá que esté descansando en paz.

Una embajada en insurrección

GCV. La bendición personal que yo tuve fue haber encontrado a Gustavo Iruegas y a Fernando Escamilla, que era su segundo de abordo. No tengo la menor duda de que Gustavo Iruegas era el hombre más consciente de que el servicio exterior no es un lujo, es un privilegio, es servicio. Él me dio la gran oportunidad de tomar bajo mi responsabilidad la decisión de a quién dar y a quién no dar asilo. Recuerdo muy claro que me dijo:

–Fui alumno del gran maestro Rafael de la Colina y él me decía: "Si tienes el 99% de que el demandante de asilo te está engañando, pero tienes un 1% de dudas, de que puede ser objeto de asilo, dáselo, aunque te equivoques. Aunque te equivoques y te caiga gordo, dáselo. Es una institución en la que se trata de salvar vida y libertad".

Entonces tomaba yo en cuenta eso. Y no era fácil entrevistar a uno por uno. En uno de esos periodos de tres o cuatro días que Iruegas se "extraviaba", que se iba a la selva o tal vez a casas de seguridad, a entrevistarse con gente del más alto nivel sandinista, al irse me dijo:

–No preguntes a dónde voy, te quedas a cargo de la embajada. Procura mantener un perfil poco visible. No vayas a dar muchos asilos, por favor. Me voy a perder tres o cuatro días. No sabes dónde estoy, no sabes nada, ¡punto!

Al día siguiente, al llegar a la embajada, me encontré diez u once personas, y le dije a la secretaria de Iruegas:

–¡Huy, Angélica! ¿Y esto? ¿Y esa señora?–. Una mujer como de unos 50 años.

–Pues que viene a pedir asilo para su niño.

–¿Cuál es su niño?

–Aquel que esta allá con la toalla celeste–. Porque aquí el azul es celeste.

–A ver, que pase la señora.

–Señora ¿en qué le puedo servir?

–Pues yo vengo a pedir asilo para mi hijo.

–¿Cómo para su hijo?

–Sí, es que está mal, y lo andan siguiendo.

–Pero yo creo que ya está muy grandecito el muchacho. Si se metió de guerrillero pues no tiene por qué venir con su mamá a pedir asilo. Que venga. ¿Cuál es?

–Aquel que está con la toalla.

–Y mire, además tiene mi toalla– porque andaba con una toalla exactamente igual a la que estaba en mi oficina.

–No señor, esa toalla es de él.

–No señora, esa toalla es de mi baño. ¡Que venga!

Se sentó y le dije:

–¿Tú qué haces con mi toalla?

–No señor, es mía.

–No, déjame mi toalla ahí. Porque es mía, no me la estés ensuciando.

Cuando la suelta descubro que no tenía las dos manos. En su lugar tenía tendones, nervios colgados, pellejos, hueso.

–¿Qué te pasó?

–Es que antenoche me quedé de retaguardia, vigilando la retirada de mis compañeros, frente al comando de León. Y lanzaron una granada, una bomba, y cuando la quise cachar, yo solo la vi con la luz de la luna, no me acuerdo más. Me estalló en las manos.

Venía con la frente llena de raspones, de esquirlas, y las manos sin nada, sin hueso. Nada.

–Perdí el conocimiento. Seguramente me dieron por muerto. Desperté como a las seis de la mañana y me quise incorporar, pero no sabía yo que ya no tenía las manos. Me arrastré y fui a mi casa.

En ese momento la señora me preguntó:

–¿Quiere usted darle asilo? Es que lo andan buscando. Y lo van a matar.

–Claro que sí, los dos se quedan. Por supuesto que lo van a matar, pero antes de matarlo le van a hacer todas las torturas del mundo. Se quedan.

Para mí es una de las impresiones más salvajes. Hubo otros dos muchachos que perdieron las manos. Uno de Masaya que perdió también las dos manos y otro de Monimbó que perdió una sola con una bomba de contacto. Pero esos no fueron tan impresionantes para mí, porque ya llegaron con sus cortes cauteriza-

dos, cicatrizados. Este no, este llegó en vivo. De eso hace treinta y siete años y no se me olvida. Pareciera que cuando cierro los ojos lo estoy mirando cuando lanzó la toalla, y efectivamente era de él la toalla. La casualidad es que era idéntica a la mía. Me impresionó tanto. Me avergoncé tanto de mi actitud, que lo único que se me ocurrió decir fue:

–Pues no sientas vergüenza *manito*, no te vuelvas a tapar. No te vas a ir, te quedas asilado. Te voy a poner en un cuarto, en un cuartito con tu mamá, porque la necesitas para todo. Pero no te me avergüences, nunca más te andes tapando. Lo que te pasó, no te pasó por andar de vago.

–Sí, sí señor.

A los 28 o 30 días, ya estaba jugando voleibol, con sus muñoncitos, sin las manos. Esa es una de las impresiones más fuertes que tuve en mi carrera de diplomático, porque sucedió en un instante, en cuestión de tres minutos. Y eran los primeros candidatos al asilo que estaba yo entrevistando sin que estuviera Gustavo ahí. Entonces recuerdo mucho esa.

También recuerdo la del chamaquito que dejaron por muerto. Gustavo me habló:

–¡Zompopo! ¡Zompopo! ¡Zompopo!– porque ese era mi seudónimo.

–¡Zompopo, la madriguera te necesita!

Ya sabía yo que tenía que ir donde él. Cuando llegué estaba Iruegas con un médico y con una enfermera o doctora también y me dijo:

–Te presento a los señores. Ella es *fulana*, él es *fulano*, él es su esposo, y ella tiene un hermano herido en el hospital Manolo Morales, tiene dos balazos metidos en el cuerpo y todo apunta a que están esperando que vuelva en sí, para que lo torturen y hable, o para terminar de matarlo, para que no hable.

–¿Y qué pasó?

Entonces ya me contó la historia de que fueron detenidos sin ninguna provocación. Fueron detenidos por un Jeep de la BECAT (Brigada Especial Contra Actos Terroristas) en una calle del barrio Monseñor Lezcano. Los detuvieron, los subieron al Jeep, los esposaron y se los llevaron en el BECAT. Según me contó después uno de ellos, se los llevaron a un lugar que se llama la Cuesta del Plomo, a las orillas del lago de Managua, en la parte más inmunda que tenía el lago, es una barranca, que va a dar a la parte rocosa del lago. Me dijo que los bajaron, que les hicieron un par de preguntas:

–¿Cómo se llaman?

–*Fulano* y *zutano.*

–¿Qué edad tienen?

–Tantos años.

–¿Y qué hacen?

–Somos estudiantes.

–Ustedes son sandinistas.

–No, nosotros no.

–¿Cómo no? ¡Ustedes son sandinistas! Matemos a estos cabrones.

Les dispararon dos balazos a cada uno. El que sobrevivió recordaba cómo su compañero agonizó durante 15 o 20 minutos. Él también estaba herido y oyó expirar a su amigo. Se arrastró hasta el camino. Pero me contó que un amigo de su familia vio cuando los montaron al Jeep y lo siguió más o menos con cierta distancia. El Jeep se metió a la barranca y el que lo seguía subió hasta el mirador, oyó los cuatro disparos, vio salir al Jeep sin los muchachos. Esperó casi treinta minutos, para que estuvieran lejos y fue buscar a ver si encontraba algo. Y ya se encontró al muchacho este arrastrándose a la orilla del camino. Y él iba en una camioneta *pick up*, él decía que no sabía cómo se atrevió de loco a montarlo sangrando en su camioneta y llevárselo a la hermana y al cuñado médico. Inmediatamente ellos lo llevaron al hospital, lo ingresaron y la policía lo tomó preso. Por eso fueron a decirnos que querían que lo salváramos, porque lo iban a torturar. Lo iban a matar de todas formas.

Y Gustavo me dijo:

–Zompopo ¿lo vamos a sacar?

–Sí.

–¿Seguro?

–Sí.

–Piensa en el riesgo que vas a correr. Yo te pregunto porque no te puedo defender.

El plan era que nos siguieran el doctor y la doctora, y que nosotros fuéramos uniformados de médicos. En el carro oficial de la embajada nos fuimos a meter al hospital, y lo dejamos en el parqueo. El doctor y la doctora nos estaban esperando. Entramos con una tabla de antecedentes médicos y nos hicieron llegar hasta donde estaba el chamaco. Estaba un soldado ahí cuidando. Entramos a ver al muchacho como si fuéramos médicos, lo sentamos en una silla, llevaba un suero en un lado y sangre en el otro brazo, lo sacamos y nos lo llevamos a la embajada. Pero allí no teníamos ninguna condición sanitaria. Estábamos viviendo setenta personas en una casa en donde normalmente vivían cuatro o cinco. Y ahí lo estuve atendiendo. Llegó la doctora a decirme cómo le tenía que poner las inyecciones en el tubo del suero cada tres horas. Me llevaron sangre aparte para hacerle transfusiones. Además, me dejaron un montón de gasas para que le metiera la mano y le sacara las flemas porque se asfixiaba ya que el balazo le traspasó el paladar. El maxilar

inferior lo tenía partido. El otro balazo lo tenía a medio centímetro de las cervicales. Estuvo así más de dos semanas, hasta que empezó a reaccionar.

La foto de quinientos dólares

FC. Cuénteme sobre el rompimiento de relaciones de José López Portillo con Somoza.

GCV. Todos esperábamos el rompimiento de relaciones. Nos llamaban los sandinistas preguntándonos cuándo se iba a dar la noticia. Entonces Gustavo Iruegas viajó sin permiso a la Ciudad de México para recibir indicaciones de la Secretaría. Y estando en México apareció la noticia de que México rompía relaciones con Nicaragua. Ya no pudo regresar. López Portillo había tomado la decisión de romper. La sorpresa, el susto fue que lo hizo cuando yo estaba sin ninguna personalidad oficial. No tenía autoridad ni para hacer una nota. Ni para comunicar oficialmente, ni siquiera entre embajada y embajada. Yo era un pinche segundo secretario que había sido protagonista de un montón de cosas, pero siempre cumpliendo el mandato de un funcionario calificado y reconocido por Nicaragua. Es muy gratificante haber vivido el momento. El rompimiento de relaciones era algo esperado, pero sí fue sorpresa. Fue un momento de mucha alegría, lo tomamos como parte de un triunfo, de una lucha que nosotros también propiciamos, participamos, yo así lo sentí. Gustavo me habló:

–¡Cabrón, tenemos cuatro días para archivar! Quema todo lo que no sirva. Levanta y quema todo. Los archivos amárrenlos y pónganlos en cajas, porque llega un avión y tenemos que traernos todo lo importante. Lo que no sirve, no sirve. Desmantela todo, quita todo, empaca muebles, entrégalos con un inventario físico y baja el emblema de la embajada.

Agarré una escalera y fui. *Pa, pa, pa*, lo bajo. Nunca hubiera pensado que pesaba tanto porque era de lámina pintada al horno, y era como de la mitad de esta pared. Estaba ahí con nosotros un periodista mexicano que mataron en El Salvador, Nacho. Lo acribillaron en 1979, o en 1980. Porque de Nicaragua se fue a El Salvador. Él era *freelance.* Se escondía donde nosotros, salía disfrazado y se iba así. Era un tipazo. Entro yo a la embajada con el emblema y me dice:

–No la chingues Camacho. Me estás robando 500 dólares.

–¿Cómo?

–Súbete con el emblema y haz que lo estás cortando. Te quiero sacar una foto. Me van a dar 500 dólares por esa pinche foto.

Y ahí voy para arriba otra vez. Salí en todos los periódicos del mundo, "Funcionario de la embajada de México desmantelando...", en todos los periódicos del mundo.

–Camacho, no te imaginas que alivianada me das.

El archivo y Lidia

GCV. Una vez que López Portillo rompió relaciones con Somoza nosotros nos convertimos en "súbditos" peruanos. Logramos sacar a todos los asilados menos a una, a Lidia Astorga, que era hermana de Nora Astorga, a ella no la dejaron salir. Ella se quedó. Pasó a ser posesión, porque no hay otra forma de decirlo, del Perú. Sí, porque ella fue como un objeto. Los archivos de México y Lidia Astorga a la embajada de Perú en mayo de 1979. Los archivos de México y Lidia Astorga y los archivos de Perú a la embajada de España un mes después. El embajador de España, que era un furibundo somocista, la echó fuera. Bueno, no la echó a la calle, se las mandó a los guatemaltecos. El cinco de julio, ya estando Lidia Astorga en la embajada de Guatemala, empezaron a entrar somocistas buscando asilo político. Y Lidia Astorga convivió como posesión de los archivos de México y Perú entre somocistas recalcitrantes, agentes de la seguridad, torturadores. El 19 de julio cuando pasaban los muchachos que venían cantando victoriosos en la carretera a Masaya, ella se salió de esa embajada y se fue a la marcha victoriosa.

Los apoyos mexicanos a la lucha armada sandinista

FC. ¿El apoyo mexicano a los sandinistas únicamente fue político?

GCV. Durante la lucha armada... Esto es muy grave lo que voy a contar. Estando ya en México, me habló por teléfono Andrés Rozental, eran como las dos de la tarde:

–Mañana te vas en un avión de carga a Costa Rica. Vas a dejar una encomienda. Llevarás un sobre que tienes que entregarle a Tito Castillo.[9] Vas a presentarte en el hangar presidencial, allí te están esperando los del Estado Mayor Presidencial. Te presentarás con un oficial.

Según yo, llevaba frijoles. El avión llevaba unas cajas como esta. Así a lo largo del avión. Había unas bien amarradas, poquito más altas.

–Se lo vas a entregar porque están pasando muchas necesidades.

[9] Abogado nicaragüense, antisomocista, miembro del Grupo de los Doce.

En plena guerra. Estoy hablando de ocho o diez de junio. Llegué al aeropuerto y busqué a Tito Castillo. Pero al momento que llegó Castillo aparece la embajadora de México:[10]

–¿Quién viene al frente del avión, que es un avión militar de la Fuerza Aérea, quién viene?

–Soy yo.

–¿Y no me trae nada para mí?

–No. Yo traigo esto. Pero es para el señor Tito Castillo.

–¿Pero, qué es?

–No sé señora. Este es un envío de México para el señor Tito Castillo.

–¿Y yo qué? ¿Estoy pintada? ¡Yo soy la embajadora!

Pero a gritos. Y no eran frijoles. ¿Qué crees que eran? ¡Plomo! ¡Eran balas! Eran armas y balas. No lo supe en el momento. Andrés únicamente me dijo: "es muy delicado". ¡Era plomo!

Cuando regresé a México me dijo Andrés:

–Mire Camachito, qué bueno que regresó.

–No. La embajadora...

–Sí –me dice– hizo un escándalo. ¡Que le faltaste al respeto, que la ignoraste!

–Oye, no me vayan a mandar con esta embajadora nunca.

Los últimos días de junio me llamó Andrés Rosental y me dijo:

–Mira, como tú los conoces a casi todos por eso vas a ir tú. Ellos te van a decir que ya tienen su retorno, pero no tienen con qué irse, son apátridas. Entonces, ya tenemos un acuerdo con Costa Rica para que los reciba con *laissez passer*.[11] Trámitaselos. Toma este portafolio, ahí vas encontrar lo suficiente para pagar lo de los ciento y tantos. Te vas a estar con ellos, vas a andar con ellos. Los vas a llevar a Relaciones Exteriores. Una vez que tengan *laissez passer*, ellos ya saben a dónde ir.

Y me dió el portafolio. Fue la primera vez que tuve en mis manos un billete de a 10 000 pesos. Me entregaron como quince millones de pesos o más para pagar. ¡Y yo anduve en el metro con el pinche maletín! Y no lo pude abrir hasta que llegué al hotel. "¡Ah, caray! ¿Qué es esta chingadera?".

[10] En ese momento la embajadora de México en Costa Rica era Pilar Saldívar y Fernández del Valle. Listado de embajadores de México en Costa Rica. Disponible en: <http://acervo.sre.gob.mx/index.php?option=-com_content&view=article&id=143>.

[11] *Laissez passer* es un documento migratorio que otorgan los gobiernos o las organizaciones internacionales, como la ONU o la Cruz Roja Internacional, por razones humanitarias a ciertas personas que son apátridas o no tienen pasaporte.

Una *cafetera* para la revolución sandinista

FC. ¿Cuándo vuelven a abrir la embajada de México en Nicaragua?

GCV. Yo regresé el veinte de julio. Era una alegría colectiva, un desorden total. "Neosandinistas", el setenta por ciento de los que andaban armados. Pero lo que más me impactó fue la llegada de la delegación de candidatos a diputados del PRI. Andaban desesperados los saltimbanquis del PRI, que venían a apoyar, a felicitar, a conocer una revolución por dentro. Y me dijo uno de ellos:

–Oye "manito", tenemos que conseguir a alguien responsable, porque tenemos, queremos entregarles una cafetera.

¡Puta! y ahí voy a buscar ¡a ver con quién! ¿A quién le interesa una cafetera? Por fin encontré por ahí a un conocido, que había sido funcionario del Banco Central. Entonces le fui a decir que estaban dando una cafetera.

–Oiga amigo, somos del PRI, queremos entregarle una cafetera.

–¿Y para qué queremos cafetera?

–No cafetera, *gafetera*.

De gafetes. Que ya traían el logotipo del Frente Sandinista. Sentí una vergüenza, ¡pinches imbéciles! El primer regalo del PRI para la revolución fue un aparato para hacer unos gafetes que dijeran "Fabián Campos, lugarteniente de Sandino". Me pareció totalmente fuera de lugar, ridículos.

FC. ¿Cómo vivió los primeros tiempos del nuevo gobierno?

GCV. Creo que ahí hubo un poquito de mala interpretación mía de lo que estaba sucediendo. Una interpretación un poquito errada, humana. Para mí el sandinismo había sido el protagonista de todo y tenía derecho a hacer lo que se le diera la gana. Nunca me cayó bien Alfonso Robelo, no tuve oportunidad de tratarlo. A Sergio Ramírez sí porque había sido asilado político y habíamos desayunado, almorzado y cenado en la misma mesa, a la misma hora. Porque era maravilloso oírlos hablar, sobre todo a él y a Fernando Cardenal. Pero la salida de doña Violeta Chamorro de la Junta de Reconstrucción Nacional, el retiro de Robelo y luego el eclipsamiento de Moisés Hassam, pues los tomé como unos hechos irremediables. No culpaba yo al sandinismo de nada, estaba yo un poquito obnubilado por la emoción, por mi entusiasmo revolucionario.

La ausencia de esta gente desafortunadamente nunca la analicé con la inteligencia que debía tener. Pensando siempre que el sandinismo estaba siendo víctima de graves agresiones. Los 75 millones de dólares que no le quisieron prestar a Nicaragua en los primeros tres o cuatro meses. Porque además Pezzullo, el embajador de Estados Unidos, no tenía reparo en decir "bájense los calzones porque ya les toca". Y hagan esto, y hagan lo otro. Entonces lo sentía como agresiones, agresiones

como la que vino a hacer, y en esa no me equivoqué, Karol Wojtyla. El Papa vino a insultar, a provocar, a exacerbar los ánimos, no se esperaba aquella reacción medio organizada y mala, pero más bien espontánea del grito: ¡Poder popular, poder popular, poder popular, poder popular! Se atravesaron eventos muy graves, como el asesinato de 17 jóvenes alfabetizadores, y él nunca quiso, ni siquiera por las fotos, ni desde arriba, echarles una bendición y las madres gritando, los cadáveres de sus hijos esperando en la morgue. A mí me pareció una agresión grave, terrible, contra la revolución que había costado tanto y me parecía incomprensible que se quisiera obligar al sandinismo a retroceder.

Los embajadores mexicanos en la revolución sandinista

FC. ¿Cómo fue la relación de los embajadores mexicanos con el gobierno revolucionario?

GCV. Primero estuvo el embajador Horacio Labastida, con mucho dinero. Después vino un hombre al que aprecio y respeto con mucho cariño. Después de Iruegas, no ha habido otro personaje más importante en el servicio para mí que Julio Zamora Bátiz. Llegó aquí el 17 julio 1980, dos días antes del primer aniversario del triunfo de la revolución. Al día siguiente presentó sus credenciales, un día antes del primer aniversario y me ordenó:

–Preparen una fiestecita con una comida mexicana, vamos a ir a la ceremonia, vas a ir tú conmigo, el consejero y el ministro y me voy a perder un rato –hasta después supe por qué–, tú vete a la embajada, recibe a los invitados...

Y se fue como una hora, fue a Masaya a ponerle una copia de sus cartas credenciales a su abuelo. Su abuelo era de esa ciudad. Su padre y su tío fueron dos grandes economistas de la Facultad de Economía de la UNAM, Julio Zamora y Francisco Zamora. Yo no sabía. Hasta como al año me dijo el chofer:

–Aquel día fuimos al panteón de Masaya. Se bajó con un folder que tenía el sello de la Secretaría y lo dejó sobre una tumba.

Y conmigo fue hermano. El primer día que llegó nos dijo:

–No soy embajador para ustedes. Me llamo Julio. ¿Cómo te llamas tú?

–Gerardo.

–Soy Julio. ¿Cómo te llamas tú?

–Fulano de tal.

–Yo soy Julio.

Nunca he tenido un jefe al que haya tuteado, al que guardara tanto respeto. Él era, por supuesto, un buen vocero de México, un buen "comendador". Yo creo

que hizo mucho. Era muy discreto, tuvo muy buenas relaciones, sobre todo con ministros importantes. Manejó muy bien su papel, hizo un gran papel, hubo cooperación. Pero creo que la cooperación más grande vino con Gómez Villanueva. Me tocó sufrir a Gómez Villanueva tres años, sufrirlo, sufrirlo, sufrirlo.

Para empezar, la plática que me aprendí de memoria fue la de que casi llegó a presidente. Que López Portillo le hacía "así" (le guiñaba el ojo) cuando se hablaba de la sucesión. Que se volteaba y le hacía "así": "Usted va a ser, usted va a ser". Y que venía de ser secretario de no sé qué, secretario de no sé qué y secretario de no sé qué. Y se acostumbró, se endiosó. Toda esa gente se endiosa y son verdaderas piedras en el zapato para un chamaco como yo. El que quiere sobrevivir y ascender tiene que lustrarle los zapatos. ¡Sí, lo que usted diga, embajador! El famoso décimo comandante, porque así le decían a Gómez Villanueva, que de revolucionario no tenía nada. Me hacía pasar vergüenzas porque me llevaba a platicar con algunos comandantes, entre ellos el ministro de la Reforma Agraria, y ponía como ejemplo para ellos las expropiaciones y los ejidos y las leyes ejidatarias, y les daba consejos, yo decía ¿y éste pendejo de qué está hablando?

Yo no estaba metido en el paquete de toma de decisiones. Yo ya era en ese momento el cuarto de a bordo, porque la embajada creció; estaba el embajador; estaba Luciano Joublanc (que después fue embajador en la URSS y luego en París); dos consejeros, uno económico y otro político, y yo estaba en la tropa. No tenía acceso a grandes decisiones. Yo lo que quería hacer era seguir sobreviviendo aquí. Estaba yo muy contento, seguir viviendo la luna de miel. Yo quería estar en Managua. Nada más fue que le empecé a caer mal a Gómez Villanueva. ¿Por qué? Porque era un tipo insoportable, hasta que pidió mi traslado. En buena hora, a fin de cuentas en buena hora, pero no me caía bien, era un tipo muy nefasto. Es el prototipo del vividor, del parásito.

Y ¿te dio miedo la sangre?

FC. Finalmente. ¿Nunca tuvo miedo en esos diez años? ¿No tuvo miedo al hacer lo que hoy me cuenta, en medio de risas, como anécdotas?

GCV. Siempre me sentí muy orgulloso, muy orgulloso. Me fui con la emoción, me quedé con la emoción, sentía yo la emoción de que México no abandonaba en esas épocas a Nicaragua. Yo decía: ¡lo estoy viviendo, qué a toda madre! ¡Soy parte de esto! Y no dejo de sentirme contento.

Cuando sentí mucho miedo fue en la época de la contra. Porque a mí, por mi nombre, me mencionaba la radio de los contras:

–Vamos a desaparecer a este sandino-comunista de la embajada.

Aquí, en mi restaurante, el dos de noviembre de 2002, el día del cumpleaños de Esteban Luca Estrada, el mismo ex presidente Arnoldo Alemán aquí me dijo:

–No, este no es mexica, no es nicaragüense, este es un sandino-comunista.

Pero sí, hay cosas que me hacen sentir muy bien. Esta opinión que te doy del triunfo. De que fuimos copartícipes. De que fui. Me siento parte de la historia de este país, me siento parte de su historia y no me da vergüenza decirlo. Te repito, no es que no tuviera miedo. Pero ¿quién me quita lo bailado? Insisto ¿quién me quita lo bailado? Soy, modestia aparte, un personaje de este país. De verdad. Estoy seguro que soy el mexicano más conocido en Managua después del Chavo del ocho.

Repositorios

Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores (AHGE).

Acervo.sre.gob.mx.

Fotografía de prensa y movimientos armados. Pedro Valtierra en Nicaragua

Mónica Morales Flores[1]

En abril de 1979 las cámaras fotográficas y de televisión, las frecuencias radiales, las máquinas de escribir, los teletipos, micrófonos, grabadoras y teletransmisores mundiales voltean su mirada a una Nicaragua convulsionada por las actividades guerrilleras del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), que desde un año atrás venían realizando ofensivas en las principales ciudades del país. El latifundio construido por la dinastía Somoza en la segunda década del siglo XX se tambalea por una insurrección popular que nuevamente enciende los focos rojos. Esta vez la "ofensiva final", llamada así por ser la que puso fin a la dictadura de Anastasio Somoza el 19 de julio de 1979, es profusamente cubierta por la prensa mexicana mediante los servicios de las agencias internacionales de noticias y sus propios enviados a la zona –23 reporteros, cuatro corresponsales y 11 fotógrafos– que continuamente siguen el progreso de la lucha, colocándola dentro de sus páginas como la noticia internacional de mayor importancia y publicándola en un sitio destacado de la primera plana. Incluyendo una gran cantidad de editoriales, colaboraciones especiales de escritores y analistas, caricaturas y notas de reporteros y corresponsales estacionados en el interior de la República Mexicana, América y Europa, mostrando ángulos y posturas diversas frente a los hechos que se desarrollan en Nicaragua.[2] En esta

[1] Doctora en Historia por la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Becaria posdoctoral, Conacyt / Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara.

[2] La prensa nacional reporta, desde inicios de 1979, las noticias de los enfrentamientos en Nicaragua, eventualmente envía reporteros a cubrir ciertas notas coyunturales, pero es hasta abril que la cobertura se

segunda etapa, cinco rotativos nacionales trasladan a sus reporteros y cuatro más compran la información a las agencias.[3]

La importancia que los medios masivos internacionales dieron al movimiento sandinista nos obliga a observar detenidamente la cobertura informativa de la prensa nacional y con ello situar el quehacer periodístico del diario *Unomásuno* en el horizonte nacional. Esto nos permitirá aproximarnos a los parámetros editoriales e informativos que la prensa del país emplea al momento de jerarquizar y publicar la información sobre Nicaragua.[4]

Bajo estos parámetros el presente texto busca analizar, desde la fotografía de prensa mexicana, la manera en que se difundió en los medios impresos la ofensiva sandinista, teniendo como hilo conductor la cobertura de *Unomásuno* y el trabajo fotoperiodístico de su enviado Pedro Valtierra, encontrando continuidades en el discurso visual de una generación de fotógrafos de prensa, y con ello rastrear las características del "nuevo fotoperiodismo mexicano" que cristaliza durante los últimos años de la década de los setenta del siglo pasado –en particular en el diario estudiado, principal escaparate de esta nueva manera de mirar y registrar.

La ofensiva final y la mirada de Pedro Valtierra

En abril de 1979 los choques entre sandinistas y soldados alcanzan las ciudades de Estelí y León, dando inicio a la ofensiva final. Es en este mes que el diario *Unomásuno* envía

---

hace de manera constante. Para este análisis se revisaron los nueve periódicos capitalinos matutinos más importantes, de enero a julio de 1979: *El Día, Excélsior, El Heraldo de México, El Nacional, Novedades, La Prensa, El Sol de México, El Universal* y *Unomásuno*.

[3] *Excélsior* envía a Francisco Salinas, Mario Ruiz y Roberto Rodríguez que complementan la información con la de sus corresponsales Filadelfo Alemán y Fausto Ponce; *La Prensa* manda a Luis Enrique Martínez y Jorge Adalberto Luna; *El Sol de México* envía a Hugo Jiménez; los de *El Universal* son Enrique Aranda y Antonio Andrade; y *Unomásuno* traslada a Víctor Manuel Juárez, Rafael Cardona, Marco Aurelio Carballo y Antonio Caram. Los diarios que no envían reporteros son *El Día, El Heraldo de México, El Nacional* y *Novedades*.

[4] La revisión hemerográfica se centra en las notas y fotografías provenientes de agencias informativas y de los enviados de cada periódico estudiado. Dado que el objetivo primordial es rescatar el trabajo de los fotorreporteros mexicanos se decidió enfocarse en sus imágenes y no en las de agencia. Otra razón radica en que, aunque los fotógrafos buscan las mejores placas para su medio laboral (enviados y corresponsales de diarios y agencias) o para vender imágenes exclusivas que se coticen mejor en el mercado mundial (*freelance*), es común que una misma imagen vendida por una agencia se multiplique en las páginas de la prensa internacional, como lo comprobamos a lo largo de este análisis. Por el contrario, las fotografías de los enviados mexicanos solo aparecen en las páginas del diario para el que trabajan mostrando las múltiples miradas nacionales y con ello la línea editorial de la publicación. La excepción la encontramos con Pedro Valtierra que vende su trabajo a *Reuter, United Press International* (UPI) y *Associated Press* (AP).

a Managua a Pedro Valtierra –fotógrafo– y Guillermo Mora Tavares –reportero–.[5] Las principales ciudades se convierten en escenarios bélicos donde la lucha por las calles y los barrios se acrecienta día a día. La prensa internacional viaja a Nicaragua, jóvenes latinoamericanos vuelan a Managua para unirse a los "compas nicas" ya sea como "enviados" espontáneos y los más atrevidos como reservas. Algunos corresponsales hacen lo propio desde su trinchera, comprometidos con su oficio y la necesidad de reportear y mostrar lo que sucede.

Valtierra llega los primeros días de abril de 1979 al aeropuerto Las Mercedes, de Managua acompañado de Mora Tavares, responsable de reportear esta primera etapa caracterizada por la subordinación económica del fotógrafo al reportero. Si bien cada uno tiene asignados sus viáticos, que ascienden a quinientos dólares, el reportero es quien diariamente le da al fotógrafo la cantidad necesaria para cubrir sus gastos. Esta situación limita el trabajo de Valtierra que busca la manera de obtener ingresos para moverse libremente mediante la venta de sus imágenes a las agencias Reuter, UPI y AP que le pagan por cada una cincuenta dólares.[6]

El Hotel Intercontinental de Managua era el *bunker* de la prensa internacional durante los meses que se prolonga la crisis. Tras el toque de queda, los corresponsales se reúnen a cenar, charlar de la jornada de trabajo, y organizar su plan de trabajo del día siguiente.

El fotorreportero de *Unomásuno* tiene que habituarse rápidamente a esta condición de guerra. Al segundo día de su llegada renta con otros corresponsales un automóvil para patrullar las calles y registrar el sobrevuelo de los aviones, los rostros de los nicaragüenses, la vida cotidiana sumergida en una atmósfera bélica. Armado con dos cámaras Nikon y una Leica M3, tres lentes de 50 mm y 300 mm, un telefoto, 40 rollos y dos latas de película, inicia el recorrido por los pocos barrios donde puede transitarse.[7] La pobla-

[5] Pedro Valtierra viaja a Nicaragua en tres ocasiones a lo largo de cuatro meses. La primera del 15 al 28 de abril; la segunda del 10 al 26 de junio y la última del 4 al 24 de julio, sumando 52 días. Estos tres periodos son los parámetros utilizados para estudiar la cobertura de *Unomásuno*. Sin embargo, el análisis cuantitativo cubre los meses de enero a julio de 1979 puesto que los nueve diarios abordados cubren el conflicto en este mismo periodo, aunque es hasta abril que sus esfuerzos informativos se agudizan enviando reporteros y fotógrafos a la zona. Los primeros tres meses son enviados a Nicaragua por un par de días los reporteros Ricardo Herren (*Excélsior*), Adalberto Luna (*La Prensa*) y Arturo Aldama y Santiago Gonzáles (*Unomásuno*).

[6] En los diarios *Clarín* y *La Razón* de Argentina y *El Imparcial* de Guatemala se localizan imágenes autoría de Valtierra con el crédito de UPI. Esto nos demuestra la circulación masiva de las imágenes a partir de su venta, la manera de laborar del fotorreportero y las diferentes interpretaciones y lecturas que una misma imagen puede tener a partir del lugar de publicación y su pie de foto.

[7] *Unomásuno* compra cargas de película y muy pocas veces rollos comerciales. De cada lata de 100 pies (30.48mts) se hacen aproximadamente 25 rollos de 36 exposiciones cada uno. Valtierra lleva un total de noventa rollos (dos latas y cuarenta rollos) que representan 3 240 negativos de 35 mm. Entrevista a Norberto Torres,

ción civil que apoya a los sandinistas crea barricadas con los adoquines de las calles, con costales de arena, con muebles y fogatas, con lo que tiene a su alcance para evitar que la Guardia entre a su barrio y sus casas en busca de supuestos guerrilleros para desaparecerlos en la "operación limpieza". Estas rondas las hace Valtierra acompañado de tres o cuatro periodistas internacionales de los que aprende una nueva forma de trabajar: la venta de sus imágenes a las agencias.

Las seis de la tarde marcan la hora en que la población debe regresar a sus casas, los corresponsales no son la excepción. Una vez en el Intercontinental, Valtierra inicia el proceso de revelado e impresión de su material. En el baño del hotel –acondicionado como cuarto oscuro con ventanas cubiertas, luces rojas y charolas de químicos y la ampliadora Durst en el suelo–, revela uno o dos rollos diarios y en papel Kodakchrome, imprime en blanco y negro de cinco a siete imágenes que teletransmite a partir de las siete de la noche a la oficina de Manuel Becerra Acosta, director del diario, donde elige las que se publicarán el siguiente día. Esta información nos confirma que el discurso visual de *Unomásuno* depende en su totalidad de la mirada de autor de su enviado.

Salir, fotografiar, regresar al hotel, revelar, imprimir, transmitir, planear la jornada siguiente se convierte en rutina las siete semanas que Valtierra está en Nicaragua. Eventualmente viaja al interior del país donde se desarrollan importantes combates, siempre en compañía de colegas y no permanece después de la hora señalada por el toque de queda.

Tras esta primera estancia de dos semanas, Mora y Valtierra regresan a México los últimos días de abril, luego de ser deportados por entrevistar a Sergio Ramírez y al comandante mexicano Víctor Tirado López.

> Nos fuimos a San José, Costa Rica e hicimos la entrevista a Ramírez y Tirado que mandamos a México pero la firmamos como si se hubiera realizado en Nicaragua. Quisimos regresar a Managua y en el aeropuerto nos detienen, nos damos cuenta que algo pasa porque ven los pasaportes y dicen "ustedes dos deténganse y sálganse de la fila", saqué la cámara y empecé a tomarle fotos a Mora Tavares y el gritaba "somos periodistas nos están deteniendo", para que la gente que iba a Guatemala en el vuelo de Taca nos viera. Nos dijeron "se quedan arrestados", el pretexto fue que teníamos una visa que duraba 15 días, les dijimos que no

30 de abril de 2013. De acuerdo a los testimonios de Pedro Valtierra, Ricardo Rocha y Norberto Torres solo en una ocasión Valtierra envía a México algunos rollos con el reportero de *Televisa* y que Carlos Payán recibe en las oficinas de *Unomásuno*. El laboratorista del diario no recuerda haber suministrado más rollos a Valtierra a través de otros colegas en ninguno de los tres viajes. A partir de la contabilidad que hicimos de los rollos y latas de película que lleva Valtierra a Nicaragua (3 240) y los negativos encontrados en el Archivo Fotográfico Pedro Valtierra [en adelante AFPV] (3 128) faltan 111 cuadros (aproximadamente tres rollos).

estaríamos más de una semana, pero deciden expulsarnos, en el mismo avión suben las maletas y nos mandan a Guatemala. Regresamos a México porque ya no podemos entrar.[8]

Durante este primer periodo se publican 15 notas de agencia y 18 escritas por Mora Tavares. Tres fotografías de UPI, una de *La Prensa* de Nicaragua y nueve de Valtierra.[9] La primera vez que obtiene la primera plana es el 15 de abril, con dos registros en punto de fuga de soldados de la Guardia Nacional apostados en la carretera que comunica a Estelí. Ese mismo día en la página 6 encontramos el retrato de una señora de edad avanzada que escapa de los bombardeos, situada en la tercera y cuarta columnas en la parte superior de la plana. Las tres imágenes nos permiten vislumbrar el discurso visual que el diario seguirá; una cobertura que registra todos los ángulos del conflicto y le da un lugar importante de acuerdo a la diagramación de sus páginas.

El reportero Marco Aurelio Carballo permanece 14 días (del 29 de abril al 13 de mayo) y publica 10 notas desde Managua. Las agencias habituales proporcionan al diario 12 notas. Ningún enviado del diario viaja a Nicaragua durante este mes.[10] La cobertura del 29 de abril al siete de junio consta de 31 notas de agencia y tres de su corresponsal en Nicaragua, Stella Calloni; 10 imágenes de UPI, una de la agencia *Niro Press*, una del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), José Luis Rocha desde México publica una más y Pedro Valtierra solo dos, una de ellas es el retrato del niño Danilo José Mercado, entrevistado por Jaime Avilés en un hotel de la Ciudad de México, donde se hospeda con un grupo de refugiados nicaragüenses.[11]

[8] Entrevista a Pedro Valtierra, 9 de diciembre de 2011.

[9] En el periodo del cuatro de marzo al 14 de abril *Unomásuno* publica 27 notas de agencia, tres de su enviado a Costa Rica Santiago Hernández y tres más de UPI.

[10] En El Salvador los enfrentamientos entre las Fuerzas Armadas de Renovación Nacional (FARN) y el ejército salvadoreño, hacen crisis el 10 de mayo; el Bloque Popular Revolucionario (BPR) ocupa la catedral y las embajadas de Francia y Costa Rica, los diplomáticos se convierten en rehenes. La catedral es testigo del abuso perpetrado por la Guardia Nacional Salvadoreña que abre fuego contra los asistentes a un mitin convocado por el BPR. El punto más álgido del conflicto se presenta el 24 de mayo con el asesinato de 14 militantes del Bloque que intentan llegar a la Embajada venezolana, tomada días antes. Los *massmedia* vuelcan por unos días su atención a ese país, dejando en segundo término el tema Nicaragua, *Unomásuno* hace lo mismo. Esto no indica que la prensa mexicana deje de reportear los acontecimientos bélicos nicaragüenses pues a pesar de no enviar reporteros sigue puntualmente el conflicto a través de boletines de las agencias.

[11] Jaime Avilés, "Danilo un guerrillero de quince años", *Unomásuno*, 19 de mayo de 1979, pp. 1 y 8. El número de notas mencionadas hasta ahora se refiere exclusivamente a las originadas por las agencias noticiosas, más adelante se desglosan detalladamente la cantidad de editoriales, notas desde México, corresponsales en Nicaragua y otras partes del mundo y de otras fuentes de información, tanto de *Unomásuno* como de los otros diarios estudiados.

Valtierra regresa por segunda vez a Nicaragua en junio, del 8 al 26 se publican 44 fotografías de su autoría, tres de UPI y siete de otras fuentes. Diariamente vemos de dos a seis imágenes distribuidas en primera plana y páginas interiores. Carballo es relevado por Jaime Avilés que ingresa a Nicaragua el seis de junio y dos días más tarde publica la primera crónica de un total de 17. Es el primero en ocupar la habitación 311 del Hotel Intercontinental de Managua, uno de los pocos que aún operan en la capital y sin duda el más seguro, localizado a escasos metros del *bunker*. Los otros tres inquilinos son Ian Smicks, un holandés que viaja desde México "confiado en un plan que pensaba poner en marcha dentro de unas horas telefoneando a la radiodifusora más importante de Holanda para ofrecerse como corresponsal de guerra";[12] Juan Meza, reportero de *Radio Caracol* de Bogotá es el tercer huésped de la habitación y Pedro Valtierra el último en incorporarse, el 8 de junio, acompañado de "una petaquita repleta de rollos y un aparato que, para mí, era el colmo de la tecnología más moderna: un transmisor de imágenes que se conectaba al teléfono y tardaba solo seis minutos en enviar una fotografía".[13]

Avilés y Valtierra son un equipo que representa un medio extranjero pero no salen juntos al recorrido diario. El primero escribe sus notas desde el hotel luego de obtener la información de los reporteros internacionales, por su parte Valtierra sale a buscar las imágenes del día. Solo al momento de mandar la información desde su habitación intercambian puntos de vista. Valtierra recuerda,

> Jaime algunas veces me leía sus crónicas, yo estaba en el baño del cuarto revelando y me grita "Pedro que te parece esto" y lo leía, yo le hacía comentarios, cambiaba algunas cosas, no siempre, y al rato me volvía a gritar "Pedro como la ves ahora".[14]

Esta forma de trabajar dura los 16 días que permanecen en Managua. Tras el asesinato del camarógrafo norteamericano de la cadena televisiva ABC News, el 20 de junio, Avilés y Valtierra al igual que muchos corresponsales dejan el país. Ambos llegan a Panamá y días después Valtierra se encuentra con Carmen Lira que está en Costa Rica y entra con ella y los periodistas de *Excélsior* y Televisa a Managua.

Del 27 de junio al 8 de julio, *Unomásuno* publica 19 notas proporcionadas por las acostumbradas agencias informativas, dos de Manuel Arvizu desde Costa Rica, otra de Paulo Díaz desde Honduras y 19 de Carmen Lira apostada en San José y Piedras Blancas, Costa Rica y Sapoa en Nicaragua. La cobertura visual consta de cuatro imágenes de Valtierra y 17 de UPI.

[12] Pedro Valtierra, *Nicaragua: Una noche afuera*, México, Cuartoscuro Editores, 1991, p. 11.

[13] *Idem*.

[14] Entrevista a Pedro Valtierra, 9 de diciembre de 2011.

La última etapa de la ofensiva se caracteriza por la lucha sangrienta entre la población civil, los sandinistas y el ejército somocista, Valtierra entra por última vez a Nicaragua los primeros días de julio y se mueve entre Managua, León y Estelí donde se producen los enfrentamientos más feroces. El nueve de julio Carmen Lira publica su primera nota desde Managua y al lado de Valtierra realizan la cobertura de los momentos cruciales del conflicto: la batalla por el control de la capital, la salida de Somoza del *bunker* y la entrada triunfal de la Junta Provisional de Gobierno a la Plaza de la Revolución el 21 de julio.

El lapso del nueve de julio al dos de agosto queda registrado en sus páginas con 33 notas de agencia, 2 de Paulo Díaz y 1 de Manuel Arvizu estacionados en Honduras, 15 salidas de la pluma de Lira y una de Valtierra.[15] La Junta de Reconstrucción caminando por las calles de Managua, la plaza atiborrada de nicaragüenses tomada desde la catedral, el abrazo de una guerrillera y su hija al regresar de la batalla, el *bunker* saqueado por los combatientes son solo algunas instantáneas de este histórico momento que queda registrado en 13 imágenes de la *United Press International* y 32 de Valtierra, 10 de ellas en primera plana.

Unomásuno cubre la revolución sandinista desde dos perspectivas, la primera meramente informativa, es decir, la redacción de la nota a partir de los boletines cablegráficos y otra más personal a través de las crónicas de sus enviados donde encontramos, desde el inicio de la cobertura, una sutil pero constante relación texto-imagen, excepto con Carmen Lira donde hay una marcada separación, y nunca es tan estrecha como en el periodo que conviven Avilés y Valtierra. No existe referencia explícita en las crónicas del periodista a las fotos de su compañero; sin embargo ambos discursos se compenetran, es decir, si Jaime reseña un día cualquiera en Estelí o un combate en León, las fotografías que acompañan la crónica hacen alusión a estos hechos, mostrando una sincronía en el trabajo de equipo que se ajusta en la mesa de redacción, haciendo patente el cuidado para armonizar el discurso escrito y el gráfico.

> Pedro no podía determinar cuáles se iba a publicar, entonces mandaba siete opciones que consideraba eran buenas fotografías, yo respetaba ese criterio y las llevaba a la sala de juntas y ahí, si era prudente y si había la oportunidad de que Pedro me dijera "fíjate que hubo esto o lo otro", entonces yo le decía al director "Pedro me comentó esto y creo que la imagen a la que se refiere es esta", pero hasta ahí porque el director era la voz absoluta de todo.[16]

[15] Los enviados de *Unomásuno* permanecen en Managua hasta finales de julio, Valtierra publica su última fotografía el 24 de ese mes dando por terminada la cobertura, aunque el diario continúa publicando fotografías de UPI hasta el dos de agosto.

[16] Entrevista a Aarón Sánchez, 24 de septiembre de 2010.

Las imágenes enviadas desde Nicaragua son resultado de una primera selección de Valtierra, es decir, aunque el director tiene la última palabra, se publican aquellas elegidas por su enviado, imágenes que en su mayoría son reproducidas sin edición. Aunque el diario compra fotografías a UPI, solo son complemento del trabajo de su enviado o cuando éste no se encuentra en Nicaragua. De tal manera que nos enfrentamos a una cobertura hecha a partir de una visión muy particular que simpatiza con la causa sandinista, una mirada que refleja la visión que el fotógrafo tiene del mundo y que comulga con la línea ideológica de *Unomásuno* y Manuel Becerra Acosta.

Las imágenes del diario marcan el desarrollo del conflicto: los combates más cruentos desde ambas trincheras de fines de mayo hasta mediados de junio, el éxodo de la población que inicia ese mismo mes y se prolonga hasta julio, la guerra, sus víctimas y la destrucción, la toma del *bunker* el 17 de julio y la entrada triunfal a Managua cuatro días después. El discurso visual del diario va construyendo la imagen del sandinismo como un grupo guerrillero, pero sobre todo como un pueblo en lucha contra un gobierno dictatorial.

> Se puede decir que el diario asumió casi como suya la causa de los insurgentes nicaragüenses. El conflicto llegó a convertirse en el eje de la información internacional. En el interior del diario no solo se contaba con la simpatía de los directivos hacia el movimiento, también el equipo de los reporteros y los redactores de la sección de internacionales prácticamente se solidarizaron con los sandinistas.[17]

Desde el director hasta el fotógrafo buscan apoyar, difundir y ayudar al FSLN, "El discurso del diario es totalmente en apoyo a Nicaragua",[18] afirma Aarón Sánchez. Por su parte, Jaime Avilés sostiene que su posición es a favor de los sandinistas, esto "marcó la cobertura del periódico y la hizo distinta a la de los otros". A los pocos días de llegar a Managua, relata Avilés, "me di cuenta que mis crónicas tenían una función acá en México, aquí había mucho alboroto, muchos conciertos, colectas y entonces mis crónicas servían para que la gente supiera, diera dinero y el dinero se convertía en apoyo a los sandinistas". Pero su ayuda no se limita a cumplir con su labor de informar la cotidianeidad de la guerra. Al comprobar que sus llamadas a México para dictar sus crónicas son intervenidas por el aparato de inteligencia nicaragüense, y que el pesado teletransmisor

[17] María Antonieta Barragán, "Hechos relevantes de la historia de *Unomásuno* (1977-1983). *Via Crucis* de un proyecto periodístico" (tesina de licenciatura en ciencias de la comunicación: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, 2000), p. 30.

[18] Entrevista a Aarón Sánchez, 24 de septiembre de 2010.

usado para enviar las imágenes también sirve para mandar su texto mecanografiado, Avilés y Valtierra deciden aprovecharlo para filtrar información clandestina.

> Se me ocurrió decirle a Pedro, ¿oye tu licuadora no servirá también para mandar texto? –Pues vamos a probar.
> Entonces la pusimos ahí y empezamos a hacer verdaderas barbaridades, yo mandaba mis crónicas y a la vuelta de la hoja mandaba recado "pregúntenle a fulano que pasa con las armas".[19]

Avilés termina la entrevista con una frase categórica que encierra su postura frente a la revolución sandinista: "no podíamos hacer la revolución en México, entonces la hacíamos en Nicaragua".[20]

La frágil línea entre el periodismo profesional y el militante se dibuja claramente en el testimonio del periodista. La década de los setenta se caracteriza por una generación de jóvenes marcada por los movimientos insurgentes latinoamericanos, el auge de la ideología comunista y la libertad buscada y expresada en todos los ámbitos. El periodismo no es la excepción, y *Unomásuno* pronto se convierte en el espacio donde se da rienda suelta a inquietudes literarias y adhesiones político-ideológicas, de tal forma que resulta natural para los lectores del diario buscar y encontrar la información de la revolución sandinista en sus páginas. Por el contrario, la información desplegada en los periódicos identificados con el Estado mexicano como *El Día, El Nacional* o *El Heraldo de México* se relaciona con información alejada a su línea editorial; es decir, la información de *Unomásuno* es "verídica" porque comulga con ideologías revolucionarias, por tanto la del resto es maniquea. Esta lógica de lectura e interpretación puede llevarnos a conjeturar porqué a *Unomásuno* se le identifica como el único rotativo que cubre la revolución nicaragüense. Lo cual, como veremos más adelante, no resulta del todo cierto.

Esta postura a favor de la lucha sandinista no es privativa de reporteros, fotógrafos o trabajadores de *Unomásuno*. El interés del director por el conflicto no solo se limita a lo periodístico o a la necesidad de registrarlo desde la óptica mexicana. Tras analizar la trayectoria de Becerra Acosta y el grupo de periodistas ligados a él, entre ellos Valtierra y Avilés, podemos afirmar que el director del diario y un buen número de trabajadores no solo son simpatizantes del movimiento, también son militantes o miembros del Partido Comunista de México (PCM), de algún Comité de ayuda y solidaridad que operan en el país, e incluso de grupos de reclutamiento del FSLN. De tal forma que el interés de Becerra Acosta puede ir en dos sentidos: informar de manera detallada, sis-

[19] Entrevista a Jaime Avilés, 28 de junio de 2010.
[20] *Idem.*

temática e ininterrumpida al pueblo mexicano de un suceso noticioso de trascendencia histórica y regional, con una mirada nacional y, por otro, utilizar el periódico como medio para difundir a nivel masivo la lucha sandinista y con ello ganar la aceptación y eventualmente cualquier otro tipo de apoyo a la lucha.

Aarón Sánchez recuerda que, en la sala de juntas, Becerra Acosta era muy cuidadoso de no usar palabras comprometedoras en la construcción de los cabezales de las notas, para evitar lecturas e interpretaciones equivocadas. Bajo esta lógica, la corta pero probada trayectoria fotográfica de Pedro Valtierra y su definida postura político-ideológica resulta ser idónea para cumplir con los intereses arriba mencionados, sin que ello signifique necesariamente que esté enterado de las inclinaciones políticas del diario y Becerra Acosta, o que sea militante del PCM que en ese momento transitaba de la clandestinidad a la vida legal gracias a la reforma política.

La revolución sandinista en la fotografía de prensa mexicana

El inicio de la ofensiva final en 1979 logra mayor interés mundial que los ataques del año anterior. En esta ocasión los principales diarios mexicanos tienen la iniciativa de enviar a periodistas y fotógrafos de casa para reportear el conflicto. Unos envían a sus reporteros solo en momentos coyunturales, como la toma de Estelí en abril, el inicio de la huelga general y el asesinato de Bill Stewart en junio, y la liberación de León y el triunfo sandinista en julio, otros deciden no mandar a nadie e informan a partir de las agencias, y solo *Unomásuno* mantiene a sus enviados de manera permanente y escalonada. Esta postura es la primera arista a analizar, pero existen otras importantes: el lugar de las fotografías en las páginas del diario, la edición a la que son sometidas para su publicación, los pies de foto que las acompañan, etcétera. Estos factores son indispensables para considerar la jerarquización que los diarios dan al levantamiento guerrillero.

El estudio cuantitativo de la cobertura nacional puede hacerse en dos niveles: la información escrita (notas, crónicas y editoriales de enviados y corresponsales y de agencias) y la información visual (imágenes de agencias y de enviados). Iniciamos con la diagramación de la página de la información escrita, es decir, el lugar donde es publicada.

Unomásuno transmite la información en las primeras tres columnas superiores de la primera plana, con pase a la página 8 y/o 10 en los espacios de mayor importancia dentro de la diagramación editorial de la página. El caso de *Excélsior* no es tan claro ya que indistintamente el diario ubica el tema Nicaragua a lo largo de la sección A y en cualquier espacio de la página.[21] *El Día* publica en primera plana y la sección in-

[21] *Excélsio*r está segmentado en cinco secciones. La más importante es la A donde se publican las noticias

ternacional –páginas 10 a 15– y a partir de la última semana de junio y durante todo julio añade una sección especial titulada "Crisis nicaragüense" que ocupa dos páginas completas y que varía entre las páginas 12 a 15. *El Nacional, Novedades, El Heraldo de México, El Sol de México* y *El Universal* le dan espacio en la página 1 y 3, donde se ubica la información nacional e internacional más importante. *La Prensa* publica el tema Nicaragua en su página 3 con pase a la 12.

Un mayor acercamiento a la cantidad de notas publicadas arroja los siguientes resultados.[22] *El Día* publica 484 notas: 459 armadas a partir de la información de las agencias en combinación con el servicio de prensa del FSLN y 25 editoriales. *Excélsior* inserta 319 notas: 99 de agencias, 41 de sus enviados (Francisco Salinas: 5, Mario Ruiz: 5 y Fernando Meraz: 27; Ricardo Herren: 3; José Calderón: 1); 30 de corresponsales en Nicaragua (Filadelfo Alemán: 25 y José Meléndez: 5), 21 notas compuestas por información de sus enviados, corresponsales y agencias; 53 colaboraciones especiales y 30 notas escritas por reporteros en México y 45 editoriales. *El Heraldo de México*: 175 de las cuales 112 son de agencias, 23 de sus enviados (Cosme Haces: 17 y Aurelio Bueno: 6), 14 de corresponsales en Washington y México y 26 editoriales. *El Nacional* transmite 330 notas: 257 de agencias, 28 de enviados (Alfonso Carrillo: 6, Guillermo Pacheco: 22), 4 de corresponsales en Nicaragua (Pedro Lobaina: 2 y 1 conjunta de Lobaina y Filadelfo Alemán), 3 conjuntas de Carrillo y Pacheco, 1 de Silvia Sayayo desde México y 37 editoriales. Por su parte, *Novedades* edita 199 notas**:** 175 de agencia, 4 de su enviado Sergio de Ávila y 20 editoriales. *La Prensa* divulga 255 notas, 186 de las agencias EFE, AFP y AP, 36 de sus enviados (Luis Enrique Martínez: 5 y Jorge Adalberto Luna: 31) que va tres veces a Nicaragua y Costa Rica), 6 colaboraciones especiales y 27 editoriales. *El Sol de México*: 157 notas: 91 de agencias, 28 de sus enviados (Roberto Noriega: 14, Othón Hernández: 13 e Isabel Arvide: 1), 8 de corresponsales en Washington y México y 30 editoriales. *El Universal* 221 notas: 165 de agencia, 19 de su enviado Javier Mendoza, 6 de corresponsales en el mundo, 7 de reporteros en el país, 8 colaboraciones especiales y 16 editoriales. La cobertura de *Unomásuno* consta de 378 notas, de las cuales 177 son de agencias, 95 son de las plumas de sus enviados a Nicaragua, Costa Rica y Honduras (Guillermo Mora Tavares: 19, Marco Aurelio Carballo: 9, Jaime Avilés: 17, Carmen Lira: 37, Paulo Díaz: 4, Manuel Arvizu: 3, Pedro Valtierra: 4, y Santiago González: 2), 5 notas compuestas con información de enviados

más sobresalientes del día, tanto nacionales como internacionales, y los editoriales, en las primeras cinco páginas. En el resto de las secciones se dividen los anuncios clasificados, deportes, espectáculos y economía.

[22] Para este análisis se toman en cuenta las notas de los enviados a Nicaragua, de las agencias, las colaboraciones especiales, las notas de corresponsales en otros puntos de la República y el extranjero y los editoriales. Cabe destacar que más del 95% de los editoriales son en apoyo al movimiento insurgente.

y agencias, 3 de la corresponsal en Nicaragua, Stella Canolli; 16 de corresponsales en el extranjero, 17 de reporteros en México, 6 comunicados del FSLN, 17 sin crédito, 2 en el suplemento *Sábado* y 39 editoriales.

Respecto a la información visual, los diarios que le dan un lugar importante en sus páginas son *El Día, Excélsior*, *La Prensa* y *Unomásuno*. Publicando las imágenes de la guerra en las primeras tres columnas del ángulo superior izquierdo, tanto de páginas pares como impares, en los espacios 1 a 4. *La Prensa* publica en el 50% del espacio de la portada y contraportada las fotografías a color de sus enviados y las de agencia en blanco y negro en la página 3. *El Sol de México, El Heraldo de México, Novedades, El Nacional* y *El Universal* dejan en un segundo plano la información gráfica publicándola en páginas interiores, en pequeño formato y en los espacios de mediana importancia.

La cantidad de fotografías que cada diario reproduce es la siguiente: *El Día* publica 197 fotos: 115 de agencia, 48 de sus enviados (José Luis Camacho: 7 y de los Hermanos Mayo: 41), 20 sin crédito y 14 del FSLN. Por su parte, *Excélsior* informa con 218 imágenes de ellas 141 son de agencia, 58 de sus cuatro enviados (Ignacio Castillo: 10, Antonio Reyes Zurita: 33, Eduardo Zepeda: 6 y Jesús de la Torre: 9), 18 sin crédito y una del FSLN. La cobertura *de El Nacional* es de 114 fotos: 93 de agencia, 20 de su enviado Alfonso Carrillo y una más sin crédito. *La Prensa* imprime 71 de agencia**,** 39 de enviados (Francisco Picco: 22 y Gildardo Solís: 17), 8 sin crédito y 1 del FSLN, sumando 119 fotografías. *El Sol de México* con 50 imágenes de UPI y 4 de su enviado Carlos Macías. Por último, *Unomásuno* trasmite 159 fotografías: 52 de agencia, 94 de su enviado Pedro Valtierra, 11 de otras fuentes (*Niro Press, La Prensa* de Nicaragua*,* José Luis Rocha, Alonso Quijano y el FSLN uno cada uno, 2 de la cadena de televisión *ABC News,* y 4 de Martha Zarak*)* y 2 sin crédito.[23] Los diarios que no envían fotógrafos y se valen del servicio de AP y UPI son *El Heraldo de México* con 62 fotografías; 52 de *Novedades* y *El Universal* con 82.[24]

[23] La placa de José Luis Rocha, fotorreportero de *Unomásuno*, corresponde a una manifestación en apoyo al pueblo nicaragüense realizada en la Ciudad de México el 9 de junio. Aunque se realizaron varias protestas en la capital, el periódico publica solo dos fotografías; una de Rocha, la segunda fotografía –sin crédito– es un grupo de médicos que viajan a Nicaragua en misión humanitaria luego del triunfo. Las imágenes de Zarak complementan el artículo escrito por Roberto Vallarino, con motivo de la exposición montada en La Casa del Lago con imágenes captadas por Zarak en 1978.

[24] Para el caso de *La Prensa*, Augusto Corro menciona que la selección de las imágenes publicadas es decisión exclusiva del director del periódico, y que la principal razón por la que fotógrafos y reporteros no permanecen de manera constante en Nicaragua es por los intereses de la publicación, "en *La Prensa* el departamento más importante era administración, eso es inconcebible; por eso si ves que no están todo el tiempo en Nicaragua es porque seguramente el periódico no estaba en disposición, porque no quería, de pagarles los viáticos. Pudiera ser que recibieran la invitación de los propios sandinistas de cubrir su información como lo hizo Somoza cuando yo fui". Entrevista a Augusto Corro, 8 de agosto de 2013.

El resumen cuantitativo de las placas publicadas a cada fotorreportero es el siguiente: José Luis Camacho: 7, Alfonso Carrillo: 20, Ignacio Castillo: 10, Carlos Macías: 4, Hermanos Mayo (Faustino Mayo): 41, Francisco Picco: 22, Antonio Reyes Zurita: 33, Gildardo Solís: 17, Jesús de la Torre: 9, Pedro Valtierra: 94 y Eduardo Zepeda: 6.

Esta diferencia radica en la importancia que da *Unomásuno* a la fotografía y su uso como información *per se*, el interés por informar a sus lectores el avance de la revolución con otra mirada, su postura a favor del movimiento guerrillero que hizo evidente a través de su discurso escrito y visual y por su línea editorial con un marcado sesgo social de izquierda. A diferencia de los otros periódicos que no explotan al máximo el trabajo de sus enviados, a pesar de contar con imágenes de fotógrafos reconocidos como los Hermanos Mayo.

En el caso de las fotografías compradas a la agencia de noticias, la diferencia cuantitativa va de 52 (*Unomásuno*) a 218 (*Excélsior*), dando cuenta que este último usa el trabajo de sus enviados como refuerzo del discurso visual de la agencia y solo en momentos precisos en que viajan a Nicaragua, a pesar de que su material gráfico cumple con la tarea de informar e incluso con la cuestión estética.

Las imágenes de los fotorreporteros mexicanos se enmarcan en los cánones de la época, es decir, del "nuevo fotoperiodismo mexicano", y no existe gran diferencia con las composiciones de los fotógrafos de las agencias, incluso algunos con una estética más cuidada, como el retrato que le publican a Ignacio Castillo en primera plana, el encuadre a ras de piso de los Hermanos Mayo en territorio costarricense, la bota militar que viaja sobre un Jeep de Eduardo Zepeda, y que aparece sin crédito en una publicación semanal argentina o el zapato abandonado en una calle desierta de Antonio Reyes, que guarda gran semejanza con la fotografía que Valtierra capta en una calle desolada de Estelí.

Las tres botas captadas por Zepeda, Reyes y Valtierra nos permiten encontrar claras coincidencias estéticas de esta generación como el pronunciado punto de fuga, el marcado primer plano que separa al sujeto principal del resto de la escena en segundo plano fuera de foco que resalta aún más el objeto central de la composición. Esto hace evidente que Valtierra se forma dentro de un grupo de fotógrafos que, influidos por el escenario político, social y cultural del país y su contacto con colegas extranjeros, busca experimentar encuadres y retomar modelos anteriores con el fin de renovar el lenguaje fotográfico.

En el mes de julio, el más importante de la ofensiva, *El Día* publica 5 fotografías de los Hermanos Mayo en primera plana, *Excélsior* da a sus enviados diez –4 a Castillo, 3 a Zurita, 2 a de la Torre y 1 a Zepeda–. *El Nacional* 7 a Alfonso Carrillo; *La Prensa* otorga a Solís 6 y 4 a Picco y una contraportada a cada uno y *Unomásuno* da a Valtierra 22. Todas las imágenes se ubican en el espacio más importante de la plana y con una extensión mayor a dos columnas.

Unomásuno
19 de abril de 1979
Pedro Valtierra

Excélsior
22 de julio de 1979
Antonio Reyes Zurita

En todos los diarios estudiados es una constante que las imágenes aparezcan en la misma página donde se despliega la información de Nicaragua aunque no encontramos interacción texto-imagen, a excepción de *Unomásuno*. En *La Prensa,* si bien no hay esta relación, en un par de ocasiones el reportero hace mención del trabajo del fotógrafo.

La Prensa y *Excélsior* publican prácticamente la misma cantidad de fotografías de sus enviados. Las diferencias radican en que las fotografías en el primero son panorámicas a color y siempre publicadas en la portada, contraportada y en la página 3. Un ejemplo lo vemos en *La Prensa*, que publica una fotografía tamaño media plana horizontal y otra en un recuadro menor, superpuesta a la de mayor volumen, es decir, que si bien no se les publica gran cantidad a Picco y Solís en relación a las agencias, cuando sucede les dan un lugar importante a nivel visual e informativo, resultado de la política editorial en torno a la imagen. Corro Ortiz señala que el discurso gráfico del diario es mostrar en la portada y la contraportada imágenes del contexto general de la noticia, reservando para las páginas interiores los detalles del evento, en una especie de introducción visual a la información. Por esta razón las tomas panorámicas a color se reservan para el exterior y las provenientes de agencias se reproducen en blanco y negro en las páginas 3 y 12. La manera de desplegar las fotografías en dimensiones mayores a la habitual, particularmente en *La Prensa*, es sobresaliente, y no se compara con el discurso visual de ningún otro diario.

En tres ocasiones *La Prensa* despliega en toda la página 12 un fotoensayo compuesto por cinco

imágenes a color.[25] El mismo tratamiento vemos en tres ocasiones en *El Nacional* con material de Alfonso Carrillo. A su vez, *Excélsior* publica un excelente fotorreportaje con un destacable despliegue editorial titulado "Los sandinistas a la reconstrucción del país", con 20 imágenes a color de Antonio Reyes Zurita y texto de Agustín Salomón. Esto da muestra de que si bien las imágenes de sus enviados no se publican diariamente, los directivos dan espacios especiales al trabajo de su fotorreportero, sin compararse con el discurso de *Unomásuno*. El procedimiento de *El Día* y *El Nacional* es notorio pues encontramos en cada página hasta cuatro imágenes de medianas dimensiones –dos columnas– ubicadas en los espacios más importantes de la diagramación editorial. Existiendo un claro equilibrio entre fotografía de agencia y de enviados. Los enviados de *El Día, Excélsior, El Nacional* y *Unomásuno* se posicionan en trincheras sandinistas a excepción de los Hermanos Mayo que se establecen en la frontera costarricense. Pedro Valtierra permanece más tiempo en Managua pero también está en Costa Rica a finales de junio, coincidiendo con el periodo en que los Mayo viajan a ese lugar.

Excélsior
27 de junio de 1979
Eduardo Zepeda

En el caso de *La Prensa*, en los registros de Picco y Solís existe un equilibrio entre las escenas captadas desde la trinchera sandinista y el escudo somocista, y en ambos casos se nota cierta distancia entre fotógrafo y combatientes, situación que no aparece en los otros casos donde se observa cercanía entre ambos. Proximidad que se hace patente en los registros de guerrilleros heridos y en alguna pausa del combate, de los Hermanos Mayo y José Luis Camacho.

La distancia mencionada puede justificarse si tomamos en cuenta el riesgo que significa acercarse más de lo debido a cualquiera de los dos bandos, particularmente cuando se trata de la Guardia somocista que, protegida por el poder, asedia e intimida

[25] *La Prensa* no cuenta propiamente con una primera plana, es más una portada con fotografía a color de gran tamaño. La página 3 sustituye la primera plana y en ella se publican las notas principales. La información generada en Nicaragua se publica siempre en esta página y continúa en las páginas 10 y 12. Entrevista a Augusto Corro, 8 de agosto de 2013.

a la prensa internacional. Cuenta de esto da la nota publicada el 17 de abril, en la que el enviado de *La Prensa*, Luis Enrique Martínez, relata un episodio compartido con Francisco Picco, Guillermo Mora y Pedro Valtierra, en el que narra los peligros que enfrentan ese día para "entregar a los lectores un registro visual que pasaría a la historia".

> ¡Vaya si llegamos! En el carro venían con nosotros Memo Mora Tavares y su fotógrafo. "Bájate Memo dile a esos güeyes que ya traemos el salvoconducto". Se baja Mora Tavares y muy firme que llega hasta el cine de Estelí justo enfrente de la catedral y que se para frente a uno con cara de simio y que le enseña nuestro salvoconducto. "Pos que vengan esos mierdas fotoperiodistas ¿qué creen que soy su pendejo?, que vengan ellos a verme". Vi flaquear a Mora Tavares y llegar pálido hasta donde nosotros y decirnos "vengan con mucho cuidado están como drogados y tengo mucho miedo". Llegamos junto a ese gorila y ya cambió su expresión, ya fue otro del que nos platicó Memo [...] nosotros fuimos los únicos a quienes no pudieron quitarnos los rollos fotográficos que aquí se muestran en LA PRENSA para testimonio gráfico de la historia.[26]

La Prensa
25 de junio de 1979
Gildardo Solís

Pudiendo aprovechar al máximo este material, incomprensiblemente ese día, *La Prensa* publica solo un par de imágenes de Francisco Picco y una de AP, contrario a la manera que este diario tiene de publicar fotos en gran formato. Las fotografías del enviado registran el traslado de tanquetas por las carreteras nicaragüenses y restos de cuerpos calcinados en plena calle. La imagen de AP capta la salida de la población de la ciudad de Estelí.

La escasez de registros gráficos nos lleva a cuestionar por qué, si como dijo el reportero, se cuenta con un registro histórico importante, no se publica. ¿Es una decisión de la mesa de información o del director del diario? ¿Picco no envía suficiente material? ¿O predominan los intereses comerciales o políticos del diario? Lo cierto es que en esta ocasión desaprovecharon el material que su jefe de fotografía envía desde Nicaragua. Por otro lado, es interesante cómo los reporteros de *La Prensa* glorifican su trabajo e ignoran la presencia del fotorreportero de *Unomásuno*, quien al inicio de la nota es mencionado como "el fotógrafo de Mora Tavares".

[26] Luis Enrique Martínez, "Masacre de civiles y guerrilleros en Estelí", *La Prensa*, 17 de abril de 1979, p. 31.

Esta frase nos da atisbos de la postura que los periodistas de la "vieja guardia" tienen de los fotógrafos, es decir, una actitud de predominio frente a sus colegas de la lente, que son vistos y tratados como asistentes, limitando su trabajo a las necesidades del reportero.

El testimonio de Martínez da la pauta para abordar otras aristas en el modo en que trabajan los reporteros en Nicaragua. En primer lugar está el intercambio de información y/o imágenes entre colegas, ya sea por haber perdido la nota, por desplazarse a otro sitio a cubrir alguna noticia o, como el caso de Jaime Avilés, por la angustia de la guerra y sus constantes bombardeos.

> Después de los primeros días me dio un ataque de pánico y me paralizó. Me di cuenta que mi función ahí se podía justificar porque desde el hotel yo podía reportear, ahí llegaban todos los periodistas y hablaba con todos para recopilar información y así empecé a hacer mis crónicas, sin salir del Intercontinental. Pero Pedro no podía hacer eso, él tenía que salir a buscar la foto.[27]

Muestra de esta manera de trabajar la encontramos en la primera plana del 21 de junio en *Excélsior*. En el momento en que suben el cuerpo de Bill Stewart a la camioneta de la Guardia Nacional que lo resguarda. La fotografía tiene el crédito de Ignacio Castillo pero es autoría de Pedro Valtierra, al revisar el material del Archivo Fotográfico Pedro Valtierra (AFPV) localizamos la imagen en la tira de negativos original. Como señala el mismo fotógrafo, no se trata de plagio sino de una práctica común entre los colegas cuando alguno de ellos pierde la nota o la imagen y recibe ayuda de otro reportero para subsanar esta carencia.[28] Aunque es un caso aislado, este episodio nos permite visualizar cómo llegan a apoyarse entre ellos en ciertos momentos.

Excélsior
"Magazine Dominical"
29 de julio de 1979
Antonio Reyes Zurita

Un tema más de análisis es la manera de los periodistas de patrullar las calles. Se sabe que por seguridad en escenarios bélicos salen en grupo, sin importar que sean del mismo medio o colegas de otros diarios y/o países. Este modo de trabajar se hace patente en la siguiente imagen de Valtierra, donde coincide el lugar de toma pero cambia

[27] Entrevista a Jaime Avilés, 28 de junio de 2010.

[28] Entrevista a Pedro Valtierra, 25 de junio de 2009.

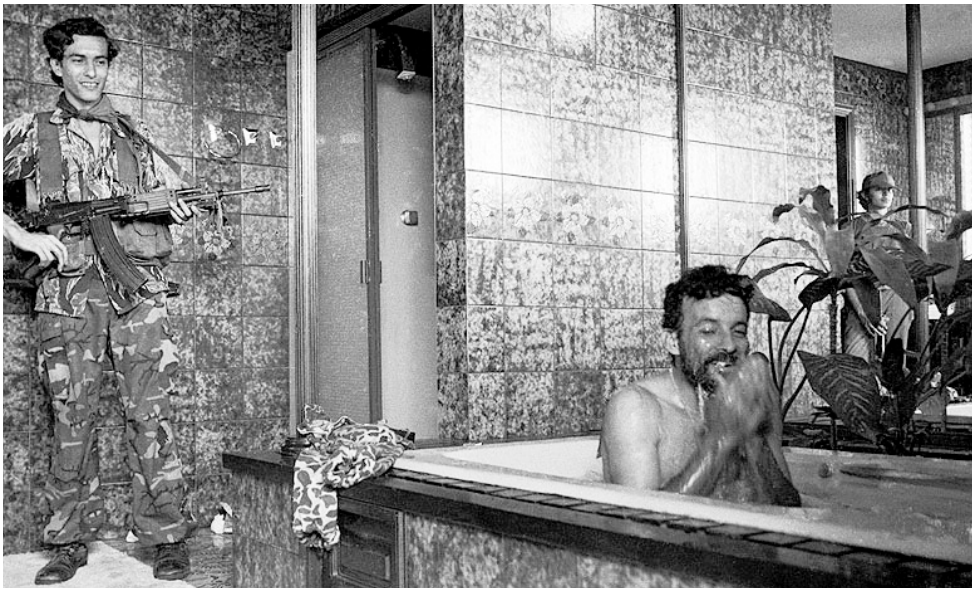
Archivo Fotográfico Pedro Valtierra (AFPV)

el ángulo y encuadre de ésta, como lo vimos con Zarak y Meiselas.

De acuerdo al testimonio de Pedro Valtierra, la imagen se capta en la frontera de Costa Rica y Nicaragua. Aunque puede pensarse, a partir del caso anterior, que ambas imágenes pertenecen a la misma secuencia, no es así: la publicada en *Excélsior* es autoría de Eduardo Zepeda, pues al revisar la tira de negativos en el AFPV no encontramos esta imagen, pero sí una muy parecida encuadrada horizontalmente. De tal forma que podemos afirmar que Zepeda y Valtierra se encuentran en aquella frontera los primeros días de julio –recordemos que tras la muerte de Stewart, Valtierra deja Nicaragua, estableciéndose primero en Panamá con Jaime Avilés y días más tarde se reúne con Carmen Lira en territorio costarricense.

Un ejemplo más lo encontramos con el trabajo de Oscar Sabetta, fotógrafo argentino de UPI, que trabaja codo a codo con Valtierra. La toma es captada en el lujoso baño de Somoza la mañana en que los sandinistas irrumpen en el recién abandonado *bunker* del dictador. La imagen de Sabetta se publica el 22 de julio bajo el crédito de UPI en *El Día*, ningún cuadro de la secuencia de Valtierra aparece en *Unomásuno*. Actualmente es una de las series más conocidas de su trabajo.

Para estudiar la tarea informativa de la prensa mexicana en un contexto más vasto, vale la pena ampliar el estudio al ámbito continental, por tal motivo tomamos los casos específicos de la prensa guatemalteca y argentina –donde la cobertura es escasa, algo natural tomando en cuenta la situación política de ambos países–, lo que nos permite hacer los primeros acercamientos a la importancia del diario en la difusión del desarrollo de la revolución sandinista. La revisión de los principales diarios de ambos países corrobora la circulación de las imágenes de Valtierra a las agencias UPI y AP, que a su vez proporcionan sus servicios a otros medios, de tal manera que no resulta raro encontrar sus fotografías, con el crédito de la agencia, publicadas en otros periódicos.



Archivo Fotográfico Pedro Valtierra (AFPV)

El Imparcial de Guatemala reproduce en la primera plana del 12 de julio la fotografía de una larga fila de nicaragüenses esperando abastecerse de agua. Una imagen con escasa diferencia aparece en *Unomásuno* el 10 de mismo mes. La hoja de contacto, encontrada en el AFPV, a la que pertenece contiene ambos registros. No existe diferencia notable entre las dos tomas, lo que nos lleva a preguntar hasta dónde Valtierra prioriza las imágenes que deben ser exclusivas para *Unomásuno* o bajo qué criterios vende a las agencias otras fotografías que no envía a su diario.

Lo destacable aquí son los pies de foto, que cambian la interpretación de la imagen y la noticia. El de *Unomásuno* proporciona la información básica pero con un mensaje entre líneas: "Las nuevas autoridades civiles de la ciudad de Jinotepe, en el sur de Nicaragua, distribuyen agua y alimentos a los habitantes del lugar".[29] El pie de foto de *El Imparcial* reza lo siguiente:

> CLAMAN POR AGUA. Personas de todas las edades forman una larga fila para lograr un poco de agua en esta pequeña población de Nicaragua, que es repartida por un bombero. La comida y el agua han escaseado debido a la guerra civil en que se encuentran miembros de la guardia nacional con sandinistas rebeldes.[30]

[29] *Unomásuno*, 10 de julio de 1979.

[30] *El Imparcial*, 12 de julio de 1979.

Archivo Fotográfico Pedro Valtierra (AFPV)

Aquí es evidente que el diario adjudica la responsabilidad por la escasez de alimentos y agua, y las calamidades sufridas por los habitantes, a los sandinistas que inician la guerra, y omite señalar que dicha ciudad está bajo control rebelde.

En general los pies de foto de *Unomásuno* son un *index* para el lector, que no escapa a la construcción de la imagen del sandinismo que el diario elabora. Lo escrito en ellos no se limita a dar información general para ubicar en tiempo y espacio a los lectores mexicanos, en ellos leemos un mensaje a favor del movimiento y la simpatía del pueblo hacia los jóvenes.

Siguiendo las pistas de las imágenes de Valtierra encontramos que los diarios argentinos *La Razón* y *Clarín*, y *El Día* de México, publican la misma imagen el 11 y 12 de julio, en este caso *Unomásuno* no reproduce esta fotografía encontrada en el AFPV. Los tres pies de foto cumplen con su tarea de informar, *La Razón* escribe: "Con su arma lista, un sandinista monta guardia en la estratégica ciudad de Jinotepe, una de las muchas que controlan ahora los antisomocistas que preparan su asalto final contra Managua, donde se hizo fuerte Somoza". Por su parte, *Clarín* informa: "Protegido con un chambergo, un soldado de las fuerzas sandinistas monta guardia en un puesto elevado en la ciudad de Jinotepe". Finalmente, *El Día* anota: "Desde la cúspide de una barricada, un combatiente sandinista vigila una calle de Jinotepe, ciudad controlada por los insurgentes".[31]

[31] *La Razón*, 11 de julio de 1979, p. 4. *Clarín*, 12 de julio de 1979, p.20. *El Día*, 11 de julio de 1979, p. 13.

Para concluir, mostramos otra arista de análisis de la cobertura periodística de Pedro Valtierra. Encontramos que su trabajo no se limita a lo visual: el 15, 21 y 23 de junio se publican tres textos de su pluma, y una entrevista al sobrino de Somoza el 16 de julio. El primero, titulado "Fidelfo García 27 años esclavo de Somoza, aquí da lo mismo vivir que morir", es un ensayo sobre la vida de este nicaragüense bajo el régimen somocista. "El asesinato de Stewart, a mansalva", en una carta dirigida a Aarón Sánchez en la que relata la manera cómo la Guardia Nacional asesina al periodista. El último texto lo escribe horas antes de abandonar Nicaragua: "Managua entre tiros: "la frase patria libre o morir" narra la vida cotidiana en la guerra y los combates en la capital". La entrevista a David García Jara –simpatizante del FSLN– revela el apoyo de "los gringos" a su tío Anastasio Somoza y la determinación del dictador de no ayudar al pueblo nicaragüense por ser el responsable de la muerte de su padre.[32] Es de llamar la atención que ninguno de sus textos está acompañado de fotografías.

En su estancia en territorio nicaragüense, Valtierra aborda de manera paralela la escritura. En el libro *La batalla por Nicaragua* se publica una carta dirigida al director del diario, fechada el 23 de mayo de 1979, que no es publicada. "Salvo odio, por donde pasa Somoza nada queda" cuenta las experiencias cotidianas del fotógrafo, la situación del pueblo, la masacre perpetrada por la Guardia Nacional, revelando claramente su postura ideológica.

> Una mañana de estas vendrá Sandino a cobrar deudas; llegará en cada rayo de sol, en cada mente nica, en cada fusil del Frente Sandinista de Liberación Nacional; en todas las balas de los fusiles del pueblo. Llegará en cada vientre de la mujer proletaria. SANDINO está por llegar.[33]

En el fondo documental del fotógrafo[34] localizamos un par de crónicas; la primera relata su llegada a Managua en julio, desde los preparativos para el aterrizaje hasta el momento de abordar el taxi que lo llevará al hotel. La segunda crónica relata el último día de Somoza en el *bunker*.

> Treinta minutos antes había salido del *bunker*. Su cuartel general en los últimos días, donde dormía, desayunaba, comía y cenaba pendiente siempre de los sucesos bélicos que se desarrollaban en todo el país. Se fue a Miami acompañado de sus familiares, cercanos colaboradores y dos ataúdes con los restos de su padre [...] Se llevó también documentos, dólares en cajas

[32] Valtierra, "Habla David García Jara, sobrino del dictador", *Unomásuno*, 16 de julio de 1979, p. 9.

[33] Pablo González, *et, al., Nicaragua un país propio. Testimonios de triunfo y de la reconstrucción*, México, Difusión Cultural-UNAM, 1980, p. 163.

[34] Fondo Documental Pedro Valtierra (en adelante FDPV).

de cartón y belices; varias jaulas con pericos, perros, gatos, pájaros y el recuerdo de haber gobernado al pueblo de Nicaragua [...] al medio día del 16 de julio Anastasio Somoza Debayle salió solo por la puerta del garaje de su oficina rumbo a la sala de conferencias. Iba con traje gris arrugado y el pelo grasoso, muestra de no bañarse por varios días, abriéndose paso el mismo en medio de unos 30 corresponsales de prensa.[35]

Más que un texto terminado se trata de un ejercicio periodístico cuya intención no es ser publicado de manera íntegra sino ser fuente de información para construir la nota en la sección de corresponsales del periódico. Al calce de la última hoja, Valtierra escribe:

OSCAR GONZÁLEZ espero que te guste o cuando menos que puedas utilizarla. Realmente me costó mucho trabajo hacerla. Te mando un saludo afectuoso. Acá estamos bien sufriendo las incomodidades de no tener lana. Por favor tráeme rollos unos 20 o 30, no tengo. Dile a Sara que te los dé.[36]

Los textos inéditos y los publicados nos permiten ubicar a este fotógrafo también como cronista y, si bien falta pulir sus escritos, se vislumbra cierta intuición periodística. Lo que es innegable es que en ambas facetas su postura ideológica es notoriamente "prosandinista".

Para concluir

Los diferentes análisis presentados sobre el trabajo de Pedro Valtierra y sus colegas mexicanos dan pie para emprender estudios más rigurosos de los discursos mediáticos, la circulación de las imágenes, la cobertura continental de la revolución sandinista, el trabajo de los *freelance* y los fotógrafos de las agencias internacionales. Pero definitivamente estos sobrepasan los alcances de este artículo; no obstante, es necesario tener un mínimo esbozo de los múltiples análisis posibles para situar la cobertura del diario en el lugar que le corresponde dentro de la historia del fotoperiodismo mexicano y colocar el trabajo de Pedro Valtierra en un escenario más extenso.

La lógica del trabajo de los fotógrafos mexicanos, el material realizado en Nicaragua, la manera cómo es publicado de acuerdo al grado de importancia dado a los enviados y

[35] Pedro Valtierra, documento mecanografiado, 15 de julio de 1979, FDPV.

[36] Pedro Valtierra, documento mecanografiado, 15 de julio de 1979, FDPV. Oscar González es jefe de noticias internacionales de *Unomásuno* cuando Valtierra viaja a Nicaragua. Las líneas citadas indican los intentos del fotógrafo por relatar sus días de guerra y la forma en que busca reabastecerse de material fotográfico.

al valor de la noticia –supeditada a la línea editorial e intereses de cada diario–, así como la calidad informativa y estética de las imágenes de Camacho, Carrillo, Castillo, Macías, Mayo, Picco, Reyes, Solís, de la Torre, Valtierra y Zepeda son sin duda alguna temas que aún deben explorarse con más detalle. Con todas las aristas que faltan por rastrear, consideramos que este análisis puede ser el punto de arranque para nuevos planteamientos y acercamientos a la prensa mexicana en momentos coyunturales y más aún, una nueva propuesta para indagar la importancia de *Unomásuno* en la historia del fotoperiodismo mexicano, ampliando la información precedente sobre el diario y desvaneciendo mitos, y con ello, acercarnos también al trabajo de los profesionales de la lente que laboraron en él, a fin de colocar en su justa dimensión la cobertura del diario y el trabajo de su fotorreportero frente al trabajo de sus colegas mexicanos enviados a Nicaragua, que sin duda deben ser rescatados del olvido histórico.

Repositorios

Archivo Fotográfico Pedro Valtierra (AFPV).
Fondo Documental Pedro Valtierra (FDPV).
Hemeroteca Nacional de la República de Argentina.
Hemeroteca Nacional de Guatemala José Marroquín.
Biblioteca de México José Vasconcelos.
Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

Entrevistas

Entrevista a Aarón Sánchez, 24 de septiembre de 2010.
Entrevista a Augusto Corro, 8 de agosto de 2013.
Entrevista a Jaime Avilés, 28 de junio de 2010.
Entrevista a Norberto Torres, 30 de abril de 2013.
Entrevista a Pedro Valtierra, 25 de junio de 2009.
Entrevista a Pedro Valtierra, 9 de diciembre de 2011.

Hemerografía

Clarín, Argentina, 1979.
El Día, México, 1979.

El Heraldo de México, México, 1979.
El Imparcial, Guatemala, 1979.
El Nacional, México, 1979.
El Sol de México, México, 1979.
El Universal, México, 1979.
Excélsior, México, 1979.
Novedades, México, 1979.
La Nación, Argentina, 1979.
La Prensa, Nicaragua, 1979.
La Razón, México, 1979.
Unomásuno, México, 1979.

Bibliografía

Barragán, María Antonieta, "Hechos relevantes de la historia de *Unomásuno* (1977-1983). *Via Crucis* de un proyecto periodístico", tesina de licenciatura en Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

González Casanova, Pablo, *et al.*, *Nicaragua un país propio*. *Testimonios del triunfo y de la reconstrucción*, México, Difusión Cultural-Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, 141 pp. (Textos de Humanidades, 19).

Morales Flores, Mónica, "Nicaragua 1979. La mirada de Pedro Valtierra. La cobertura fotoperiodística de la revolución Sandinista en el diario *Unomásuno*", tesis de doctorado en Historia, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2014.

Valtierra, Pedro, *Nicaragua: Una noche afuera*, México, Cuartoscuro Editores, 1991.

La Dirección Federal de Seguridad y los revolucionarios guatemaltecos, 1947-1985

Fabián Campos Hernández[1]

México tiene una larga de historia de acogida y refugio de exiliados políticos guatemaltecos, pero también hay otra historia de seguimientos, aprehensiones, interrogatorios, torturas y asesinatos cuyos protagonistas fueron la Dirección Federal de Seguridad (DFS) y aquellos guatemaltecos que usaron el territorio mexicano para planear, preparar y ejecutar acciones armadas contra su gobierno. Esta historia dejó una huella documental considerable en los archivos mexicanos.[2] Con base en dicha documentación haremos un recuento que hemos estructurado a partir de los seis periodos presidenciales que abarca la trayectoria de dicho organismo, destacando algunos episodios representativos.

Miguel Alemán Valdés y Marcelino Inurrueta de la Fuente. 1946-1952

La Dirección Federal de Seguridad fue creada en diciembre de 1946 o enero de 1947 bajo la responsabilidad directa del entonces presidente Miguel Alemán Valdés (1 de

[1] Maestro y candidato a Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Profesor de la Universidad Iberoamericana y del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. En la consulta, búsqueda y organización de este material tuve el apoyo de las becarias Claudia Ivone Torres Moreno, Maidelin Pérez Ramírez y Eva Prado Robledo. A ellas mi caluroso agradecimiento.

[2] Nuestra investigación se basa en los documentos producidos a lo largo de su existencia por la DFS sobre las actividades de organizaciones guatemaltecas en México, que se encuentran resguardados en la Galería 1 del Archivo General de la Nación. Descontando aquellos que se encuentran resguardados por la Ley de Protección de Datos Personales, que no pudimos consultar, la huella documental alcanza más de 6 000 fojas de información al respecto.

diciembre de 1946-30 de noviembre de 1952). Según Sergio Aguayo, es probable que la fundación de un nuevo cuerpo de seguridad fuera una forma del nuevo presidente de mostrar cooperación con las agencias de seguridad estadunidenses, quienes criticaban la corrupción existente en la Oficina de Información Política de la Secretaría de Gobernación. Asimismo, señala que:

> En la creación de la DFS no participaron militares, pese a ser ésta una versión bastante generalizada. Se fundó con policías provenientes de diversas corporaciones y fue hasta abril de 1947 –y probablemente por gestiones de la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena) o del Estado Mayor Presidencial (EMP) a las cuales disgustó sentirse excluidas– que se incorporaron diez de los mejores oficiales egresados del Heroico Colegio Militar (cuatro de infantería, tres de artillería y tres de caballería). Entre ellos no estaba Fernando Gutiérrez Barrios, que llegó a la DFS hasta 1948 o 1949.[3]

Las funciones de la DFS eran la seguridad personal del presidente y de los mandatarios visitantes, así como investigar asuntos delicados, analizar información y hacer operativos contra los enemigos del régimen.[4] Su primer director, el teniente coronel Marcelino Inurrueta de la Fuente, fue nombrado, según Sergio Aguayo, el 9 de octubre de 1947 y ocupó el cargo durante el resto de la administración alemanista.[5]

En este periodo la DFS no tuvo relación con los revolucionarios guatemaltecos. La razón: los militantes del movimiento revolucionario guatemalteco, muy activos México durante los años veinte y treinta, en su mayoría se habían trasladado a Guatemala a participar en el primer gobierno de la "primavera democrática"; el de Juan José Arévalo (1945-1951). Un ejemplo de ello fue Alfonso Solórzano Fernández, quien después de formarse como abogado en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) fundó en 1946 –inspirado en el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS)– el Instituto Guatemalteco de Seguridad Social (IGSS).

Adolfo Ruíz Cortines y Leandro Castillo Venegas. 1952-1958

Adolfo Ruíz Cortines decidió separar la DFS de la estructura de la Presidencia y la trasladó a la Secretaría de Gobernación, la cual a partir de ese momento contó con dos aparatos de

[3] Sergio Aguayo, *La Charola. Una historia de los servicios de inteligencia en México,* México, Grijalbo, 2001, p. 63.
[4] *Ibid.*, p. 67.
[5] *Ibid.*, p. 300.

inteligencia: la propia DFS y la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (DGIPyS).[6] Durante su mandato, la DFS tuvo dos directores: el coronel Leandro Castillo Venegas (1 de diciembre de 1952-1 de abril de 1958) y el licenciado Gilberto Suárez Torres, quien estuvo casi un año (1 de abril de 1958-1 de febrero de 1959), abarcando el último tramo de esa administración y los primeros meses del gobierno de Adolfo López Mateos.[7]

Debido a que los revolucionarios guatemaltecos se encontraban en su país, ahora en el gobierno de Jacobo Árbenz, no fueron un tema para la DFS durante los primeros años de este periodo. Eso cambió en 1954. Fue el fin de la "primavera democrática" y el inicio de una nueva oleada de exiliados guatemaltecos a nuestro país. En su mayoría liberales y demócratas, algunos de ellos formados profesionalmente en el país y admiradores del Estado revolucionario mexicano. Todos vinculados de una u otra manera con la Legión del Caribe no fueron vistos como un peligro ni dentro de la lógica de la Guerra Fría. Por ello, los rápidos vínculos que esos exiliados hicieron con otro movimiento de la "Legión", el antibatistiano, no fue de especial interés para la DFS. Baste recordar que uno de los exiliados fue el médico Ernesto Guevara de la Serna.

Adolfo López Mateos y Manuel Rangel Escamilla. 1958-1964

La presidencia de López Mateos se inauguró con escasa diferencia de tiempo que un hecho fundamental para la historia contemporánea de América Latina: el triunfo de la Revolución Cubana, misma que impactó de manera importante en la definición del gobierno mexicano de la seguridad nacional en general y sobre cómo fueron vistas las actividades de los guatemaltecos en el país. La Revolución Mexicana ya no fue más el modelo a seguir de los revolucionarios mexicanos y guatemaltecos, ni del resto de los países latinoamericanos. Ahora el modelo sería uno más radical, el socialismo cubano, lo que llevó a que se consideraran las actividades de los guatemaltecos en México como un peligro.

Buena parte de la amenaza que representó para los gobiernos de la Revolución Mexicana el triunfo cubano se minimizó durante la visita de Estado que el presidente Osvaldo Dorticós realizó al país en junio de 1960. En ella se acordó que Cuba no promovería la revolución en nuestro país ni entrenaría a mexicanos en la lucha guerrillera,[8] lo que resultó

[6] La DGIPyS realizó desde 1942, año de su fundación, un seguimiento constante de los extranjeros en el país, tarea que mantuvo hasta 1985, cuando fue disuelta al igual que la DFS. Es decir que durante todo el periodo que nosotros estudiaremos ambas instituciones realizaron la misma tarea, vigilar las actividades de los guatemaltecos residentes en el país.

[7] Sergio Aguayo, *op. cit.*, p. 300.

[8] Ricardo Domínguez Guadarrama, "Cuba; Revolución, diplomacia (y guerrilla) en América Latina y el Caribe", en Rodolfo Gamiño Muñoz, Yllich Escamilla Santiago, Rigoberto Reyes Sánchez y Fabián Campos

fundamental para la seguridad nacional mexicana, ya que garantizó la debilidad estructural de los posibles enemigos internos.

Pero el gobierno mexicano tuvo otra característica: era receptivo hacia el exilio latinoamericano en general. Era de los pocos países en la región que mantenía relaciones con gobiernos socialistas europeos y muy pronto el único que las tendría con Cuba, por lo que México se convirtió en un lugar privilegiado para las actividades del movimiento armado socialista latinoamericano. Ante esa situación, la DFS asumió que una de sus tareas era vigilar a los representantes de gobiernos socialistas en el país y a los latinoamericanos que utilizaban el territorio nacional en tránsito a la nueva "meca" de la revolución regional. Todo ello bajo la dirección y en apoyo a las agencias de seguridad estadounidenses.[9]

Una de las actividades que empezó a realizar la DFS fue la recopilación diaria de los listados de los pasajeros que viajaban a Cuba, mismos que entregaba directamente a la estación local de la Agencia Central de Inteligencia (CIA por sus siglas en inglés).[10] De esa manera, por ejemplo, la DFS reportó el 3 de julio de 1962, que entre los sesenta pasajeros del vuelo 311 de Mexicana de Aviación iba una delegación guatemalteca que participó en el Congreso Mundial de la Juventud de Helsinki y en los festejos del 26 de julio en Cuba.[11]

Apenas se estaban "asentando las aguas" de la tormenta provocada en el continente por la Segunda Declaración de La Habana, cuando el 10 de mayo de 1962 el coronel Rangel Escamilla redactó un informe sobre un grupo de guerrilleros guatemaltecos que,

---

Hernández (coords.), *La Liga Comunista 23 de Septiembre: cuatro décadas a debate. Historia, memoria, testimonio y literatura*, México, Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos-UNAM / UAT / Facultad de Ciencias para el Desarrollo Humano, 2014, p. 53.

[9] Sergio Aguayo señala que durante los años sesenta, Miguel Nazar Haro fue el responsable del seguimiento de los representantes diplomáticos de los países socialistas en México. Y que, en ese mismo periodo, funcionó una casa en la calle de Shakespeare, en la colonia Polanco de la Ciudad de México, donde veinte agentes de la DFS trabajaban directamente con la CIA. Sergio Aguayo, *op. cit.*, pp. 107-108.

[10] Según Sergio Aguayo esto lo hacía sin apenas analizar la información "los resultados de los seguimientos, etcétera, eran entregados a la CIA sin que los servicios mexicanos de inteligencia les sacaran algún provecho (salvo incluir en las fichas personales de la DFS las fechas en que habían viajado o regresado de Cuba)". *Ibid.*, p. 108.

[11] Los integrantes de dicha delegación eran: Jorge Soto García, Roberto Garacena, Enrique Paz, Roberto Carias Delgado, Isabel Morgan Mayols, Rodolfo García Díaz, Rosario Ramírez García, Jorge Macías Mayora, María Girón Arévalo, Fernando Velázquez Toledo y Myrna Torres Rivas. Algunos de ellos decidieron quedarse en Cuba y formaron parte del primer grupo de guatemaltecos entrenados en guerra de guerrillas en ese país, pero esto ya no se encuentra consignado en sus expedientes. Archivo General de la Nación, Galería 1, "Asunto: Mexicana de Aviación a La Habana, Cuba", 3 de julio de 1962, Exp. 64-4-62, L. 1, F. 136. En adelante todos los documentos de la Galería 1 del AGN serán identificados únicamente por el asunto, fecha y clasificación.

desde México, se habían internado a su país y habían sido detenidos allá. Era el primer intento guerrillero guatemalteco, conocido como "la guerrilla de Huehuetenango".

Las conclusiones de ese informe, redactado mes y medio después de los hechos que narra, fueron: 1. Se investigó la posibilidad de que desde la Fábrica Nacional de Armas se estuviera pertrechando a los guerrilleros guatemaltecos. Aunque no lo confirmaron, se identificó a los capitanes Salvador Gayosso Téllez, Rafael Chavarri Amparán y Lorenzo Cárdenas Barajas como los miembros del ejército mexicano que estaban vendiéndoles armas. 2. Los guatemaltecos detenidos eran asilados políticos en México.[12] 3. Para la DFS estos recibían órdenes del guatemalteco residente en México, Augusto Charnaud McDonald, quien había trabajado hasta noviembre de 1961 en el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP) y anteriormente había sido ministro de gobernación durante la presidencia de Jacobo Árbenz. El informe concluyó asegurando que continuarían las investigaciones.[13]

Como parte de ellas, la Secretaría de Gobernación solicitó a migración los expedientes de varios guatemaltecos y desplegó a agentes de la DFS para darles seguimiento. Entre los que fueron investigados estuvo el matrimonio formado por Alicia Echeverría Muñoz y Francisco Amado Granados.[14] Aunque en ese momento no detectaron actividad sospechosa, la vigilancia continuó y rindió resultados. El 9 de octubre de 1963 la DFS informó que Amado Granados utilizaba su fábrica Maquinaria Coloso S. A. para

[12] Los integrantes de la guerrilla eran el teniente José Guillermo Lavagnino Higueros; los subtenientes Fernando Moreno Iriarte, Rubén Méndez Orozco y Bernardo Alfredo López; el sargento Carlos Enrique Urrutia Robles; el chofer Josafat David Quintana Tejeda; el ingeniero Enrique Prera Sierra; el licenciado Rafael Garzaro Flores; el estudiante de leyes César Augusto, y Humberto Pineda. El listado contenido en el informe de Rangel Escamilla es el único conocido de los integrantes de esta guerrilla.

[13] "Informe del Coronel DEM, Manuel Rangel Escamilla, Director de la DFS", 10 de mayo de 1962, Exp. 11-43, L. 3, F. 206-214. Esta guerrilla fue conformada en México y de ella se ha escrito muy poco, una de las primeras referencias es la que hace Antonio Fernández Izaguirre en el documento "Guatemala bajo el signo de la guerra", con el seudónimo de Julio del Valle señala: "El otro frente, el de Huehuetenango, cuyo destacamento penetró por la frontera mexicana, por errores frente a la población civil, y después de deambular por los Cuchumatanes, fue capturado completo en San Mateo Ixtatán, el 29 de marzo". Cuba, s/f, manuscrito mecanografiado, archivo personal del autor, pp. 4-5. El otro frente aducido en la cita es el de la guerrilla de Concuá, dirigida por el coronel Paz Tejada, también exiliado en México y cuya guerrilla, que operó semanas después de la guerrilla de Huehuetenango, se considera erróneamente el primer intento guerrillero guatemalteco, siendo probable que en realidad hayan sido intentos conjuntos o paralelos de los exiliados guatemaltecos en México. Un relato más amplio sobre la guerrilla de Paz Tejada puede encontrarse en Carlos Figueroa Ibarra, *Paz Tejada: militar y revolucionario*, México, BUAP, 2004.

[14] "Informe de Saúl San Juan Torres sobre vigilancia en el domicilio de Alicia Echeverría Muñoz", 5 de julio de 1962, Exp. 53-97-62, L. 1, F. 7.

enviar armas a Tapachula. Allí, Justo Rufino Cano de León las introducía a su país.[15] Pero no se les detuvo ni interrogó sobre sus actividades.

En los casos anteriores estaban presentes los cuatro elementos que de allí en adelante habrían de caracterizar, según la DFS, las actividades conspirativas de los guatemaltecos en México: eran exiliados radicados en México haciendo intentos armados en contra de su gobierno; se sospechaba del apoyo cubano y por lo tanto de su filiación "comunista"; habían utilizado el territorio nacional para comprar y traficar armas, y contaban con la colaboración de algunos mexicanos.

El 8 y 9 de diciembre de 1964, ocho días después de que tomara posesión Gustavo Díaz Ordaz como presidente de México, la policía guatemalteca cateó cuatro casas en la ciudad de Guatemala, hallando gran cantidad de armas, documentos y propaganda. Entre los detenidos se encontraba el mexicano Francisco Javier Manuel Suárez Jiménez, por lo que la DFS redactó una lista de los exiliados guatemaltecos en México que podrían tener relación con ellos. Entre los investigados estuvieron Aura Marina Arreola, Otto Shumann, Francisco Amado Granados y una red de apoyo de estudiantes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).[16] La conclusión de la investigación fue que no pudieron localizar en el país a ninguno de los mencionados.

A manera de balance sobre este periodo podemos señalar que, si bien se estableció un control sobre los pasajeros que viajaban a Cuba –listados que entregaban a las agencias de seguridad estadounidenses–, se investigó a guatemaltecos y mexicanos con posibles vínculos con las guerrillas en ese país, y se confirmó el uso del territorio mexicano en la preparación y apertrechamiento de los intentos armados, no se registró ninguna detención. Esto puede obedecer más que a una incapacidad por parte de la DFS, como lo sugiere el texto de Sergio Aguayo cuando dice que esa información no era procesada debidamente por la Dirección, a la ausencia de voluntad política de parte del presidente López Mateos y del coronel Rangel Escamilla para perseguirlos, resultando en una posible tolerancia a sus actividades.[17]

[15] "Asunto: armas para Guatemala", 9 de octubre de 1963, Exp. 11-43-70, L. 4, F. 4.

[16] "Informe del Subdirector de la DFS Capitán Fernando Gutiérrez Barrios sobre los guerrilleros guatemaltecos y su relación con México", 23 de diciembre de 1964, Exp. 11-43-64, L. 4, F. 36-41.

[17] Existen dos hechos que es probable hayan influido en la forma en cómo fueron tratados los revolucionarios guatemaltecos y sus actividades en México. En 1929, siendo muy joven, Adolfo López Mateos se integró a la campaña presidencial de José Vasconcelos. Cuando inició la represión en contra de los vasconcelistas, López Mateos se exilió en Guatemala, donde le tocó vivir el golpe de Estado de Baudilio Palma y la desestabilidad política en ese país, prolegómenos del ascenso del dictador Jorge Ubico. Además, el 30 de diciembre de 1958, 29 días después de su toma de posesión, se dio el incidente de los pescadores mexicanos que fueron ametrallados por la Fuerza Aérea de Guatemala acusados de invadir aguas territoriales de ese país. Como resultado del ataque, el gobierno mexicano rompió relaciones con Guatemala durante todo el año de 1959.

Como resultado de ésta, no existió en este periodo una coordinación entre la Dirección y sus contrapartes guatemaltecas. Ello explicaría que la información sobre las detenciones en Guatemala era obtenida por la DFS mediante canales públicos y no tenía mecanismos para confirmar la veracidad de ella. Esa "falla" quedó debidamente asentada en el informe de Gutiérrez Barrios sobre los sucesos de diciembre de 1964, que firma como subdirector en funciones de la DFS. A resolver esta debilidad se abocaría ya como director.

Gustavo Díaz Ordaz y Fernando Gutiérrez Barrios. 1964-1970

El nuevo periodo coincide con la llegada al poder de tres personajes que, según Sergio Aguayo, fueron clave en la definición de la seguridad nacional y su aplicación en la guerra sucia: Gustavo Díaz Ordaz, presidente de 1964 a 1970; Luis Echeverría Álvarez, secretario de Gobernación, y Fernando Gutiérrez Barrios, nuevo director de la DFS.[18] A partir de este momento la DFS no se limitó a recabar información sino que buscó infiltrar el movimiento guatemalteco a través del grupo especial C-047, fundado en noviembre de 1965, a cargo de Miguel Nazar Haro.[19] Además, bajo la coordinación de la Dirección, se sumaron los cuerpos castrenses a la tarea de perseguir a los "subversivos" guatemaltecos. Esta nueva estrategia pronto se tradujo en detenciones.

El 7 de mayo de 1965 fue detenido en el aeropuerto de Tapachula David Aguilar Mora; se le encontraron papeles falsos mexicanos y guatemaltecos, así como propaganda del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR13). De sus declaraciones, la DFS desprendió la existencia de una red de estudiantes de las facultades de Filosofía y Letras, Economía y Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM que se encontraba en contacto y apoyando a la guerrilla de aquel país, por lo que se abrió una línea de investigación al respecto.[20]

Ambos casos permiten suponer que no existió voluntad política de parte de López Mateos para perseguir a los guatemaltecos que operaban en territorio mexicano, aunque como vimos, dicha voluntad no implicó dejar de proporcionar a los aparatos de inteligencia estadounidenses la información sobre su paso rumbo a Cuba.

[18] Mientras tanto en Guatemala se iban definiendo los rumbos de la lucha armada. La guerrilla fundada en diciembre de 1962 se dividió en dos: por un lado, las Fuerzas Armadas Rebeldes y, por el otro, el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre. En mayo de 1964, Marco Antonio Yon Sosa, comandante en jefe de las FAR, rompió su relación con el Partido Guatemalteco del Trabajo y recuperó el nombre de MR13 para su organización.

[19] Sergio Aguayo, *op. cit.*, pp. 124-125.

[20] "Informe de Carlos Manuel Suárez y Suárez sobre David Aguilar Mora", 8 de mayo de 1965, Exp. 11-43-71, L. 4, F. 108-111.

El 7 de septiembre de 1965, fueron arrestados en San Pedro Sula, Honduras, el guatemalteco Raúl Estuardo Lorenzana y el mexicano Rodolfo Picasso Alcántara, acusados de falsificar billetes de veinte dólares.[21] Con ese motivo se hizo una lista de posibles implicados en México, de los cuales, todos eran militantes o gente cercana al MR13 en México.[22]

El cerco sobre las estructuras del MR13 en el país se cerró el 23 de abril de 1966,[23] cuando comenzó una serie de detenciones de trotskistas vinculados a la guerrilla guatemalteca, a los que se les decomisaron armas, dinero y propaganda. En varios de los interrogatorios participó de manera directa el propio Fernando Gutiérrez Barrios.[24] El día 25 fueron remitidos al poder judicial Adolfo Gilly y ocho personas más.[25] Fue el primer golpe importante en contra de las estructuras de apoyo en México a la lucha armada en Guatemala. Todos los detenidos fueron consignados al "Palacio negro" de Lecumberri.

El primer indicio del trabajo realizado por el grupo C-047 en relación a los guatemaltecos es un documento del 16 de agosto de 1966 –a cuatro meses de la detención de los trotskistas y a nueve meses de que se fundó el grupo– a raíz de la detención de Víctor Rico Galán. Lo primero que resalta el documento es la amistad del periodista, y líder guerrillero, con tres guatemaltecos muy importantes: Ernesto Capuano del Vec-

[21] La detención de Raúl Estuardo Lorenzana y que ella haya derivado en una investigación sobre los militantes en México del MR13, y gente relacionada a ellos, no deja de ser interesante. Lorenzana fue el fundador, en 1966, de la organización terrorista anticomunista MANO (Movimiento de Acción Nacionalista Organizado). El hecho de que fuera apresado en Honduras falsificando billetes meses antes de organizar el movimiento, así como que fuera vinculado al MR13 por las autoridades mexicanas, no deja de llamar la atención. Sin embargo, lo concreto es que a raíz de su detención se empezó a cerrar un cerco sobre los militantes del MR13 en México.

[22] "Personas con posible relación con Raúl Estuardo Lorenzana y Rodolfo Picasso Alcántara", probablemente abril de 1966, Exp. 12-20-66, L. 2, F. 183.

[23] Poco tiempo después, escasos días, se dio un hecho fundamental en la historia de la guerrilla guatemalteca: el juicio a los trotskistas por parte del MR13 acusándolos de desviar dineros de la revolución guatemalteca. En dicho juicio, uno de los elementos en la acusación fue la reciente captura de Gilly y el dinero que se le incautó. Una parte de los *cassettes* de dicho juicio fueron reproducidos en el libro de Armando Rodríguez Suárez, *Guatemala 1966: trotskismo y revolución (teoría y práctica del aventurerismo político),* México, Ediciones Punto y Aparte, 1984.

[24] Ese mismo día interrogó al argentino Oscar José Fernández Bruno, y al día siguiente a la venezolana María del Pilar Maseda de Galván y al argentino Adolfo Gilly. "Declaración de Oscar José Fernández Bruno" 23 de abril de 1966, Exp. 11-84-66, L. 2, F. 78-80; "Declaración de María del Pilar Maseda de Galván", 24 de abril de 1966, Exp. 11-43-71, L. 4, F. 107-108; "Declaración de Adolfo Atilio Malvagni Gilly", 24 de abril de 1966, Exp. 11-84-66, L. 2, F. 85-86.

[25] "Oficio de Fernando Gutiérrez Barrios al Procurador General de Justicia", 25 de abril de 1966, Exp. 11-81-66, L. 2, F 62-64.

chio, Rodrigo Asturias y Mario Monteforte Toledo. Y uno del que no hemos podido encontrar mayores referencias, Rolando Gallardo Ardón. El informe señala que a raíz de la detención de Rico Galán los guatemaltecos se "encuentran sumamente nerviosos", y continúa:

> 2. Gallardo Ardón reemplazó al conocido comunista Víctor Manuel Gutiérrez como jefe del grupo guatemalteco aquí.
> 3. Gallardo Ardón, de acuerdo con datos creídos verídicos, está en condiciones económicas muy raquíticas y está empezando con dudas sobre la ideología comunista. Creemos que se puede aprovechar de esa situación a pescarle como informante.
> 4. Podemos traer una persona quien puede hacerlo, ó uds. pueden de acuerdo con sus ideas sobre el proyecto.[26]

No es posible identificar en el documento quién lo redactó, ni a quién iba dirigido, pero es probable que uno de los dos, redactor o destinatario, fuera Miguel Nazar Haro, jefe del C-047. Tampoco es posible asegurar la veracidad de las afirmaciones sobre Gallardo Ardón, ni que se haya buscado integrarlo como informante, ni que él haya aceptado. Lo que sí muestra claramente el documento es la existencia de la intención de la DFS de infiltrar a las organizaciones guatemaltecas.

La DFS también golpeó a las estructuras en México de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) de Luis Turcios Lima. A fines de agosto de 1966 elementos de la DFS aseguraron en Tapachula un alijo de armas, por lo cual se montó un operativo que desmanteló la red logística de las FAR en la Ciudad de México y Tapachula. Además de que se confiscó un cuantioso arsenal, detuvieron a cuatro guatemaltecos, entre ellos Mirna Paíz Carcamo,[27] y cuatro mexicanos.[28] Todos los cuales siguieron proceso judicial hasta que fueron liberados los mexicanos y deportados los guatemaltecos a terceros países.

Nada se ha reflexionado en las historias de la primera oleada guerrillera en Guatemala (1960-1972) sobre el impacto que tuvo en la lucha armada la persecución mexicana. Como ya vimos, el primer intento guerrillero en Guatemala fue organizado en territorio mexicano y, hasta septiembre de 1966, las estructuras logísticas, políticas y de

[26] "Asunto: Rolando Gallardo Ardón, Ernesto Capuano del Vecchio, Rodrigo Asturias, Mario Monteforte Toledo", 16 de agosto de 1966, Exp. 11-169-67, L. 3, F. 170.

[27] Mirna Paíz Carcamo fue la primera mujer incorporada como combatiente en la guerrilla guatemalteca. Su testimonio fue publicado recientemente, Gabriela Vázquez Olivera (ed.), *Rosa María, una mujer en la guerrilla. Relatos de la insurgencia guatemalteca en los años sesenta*, México, CIALC-UNAM / Juan Pablos Editor, 2015.

[28] "Informe de Fernando Gutiérrez Barrios sobre contrabando de armas para las guerrillas guatemaltecas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias", 25 de septiembre de 1966, Exp. 12-20-66, L. 1, F. 155-164.

solidaridad en México fueron fundamentales en el desarrollo de sus capacidades para combatir a los gobiernos de Miguel Ydigoras Fuentes (1958-1963), Enrique Peralta Azurdia (1963-1966) y Julio César Méndez Montenegro (1966-1970). En octubre de 1966, después de la muerte del comandante Turcios Lima, inició la primera gran ofensiva del ejército guatemalteco en contra de las guerrillas, que dio como resultado la desarticulación del MR13 y de las FAR y la primera aplicación de la estrategia de tierra arrasada en la sierra del oriente guatemalteco. Al encontrar que en los meses previos a la ofensiva gubernamental fueron desmanteladas las redes logísticas en México del MR13 y de las FAR, no puede soslayarse que la guerrilla se encontraba sin estas redes de abastecimiento para enfrentar la ofensiva gubernamental.

La coordinación ejercida sobre el resto de los cuerpos militares en el tema de la lucha contrainsurgente le proporcionó a Fernando Gutiérrez Barrios la oportunidad de subsanar uno de los problemas mencionados en su informe de diciembre de 1964: la ausencia de canales de comunicación con sus pares guatemaltecos. El 21 de mayo de 1968, el general de brigada y jefe del S2 del Estado Mayor de la Defensa Nacional mexicana, Alonso Aguilar Ramos, envió un memorándum. En él consignaba que el agregado militar guatemalteco le había informado sobre un próximo operativo de su ejército para detener un tráfico de armas en Tapachula y que solicitaba a las autoridades mexicanas no intervenir en la acción que tendría lugar del otro lado de la frontera, pero que de ser necesario se le brindara ayuda a su cónsul.[29]

La información la había obtenido el agregado militar de Guatemala mediante un guerrillero: Augusto Dhigero Carranza. El traslado de armas finalmente no se realizó. Entre la información entregada por Dhigero Carranza figuraba que el cargamento de armas había sido comprado con dinero entregado por el secretario de la Embajada de Cuba en México y que tenía agendada una reunión con él el día 25.[30] El 5 de junio Gutiérrez Barrios recibió un pormenorizado informe de una reunión entre el agregado militar y el guerrillero, en el que se informaba de nuevos planes de tráfico de armas para las FAR.[31] Se habían sentado las bases para posteriores colaboraciones y, así como la sociedad mexicana bridaba ayuda a la lucha revolucionaria guatemalteca, los cuerpos represivos colaborarían en su combate.

El 17 de mayo de 1970 fueron asesinados en territorio mexicano el líder del MR13, Marco Antonio Yon Sosa, Enrique Cahueque Juárez y Fidel Raxcacoj Xitumul.[32] El

[29] "Estado Mayor, Confidencial", 21 de mayo de 1968, Exp. 12-20-68, L. 3, F. 34.

[30] "Al Director de la Dirección Federal de Seguridad, asunto estado de Chiapas", 23 de mayo de 1968, Exp. 11-43-968, L. 4, F. 275.

[31] "Contrabando de armas en Tapachula", 5 de junio de 1968, Exp. 11-43-68, L. 4, F. 286-288.

[32] Marco Antonio Yon Sosa, Ficha 6, anverso y reverso.

hecho de que entre los asesinados haya estado el comandante en jefe de una organización guerrillera y que en su muerte hayan participado directamente miembros del ejército mexicano, hizo que el sistema de seguridad se pusiera en alerta ante las posibles consecuencias. La DFS citó el 29 de mayo de 1970 a los guatemaltecos Armando Solís, Genovel Castañeda, José María Amaya y al doctor Jorge Arturo Flesh Paz, todos ellos asilados políticos en México, de los que se sabía que habían conocido a Yon Sosa o trabajado con él. De las entrevistas a estos cuatro guatemaltecos resultó un extenso informe que da cuenta de todos los datos que ellos tenían sobre su trayectoria militar y guerrillera para, finalmente, preguntarles cuáles eran las versiones que circulaban entre la comunidad de exiliados sobre su muerte y qué consecuencias creían que traería.[33]

Si durante el periodo anterior la DFS se ceñía a dar cuenta de la lista de pasajeros rumbo a Cuba, en este otro ya no fue así; ahora aquellos podrían ser detenidos e interrogados buscando ampliar su información sobre el movimiento guatemalteco. El 21 de octubre de 1970, en tránsito a Cuba, fue detenido en la Ciudad de México el guatemalteco Oscar Arturo Palencia. Palencia afirmó en su declaración ser miembro del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) y relató el proceso de separación de las primeras FAR del partido. Que Fidel Castro había retirado todo su apoyo al PGT en favor de esas FAR, así como que estas se habían dividido, conformándose una nueva agrupación.[34] Que su misión era ir a Cuba para limar asperezas con la isla y conseguir nuevamente apoyos para el PGT.[35]

Para confirmar lo declarado por Palencia, la DFS interrogó al guatemalteco radicado en México José Luis Roldán, quien según la Dirección no militaba en el PGT sino en el MR13. Roldán les confirmó que estaban llegando a México un grupo de guatemaltecos entrenados en Cuba y que viajaban en grupos de dos o tres miembros. Que el famoso

[33] "Antecedentes de Marco Antonio Yon Sosa" 29 de mayo de 1970, Exp. 6-1-70, L. 1, F. 112-145. Este documento tiene un considerable valor para la historia de la lucha revolucionaria en Guatemala pues constituye el único esbozo biográfico que existe sobre el Chino, además de contener datos proporcionados por personas muy cercanas a él.

[34] Después de que en mayo de 1964 Yon Sosa se había separado del PGT y las FAR, éstas quedaron bajo el mando de Turcios Lima. Después de su muerte, en octubre de 1966, dos grupos empezaron a disputar el control: un grupo radicado en Cuba, encabezado por Rolando Morán y César Montes, y otro establecido en la Sierra de las Minas dirigido primero por Camilo Sánchez y, después de su asesinato, por Pablo Monsanto. El grupo de Cuba formó la Nueva Organización Revolucionaria de Combate (NORC), mientras que el grupo de Pablo Monsanto se quedó con el nombre de FAR –rebeldes–. En tanto que el PGT formó un grupo denominado FAR –revolucionarias–. Las tres disputándose el apoyo de Cuba. A este proceso es al que refiere el documento.

[35] "Declaración de Oscar Arturo Palencia" 21 de octubre de 1970, Exp. 11-43-970, L. 5, F. 68-69.

comandante César Montes se encontraba en esta ciudad esperando un contingente de 100 hombres para lanzar una ofensiva en noviembre de 1970.[36]

Este periodo fue el de la estructuración de la guerra sucia en contra de los revolucionarios guatemaltecos. A partir de que asumió la dirección de la DFS, Fernando Gutiérrez Barrios, dejó de lado la tolerancia practicada por Rangel Escamilla, implementó una coordinación con las otras corporaciones policiacas y el ejército mexicano, estableció relaciones con las autoridades guatemaltecas y sus representantes en el país, buscó infiltrar y obtener información de las organizaciones y círculos de exiliados, y fue más sistemático a la hora de recabar información. Esto, en su conjunto, le permitió golpear de manera contundente a las estructuras de las guerrillas guatemaltecas en México y conseguir que los organismos mexicanos de seguridad nacional jugaran un papel importante en la lucha contrainsurgente que dio fin a la primera ola guerrillera en Guatemala.

Luis Echeverría Álvarez y Luis de la Barreda Moreno, 1970-1976

A su llegada a la presidencia, Luis Echeverría Álvarez nombró a Fernando Gutiérrez Barrios subdirector de Gobernación y a Luis de la Barreda Moreno director de la DFS. Si en el periodo anterior la "otra guerra sucia" tomó forma, en este se consolidó, alcanzando su nivel más alto y también su límite en un caso paradigmático: la captura y ejecución de un afamado líder de la guerrilla urbana guatemalteca, Percy Amílcar Jacobs Fernández, Canción, y otros tres compatriotas suyos: los hermanos Ricardo Alfredo, Sergio y Juan José Arévalo Bocaletti.

Los antecedentes de este caso se remontan al 28 de agosto de 1968, cuando fue asesinado por un comando de las FAR el embajador de Estados Unidos en Guatemala, John Gordon Mein.[37] Inmediatamente las agencias de seguridad estadounidenses iniciaron la persecución de los responsables e identificaron a Percy Jacobs como uno

[36] *Idem.* Los datos dados por Palencia y Roldán eran verídicos. Como señalamos en la nota anterior los guatemaltecos en Cuba formaron en 1968 la Nueva Organización Revolucionaria de Combate. También era cierto que César Montes se encontraba en la Ciudad de México y que estaba recibiendo a parejas de combatientes entrenados en Cuba para lanzar una nueva ofensiva guerrillera. Lo que no pasó fue la ofensiva de noviembre, ese grupo se mantuvo dos años más en el país y el 19 de enero de 1972 entraron por territorio mexicano a la selva del Ixcán. Era el núcleo de lo que después se llamó Ejército Guerrillero de los Pobres.

[37] No se trató de una ejecución sino de un fallido intento de secuestro por parte de las estructuras de las FAR en la ciudad, que tenía como finalidad canjear al embajador por Francisco Ordóñez Monteagudo, comandante *Camilo*, máximo responsable de las FAR en ese momento y que había sido secuestrado por autoridades guatemaltecas cuatro días antes.

de los integrantes del comando.[38] Dos años después, Jacobs Fernández rompió con las FAR y buscó refugio en México bajo el nombre de Abraham López Ramírez. Venía acompañado de otro activista, Ricardo Arévalo Bocaletti, con quien instaló una carnicería en la Ciudad de México. En octubre, Ricardo mandó a traer a sus dos hermanos, Sergio y Juan José. Cinco meses después, Jacobs Fernández fue identificado y detenido de inmediato por la DFS.[39]

El 31 de marzo, Luis de la Barreda Moreno redactó un informe con las declaraciones de los cuatro detenidos. A Percy Jacobs se le interrogó de manera expresa sobre su participación en el asesinato del embajador y se le hizo diseñar un organigrama de las FAR.[40] Es el último registro documental sobre su detención en México. El 16 de abril apareció la siguiente nota en el periódico *Excelsior*: "Amílcar Jacobs y tres guerrilleros guatemaltecos más murieron el 8 en un combate cerca de Malacatán", que dice textualmente:

> Guatemala, 15 de abril. (AFP y AP)- Guerrilleros y elementos del ejército guatemalteco se enfrentaron el pasado día 8 en Malacatán, San Marcos, departamento fronterizo con México; murieron cuatro guerrilleros y resultaron heridos dos soldados, informó hoy la oficina de relaciones públicas de las fuerzas armadas.
>
> Entre los guerrilleros muertos se encontraba Percy Amílcar Jacobs León, que fue uno de los acusados de haber dado muerte, en agosto de 1968, al entonces embajador de Estados Unidos en este país, John Gordon Mein.[41]

El caso de Canción devela en su cabal magnitud cómo entendía la DFS la "otra guerra sucia". Aliada y subalterna de Estados Unidos, para la Dirección no había fronteras en la lucha contra los grupos guerrilleros. La colaboración entre la DFS y el ejército guatemalteco era una necesidad imperativa. El hecho de que Jacobs Fernández hubiera

[38] "Possible identification of members of the rebel armed forces who participated in the assassination of ambassador John Gordon Mein". Disponible en: <http://www.foia.cia.gov/sites/default/files/document_conversions/89801/DOC_0000653017.pdf> [consultado el 1 de agosto de 2015].

[39] "Antecedentes de Percy Amílcar Jacobs", 30 de marzo de 1971, Exp. 11-20-1-71, L. 1, F. 1-2.

[40] "Guatemaltecos detenidos por sus actividades guerrilleras en su país" 31 de marzo de 1971. Exp. 11-20-1-71, L.1, F. 11-25. Entre los militantes del movimiento armado guatemalteco circulan dos versiones sobre la ejecución de *Canción*. La primera como una acción del gobierno de Estados Unidos por lo del asesinato de Gordon Mein. La segunda supone al servicio secreto alemán, como represalia ya que Percy Jacobs es mencionado como miembro del comando que el 31 de marzo de 1970 secuestró al embajador de Alemania en Guatemala, Karl Von Spreti, y que lo ejecutó el 5 de abril. Los documentos encontrados durante nuestra investigación muestran que la DFS fue la que lo capturó, que su referente era el caso del embajador estadounidense y apuntan a que fue ejecutado por el ejército guatemalteco.

[41] "Amílcar Jacobs y 3 guerrilleros guatemaltecos más murieron el 8 en un combate cerca de Malacatán", *Excélsior*, 6 de abril de 1971, p. 2A.

sido parte del comando que asesinó a Gordon Mein aceitó una maquinaria equiparable a la que el continente vería nacer cuatro años después: la Operación Cóndor de las dictaduras del Cono Sur. Fernando Gutiérrez Barrios había logrado crear un aparato libre de todos los problemas que desde su visión aquejaron la administración de Rangel Escamilla. Pero pronto el sistema político mexicano entendió que ello podría tener un costo demasiado elevado.

Los días siete y ocho de agosto de 1971, la DFS desmanteló la estructura internacional de las FAR a cargo de Oscar Arturo Pérez. En esos días detuvieron, entre otros, a María del Rosario Valenzuela Sotomayor de Asturias y Ana Esther Ceceña Matorena, y decomisaron armas, propaganda y manuales guerrilleros.[42] Durante cuatro días los detenidos fueron interrogados personalmente por Luis de la Barreda en los separos de la Dirección.[43] Ceceña Martorena, de nacionalidad mexicana, era hija de un destacado profesor de la UNAM. Gracias a la intervención oportuna del rector Pablo González Casanova fue liberada al siguiente día.[44] Para el resto quedaba el camino de Canción.

Valenzuela Sotomayor, de nacionalidad boliviana, trabajaba como secretaria del director del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, Dr. Fernando Carmona de la Peña; era esposa del jefe guerrillero Rodrigo Asturias –hijo de Miguel Ángel Asturias, el premio Lenin de la Paz y premio Nobel de literatura–. Cuando ella y los otros detenidos estaban en vías de ser entregados a las autoridades guatemaltecas, los agentes mexicanos recibieron de manera inesperada la instrucción de regresarlos a la capital. De aquí fueron expulsados a Chile y Europa. En este desenlace gravitaron las gestiones de Miguel Ángel Asturias ante el presidente Echeverría.[45]

Al parecer esto marcó un límite respecto a cómo serían tratados los guatemaltecos ya que, a partir de este incidente, no se tiene referencia de que se haya entregado a Guatemala a ningún otro activista detenido en México. Ello no significa que cesara la represión contra los revolucionarios chapines. Previamente señalamos que su presencia en nuestro país fue considerada por el gobierno como un peligro para la seguridad nacional, sobre todo en la medida en que establecieron aquí una retaguardia operativa con el apoyo de ciudadanos mexicanos. Otro motivo de alarma fue el posible "contagio"

[42] "Informe del Capitán Luis de la Barreda Moreno, Director de la DFS, Miembros de las Fuerzas Armadas Rebeldes de Guatemala C. A. detenidos en esta ciudad", 7 de agosto de 1971, Exp. 12-20-71, L. 3, F. 55-59.

[43] "Declaraciones de los elementos de las Fuerzas Armadas Rebeldes de Guatemala que operan en México", 11 de agosto de 1971, Exp. 12-20-71, L. 3, F. 141-147.

[44] "Elementos de las Fuerzas Armadas Rebeldes que operan en México", 9 de agosto de 1971, Exp. 11-20-71, L. 3, F. 71-74.

[45] "Informe de José Ponce Alcalá al Director de la DFS", 13 de agosto de 1971, Exp. 12.20-71, L. 3, F.160. Entrevista de Mario Vázquez Olivera a Sandino Asturias Valenzuela. Ciudad de Guatemala, febrero de 2014.

que pudiera generarse a partir de dicha colaboración, y más en concreto que los guatemaltecos con experiencia de combate y entrenados en Cuba pudieran compartir sus habilidades y métodos con activistas mexicanos.

Para octubre de 1971, el ejército mexicano estaba siguiendo los pasos de José María Ortíz Vides, otro famoso jefe de las FAR, entrenado en Cuba y Vietnam, pues se sospechaba que estaba en contacto con organizaciones guerrilleras mexicanas. En efecto, tras separarse de las FAR, el coche Vides se sumó a la Unión del Pueblo (UP). Además de brindar asesoría y entrenamiento a este grupo armado, este experimentado guerrillero propició su fusión con el Partido Revolucionario Obrero Clandestino, dando lugar al surgimiento del PROCUP.[46] Aunque es probable que otros veteranos de la guerrilla guatemalteca se hayan sumado a grupos armados en México durante aquellos años, el único caso confirmado es este.

El temor al "contagio" insurgente por la vía de Guatemala mantuvo en alerta a la DFS. El 14 de septiembre de 1976 entró a México por la frontera de Tapachula el guatemalteco Carlos Romero Augusto Zetina Baldizón. Agentes de Migración le encontraron ocultos algunos microfilms y una pequeña libreta que contenía las siguientes anotaciones: "Así como nosotros no podemos dirigir la Revolución Mexicana desde A.G., Claudio tampoco puede dirigir Chiapas desde el D.F. [...] ¿Si Claudio no existiera... cual sería nuestra relación con la organización revolucionaria mexicana?".[47]

Zetina Baldizón era el jefe de las estructuras clandestinas en México del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP); A. G. era el acrónimo de Alta Gracia, nombre clave de la ciudad de Guatemala; Claudio era el seudónimo de Isaías Rojas Delgado, un profesor de piano que había participado anteriormente en la guerrilla de Víctor Rico Galán. A lo que se referían las notas era a la colaboración entre el EGP y Rojas Delgado, con miras a organizar conjuntamente un grupo armado en Chiapas. Además de impulsar la causa revolucionaria en México, este grupo habría de brindar respaldo logístico y operativo a la guerrilla guatemalteca en aquel estado fronterizo.

A partir de la captura de Zetina Baldizón, la DFS desmanteló toda la sección internacional del EGP y capturó a Isaías Rojas Delgado y a sus estructuras en el Distrito Federal, Tuxtla Gutiérrez y Ciudad Sahagún.[48] Los guatemaltecos y mexicanos militantes del EGP fueron expulsados hacia terceros países. A los mexicanos vinculados con

[46] "Para atención a la superioridad", 9 de octubre de 1971, Exp. 11-220-72, L. 1, F. 80. Poco tiempo después Vides fue detenido con varios guerrilleros mexicanos. Salió de prisión rumbo a Cuba el 6 de mayo de 1973 como parte del acuerdo para la liberación del cónsul de Estados Unidos en Guadalajara, George Terrence Leonhardy, secuestrado por las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo.

[47] "Ejército Guerrillero de los Pobres. Guerrillas guatemaltecas", s/f, Exp. 12-20-76, L. 4, F. 13-22.

[48] "Ejército Guerrillero de los Pobres. República de Guatemala", 1 de octubre de 1976, Exp. 12-20-76, L. 3, F, 238-246.

Rojas Delgado se les enjuició y encarceló por sus actividades. Ya no quedó ninguna duda: el temido "contagio" era una realidad.

José López Portillo y Marcelino García Paniagua. 1977-1978

Durante el gobierno de López Portillo hubo tres directores de la DFS: Marcelino García Paniagua (1977-1978), Miguel Nazar Haro (1978-1982) y José Antonio Zorrilla Pérez (1982). Según Sergio Aguayo, el nombramiento de García Paniagua fue resultado de la intervención directa de la hermana del presidente, Margarita López Portillo, lo que significó la pérdida del control que sobre la Dirección mantenía Gutiérrez Barrios, una depuración de los archivos y la introducción de sistemas de cómputo para modernizar sus tareas.[49]

Respecto a los guatemaltecos, una de las actividades principales de la DFS durante los 17 meses de García Paniagua fue procesar la información relativa al EGP. Al desmantelar la estructura que encabezaba Zetina Baldizón, cayó en poder de la Dirección gran cantidad de documentos internos de dicho grupo, los cuales daban cuenta de sus actividades en México y Guatemala, así como de sus relaciones con otras organizaciones guerrilleras de Centroamérica y con el gobierno cubano. Escritos con seudónimos y claves, a la DFS le tomó casi dos años su descodificación y análisis. En julio de 1978 García Paniagua entregó un informe sobre este caso y cerró la investigación.[50]

A partir de entonces las autoridades mexicanas pudieron contar con información más precisa sobre esta organización y sus redes de apoyo en nuestro país. De manera significativa, aunque se pudo constatar el apoyo directo que recibía de la embajada cubana, no dio lugar a un conflicto diplomático.[51] Por su parte el EGP no tardó mucho en reestablecer nuevas redes de apoyo en México.

José López Portillo y Miguel Nazar Haro. 1978-1982

El periodo de Miguel Nazar Haro al frente de la DFS corresponde exactamente con el momento más álgido de la crisis política en Centroamérica[52] y con la crisis política

[49] Sergio Aguayo, *op. cit.*, pp. 231-233.

[50] "Ejército Guerrillero de los Pobres. Guerrillas guatemaltecas", s/f, Exp. 12-20-76, L. 4, F. 13-22.

[51] "Involucramiento cubano con el Ejército Guatemalteco de los Pobres (EGP) tanto en México como en otros países", s/f, Exp. 12-20-77, Leg. 6, F. 87-91.

[52] Del 16 de agosto de 1978 al 13 de enero de 1982. *Vid.* Sergio Aguayo, *op. cit.*, p. 300.

del sistema priísta. Después de sortear la crisis económica por la deuda al principio de su sexenio, López Portillo transformó la política petrolera del país para dar paso a una política intervencionista o subimperialista en América Latina.[53] Esa nueva capacidad del Estado mexicano confluyó con una larga tradición entre los movimientos revolucionarios latinoamericanos de ver a México como un posible aliado de sus luchas contra sus tiranías y dictaduras. Empero, en el caso centroamericano, en un principio el presidente mexicano no vio posible una unión entre los nuevos revolucionarios y su proyecto de nación:

> El 30 de octubre de 1977, tres representantes del Grupo de los Doce fueron recibidos por José López Portillo en Los Pinos. Los delegados de los Terceristas fueron Emilio Baltodano, Casimiro Sotelo y "un sacerdote" que pudo ser Fernando Cardenal o Miguel d'Escoto, que son los religiosos, además de Ernesto Cardenal, destacados en el trabajo internacional. Al presidente mexicano le solicitaron: I) influencia en Estados Unidos; II) refugio en México para el Grupo de los Doce si tuvieran que salir de Costa Rica; y III) ayuda económica. López Portillo se negó a la influencia en Estados Unidos y a la ayuda económica aduciendo el principio de no intervención, pero dio seguridades de refugio a los miembros del Grupo de los Doce.[54]

Poco tiempo después esa situación cambió drásticamente. López Portillo apoyó política, económica y militarmente los esfuerzos sandinistas por derrocar a Somoza Debayle.[55] La victoria sandinista en julio de 1979, así como el auge de la lucha popular en El Salvador y Guatemala generaron amplias espectativas de triunfo revolucionario en la región. Ante esta situación el interés del gobierno mexicano por los asuntos del istmo se incrementó sobremanera, tomando partido por las fuerzas del cambio. Un ejemplo claro de ello es la reunión que en febrero de 1981 sostuvo el entonces canciller mexicano, Jorge Castañeda de la Rosa, con los embajadores de México en Centroamérica y el Caribe, en la que se expuso de manera clara y contundente el papel que México quería

[53] Los cambios en la política exterior mexicana en este periodo definiéndola como intervencionista, a partir del concepto de subimperialismo de Ruy Mauro Marini, es el punto medular de mi tesis de licenciatura en Estudios Latinoamericanos por la UNAM: "¿Potencia media o subimperialismo? La política exterior mexicana hacía Centroamérica durante el sexenio de José López Portillo, 1976-1982", tesis de licenciatura, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, 2009.

[54] Fabián Campos Hernández, "La diplomacia sandinista y el triunfo de la Revolución Popular en Nicaragua", tesis de maestría, México, Posgrado en Estudios Latinoamericanos-UNAM, 2012, pág. 114.

[55] Un ejemplo claro de la nueva postura y del grado de compromiso que adoptó López Portillo en el caso nicaragüense se puede ver en la entrevista que le realicé al agregado cultural de México en Nicaragua, Gerardo Camacho Vaca, que se publica en este mismo libro.

desempeñar como una potencia económica y política regional y el papel que jugaban en esa estrategia los movimientos armados centroamericanos.[56]

A pesar de no comulgar con la ideología socialista de las organizaciones político militares centroamericanas, para el gobierno mexicano se volvieron aliados potenciales en la región, en virtud de sus posibilidades de triunfo. Gobiernos revolucionarios en esos países, que previamente hubieran sido apoyados por el gobierno mexicano, podrían dar más facilidades a las exportaciones nacionales, contribuyendo al proyecto económico; aparecer junto a los nuevos gobiernos revolucionarios regresaría cierta legitimidad al discurso alicaido de la Revolución Mexicana; respecto a su ideología socialista, el gobierno mexicano esperaba ser capaz de influir para que no se declararan socialistas una vez en el poder, y ser un contrapeso a la influencia cubana. En este contexto es que debe entenderse la actuación de la DFS bajo la dirección de Nazar Haro.

Para este experto en contrainsurgencia la presencia de las guerrillas guatemaltecas en México tenía las siguientes características:

> Miembros de los grupos subversivos guatemaltecos denominados Ejército Guerrillero de los Pobres (E.G.P) y Fuerzas Armadas Rebeldes (F.A.R.), *están utilizando a nuestro país para preparar una revolución socialista en su lugar de origen*.
>
> *El gobierno cubano auspicia ese movimiento subversivo* por medio del Consejero político de la embajada de Cuba Jorge Luis Joa Campos, miembro connotado del espionaje cubano.
>
> Tanto los guatemaltecos que radican aquí como los cubanos, *actúan clandestinamente y tratan de sorprender al gobierno mexicano*, con sus coberturas.
>
> Existen 7 grupos de guatemaltecos en México que además de participar en actividades en contra de su gobierno, *asisten y forman parte en todos los actos que las organizaciones de izquierda mexicana llevan a cabo*[57] [énfasis propio].

Nazar Haro se mantuvo alerta ante la presencia y actividades de los grupos insurgentes y redobló la vigilancia sobre los movimientos de solidaridad con las luchas centroamericanas, que desde su punto de vista eran el caldo de cultivo perfecto para el "contagio" de la revolución. Asimismo, empezó a recuperar información en el extranjero, principalmente la generada por las propias organizaciones revolucionarias. Como

[56] La reunión del Canciller Jorge Castañeda de la Rosa con los embajadores en la región fue uno de los elementos documentales que aporté a favor de mi tesis de licenciatura en el sentido de que México sostuvo una política intervencionista en esos años. Fabián Campos Hernández, "¿Potencia media o subimperialismo?... *op. cit.,* págs. 129-139. Además es parte fundamental en la reinterpretación presentada en el artículo que abre este libro

[57] "Actividades en México de miembros de grupos subversivos guatemaltecos", Exp. 085-001-001, 22 de mayo de 1980.

veremos en seguida toda esta inteligencia resultó fundamental para que el presidente López Portillo pudiera medir el pulso de la crisis centroamericana y tomara importantes decisiones respecto al caso guatemalteco.

En junio de 1980 las FAR secuestraron a José de Lima, presidente de la trasnacional Nestlé para México y Centroamérica. Tras detectar que el equipo negociador de las FAR se encontraba en nuestro país, la DFS detuvo a Leonel Augusto Luna González, un importante cuadro del trabajo internacional de dicha agrupación. Lejos de torturarlo para averiguar el paradero del secuestrado, Luna fue llevado a la residencia presidencial, Los Pinos. Según el comandante en jefe de las FAR, Pablo Monsanto, en esa ocasión López Portillo le propuso a Luna que liberaran a Lima sin rescate de por medio; a cambio, se les permitiría operar con libertad en los estados del sureste, siempre y cuando lo hicieran discretamente y limitaran sus contactos con la izquierda mexicana. Los rebeldes guatemaltecos obtendrían así una retaguardia estable y México podría obtener una influencia considerable ante el "futuro gobierno revolucionario", si acaso los rebeldes tomaban el poder.[58]

A partir de ese momento el movimiento revolucionario guatemalteco empezó a construir una relación con el gobierno mexicano que les garantizó la tolerancia a sus actividades en el país. No obstante, la DFS no dejó de vigilar sus pasos puntualmente. En 1981 nuevamente la guerrilla secuestró a un empresario extranjero en Guatemala y utilizó el territorio mexicano para negociar su rescate. Esta vez la reacción del gobierno fue terminante. Los miembros del EGP que integraban el equipo de negociación fueron detenidos y torturados con saña antes de ser deportados a Cuba. También fue detenido y expulsado del país Roberto de León Escobar, representante público de dicha organización y pariente cercano de su comandante en jefe. Por exigencia de la DFS varios colaboradores mexicanos del EGP involucrados en este caso debieron expatriarse. Era una advertencia bastante clara de que la tolerancia del gobierno mexicano tenía sus límites. Este episodio dio lugar a nuevas negociaciones con la comandancia guerrillera, luego de lo cual quedó restablecida la relación política entre ambas partes.[59]

José López Portillo y José Antonio Zorrilla Pérez. 1982

El periodo de Nazar Haro concluyó debido a sus vínculos con el crimen organizado. La Oficina Federal de Investigación (FBI por sus siglas en inglés) investigaba a una banda mexicana que traficaba autos de lujo robados a su territorio. El jefe de la banda era

[58] Entrevista al comandante Pablo Monsanto, marzo de 2014.

[59] "Movimiento Revolucionario Guatemalteco en México", Exp. 009-011-018, 22 de octubre de 1985.

Nazar Haro y estaba integrada por varios comandantes de la Dirección. La historia fue publicada en la prensa, lo que lo obligó a renunciar el 13 de enero de 1982. Ante el escándalo producido, López Portillo decidió nombrar a un personaje aparentemente fuera del círculo de la DFS, José Antonio Zorrilla Pérez. No era así, Zorrilla Pérez había sido secretario particular de Fernando Gutiérrez Barrios.[60]

Durante su primer año al frente de la DFS los métodos no variaron respecto a su antecesor. Vigiló permanentemente los vínculos de los guatemaltecos con la izquierda mexicana. Ejemplo de ello es el informe redactado el 9 de febrero de 1982 sobre la solidaridad del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) con la lucha guatemalteca y continuó recolectando información en el exterior.[61]

Lo más relevante en este primer año fue la detención, el 1 de julio de 1982, de Mario Roberto Morales, un profesor universitario que se encontraba en México articulando apoyos para otra emergente organización revolucionaria, Ixim, Nuestro Movimiento.[62] Tres días después fue deportado a Costa Rica.[63] Igualmente la DFS comenzó a reportar el arribo masivo de refugiados que ese mismo año cruzaron la frontera escapando de las campañas de tierra arrasada emprendidas por el ejército guatemalteco.[64]

Miguel de la Madrid Hurtado y José Antonio Zorrilla Pérez. 1982-1985

Al asumir la presidencia, Miguel de la Madrid Hurtado decidió darle continuidad en el cargo a Zorrilla Pérez, quien gozó de los beneficios del acuerdo. Debía mantener vigiladas las actividades de los revolucionarios guatemaltecos para asegurar que no se relacionaran con los movimientos armados mexicanos. La importancia que el territorio mexicano significó para salvar la vida de miles de refugiados en la frontera sur –y también para la propia sobrevivencia de las organizaciones guerrilleras– así como la aspiración de los beneficios que podría traerles un eventual reconocimiento como "fuerza beligerante" por parte del gobierno mexicano, hicieron que ninguna de ellas se mostrara propensa a traspasar los límites del acuerdo.

[60] Sergio Aguayo, *op. cit.,* pp. 236-237.

[61] "Partido Revolucionario de los Trabajadores", Exp. 009-037-017, 9 de febrero de 1982. "Comisión de Derechos Humanos de Guatemala", Exp. 085-001-001, 19 de octubre de 1982.

[62] "Del Departamento C-047 a José Antonio Zorrilla Pérez", Exp. 085-001-001, 1 de junio de 1982.

[63] "A José Antonio Zorrilla Pérez", Exp. 085-001-001, 4 de Junio de 1982.

[64] "Información internacional relacionada con México", Exp. 085-001-001, 6 de noviembre de 1982.

Resultado de dicha vigilancia fue que en agosto de 1984 la DFS redactara el "Libro gris" sobre las estructuras logísticas y de tráfico de armas que la Organización del Pueblo en Armas (ORPA) mantenía en el país.[65] Un año después presentó el "Libro negro" sobre las actividades de las FAR, EGP, ORPA y PGT en México, poniendo especial énfasis en sus actividades en Chiapas, sus relaciones con la diócesis de San Cristóbal y con las estructuras de lo que posteriormente se conoció como Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).[66] Y el 17 de octubre de 1985 fue detenido, procedente de Nicaragua, el militante de la ORPA, Carlos Antonio Tarano Girón, lo que condujo a que la Dirección cateara varias casas y detuviera a parte de la estructura de propaganda de esta organización.[67]

Al igual que Nazar Haro, Zorrilla Pérez salió de los aparatos de inteligencia mexicanos por su relación con el crimen organizado. En 1985 fue vinculado con el asesinato del periodista Manuel Buendía y con el tráfico de drogas, por lo que huyó y fue detenido en 1989. Ante los escándalos, De la Madrid, cuyo lema de campaña había sido la lucha contra la corrupción, decidió el 29 de noviembre de 1985 desaparecer la DFS.

Epílogo

Las instituciones al desaparecer no dejan huecos, sino huellas que pueden seguir o no aquellas que las sustituyen. Eso mismo pasó con la DFS y su legado. Al ser disuelta, las tareas de inteligencia fueron asumidas por la Dirección de Investigación y Seguridad Nacional (DISN), que tuvo una vida de cuatro años –de 1985 a 1989, cuando fue disuelta para formar el Centro de Investigación y Seguridad Nacional (Cisen)–, y tuvo un único director, Pedro Vásquez Colmenares. La nueva corporación retomó los archivos de la DFS, sus tareas y también algunos de sus métodos.[68]

Ejemplo de ello es uno de los pocos documentos de la DISN que fueron entregados por mandato de Vicente Fox a la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (Femospp), en el que es posible identificar que dentro de su estructura estaba el Departamento de Asuntos Relacionados con Extranjeros.[69] Evidentemente, el gobierno mexicano no renunció a vigilar las actividades de los revolucionarios gua-

[65] "Libro gris", Exp. 085-011-018, agosto de 1984.

[66] "Libro negro", Exp. 009-011-017, 1985.

[67] "Organización del Pueblo en Armas (ORPA) de Guatemala en México", Exp. 009-011-018, 21 de octubre de 1985.

[68] En realidad, no sustituyó únicamente a la DFS, sino también a la DGIPyS.

[69] "Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) de Guatemala", Exp. 009-011-018, 12 de diciembre de 1985.

temaltecos, sin embargo, habrá que esperar a que se desclasifiquen los documentos que prueban ese seguimiento y las formas en que se realizó hasta diciembre de 1996, cuando se firmaron los acuerdos de paz en aquel país, para lograr hacer esa otra historia.

Es importante mencionar que parte de la historia de la DFS y los revolucionarios guatemaltecos, la que va de 1968 a 1982, coincide con la guerra sucia nacional. Los resultados de nuestra investigación muestran que los métodos usados en el combate a los guatemaltecos fueron semejantes a los utilizados contra los guerrilleros y opositores mexicanos, lo que nos permite inferir que en esos años la DFS desplego "otra guerra sucia"; una contra los revolucionarios chapines. Además, existen datos de que ese tratamiento se extendió a militantes nicaragüenses, salvadoreños y sudamericanos, por lo que estamos ante una veta importante de la historia reciente mexicana. Una que complementa y aporta complejidad a la visión, ciertamente real, de México como un país hospitalario para los exilios de izquierda latinoamericanos.

Repositorios

Archivo General de la Nación (AGN).

Documentos

Fernández Izaguirre, Antonio, *Julio del Valle*, "Guatemala bajo el signo de la guerra", mimeografiado, inédito, archivo personal.

"Possible identification of members of the rebel armed forces who participated in the assassination of ambassador John Gordon Mein". Disponible en: <http://www.foia.cia.gov/sites/default/files/document_conversions/89801/DOC_0000653017.pdf> [consultado el 1 de agosto de 2015].

Hemerografía

Excélsior, México, 1976.

Entrevistas

Entrevista al comandante Pablo Monsanto, México, marzo de 2014.

Entrevista al comandante César Montes, Ciudad de Guatemala, junio de 2015.
Entrevista de Mario Vázquez Olivera a Sandino Asturias Valenzuela. Ciudad de Guatemala, febrero de 2014.

Bibliografía

Aguayo, Sergio, *La Charola. Una historia de los servicios de inteligencia en México*, México, Grijalbo, 2001.

Campos Hernández, Fabián, "¿Potencia media o subimperialismo? La política exterior mexicana hacia Centroamérica durante el sexenio de José López Portillo, 1976-1982", tesis de licenciatura, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

_____, "La diplomacia sandinista y el triunfo de la Revolución Popular en Nicaragua", tesis de maestría, México, Posgrado en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.

Domínguez Guadarrama, Ricardo, "Cuba; Revolución, diplomacia (y guerrilla) en América Latina y el Caribe", en Rodolfo Gamiño Muñoz, Yllich Escamilla Santiago, Rigoberto Reyes Sánchez y Fabián Campos Hernández (coords.), *La Liga Comunista 23 de Septiembre: cuatro décadas a debate. Historia, memoria, testimonio y literatura*, México, Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos-Universidad Nacional Autónoma de México / Universidad Autónoma de Tlaxcala / Facultad de Ciencias para el Desarrollo Humano, 2104.

Figueroa Ibarra, Carlos, *Paz Tejada: militar y revolucionario*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2004.

Rodríguez Suárez, Armando, *Guatemala 1966: trotskismo y revolución (teoría y práctica del aventurerismo político),* México, Ediciones Punto y Aparte, 1984.

Vázquez Olivera, Gabriela (ed.), *Rosa María, una mujer en la guerrilla. Relatos de la insurgencia guatemalteca en los años sesenta*, México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe-Universidad Nacional Autónoma de México / Juan Pablos Editor, 2015.

La región de fronteras, de zona de conflicto, selvas y alzamientos a retaguardia estratégica de la URNG: entre la defensa territorial y el apoyo a la guerrilla

Mario Eduardo Valdez Gordillo[1]

Referirnos en este breve ensayo a esta temática implica un esfuerzo de síntesis que corre el riesgo de omitir algunos hechos acontecidos durante el llamado segundo ciclo revolucionario en Guatemala, el cual puede ser ubicado entre 1969 y 1997.[2] Sin embargo, considero necesario contribuir a este proyecto colectivo, ante todo porque ayuda a la labor de sistematizar diversos acontecimientos que se encuentran dispersos o bien narrados de manera aislada en algunas publicaciones sobre la guerra revolucionaria en Guatemala, particularmente sobre el desarrollo de la guerra en las selvas de las regiones de frontera.[3]

En este sentido, cabe señalar que nos referiremos de manera particular a tres de las principales organizaciones político-militares que conformaron la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), que son quienes mantuvieron trabajo organizativo

[1] Doctor en Ciencias Sociales y Humanísticas por la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Profesor-investigador del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la UNICACH.

[2] Pueden existir otras consideraciones respecto a esta periodización, sin embargo, considero que las organizaciones que conformaron la URNG, sus núcleos o matrices originales, se desprenden de la que denomino como la I Etapa Fundante (1962-1968) en la cual se originó la fundación de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR históricas) hasta el rompimiento con el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT-Partido Comunista).

[3] El presente texto está basado en una versión revisada y ampliada de mi libro, *Territorio y geopolítica: insurgencia y desmovilización en el Petén. 1960-2000*, México, 2014, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica)-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

en las regiones de frontera convirtiéndolas en la retaguardia de la insurgencia, se trata a saber, de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) y la Organización del Pueblo en Armas (ORPA). Sin embargo, debemos hacer algunas referencias al partido de los comunistas, dado que esta organización contaba, como parte de su experiencia de trabajo clandestino, con el conocimiento de determinados lugares de penetración a las regiones de frontera, particularmente la zona de la llamada Costa Cuca (costa sur guatemalteca) que entronca con la región del Soconusco, lo que sirvió para que aquellos militantes comunistas disidentes que luego se incorporaron a las tres organizaciones ya referidas llevaran consigo este conocimiento.

El Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT),[4] una de cuyas fracciones se plegaría a la URNG de manera tardía, reconocería en voz de uno de sus últimos dirigentes que "la falta de experiencia y conocimiento en temas militares, jamás permitió desarrollar la noción de crear zonas de retaguardia estratégica para los momentos de persecución y reflujo (como no fuera el autoencierro o el autodestierro)".[5]

Los inicios

Los primeros intentos de penetración por parte de elementos armados guatemaltecos desde territorio mexicano durante la década de los sesenta ocurrieron con un contingente guerrillero conocido como la Guerrilla de Huehuetenango, el 19 de marzo de 1962, integrado por

> 10 personas, esencialmente por militares exiliados en México, que tenían como cabecilla al teniente José Guillermo Lavagnino Higueros, [éste] [...] ya había intentado sublevar a

[4] Es pertinente aclarar que el PGT durante algunas fases anteriores al inicio del segundo ciclo revolucionario (1969) y hasta algunos años posteriores en que sufrió una segunda e irreversible escisión (1984) había contado con la colaboración logística del Partido Comunista Mexicano (PCM). El apoyo consistía en "casas y refugios", falsificación de "documentos e identidades" y hasta ayuda médica. El caso de Iduvina Hernández, militante guatemalteca, "miembro del último Comité Central de la Juventud Patriótica del Trabajo (1981)" –Juventud Comunista–, quien fuera "una de las más destacadas dirigentes universitarias durante las jornadas sindicales y estudiantiles que paralizaron su país en 1978, al igual que para muchos miles de opositores, perseguidos y activistas que la antecedieron desde el golpe de Estado de Castillo Armas en 1954, 'México fue la oportunidad de salvar la vida'". Enrique Condés Lara, *Represión y rebelión en México. (1959-1985)*, México, 2009, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla / Miguel Ángel Porrúa, p. 264.

[5] Mario Alfonso Bravo, "El segundo ciclo revolucionario y popular: una perspectiva desde el PGT. El segundo ciclo revolucionario y popular, 1972-1983, y el rol de las y los comunistas guatemaltecos en el periodo 1970-1997", en Álvarez Aragón, Virgilio, *et al.* (eds.), *Guatemala: Historia reciente (1954-1996). La dimensión revolucionaria*, t. II, 2013, Guatemala, Flacso, p. 225.

la base de Cobán en junio de 1961. Entre los civiles, sobresalían el hermano de Yon Sosa, César Augusto Sosa y Humberto Pineda Longo, cuadro importante del PGT.[6]

La incursión armada tendría como finalidad presionar de manera militar al régimen del general Miguel Ydígoras Fuentes, quien se encontraba acosado por las acciones emprendidas en un movimiento pre-insurreccional conocido como las Jornadas de marzo y abril, de 1962. Debido a diversos errores cometidos en su desplazamiento por el departamento de Huehuetenango, esta acción fracasó.

No habría ningún intento más por realizar acciones de carácter militar desde regiones fronterizas hasta el año de 1970 cuando el comandante Yon Sosa fundador del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR13):

> acompañado de Sical y de Enrique Cahueque Juárez,[7] empezó una marcha de reconocimiento hacia la frontera mexicana aledaña a Comitán. Su intención era entrar en contacto directo con César Montes y Ricardo Ramírez,[8] y explorar las posibilidades de un trabajo conjunto en la zona, tal y como venían discutiéndolo por cartas a raíz de su ruptura con las FAR. Sin embargo, fueron capturados por el ejército mexicano el 16 de mayo de 1970 a orillas del río Lacantún, para seguidamente ser asesinados.[9]

La captura y asesinato por tropas del ejército mexicano en tierras chiapanecas a orillas del Lacantún, en mayo de 1970, del comandante Marco Antonio Yon Sosa, Socorro Sical y Enrique Cahueque Juárez, del MR13, constituyeron el antecedente más cercano a la reorganización e implantación de la Nueva Organización Revolucionaria de Combate (NORC), que posteriormente se transformaría en el EGP, en el noroccidente de Guatemala.

Cabe, sin embargo, referirse a las investigaciones que previamente iba desarrollando el Estado mexicano por medio de las informaciones que recibía de algunas de sus

[6] *Prensa Libre*, Guatemala, 29 de marzo de 1962. Citado por Arturo Taracena "El primer ciclo de la insurgencia revolucionaria en Guatemala (1954-1972)", en Álvarez Aragón, Virgilio, *op. cit.,* p. 54

[7] Ambos combatientes indígenas provenían del Frente Guerrillero Edgar Ibarra (FGEI) de las primeras FAR en la década de los sesenta y eran originarios de la región de Rabinal, en el norteño departamento de Alta Verapaz. "Socorro Sical" (Fidel Raxcacoj) era un dirigente de la etnia achí.

[8] Exdirigentes de las FAR quienes encabezarían desde Cuba y México la vertiente reorganizativa externa, conformada como la NORC, impulsando los preparativos logísticos hasta la conversión de la NORC en el EGP.

[9] *Prensa Libre*, Guatemala, 20 de mayo de 1970 y *Oposición*, 5, México, 1 de junio de 1970. Citado por Arturo Taracena, *op. cit.*, p. 97. Los partes de la Secretaría de la Defensa Nacional niegan la versión de su fusilamiento y aseguran que la patrulla del ejército mexicano que los rastreaba en la región Boca Lacantún, Chiapas, fue atacada por los revolucionarios, por lo que los militares repelieron el ataque.

instituciones de gobierno, tales como la Comisión Internacional de Límites y Aguas entre México y Guatemala, que tenía presencia por medio de varias de las estaciones hidrométricas y estaciones de aforo en la cuenca del río Usumacinta, localizadas en Zaragoza, el Tigre, Lacandón e Ixcán.[10] En este sentido, de acuerdo a informaciones provenientes del general de división, Luis R. Casillas, comandante de la 31ª Zona Militar, con asiento en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, se recibió información anticipada de parte del general Marcelino García Barragán, Secretario de la Defensa Nacional, sobre la presencia de "un campo de guatemaltecos en la montaña en territorio mexicano", razón por la cual "hace dos meses [...] salí personalmente a recorrer la selva de Siltepec para investigar [...] durante quince días 'peinamos' la zona y no encontramos el menor indicio de la presencia de extraños". En igual sentido, "aviones militares sobrevolaron toda la región con el mismo resultado".[11]

La insurgencia territorializada

Es conveniente señalar que la reimplantación de la guerrilla en regiones de frontera en el llamado segundo ciclo revolucionario guatemalteco (1969-1997) se da como consecuencia de la fractura del movimiento revolucionario en el país durante la década de los años sesenta y las formas particulares que en consecuencia adoptó, lo que ocasionó la reestructuración de las antiguas organizaciones político-militares y el surgimiento de nuevas expresiones.

Podríamos sostener que después de la experiencia fallida de la "Guerrilla de Huehuetenango", el 19 de marzo de 1962, en su incursión desde territorio mexicano hasta el asesinato por tropas del ejército mexicano del comandante Marco Antonio Yon Sosa y dos de sus principales lugartenientes el 16 de mayo de 1970, precisamente en la región de frontera del río Lacantún en territorio chiapaneco, no se había considerado seriamente por ninguna organización, el establecimiento de bases fronterizas colindantes con México. Este país se había convertido en una especie de "bisagra" en el que los intereses geopolíticos de las principales potencias trataban de incidir y en consecuencia, se había constituido en una especie de "corredor operativo" para todas las organizaciones del movimiento revolucionario guatemalteco así como lo sería también para los procesos insurgentes en Centroamérica.

[10] *El Gráfico*, Guatemala, 11 de agosto de 1970. Archivo Histórico "Genaro Estrada" de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

[11] *Excelsior*, 21 de mayo de 1970. Archivo Histórico "Genaro Estrada" de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

Las vertientes insurgentes territorializadas

Conviene reconocer el hecho de que la división del movimiento al final de la etapa fundante (o primer ciclo revolucionario) en 1968, maduró las condiciones para que posteriormente surgieran inicialmente tres vertientes: una corriente que se quedó en el país, la "vertiente reorganizativa interna", la cual se asumió como la continuación de las FAR, asentándose fundamentalmente en el norteño departamento de El Petén; la "vertiente reorganizativa externa", que terminó reagrupándose en territorio cubano y mexicano, que originalmente adoptó el nombre de Nueva Organización Revolucionaria de Combate (NORC) y que posteriormente se transformaría en el EGP insertándose en el noroccidente de Guatemala. Una tercera vertiente surgió un poco más tarde dentro del país, aunque su dirigente máximo, Rodrigo Asturias (Gaspar Ilom), permaneció durante algún tiempo en México, lo que le permitió establecer relaciones políticas con funcionarios cubanos de diverso rango. Esta vertiente reorganizativa externa estuvo representada por el Regional de Occidente, que se separó de las FAR en julio de 1972 transformándose en ORPA en 1979, estableciéndose en la región boscosa de la Sierra Madre.

La presencia de estas tres vertientes en el territorio nacional expresadas en diferentes organizaciones político-militares, significó también la dislocación geográfica de sus fuerzas a partir de lo que he denominado la insurgencia territorializada. Esto daría lugar también a un fenómeno caracterizado por la presencia de lo que considero las llamadas fuerzas centrífugas y las fuerzas centrípetas.

Lo que caracterizó la estrategia político-militar de la etapa fundante del movimiento revolucionario guatemalteco conocida como regionalización es un fenómeno que cobró vigencia al plantearse la reestructuración de las organizaciones político-militares en la segunda etapa, cuyas tres fases abarcan un periodo de veintiún años (1969-1990). Otro elemento que determinó esta reorganización fue la influencia política de las que denomino "fuerzas centrífugas", caracterizadas porque los proyectos insurgentes de la etapa fundante fueron impulsados desde la ciudad hacia el campo. Estos proyectos guerrilleros se desarrollaron en la región nororiental de Guatemala, fronteriza con Honduras, y dieron lugar a la insurgencia territorializada.

Las tres vertientes anteriores fueron desde su origen expresión de las fuerzas centrífugas durante la etapa fundante, pero se vieron posteriormente sometidas a profundos cambios. Marcados por la derrota de la década de 1960, algunos de los revolucionarios guatemaltecos que se habían desarrollado bajo la concepción de "fuerzas centrífugas" optaron por convertirse en "fuerzas centrípetas", es decir, se plantearon la reorganización de sus fuerzas en el extranjero, de manera particular en Cuba y México. En otras palabras, se puede afirmar que "las organizaciones revolucionarias del segundo ciclo [si bien es cierto] que se implantaron en geografías diversas y con planteamientos

disconexos",[12] las tres organizaciones objeto de nuestro estudio coincidieron en establecerse en las regiones de frontera con México constituyéndose ésta en una especie de "santuario" del movimiento insurgente de Guatemala.

La región de fronteras: retaguardia estratégica de la URNG. Una visión desde el enfoque de la geopolítica crítica

El aspecto geográfico constituye uno de los elementos que comprende la estrategia militar, y si a ello agregamos lo que el estratega militar Clausewitz señala como la "concentración de fuerzas en el espacio",[13] la estrategia guerrillera durante el llamado segundo ciclo de la insurgencia revolucionaria y popular se caracterizó por la insurgencia territorializada, lo cual implicó, no una estrategia político-militar tendiente a obligar al enemigo a dispersarse y no concentrar sus fuerzas para golpear en un solo frente, sino el surgimiento de rivalidades regionalistas que obligaron a una dispersión de esfuerzos que a la larga provocaron el debilitamiento de la dirección nacional de la URNG al incentivarse sentimientos localistas.

Para comprender lo anterior, he orientado mi análisis desde el punto de vista geopolítico con el fin de establecer qué significó la ocupación territorial en las regiones de frontera y comprender cómo los procesos contestatarios (la insurgencia) se fueron articulando sobre las bases socioespaciales de influencia o de interpenetración en las regiones de implantación guerrillera. Por otra parte, el empleo de las escalas espaciales me permitió apoyar el análisis en el poder y el papel del Estado, de manera particular en las regiones de frontera en situaciones de conflicto, y en las prácticas y procesos sociales contestatarios desde el enfoque de la geopolítica crítica.

El movimiento revolucionario guatemalteco desarrolló una estrategia militar basada en una estructura de carácter regionalista, lo cual imposibilitó el establecimiento de una línea táctico-estratégica que permitiera una dirección y un mando político-militares únicos. La experiencia demuestra que la dispersión de las fuerzas fue un factor que contribuyó fuertemente al debilitamiento de las FAR, apoyado en "oponer concepciones militares y políticas" a través de la regionalización. Esto hizo posible que las "rivalidades y la oposición entre un frente y otro [...] crearan condiciones para que en el futuro se desarrollara la lucha interna desde posiciones de fuerza".[14] Es decir, lo aconte-

[12] Megan Thomas, "La gran confrontación: el segundo ciclo revolucionario 1972-1983", en Álvarez Aragón, Virgilio, *op. cit.,* p. 138.

[13] Carl Von Clausewitz, *El arte de la resistencia*, Madrid, 2011, La esfera de los libros, p. 91.

[14] Julio Del Valle, "Guatemala bajo el signo de la guerra", en *Pensamiento crítico*, núm. 15, 1968, La Habana, p. 69.

cido contribuyó a acelerar la derrota política y militar del movimiento revolucionario, como consecuencia de lo que Gramsci denomina "relaciones de fuerza".

Por ello, es necesario analizar de manera separada la forma cómo cada una de las tres organizaciones se fue implantando en sus respectivas áreas de influencia o de interpenetración política y organizativa.

Cabe señalar que la primera organización que se plantea el reagrupamiento y la reimplantación en el territorio de Petén entre 1969 y 1972 fueron las FAR, luego de la derrota del movimiento revolucionario guatemalteco en la Primera Etapa Fundante de esta organización (1962-1968). A diferencia de las otras dos organizaciones (EGP y ORPA) que tuvieron procesos reorganizativos distintos como veremos más adelante, podemos afirmar que la llegada de los primeros contingentes armados a Petén fue pensando en el "establecimiento de una retaguardia estratégica y un corredor de armas", aprovechando las condiciones geográficas y de seguridad que reunía este territorio. "A partir de 1970, las unidades armadas se trasladaron al Petén para crear ahí una retaguardia estratégica y un corredor de armas que les permitiera operar con mayor seguridad por las condiciones geográficas del lugar".[15]

Lo anterior es corroborado por el propio comandante en jefe de las FAR, "Pablo Monsanto", quien afirma:

> Tuvimos que retirarnos para el norte, estuvimos un tiempo en Baja y Alta Verapaz y, finalmente, en Petén, para construir inicialmente lo que se pensaba sería un corredor logístico, con la idea de abastecer a través de ese corredor a la columna guerrillera que se iba a formar en las montañas de Alta Verapaz[16]

para lo cual debía trasladarse a la capital y de allí dirigirse a Sayaxché con el fin de abastecer hasta la Franja Transversal del Norte, no solo con víveres y avituallamiento, "sino con armas y equipo desde México".[17]

Para realizar esta misión, Monsanto se hizo acompañar de su hermano "Rigo",[18] con quien viajó de manera legal por vía aérea con la compañía nacional Aviateca hacia Sayaxché, Petén. Tras sortear una persecución del ejército, que los esperaba en la pista de aviación, recibieron el apoyo de sus principales contactos en las bases de campesinos cooperativistas. Posteriormente comenzaron a abrir una brecha para conectar Sayaxché

[15] <https://web.archive.org/web/20130506054152/http://shr.aaas.org/guatemala/ceh/mds/spanish/ca p1/cap1.html> [consultado 2 de junio de 2016].

[16] Pablo Monsanto, *Somos los jóvenes rebeldes*, Guatemala, 2013, F&G Editores, p. 22.

[17] Pablo Monsanto, *op. cit.,* p. 426.

[18] Marco Tulio Soto.

con la Sierra de Chinajá en Alta Verapáz, la cual tendrían que abandonar poco tiempo después por varios motivos, entre ellos porque cayó gravemente enfermo Monsanto, y porque el comandante Yon Sosa –quien era el primer comandante de las FAR– tomó la decisión de desmovilizar la guerrilla que operaba en Rabinal,[19] lo que provocó el agravamiento y la profundización de la "crisis de dirección del movimiento revolucionario".[20]

Además, el reagrupamiento y reimplantación en los ríos La Pasión y Usumacinta en Petén, región selvática fronteriza con Chiapas, entre 1970 y 1972, no estuvo exenta de una crisis generalizada, caracterizada por luchas intestinas entre el último segmento de la resistencia urbana y los efectivos que se encontraban en la montaña. Sumado a ello, estos contingentes armados en Petén tuvieron que enfrentar algunos cercos ofensivos por parte del ejército, lo cual les produjo importantes bajas. En el marco de esta confrontación y como parte del accionar de la guerrilla de Petén, cabe mencionar una operación militar de trascendencia conocida como la emboscada de Yaltutú.[21] De hecho, debe destacarse que prácticamente desde la emboscada de Sunzapote, que ocurre en l966 en la región nororiental del departamento de Zacapa, es hasta 1971 que se vuelve a dar otra emboscada, ahora en territorio del Petén.

El segundo intento, similar en concepción táctica al primero, realizado durante la etapa fundante, se efectuó

> en 1971-72 buscando la apertura de un nuevo frente guerrillero en el Petén, para lo cual se penetró en esa región con efectivos de una columna de las FAR. Las actividades rebeldes tuvieron algún éxito inicial, infringiendo varios reveses a las tropas del gobierno. A la postre, sin embargo, sufrieron varias derrotas acabando por desmovilizarse.[22]

En marzo de 1972 cuando las FAR habían logrado establecer tres columnas en el sur de Petén, sufrieron un cerco operativo del ejército en el que murieron varios jefes guerrilleros, por lo que la presencia de esta organización en aquel departamento se limitó fuertemente. Entre 1975 y 1979, las FAR intentaron reconstruir su frente en Petén y los regionales de occidente, sur y la capital.[23]

[19] Municipio del departamento de Alta Verapaz.

[20] Pablo Monsanto, *op. cit.*, pp. 430-431, 434 y 438.

[21] Este lugar se encuentra ubicado cerca del municipio de Santa Ana, Petén.

[22] Gabriel Aguilera Peralta *et al*., *Dialéctica del terror en Guatemala*, San José, 1981, Editorial Universitaria Centroamericana, pp. 116-117.

[23] <https://web.archive.org/web/20130506054152/http://shr.aaas.org/guatemala/ceh/mds/spanish/ cap1/cap1.html> [consultado 2 de junio de 2016].

Éste fue un momento especialmente difícil para las FAR desde el punto de vista militar dado que la concentración de 1968 y las operaciones militares iniciadas entre 1969 y 1972 no pudieron concretarse al fracasar en la intención de "formar una columna madre en la región de las Verapaces", por lo que la construcción de la retaguardia estratégica en el Petén tendría que esperar algunos años más. Por ello, el corredor logístico de las FAR terminó estableciéndose en lo que en la década de los años ochenta fue la zona base de retaguardia en Chiapas y Tabasco, desde donde se realizó la logística, el trasiego y el avituallamiento, y donde se concentró la red de correos de la selva.

Reimplantación de la guerrilla y las bases sociales en las regiones de frontera con México. La vertiente reorganizativa interna: el caso de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR)[24]

Un aspecto que me parece nodal es que el trabajo que desarrollaron las FAR para tejer sus redes de apoyo en el Petén fue a partir de campesinos que habían estado vinculados al proceso de reforma agraria en Guatemala (1952) y que mayoritariamente fueron beneficiarios de la misma. Habiendo sido despojados de sus tierras como producto de la contrarrevolución de 1954, decidieron probar suerte al trasladarse por distintos medios y bajo circunstancias adversas al departamento del Petén. Para referirnos a los principales actores sociales en Petén es menester hablar de la relación simbiótica establecida entre los misioneros, los catequistas y los cooperativistas, pilares del trabajo organizativo de base llevado a cabo por las FAR en amplias zonas de ese departamento.

Como parte de este proceso se formaron muchas nuevas comunidades de manera espontánea alrededor de los proyectos de colonización organizados por sacerdotes y misioneros. Tanto estas comunidades como las cooperativas, hacia finales de los años setenta, habían conseguido un desarrollo social y económico apreciable, hasta el grado de que las cooperativas de los proyectos colonizadores parecían confirmarse como alternativa real y viable para los campesinos pobres.[25]

Esta colonización masiva irrumpió a partir del establecimiento de las cooperativas agrícolas para poblar las orillas de los ríos Usumacinta y La Pasión. Se produjo de una

[24] Para este apartado, ver Mario E. Valdez Gordillo, *Territorio y geopolítica: insurgencia y desmovilización en el Petén. 1960-2000,* México, 2014, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

[25] Pierre Van der Vaeren, *Perdidos en la Selva. Un estudio del proceso de re-arraigo y de desarrollo local de la Comunidad-Cooperativa Unión Maya Itzá, formada por campesinos guatemaltecos, antiguos refugiados, reasentados en el Departamento de El Petén, Guatemala*, Ámsterdam, 2000, Thela Publisher, p. 87.

forma muy acelerada y sirvió para impedir un proyecto del gobierno mexicano que consistía en construir una presa sobre el río Usumacinta, la cual inundaría una buena parte del territorio nacional.[26]

Es necesario recordar aquí que la primera etapa fundante (1962-1968) concluyó con la derrota política y militar del movimiento revolucionario que obligó a las FAR a abandonar la región del nororiente –su antigua zona de operaciones– y a desplazarse hacia la región central, primero, y posteriormente hacia la región de Las Verapaces, para después reagruparse entre 1970 y 1972 en El Petén.[27]

La vertiente reorganizativa externa: el caso de la Nueva Organización Revolucionaria de Combate (NORC) antecedente del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP)

Habíamos descrito anteriormente la captura y asesinato por tropas del ejército mexicano en tierras chiapanecas, a orillas del río Lacantún en mayo de 1970, del comandante Marco Antonio Yon Sosa y dos de sus principales lugartenientes del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre. Este suceso habría de cerrar un capítulo y abrir otro para el movimiento insurgente en Guatemala.

El agrupamiento que originalmente conformaron las NORC, terminó reagrupándose en territorio cubano y mexicano, en este sentido habría que recordar que la operación de traslado de La Habana a México culminó a finales de 1970. A partir de ese momento se establecieron las condiciones:

> Para entonces, la decisión de Yon Sosa fue la de empezar a explorar la posibilidad de desarrollar una columna guerrillera entre las Verapaces en el norte del departamento de Quiché. De esa forma entró en contacto con la dirigencia de la NORC, que en ese momento estaba concentrándose en la Ciudad de México para dar inicio al proceso de instalación de un contingente guerrillero en el Ixcán.[28]

[26] Convenio Gobiernos Alemania/Guatemala, *Plan de Desarrollo Integral del Petén. Diagnóstico General de Petén*, Vol. I, Santa Elena, Petén, Guatemala, 1992, p. 99.

[27] Pablo Monsanto recuerda que, estando enfermo en la selva de Petén a la edad de veintitrés años, tuvo que asumir el cargo de comandante único de las FAR tras la muerte de Camilo Sánchez y su principal preocupación era "el traslado de los combatientes de la Sierra de las Minas para la selva petenera," principalmente de quienes se encontraban en la capital, con el fin principal de "la reconstrucción del movimiento guerrillero desde Petén", Pablo Monsanto, *op. cit.*, pp. 442-443.

[28] Aporte de Arturo Taracena, vía correo electrónico.

Fue en la búsqueda de ese contacto que Yon Sosa y sus compañeros fueron asesinados por el ejército mexicano. La NORC concentró sus esfuerzos tanto en la Ciudad de México como en la frontera sur, concretando su estrategia de penetración en la región de frontera del Ixcán mexicano, muy próximo del Lacantún. De esta manera, este primer destacamento, que luego se convertiría en el Ejército Guerrillero de los Pobres, refrendó su decisión renovar el accionar revolucionario por medio de la incursión armada "relámpago" que realizó en el Lacantún, en territorio fronterizo de Chiapas con Guatemala y al día siguiente consiguieron avanzar con éxito hasta el río Xacbal, ya en el departamento de El Quiché.

Fue así como en enero de 1972, un grupo de quince combatientes de la antigua guerrilla Edgar Ibarra, que había operado en la Sierra de las Minas y que estaba reorganizándose en el extranjero, estableció algunas redes en la Ciudad de México y se internó en la Selva Lacandona con la intención de penetrar en territorio guatemalteco. Cuando se encontraron en el terreno determinado, decidieron llevar a cabo una acción de propaganda armada[29] que tenía como fin alertar a "nuestros compañeros en la Ciudad de México, la otra parte de la guerrilla que, entre tanto, hacía preparativos para ingresar al país por otras vías".[30]

De acuerdo con lo expresado por el comandante Rolando Morán respecto a la complejidad que revestía el país, tanto a nivel de su geografía como de su estructura económica y social, el EGP consideró la existencia de "tres planos estratégicos" que debían ser considerados para el correcto análisis. Para efectos de nuestro análisis, mencionaremos únicamente el primer plano, el cual correspondía a la montaña, que presentaba características particulares, como la prevalencia en la estructura económica de "relaciones de producción pre-capitalistas, por una intensa densidad demográfica, y por la presencia en ella de los grupos de minoría nacional, que nosotros llamamos minorías étnicas nacionales. Además, una topografía que favorece la lucha guerrillera y una débil presencia del poder central".[31]

Esta caracterización territorial en la que se combinaban factores socio-económicos, políticos, culturales y geográficos estaría representada básicamente en la región noroccidental del país, cubriendo amplias regiones de frontera que cubrían los depar-

[29] En un documento enviado por la Sedena al secretario de Relaciones Exteriores de México, informa de la presencia de alrededor de 20 hombres al parecer guerrilleros guatemaltecos bien armados, quienes se apoderaron de aviones, incendiando avioneta CESSNA 180 matrícula XA-POA, destruyeron las llantas a la avioneta CESSNA 180 matrícula XB-FUC, dejándolas atravesadas a mitad de la pista. "Oficio de la Secretaría de la Defensa Nacional al Lic. Emilio O. Rabasa, Secretario de Relaciones Exteriores", México, 19 de enero de 1972. Doc. 2557. Archivo Histórico "Genaro Estrada" de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

[30] Mario Payeras, *Los días de la selva*, Guatemala, 2006, Editorial Piedra Santa, p. 20.

[31] Martha Harnecker, *Pueblos en armas*, México, 1983, Universidad Autónoma de Guerrero, p. 131.

tamentos de Huehuetenango y El Quiché; este último lugar constituyó en la práctica la puerta de entrada a una amplia región poblada por colonizadores del Ixcán guatemalteco, quienes se habían organizado en torno a un proyecto de colonización "promovido por religiosos de la orden de Maryknoll, y estuvo dirigido a campesinos sin tierra del altiplano indígena, principalmente de Huehuetenango"; en algunas comunidades como San Idelfonso Ixtahuacán,

> es recordada la invitación hecha por el padre (extranjero) Santiago, para unirse al grupo de colonizadores mames, kanjobales y otras más, llegados de distancia procedencia a ocupar tierras de la selva del Ixcán. Varios vecinos de la aldea aceptaron la propuesta y se trasladaron a esta región enclavada entre grandes ríos al norte de Quiché.[32]

De acuerdo a uno de los fundadores del EGP, Mario Payeras:

> las nuevas áreas de implantación representan una síntesis sociogeográfica que ahora les permite a las fuerzas revolucionarias incorporar como base del proyecto al campesinado pobre indígena, aprovechando a la vez, las formidables ventajas militares que ofrecen los sistemas montañosos del occidente y del noroccidente.[33]

Segunda vertiente reorganizativa interna: el caso de la Organización del Pueblo en Armas (ORPA)

Uno de los aciertos en la implementación táctico-estratégica de la ORPA fue que lograron encontrar, en la que consideraron su zona estratégica –la región boscosa de la Sierra Madre–, las mejores condiciones para la reproducción del movimiento guerrillero. Esto ayudó a que aseguraran su sobrevivencia durante los primeros años en la franja cafetalera occidental del país, debido al contacto directo que mantuvieron con la población del Altiplano, lo que les ofreció la posibilidad de influir sobre dos áreas convergentes y sus respectivas poblaciones: la Boca Costa y la Costa.

[32] Nele Deprez de Aguirre, *Miradas hacia el pasado. Procesos, vivencias y percepciones de la guerra en cuatro localidades de Huehuetenango.* Guatemala, 2014, CEDFOG / PNUD / Magna Torres editores, p. 88.

[33] Mario Payeras, *Los fusiles de octubre. Ensayos y artículos militares sobre la revolución guatemalteca 1985-1988*, Guatemala, (2007), Ediciones del Pensativo, p. 20.

El mando de la ORPA había llegado a la conclusión de que dicha zona "era la columna vertebral del país". Sumado a lo anterior, el comandante Gaspar consideró que, además, esta zona "brindaba las condiciones de carácter militar, de refugio y combate".[34]

En este contexto territorial, la concepción táctico-estratégica de ORPA presentaba una dualidad práctica al considerar que las:

> zonas de refugio también eran zonas de trabajo organizativo, no estábamos aislados, hay muchas aldeas en la sierra; nosotros acampábamos a cinco minutos, había veces que acampábamos a dos minutos o en la misma aldea, dependiendo de las condiciones que hubiera. La zona de refugio era también toda una gran zona de trabajo de organización; y lo que son ahora las zonas de combate eran las zonas de las fincas y las zonas de las aldeas del altiplano, que también entonces trabajábamos.[35]

En este sentido, cabe señalar que, en el propio seno de la ORPA, prevalecían dos concepciones estratégicas que a veces se contraponían o se complementaban. Éstas estaban representadas por los comandantes que seguían a Gaspar Ilom en jerarquía. Se trataba de "Isaías" y "Pancho". El primero

> respondía en cierta forma, al concepto tradicional implantado por los cubanos. Se vanagloriaba de tener un campamento base en el volcán Tajumulco, ocupado desde hacía varios meses y con instalaciones que denotaban su intención de hacerlo permanente. Esto permitía que los combatientes interiorizaran el concepto de "territorio liberado".[36]

Por otra parte, "la variante de Pancho tomaba en cuenta su experiencia personal y los intercambios tenidos en el exterior con los cubanos, los nicaragüenses y sobre todo con los vietnamitas". En su opinión, en lo relativo al

> manejo del terreno y la dislocación de la fuerza de acuerdo a la experiencia de los dirigentes vietnamitas, éstos eran del criterio de que [...] dada las características de la guerra en Guatemala, convenía contar con varias retaguardias montañosas para cambiar de forma constante el teatro de operaciones.[37]

[34] Martha Harnecker, *op. cit.*, p. 142.

[35] *Idem*, p. 143.

[36] Santiago Santa Cruz Mendoza, *Insurgentes. Guatemala, la paz arrancada*, México, 2006, Era, p. 169.

[37] *Idem*.

En otras palabras, en las dos concepciones, que expresaban no solo la experiencia sino también el sentir de los frentes Ixmatá y Tambriz, sus comandantes en jefe pretendían que ambos se amalgamaran; el primero, diversificando "su concepto táctico-operativo en la disputa de terreno y la población, mientras que el segundo debería imprimirle contundencia a su constante accionar".[38]

Finalmente, pese a las diferencias anteriores, a lo largo de las fases de implantación y desarrollo de las tres organizaciones político-militares se observa un elemento de estrategia común: a la par que se "multiplicaban los frentes guerrilleros y las zonas de operaciones [...] la idea principal siguió siendo la de prepararse en territorios fronterizos de difícil acceso, poca población y retaguardia segura".[39]

Es decir, aseguraron su establecimiento en regiones de fronteras, de modo que las FAR se reagruparon y reimplantaron en los ríos La Pasión y Usumacinta en el Petén, en la región selvática frontera con Chiapas, entre 1970 y 1972. Por su parte, la vertiente reorganizativa externa, el EGP, se estableció en el Ixcán, Quiché, y en el norte de la sierra de los Cuchumatanes, cubriendo igualmente una amplia región en la frontera con Chiapas, en 1972. Finalmente, la segunda vertiente reorganizativa interna, la ORPA, se fincó en la región boscosa de la Sierra Madre occidental, San Marcos, fronteriza con el Soconusco, en 1972.

En resumen, se puede sostener que las tres organizaciones político-militares integrantes de la URNG, cubrieron la mayor parte de la extensa región de fronteras desde el sur y suroccidente, occidente y noroccidente y el norte que comprende los estados del sureste mexicano de Chiapas y Tabasco.

En cuanto a la estrategia de guerra revolucionaria y popular de las FAR, aunque sus integrantes no plantearon una caracterización del territorio en los términos del EGP, en la línea política sí hicieron una descripción general del país con las siete regiones que lo conforman. Hemos mencionado únicamente las regiones en las que las FAR tuvieron actividad política y militar. Cabe sin embargo señalar que Pablo Monsanto, en su reciente libro escrito en tercera persona, refirió que la estrategia política y militar de las FAR que se impulsó a raíz del proceso de "reconstrucción del movimiento revolucionario en Guatemala" contempló diversas líneas de acción, entre las que destacó la siguiente, relacionada con la regionalización: "buscar una región que facilite el desarrollo de la fuerza guerrillera, que se asiente sobre la base de crear y organizar una amplia base social de apoyo al movimiento armado. La región que cumple con esas condiciones se ubica entre los departamentos de Alta Verapaz, Quiché y Huehuetenango".[40]

[38] *Ibid*, pp. 169-170.

[39] *Ibid*, pp. 168-169.

[40] Pablo Monsanto, *op. cit.*, p. 444.

Aquí observamos una coincidencia con la propuesta geoestratégica que formuló el EGP en cuanto a la región occidental y noroccidental como regiones de frontera de implantación guerrillera. La guerrilla del EGP se implantó en el área del primer plano estratégico, las montañas ubicadas en el noroccidente de Guatemala. Era la zona que se encontraba más aislada, con débil presencia del poder central dominante, pero donde se presentaban las mejores condiciones para el desarrollo de la lucha guerrillera. Las formas de organización que estableció la primera columna con la población en los dos primeros años de permanencia en el Ixcán antes de dirigirse a la sierra, le aseguraron la consolidación de una estructura política basada en el respeto a las prácticas comunales, en la que la dirección política se fundía con la población. Esto incidió en un incremento sustancial del número de sus combatientes, así como de simpatizantes y colaboradores.

Papel del gobierno y del ejército mexicano en la fase crítica de la guerra. Ubicación territorial y operativa de la URNG en las regiones de frontera

Para dar respuesta a este enunciado, es necesario recuperar los diferentes niveles en que se produjo la relación de las distintas organizaciones que se implantaron en las regiones de frontera. En ese sentido, es de suma importancia rescatar para la memoria histórica, los diversos aspectos que conforman, a su vez, múltiples historias posibles. Todas las organizaciones bajo circunstancias muy diversas, dedicaron gran parte de sus esfuerzos a la construcción de redes de apoyo militar y político en las regiones de frontera.

Es nuestro interés dar a conocer el comportamiento y las actitudes de las instancias gubernamentales y de las corporaciones policiales y militares mexicanas hacia el conflicto armado guatemalteco, así como durante el alzamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Por ello, es importante mencionar, en primer lugar, que se realizaron encuentros de algunas unidades guerrilleras que operaban en la región de frontera con el ejército mexicano,[41] dado que, en esta fase que llamamos insurgente, la realidad era otra a la que se experimentó tras la muerte del comandante Yon Sosa en los setenta en la frontera con Chiapas. En un encuentro casual que tuvo una unidad guerrillera con uno de los oficiales mexicanos, este último reconoció, en efecto, que la guerrilla estaba "haciendo uso de nuestro territorio", pero les expresó: "traten de dejar verse lo menos posible". Cuando las unidades guerrilleras entablaban combate con el ejército guatemalteco, los integrantes del ejército mexicano "se mantuvieron siempre al margen". Los combatientes guatemaltecos cruzaban la frontera sin armas, salvo cuando se "considerara que había

[41] En el área situada sobre la cooperativa *La Técnica*, que se encuentra ubicada a orillas del río Usumacinta y en dirección a la Selva Lacandona.

presencia del ejército guatemalteco en la frontera. Allí sí cruzábamos armados, porque el ejército guatemalteco sí, algunas veces, sí pasó armado con la intención de capturar a algunos compañeros nuestros en territorio mexicano".[42]

También cabe referirse a la detección por parte de la policía o del ejército de operativos de algunas unidades guerrilleras transportando material bélico por las carreteras o la ubicación de casas de seguridad, y la decisión de las autoridades de retenerlos y luego negociar con la URNG, su deportación a Cuba. De experiencias concretas, en el caso de las FAR, podemos hablar de "comunidades fronterizas que constituían parte de la zona base, zona de retaguardia" (Chiapas y Tabasco). Se sabe, en el caso de las FAR, que la guerrilla no tuvo vínculos con el EZLN de manera oficial. La dirección de las FAR orientaba a los cuadros orgánicos para que no se mezclaran ni intervinieran en el trabajo político de los colaboradores mexicanos,[43] pero se sabe, sin embargo, que varios mexicanos que deseaban incorporarse al EZLN recibieron entrenamiento militar en el Petén, a donde llegaban

> por una campaña, un año, pongámosle, aquí. Luego ellos retornaban para sus aldeas en México. Algunos volvían a regresar con nosotros a Guatemala y otros ya no. Entonces, algunos de ellos supimos que hicieron contacto allá con los zapatistas y se incorporaron con los compañeros zapatistas.[44]

Otro de los aspectos importantes que debemos resaltar es el uso que del espacio aéreo mexicano y guatemalteco realizaron las FAR, durante los finales de la fase Insurgente (1981-1990) y la Etapa Terminal (1991-1997) con el fin de efectuar al menos un par de desembarcos de armas en territorio del Petén empleando para ello aeronaves pequeñas de turbo-hélice, ya que, dadas las condiciones físicas del terreno, éstas eran apropiadas para aterrizar en pistas de tierra pequeñas. Se requería de un piloto aviador diestro y conocedor del terreno. Para ello, la Comandancia de las FAR contó con la invaluable ayuda del sacerdote belga Hugo Gollere, quien fue pionero en el trabajo de apoyo organizativo a los primeros cooperativistas en la década de los años sesenta y setenta del siglo XX. Podemos referirnos al menos a dos desembarcos aéreos de armas realizado en la laguna El Repasto, región de frontera que se encuentra localizada en el paralelo 91°30' cercana al Vértice El Ceibo, Petén, punto fronterizo con el estado de Tabasco.[45] Con estas operaciones aéreas efectuadas desde territorio mexicano, se asegu-

[42] Entrevista al teniente "Lima", Guatemala, 2009.

[43] Entrevista al teniente "Raúl", Guatemala, 2010.

[44] Entrevista con "Celestino", responsable de la logística en la zona de retaguardia, Guatemala, 2015.

[45] *Idem.*

ró el avituallamiento de todos los combatientes (hombres y mujeres) de los diferentes frentes guerrilleros del Petén.

Es necesario referirnos a las llamadas comunidades fronterizas de la zona base, zona de retaguardia, las que mantuvieron una estrecha colaboración con los compañeros responsables de la logística de las FAR y apoyaron al traslado de víveres y pertrechos militares desde las carreteras y caminos en territorio mexicano adentrándose a la selva petenera y conviviendo con los combatientes.[46]

En el caso de las FAR, si tomamos en cuenta que las distancias que debían recorrer desde las zonas de la retaguardia o lugares de refugio hasta los principales frentes de guerra, en el caso del Petén, implicaban un gran desgaste físico y el agotamiento rápido de recursos, porque atravesaban lugares deshabitados sin posibilidad de que las fuerzas militares pudieran abastecerse; fue de crucial importancia contar con el abastecimiento y el avituallamiento que llegaba desde las regiones de frontera entre Chiapas y Tabasco contando con el invaluable apoyo de pobladores mexicanos que colaboraban con la zona base, zona de retaguardia. Se emplearon tres formas de comunicación y de penetración por parte de las FAR desde las regiones de frontera: vía aérea, por medio del uso que del espacio aéreo mexicano y guatemalteco; la vía terrestre tanto en la frontera con Chiapas como en la Tabasco; y la vía acuática, a través del extenso río Usumacinta.

En las regiones donde operaba el EGP, los combatientes recorrían distancias más reducidas y con territorios más poblados. Ésta era una ventaja comparativa que les permitía mayor movilidad en menor tiempo y resolver el abastecimiento con más facilidad, dado que además contaban con amplias redes de apoyo entre la población. Ello no significó que descuidaran sus conexiones con las regiones de frontera. Una de las zonas de trasiego se daba penetrando desde el Ixcán guatemalteco a través de la selva Lacandona por la región de Marqués de Comillas extensa región de frontera colindante con los departamentos de El Quiché y Huehuetenango.

Es necesario destacar que durante la fase insurgente de la segunda etapa de las FAR, en el periodo de 1981 a 1990, la ORPA hacía tres años (1979) que se había dado a conocer públicamente, aunque diez años antes ya se había establecido en su zona estratégica, que reunía ventajas de carácter militar, de refugio y combate. Contaron con el apoyo de campesinos ejidatarios mexicanos en algunos de los municipios de la región de frontera del Soconusco, fronterizo con los departamentos de San Marcos y Retalhuleu.

El trasiego del armamento variaba de acuerdo a la organización, como en el caso de la ORPA que empleó básicamente la red carretera desde los Estados Unidos pasando por México hasta Costa Rica en donde, con el apoyo de voluntarios internacionalistas, camuflaban el armamento en algún tipo de maquinaria y se internaban por carretera de

[46] *Ibid.*

nuevo a Guatemala. Esta organización llegó a almacenar en México cinco grandes depósitos secretos. Ha sido reconocido en voz de quien fuera su máximo jefe, el comandante Gaspar Ilom, que "en el momento de la firma de la paz teníamos una reserva para dos años de guerra, 67 000 toneladas en total. Teníamos de todo: ametralladoras, lanzacohetes, tres millones de cartuchos. Entregamos todo al ejército mexicano, negociamos al nivel del Estado Mayor".[47]

También existieron estructuras de todas las organizaciones revolucionarias guatemaltecas incluyendo al Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) en áreas urbanas en el estado de Chiapas tales como Tapachula, San Cristóbal de Las Casas, Comitán y en ciudades más distantes, como Villahermosa, Mérida, la Ciudad de México, Puebla e incluso la ciudad de Guadalajara. En todos estos lugares se establecían casas de seguridad en donde se ubicaban "hospitales de campaña", lugares para la recuperación de los combatientes, atención política y diverso tipo de actividades, incluyendo el almacenaje de pertrechos bélicos. Además, muchos colaboradores tanto profesionales como trabajadores de organizaciones gremiales y sociales mantuvieron vínculos con las estructuras de todas las organizaciones. Habría que hacer énfasis en que todo el aparato clandestino en el interior de México mantenía vínculos directos e indirectos con sus respectivas organizaciones por medio de redes que estaban conectadas con todo el andamiaje político-organizativo en las regiones de frontera. Aún en la actualidad encontramos personas en el movimiento social que fueron colaboradoras en distintos niveles tanto rurales como urbanos en Chiapas.

Por otra parte, el trabajo de reasentamiento de todas las organizaciones miembros de la URNG en las regiones de frontera con México fue debido a un largo y paciente trabajo, en el cual contaron, indudablemente, las antiguas relaciones políticas en México que se iniciaron con el PGT y el Partido Comunista Mexicano a finales de los años cincuenta del siglo pasado tras la intervención norteamericana de 1954 en Guatemala y el nuevo y creciente trabajo desarrollado a partir de los años de 1970 y 1980 por parte de las distintas organizaciones político-militares que constituyeron la URNG. De esta manera, la región de fronteras pudo convertirse en santuario de la retaguardia estratégica de la insurgencia.

[47] Dirk Kruijt, *Guerrilla: guerra y paz en Centroamérica*, Guatemala, 2009, F&G Editores, p.150.

Hemerografía

El Gráfico, Guatemala, 11 de agosto de 1970. Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

Documentos

"Oficio de la Secretaría de la Defensa Nacional al Lic. Emilio O. Rabasa, Secretario de Relaciones Exteriores, México, 19 de enero de 1972". Doc. 2557. Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

Bibliografía

Aguilera Peralta, Gabriel, *et al.*, *Dialéctica del terror en Guatemala*. Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, 1981.

Bravo, Mario Alfonso, "El segundo ciclo revolucionario y popular: una perspectiva desde el PGT. El segundo ciclo revolucionario y popular 1972-1983 y el rol de las y los comunistas guatemaltecos en el periodo 1970-1997", en Álvarez Aragón, Virgilio *et al.* (eds.), *Guatemala: Historia reciente (1954-1996). La dimensión revolucionaria*, t. II, Guatemala, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 2013.

Clausewitz, Carl Von, *El arte de la resistencia*, España, La esfera de los libros, 2011.

Condés Lara, Enrique, *Represión y rebelión en México. (1959-1985)*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla / Miguel Ángel Porrúa, 2009.

Convenio Gobiernos Alemania-Guatemala, "Plan de Desarrollo Integral del Petén. Diagnóstico General de Petén", Vol. I. Santa Elena, Petén, Guatemala, 1992.

Del Valle, Julio, "Guatemala bajo el signo de la guerra", en *Pensamiento crítico*, núm. 15, La Habana, 1968.

Deprez de Aguirre, Nele, *Miradas hacia el pasado. Procesos, vivencias y percepciones de la guerra en cuatro localidades de Huehuetenango*, Guatemala: CEDFOG / PNUD / Magna Torres editores, 2014.

Harnecker, Martha, *Pueblos en armas*, México, Universidad Autónoma de Guerrero, 1983.

Kruijt, Dirk, *Guerrilla: guerra y paz en Centroamérica*, Guatemala, F&G Editores, 2009.

Monsanto, Pablo, "Semblanza de un revolucionario", Entrevista en Agencia CERIGUA, Guatemala, Colección Documentos Históricos FAR, Comisión Nacional de Propaganda, FAR, núm. 2, diciembre 1989.

_____, *Somos los jóvenes rebeldes*, Guatemala, F&G Editores, 2013.

Payeras, Mario, *Los días de la selva*, Guatemala, Editorial Piedra Santa, 2006.

_____, *Los fusiles de octubre. Ensayos artículos militares sobre la revolución guatemalteca 1985-1988*, Guatemala, Ediciones del Pensativo, 2007.

Santa Cruz Mendoza, Santiago, *Insurgentes. Guatemala, la paz arrancada*, México, Era, 2006.

Thomas, Megan, "La gran confrontación: el segundo ciclo revolucionario 1972-1983" en Álvarez Aragón, Virgilio et al. (eds.), *Guatemala: Historia reciente (1954-1996). La dimensión revolucionaria*, t. II, Guatemala, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 2013.

Taracena, Arturo, "El primer ciclo de la insurgencia revolucionaria en Guatemala (1954-1972) en Álvarez Aragón, Virgilio et al. (eds.), *Guatemala: Historia reciente (1954-1996). La dimensión revolucionaria*, t. II, Guatemala, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 2013.

Valdez Gordillo, Mario Eduardo, *Territorio y geopolítica: insurgencia y desmovilización en el Petén. 1960-2000*, México, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2014.

Van der Vaeren, Pierre, *Perdidos en la Selva. Un estudio del proceso de re-arraigo y de desarrollo local de la Comunidad-Cooperativa Unión Maya Itzá, formada por campesinos guatemaltecos, antiguos refugiados, reasentados en el Departamento de El Petén, Guatemala*, Ámsterdam, Thela Publisher, 2000.

Documentos electrónicos

Reporte producido por la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH). AAAS Ciencia y Derechos Humanos Centro de Datos, disponible en <https://web.archive.org/web/20130506054152/http://shr.aaas.org/guatemala/ceh/mds/spanish/cap1/cap1.html> [consultado 2 de junio de 2016].

México ¿un país de refugio? El caso de los refugiados guatemaltecos en Chiapas, 1981-1999

Joel Pérez Mendoza[1]

A principios de 1981 la violencia que se vivía en Guatemala, a causa de los enfrentamientos entre el ejército y los grupos guerrilleros que habían surgido en ese país, obligó a miles de campesinos,[2] en su mayoría indígenas, a abandonar sus pueblos y buscar refugio al otro lado de la frontera. El gobierno militar del general Fernando Romeo Lucas García, en un intento por acabar con los movimientos armados contrarios a su régimen,

[1] Licenciado en Historia por la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Maestro en Historia por El Colegio de México

[2] Si bien es cierto que ya desde finales de la década de setenta comenzaron a llegar guatemaltecos a los municipios fronterizos del estado de Chiapas buscando ayuda, eran más bien casos aislados de maestros y líderes campesinos. Fue a partir de 1981 que se dio un flujo masivo de guatemaltecos. *Cfr.* Archivo Histórico Diocesano de San Cristóbal de Las Casas-Fondo Refugiados, carpeta 15 expediente 6. (En adelante citado como AHDSC). El gobierno mexicano, en la página de internet de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (Comar), reconoce la llegada de aproximadamente 46 000 refugiados guatemaltecos. Disponible en: <http://www.comar.gob.mx/es/COMAR/El_refugio_guatemalteco> [consultado el 22 de mayo de 2015]. Castillo y Venet señalan que México permitió que se quedaran en su territorio 46 000 de los más de doscientos mil refugiados guatemaltecos que se estimó habían entrado al país entre 1981 y 1982. Manuel Ángel Castillo y Fabienne Venet Rebiffé, "El asilo y los refugiados: una visión histórica y crítica hasta nuestros días", en Francisco Alba, Manuel Ángel Castillo y Gustavo Verduzco (coords.), *Los grandes problemas de México, III. Migraciones internacionales*, México, Colmex, 2010, p. 203. Luis Ortiz Monasterio, coordinador general de la Comar de 1981 a 1983 y de 1989 a 1991, señala que llegaron 80 000 refugiados guatemaltecos. Luis Ortiz Monasterio, "Labor asistencial de emergencia", en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México: Memoria*, México, COMAR/FCE, 2000, p. 49. La diócesis de San Cristóbal de Las Casas, en un informe *ad limina* publicado en 1988, declaró que el flujo estimado de refugiados guatemaltecos al territorio mexicano era de aproximadamente 400 000, AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 15 expediente 6.

implementó la política conocida como tierra arrasada, que tenía como objetivo eliminar a poblaciones enteras que se pensaba brindaban apoyo a la guerrilla.

Durante su travesía hacia México muchos murieron, y los que lograron sobrevivir al viaje llegaron en muy malas condiciones. En su mayoría eran indígenas campesinos y un número reducido de mestizos que se establecieron principalmente en los municipios de Frontera Comalapa, La Trinitaria, Ocosingo y las Margaritas. Algunos se mezclaron con la población chiapaneca, otros construyeron campamentos cerca de los poblados y ejidos y en lugares aislados y de difícil acceso dentro de la selva.

Los primeros en brindar apoyo a los guatemaltecos que cruzaron la frontera fueron los campesinos chiapanecos y la diócesis de San Cristóbal, por medio de las parroquias de los municipios en los que se asentaron los refugiados. No fue sino gracias a la presión de organizaciones sociales y de la prensa nacional e internacional que el gobierno mexicano se vio obligado a recibir a los guatemaltecos y a implementar programas de asistencia y ayuda a los expatriados. En este sentido, el gobierno mexicano dispuso la reubicación de los refugiados hacia los estados de Campeche y Quintana Roo para poder brindarles mejor atención, ya que corrían el riesgo de ser atacados por el ejército guatemalteco al estar muy cerca de la frontera. Sin embargo, una gran mayoría decidió permanecer en Chiapas hasta que la situación en Guatemala mejorara, y así poder regresar a su tierra.

En el presente trabajo me interesa cuestionar la idea de que México fue un país abierto a los exiliados y refugiados, evidenciar que esta imagen es, en parte, un mito. No se trata de negar que México ha brindado apoyo y refugio a personas o grupos que se han visto obligados a abandonar sus países por cuestiones políticas. No obstante, el caso de los refugiados guatemaltecos puede ayudarnos a dilucidar que la imagen de México como país de refugio no siempre coincidió con las prácticas llevadas a cabo por sus funcionarios.

Por otra parte, analizo las relaciones de los refugiados guatemaltecos con los pobladores mexicanos en los campamentos que se establecieron en los municipios fronterizos de Chiapas –en donde se les permitió asentarse–. Centro mi atención en los conflictos que se registraron entre ambos grupos, los cuales nos permiten conocer la compleja situación en la que se vieron envueltos. Es importante abordar estas relaciones ya que siempre se ha resaltado la forma en que los mexicanos se solidarizaron con los refugiados y solo se han hecho alusiones a algunos de estos problemas.

El trabajo lo he dividido en cuatro apartados. En el primero, expongo de forma breve algunos de los momentos en los que México ha recibido a exiliados provenientes de distintas partes del mundo, como preludio al caso de los guatemaltecos, que abordo en el segundo apartado. Éste nos permite contrastar la imagen que el gobierno mexicano ha mostrado al mundo como país de asilo y refugio con la práctica, es decir, con

la forma en que se recibió a quienes llegaron buscando refugio. En el tercero, explico brevemente el proceso de reubicación de los refugiados en los estados de Campeche y Quintana Roo, la resistencia de los guatemaltecos a dicho traslado y los mecanismos coercitivos utilizados por el gobierno mexicano para hacer efectiva la reubicación. Finalmente, en el último apartado, a través de casos concretos, analizo los conflictos entre los refugiados guatemaltecos y los pobladores mexicanos. En este sentido, muestro como, en algunos casos, la solidaridad de los primeros meses se fue transformando hasta desembocar en conflictos por la tierra, el agua y otros recursos. De esta forma, se busca mostrar como las relaciones entre los mexicanos y los recién llegados se volvieron tensas debido a la convivencia cotidiana, ya que se vieron obligados a compartir una misma tierra que en ocasiones resultó insuficiente para ambos grupos. Sin embargo, es necesario señalar que los casos aquí mencionados son solo una parte de la historia que vivieron los guatemaltecos que decidieron refugiarse en Chiapas durante las décadas de los ochenta y noventa.

México ¿país de asilo y refugio?

A lo largo del siglo xx México recibió a un considerable número de personas que se vieron obligadas a buscar asilo fuera de sus países por cuestiones políticas. Uno de ellos fue León Trotsky, quien llegó en 1937, después de haber sido rechazado por otros países como Dinamarca, Suecia y Francia. Pero la primera gran oleada fue la de los exiliados españoles a finales de la década de 1930, quienes abandonaron su país debido a la Guerra Civil española. Estos dos casos "convirtieron a México en ejemplo para los estados en el respeto a los derechos de asilo".[3]

Durante la Segunda Guerra Mundial, nuestro país recibió y dio protección a europeos que huían de la violencia que se vivía en aquel continente. En este sentido, Sergio Aguayo señala que la colonia Santa Rosa, en Guanajuato, se creó con 606 refugiados polacos.[4] A fines de los años cuarenta llegaron exiliados de Estados Unidos, debido al macartismo, y lo mismo hicieron los guatemaltecos que salieron de su país a causa del golpe de Estado contra el régimen de Jacobo Arbenz en 1954. De igual forma se acogió a los cubanos opositores al régimen de Fulgencio Batista y a los dominicanos que escaparon de la intervención estadounidense en su país en 1965, a los perseguidos por

[3] Antonio Mosquera, "Política y estado de derecho en México", en Graciela Freyermuth y Rosalva Aida Hernández (comps.), *Una década de refugio en México. Los refugiados guatemaltecos y los derechos humanos,* México, CIESAS/Academia Mexicana de Derechos Humanos/Instituto Chiapaneco de Cultura, 1992, p. 69.

[4] Sergio Aguayo, *El éxodo centroamericano*. *Consecuencias de un conflicto*, México, Foro2000/SEP, 1985, p. 84.

las dictaduras militares de los países sudamericanos como Chile, Argentina y Brasil, así como a los salvadoreños durante los años setenta y a los guatemaltecos que llegaron una década después.[5]

Es evidente que la política de asilo en México tiene una larga tradición y de ello hacía mención el que fuera secretario de Publicaciones y Servicios Migratorios, de la Secretaría de Gobernación entre 1998 y 1999, Fernando Solís Cámara, cuando decía que los mexicanos estaban orgullosos de su tradición política de refugio, ya que durante todo el periodo en que los refugiados guatemaltecos permanecieron en México "nuestro gobierno mostró a plenitud el rostro humanitario de su política de refugio" constituyendo "un ejemplo de respeto a la dignidad del ser humano, por encima de las convulsiones políticas, y una lección de esperanza que contribuye a resolver la dolorosas situación de los refugiados del mundo". Además, señaló que esto había sido ratificado durante la 49ª sesión del comité ejecutivo del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) realizada en 1998, en la que se dijo que México había sido ejemplo a la comunidad internacional en su trato hacia los refugiados. Finalmente aseguró que:

> México ha mantenido incólume una política de asilo y refugio que ya se ha convertido en tradición, y tanto su territorio como sus sedes diplomáticas han sido puertos de esperanza para las personas que, por sus ideas políticas o por ser simplemente sujetos de la situación de violencia en sus países, han buscado protección entre nosotros.[6]

De igual forma, Pedro Vásquez Colmenares, Coordinador General de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR) de 1997 al 2000, aseguró que los refugiados guatemaltecos fueron bien recibidos al afirmar que "México les abrió las puertas y les tendió los brazos, respondiendo a la tradición que ha brindado siempre a los perseguidos de otras partes del mundo".[7] Además, el oficial de programas del ACNUR en México de 1980 a 1985, Alfredo Witschi Cestari, declaró que gracias a su estancia en México, los refugiados aprendieron nuevas técnicas para el cultivo de la tierra y el conocimiento en reglas internacionales sobre derechos humanos. También afirmó que las mujeres "rompieron con la ignorancia y la marginalidad en la que vivían; un número cada vez

[5] Sergio Aguayo, *El éxodo... op. cit.*, p. 85. Luis Ortiz Monasterio, *op. cit.*, p. 49. Según este mismo autor, los refugiados españoles ascendieron a 76 000, los salvadoreños a 180 000 y los guatemaltecos a 80 000. No da cifras sobre los exiliados estadounidenses ni de los chilenos. Por su parte, Manuel Ángel Castillo señala que fueron alrededor de 20 000 los exiliados españoles que encontraron asilo en México. Manuel Ángel Castillo, *op. cit.*, p. 198.

[6] Fernando Solís Cámara, "Presentación", en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México: Memoria*, México, COMAR/FCE, p. 11.

[7] Pedro Vásquez Colmenares, "Introducción", en *ibid.*, p. 21.

mayor de mujeres tomó las riendas del destino de sus familias y de sus comunidades".[8] Es decir, no solo se pretendió presentar a México como un país abierto al refugio, sino como un lugar en el que los guatemaltecos habían prosperado material, organizativa y culturalmente.

Sin embargo, al analizar detenidamente algunos casos concretos nos percatamos de que el gobierno mexicano no siempre abrió sus puertas a los que solicitaron asilo o refugio; "emerge entonces el México excluyente y represivo".[9] De esta forma, se puede señalar que el recibimiento dado a los exiliados españoles, que permitió que México reafirmara su reputación como una tierra de asilo, se trata de un caso excepcional ya que la respuesta no siempre fue la misma. Un claro ejemplo de esto son los judíos, quienes se encontraron con obstáculos para refugiarse en el país, ya que fueron aceptados en menor número que los exiliados españoles y "obtuvieron menos facilidades para su inserción en la vida económica" debido a que entre 1938 y 1945 el gobierno mexicano "limitó la recepción de extranjeros de todas las nacionalidades".[10]

El éxodo guatemalteco

El caso de los refugiados guatemaltecos nos permite comparar la imagen que México ha querido mostrar, con la práctica, las actitudes, con el trato que las instituciones y organismos gubernamentales dieron a las personas que cruzaron la frontera sur para salvar la vida. La afirmación de Pedro Vázquez Colmenares, mencionada líneas atrás, se derrumba al constatar que los primeros grupos de guatemaltecos que cruzaron la frontera no solo no fueron recibidos con los brazos abiertos por las autoridades mexicanas, sino que fueron detenidos para posteriormente ser deportados. Este fue el caso de las 470 personas que llegaron a mediados de mayo de 1981 al ejido Arroyo Negro en el estado de Campeche.[11]

Esta negativa del gobierno mexicano a recibir a los guatemaltecos como refugiados contrasta con las declaraciones de algunos funcionarios gubernamentales. Solo unas semanas antes de que se conociera de la llegada de los guatemaltecos a Campeche, Diana Torres, directora de Población, de la Secretaría de Gobernación, afirmó que la

[8] Alfredo Witschi, "La presencia de los refugiados", en *ibid.*, p. 56.

[9] Pablo Yankelevich, "Reglas y excepciones: a propósito del asilo y el refugio en México", en Katya Somohano y Pablo Yankelevich (coords.), *El refugio en México. Entre la historia y los desafíos contemporáneos*, México, COMAR/SEGOB, 2011, p. 22.

[10] Manuel Ángel Castillo y Fabienne Venet Rebiffé, *op. cit.*, p. 198.

[11] *Unomásuno,* 24 de mayo de 1981. Solo 470 personas de los 500 que salieron de Guatemala lograron llegar a Campeche después de haber caminado durante semanas cruzando la selva de El Petén.

política mexicana de asilo era "más avanzada que la propuesta por la convención de Ginebra de 1951".[12] Y, una vez que se conoció el caso de los 470 refugiados, la Secretaría de Gobernación expresó que "ningún guatemalteco con problemas en su país será deportado" y que la COMAR se encargaría de analizar el caso.[13] Sin embargo, después de haber realizado los procedimientos correspondientes, dicha comisión declaró que ninguno de los guatemaltecos era objeto de persecución política en su país, razón por la cual fueron deportados.[14] Días después, el periódico *Unomásuno* informó que el régimen de Romeo Lucas García había desaparecido a los 470 campesinos guatemaltecos que el gobierno mexicano había expulsado de su territorio.[15]

Esta determinación se debía en gran medida a que la legislación mexicana solo contemplaba la figura del asilado pero no la del refugiado. Debido a que el asilo se restringe en términos individuales a personas que se ven obligadas a salir de sus países "por sufrir persecución por motivos políticos y que sus respectivos gobiernos califican como delito", muchos de los guatemaltecos no cumplían con estos requisitos y no pudieron ser regularizados ni otorgárseles jurídicamente el estatus de refugiado.[16]

Estas trabas legales siguieron provocando que muchos guatemaltecos tuvieran la misma suerte de los primeros que cruzaron la frontera. Este fue el caso de las casi 800 familias que llegaron el 21 de junio ese mismo año a los poblados de Benemérito, La Fortuna y Frontera Echeverría, en el estado de Chiapas. Las autoridades migratorias concedieron el asilo solo a 46 personas y las demás fueron deportadas.[17] Según datos presentados por la diócesis de San Cristóbal de Las Casas, durante los primeros años fueron repatriados "forzada y masivamente" cerca de once mil guatemaltecos. Muchos de ellos desaparecieron ya que fueron entregados al ejército de ese país.[18]

[12] *Unomásuno,* 15 de mayo de 1981.

[13] *Unomásuno,* 27 de mayo de 1981.

[14] *Unomásuno,* 28 de mayo de 1981.

[15] *Unomásuno,* 12 de junio de 1981.

[16] César Pérez Guzmán, "Propuesta de modificación a la Ley General de Población y su reglamento", en Graciela Freyermuth y Rosalva Aida Hernández, *op. cit.*, pp. 48-52. La figura del refugiado contempla, según la Convención sobre Refugiados de 1951 y el Protocolo de 1967, a las personas que han huido de sus países porque "su vida, seguridad o libertad han sido amenazados por la violencia generalizada, la agresión, ocupación o dominación extranjera: los conflictos internos, la violación masiva de los derechos humanos u otras circunstancias que hayan perturbado gravemente el orden público". Guadalupe Rodríguez de Ita, "Un México protector... de asilados y refugiados durante la 'guerra fría'. Entre la definición y la ambigüedad", *Dimensión antropológica*, vol. 43, México, INAH, 2008, pp. 123-136.

[17] Sergio Aguayo, *El éxodo... op. cit.*, pp. 25-26.; y Antonio Mosquera, *op. cit.*, p. 74.

[18] AHDSC-Fondo Refugiados carpeta 15, expediente 6.

Para 1982 el flujo de guatemaltecos a México se hizo constante y en un número más elevado debido a la guerra en Guatemala y a la política de tierra arrasada implementada por los regímenes militares de Fernando Romeo Lucas García y Efraín Ríos Montt. Las masacres, las violaciones a mujeres, el aniquilamiento de animales y el asesinato de líderes y de personas prominentes de las comunidades se intensificaron.[19]

Los recién llegados se asentaron en algunos municipios fronterizos del estado de Chiapas. La dispersión de los primeros meses se fue acabando con la concentración de los recién llegados en campamentos ubicados principalmente en los municipios de Las Margaritas, Ocosingo, Comalapa y La Trinitaria.[20] Los refugiados se componían en su mayoría de campesinos indígenas provenientes, esencialmente, del Quiché, el Petén y Huehuetenango pero, debido al incremento de la violencia en Guatemala, según Fernando Solís Cámara, llegaron de 20 de los 22 departamentos de la división política de Guatemala.[21] Además, la población de refugiados estaba constituida principalmente por mujeres y niños.

Para hacer frente a este fenómeno, la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados, creada el 22 de julio de 1980, se hizo cargo de la situación de emergencia que prevalecía en Chiapas en coordinación con el ACNUR. Sin embargo, dicha comisión se encontró con trabas legales para su funcionamiento, lo cual provocó que no hubiera consenso al interior del Estado con respecto a la situación de los refugiados.

Toda esta situación tuvo como consecuencia que el gobierno mexicano solo reconociera a 46 000 refugiados que se encontraban asentados en los campamentos de Chiapas, Campeche y Quintan Roo. Esto dejó en estado de indefensión a los que no fueron censados y se integraron en comunidades mexicanas, "dispersos en el anonimato, generando en torno a ellos un clima de violación sistemática a las garantías constitucionales y los derechos humanos por parte de autoridades y de particulares".[22]

Esto muestra que el gobierno mexicano se encontró ante un nuevo fenómeno para el que no estaba preparado, lo que provocó que en su interior existieran distintas posturas con relación a los refugiados, las cuales se fueron modificando con el tiempo. La que predominó durante los primeros meses, y que era defendida por Diana Torres Arciniega –encargada de la Dirección General de Servicios de Migración–, consideraba que la generalidad de los migrantes guatemaltecos llegaba a México por motivos

[19] Manuel Ángel Castillo, "Causas del éxodo: procedencia y características étnicas de la población refugiada", en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México: Memoria*, México, COMAR/FCE, 2000, p. 35.

[20] Felipe Sánchez Martínez, "Cronología y zonas de arribo", en *ibid.*, p. 45.

[21] Fernando Solís Cámara, *op. cit.*, p. 11.

[22] César Pérez Guzmán, *op. cit.*, pp. 49-50.

económicos.[23] En este sentido, algunos agentes de migración declararon a mediados del mes de junio que en Chiapas no había refugiados, solo ilegales.[24]

Fue a mediados de 1982, gracias a la presión de algunos sectores de la sociedad civil nacional e internacional y a la constante llegada de campesinos guatemaltecos a los municipios fronterizos del estado de Chiapas, que la postura del gobierno mexicano comenzó a cambiar. Se empezó a "comprender que se trataba de un fenómeno distinto al de los perseguidos políticos, al de los trabajadores agrícolas temporales y al de otras modalidades migratorias".[25] Ese mismo año se acordó la instalación de una oficina del ACNUR en el país. Además, el 28 de marzo las autoridades mexicanas declararon que "México sería tierra hospitalaria para perseguidos guatemaltecos" y se comprometió a suspender las deportaciones.[26] Aunque no se les reconoció legalmente como refugiados, se les otorgó la documentación que los acreditó como trabajadores agrícolas o visitantes fronterizos para que pudieran permanecer en el país.[27]

A pesar del cambió de actitud de las autoridades mexicanas hacia los refugiados, las agresiones contra estos por parte de los agentes de migración de la zona, de la policía y del ejército mexicano no cesaron. Esto muestra que en muchos casos los diferentes niveles de gobierno o las personas a cargo de ciertas oficinas no actuaban de acuerdo con el discurso oficial. Un claro ejemplo de esto fue la actitud de César Morales, delegado de Asuntos Migratorios en Ciudad Cuauhtémoc, Chiapas, cuyas actitudes fueron denunciadas por la prensa nacional, lo que provocó su reubicación en alguna oficina de la capital del país.[28] Durante buena parte de 1982, Morales se dedicó a hostigar a los refugiados:

> El pasado 21 de octubre se dirigieron al campamento Rancho teja en una *wagoneer* blanca, Cesar Morales y cuatro agentes uniformados de migración. Morales empezó proponiéndoles a los refugiados que se fueran de ahí a trabajar a Veracruz o Tabasco, o con algún finquero que quisiera contratarlos. Pero después les advirtió que les daba cinco días de plazo para que abandonaran el campamento, amenazándolos con el aviso de que "puede venir el ejército". Les aseguró que ya todo estaba "en paz" en Guatemala, que a él le quedaban pocos días en su trabajo y deseaba "dejarles un buen recuerdo", y dejó a dos agentes para que cuiden "de que

[23] Sergio Aguayo, *El éxodo... op. cit.*, p. 90.

[24] *Unomásuno*, 11 de junio de 1891.

[25] Guadalupe Rodríguez de Ita, "Una mirada urgente al sur: los refugiados guatemaltecos en Chiapas", en Diana Guillén (coord.), *Chiapas: rupturas y continuidades de una sociedad fragmentada*, México, Instituto Mora, 2003, p. 229.

[26] Antonio Mosquera, *op. cit.*, p. 78.

[27] Sergio Aguayo, *et al.*, *Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo. Condiciones sociales y culturales,* México, UNRISD/Colmex, 1989, p. 16.

[28] Sergio Aguayo, *El éxodo ... op. cit.,* p. 94.

no entre ninguno de los curiosos periodistas". "Si no se salen de todas maneras después los van a correr", les dijo.[29]

De igual forma se deportó ilegalmente a algunos refugiados, como fue el caso de Leoncio Andrés Miguel y de Francisco Juan Jiménez, representantes del campamento Rancho Teja. Además, durante las visitas a los campamentos de La Sombra y Rancho Teja, en 1982, el personal de migración insultó a los refugiados y los acusó de ser guerrilleros, sumándose así a la versión que el gobierno y ejército guatemaltecos daban de los refugiados.[30] En otra de sus visitas a dichos campamentos, los funcionarios de migración ofrecieron trabajo a los refugiados en las fincas. Esto lo hacían no con el fin de ayudarlos, sino con el propósito de fortalecer la visión de que los guatemaltecos llegaban a México por razones laborales y no por la situación que se vivía en ese país. Por lo tanto, se otorgaba fácilmente el permiso de permanecer en México a los que aceptaban trabajar en las fincas y se les negaba a los que no accedían a ello.[31] Pero estas actitudes no solo se quedaron en amenazas e insultos, ya que, durante los últimos días de octubre de 1982, los agentes de migración dispersaron a cerca de cuatro mil refugiados que se encontraban asentados en los campamentos Rancho Teja, El Recuerdo, Colón y Dolores.[32]

El ejército no se quedó atrás en sus actitudes de hostigamiento y amenaza hacia los refugiados. Uno de estos casos fue el denunciado por el obispo de la diócesis de San Cristóbal de Las Casas, Samuel Ruiz García, el cual afirmó que los militares mexicanos capturaron y asesinaron a tres refugiados y sus cuerpos habían sido abandonados en la pista de aterrizaje del campamento Ixcán. Además, señaló que había militares guatemaltecos mezclados con los mexicanos por lo cual los refugiados solicitaban con urgencia la presencia de representantes del ACNUR para que constataran el "terror que están sembrando los militares mexicanos".[33]

Los miembros del ejército mexicano también acostumbraban ingresar a los campamentos y amenazar no solo a los refugiados sino a los mexicanos que les brindaban ayuda o que les daban trabajo. Instalaban retenes en los caminos por donde transita-

[29] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 289; *Unomásuno,* 25 de octubre de 1982.

[30] Sobre la influencia y participación de la guerrilla guatemalteca en los campamentos de refugiados en Chiapas *cfr.,* Verónica Ruiz Lagier, *Ser mexicano en Chiapas. Identidad y ciudadanización entre los refugiados guatemaltecos en La Trinitaria,* México, INAH, 2013, pp. 96-97.

[31] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 289; *Unomásuno,* 25 de octubre de 1982.

[32] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 355. Informe de Javier Ruiz Velasco, miembro del Comité Cristiano de Solidaridad para Refugiados A. C., 9 de abril de 1983.

[33] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 279; *Unomásuno,* 15 de julio de 1984.

ban los refugiados, en donde los hostigaban y en algunas ocasiones les robaban algunas pertenencias amenazándolos para que no dijeran nada.[34]

Sin embargo, los refugiados no fueron los únicos que se vieron afectados por estas actitudes hostiles. También los miembros del Comité Cristiano de Solidaridad,[35] de la diócesis de San Cristóbal de Las Casas, y de otras organizaciones sociales que brindaban ayuda a los campamentos fueron víctimas de los abusos de las autoridades. Esto fue más evidente durante el proceso de reubicación de los refugiados a los estados de Campeche y Quinta Roo. Para evitar que se denunciaran los mecanismos coercitivos utilizados por el gobierno mexicano para hacer efectivo el traslado, se impidió a los miembros del Comité que desarrollaran su trabajo de asistencia; se detuvo arbitrariamente a algunos de ellos y se prohibió que extranjeros actuaran en la región, como lo denunció el obispo Samuel Ruiz:

> El 28 de junio agentes de Gobernación secuestraron a la doctora Miriam Gaxiola, quien trabajaba para el Comité Cristiano de Solidaridad en el campamento de Puerto Rico, sin que se sepa hasta ahora su paradero. Se da a conocer también [...] que el 29 de junio a la 10:30 horas, dos religiosas de la diócesis que trabajaban en Puerto Rico y otros campamentos contiguos en tareas de salud fueron forzadas por agentes de Gobernación a subir a una avioneta desconocida en la zona, siendo vendadas durante el vuelo y trasladadas a un lugar desconocido donde las sometieron a interrogatorios agobiantes.[36]

Pero estas agresiones no provinieron solamente de los funcionarios de las oficinas de migración y del ejército mexicano. También los pintos, como llamaban los refugiados a los miembros del ejército guatemalteco, agredieron, asesinaron y secuestraron a los refugiados de los campamentos establecidos en Chiapas. Uno de estos hechos se registró el 14 de octubre de 1982 en el campamento El Recuerdo, en el que, aproximadamente a las 6:30 de la mañana, los militares guatemaltecos, transportados previamente en helicóptero, abrieron fuego contra los refugiados, obligándolos a dispersarse. Durante esa incursión, los pintos capturaron a tres personas, uno de ellos era mexicano. El campamento fue completamente destruido; quemaron las bodegas de alimentos, mataron a los animales

[34] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 355, Informe de la situación de algunos campamentos de refugiados, Tziscao, 21 de agosto de 1982.

[35] El Comité Cristiano de Solidaridad de la Diócesis de San Cristóbal fue creado en 1979 como respuesta a la llegada de los primeros guatemaltecos que buscaban refugio al territorio chiapaneco. Previendo que el flujo de refugiados seguiría aumentando debido a la situación que prevalecía en Centroamérica, se decidió crear dicho comité que tendría como objetivo "dar atención espiritual y material a los refugiados que llegan a nuestra diócesis". AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 15 expediente 6. Informe *ad limina*, 1988.

[36] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 279; *Unomásuno*, 15 de julio de 1984.

y permanecieron allí durante toda la noche.[37] Lo cual hace sospechar que actuaron en complicidad con las autoridades mexicanas o, por lo menos, con la omisión de estas.

El caso que tuvo más resonancia fue el ocurrido en el campamento el Chupadero el 30 de abril de 1984. Durante esa incursión fueron asesinados seis guatemaltecos. Estos actos obligaron a las autoridades mexicanas a plantear el traslado de los refugiados a zonas alejadas de la frontera con Guatemala, lo cual suscitó reacciones encontradas de parte de los refugiados.

La reubicación a los estados de Campeche y Quintana Roo

La situación de vulnerabilidad e inseguridad a la que estaban expuestos los guatemaltecos en los campamentos de los municipios fronterizos de Chiapas provocó que el gobierno mexicano pusiera en marcha el proyecto de reubicación de los refugiados a los estados de Campeche y Quintana Roo. Esto tenía como objetivo central garantizar la seguridad de los refugiados, disminuir las tensiones con el gobierno guatemalteco, que provocaba su presencia en la zona fronteriza, y lograr su autosuficiencia. Como bien señala Sergio Aguayo:

> se les asentó en Campeche y Quintana Roo con el propósito expreso de superar la ayuda de emergencia y crear condiciones de seguridad. Se trata de un proyecto de colonización de tierras basado, fundamentalmente, en el usufructo de tierras que el gobierno mexicano proporciona a los refugiados y en el trabajo externo asalariado en los alrededores de los asentamientos.[38]

Además, este proyecto de reubicación e integración de los refugiados podía servir como "modelo para el tratamiento de los flujos masivos de refugiados en otras partes del mundo".[39]

[37] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 289; *Unomásuno,* 25 de octubre de 1982.

[38] Sergio Aguayo, *et al.*, *Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo*..., pp. 12 y 17. Aguayo enumera cuatro factores para la reubicación en Campeche y Quintana Roo: la búsqueda de seguridad y la relativa cercanía con Guatemala; la poca densidad de población en esos dos estados lo que permitía la colonización de tierras sin originar conflictos agrarios y, en el caso de Quintana Roo, se dotaría de la mano de obra necesaria para continuar con programas de desarrollo estatales; un tercer factor fue que en Chiapas los refugiados se encontraban dispersos en más de 100 asentamiento y su reubicación permitiría su concentración y el desarrollo de programas productivos; finalmente, se decidió el traslado por el temor a que los refugiados, junto con los campesinos chiapanecos que sufren graves desigualdades económicas, políticas y sociales, fueran "instrumentalizados en cualquier tipo de conflicto social que amenazara el domino del partido oficial".

[39] *Idem.*

Sin embargo, a pesar de toda la buena voluntad que pudo encerrar este proyecto de reubicación y de los beneficios, innegables, que obtuvieron los que fueron trasladados a los estados de Campeche y Quintana Roo, no todos los refugiados vieron con buenos ojos la reubicación ya que pensaban que esto los alejaba de su tierra, a la que pensaban volver.

A través de cartas y oficios dirigidos a Miguel de la Madrid –presidente de México de 1982 a 1988– a la COMAR, al ACNUR, a Samuel Ruíz García –obispo San Cristóbal de Las Casas– y a los chiapanecos que los habían recibido, buscaron negociar la reubicación. En dichas cartas, los refugiados expresaron que se oponían a la reubicación porque la lejanía de Campeche y Quintana Roo de la frontera con Guatemala sería un obstáculo para la repatriación en cuanto la situación en su país cambiara, por el desconocimiento de lugar y el clima desfavorable para su salud, por los peligros que suponía el viaje hacia los estados mencionados, principalmente para los ancianos, los niños y las mujeres embarazadas y porque no querían abandonar las pocas cosas que habían podido obtener durante los dos años que habían permanecido en sus campamentos en Chiapas.[40]

La resistencia de los refugiados a dicho proyecto fue respondida por las autoridades mexicanas con la utilización de violencia para lograr su objetivo. En este sentido, algunos representantes, no solo de la COMAR, sino también del ACNUR, los amenazaron con repatriarlos si no aceptaban ser reubicados, además se dijo que se multaría o encarcelaría a los mexicanos que apoyaran la estancia de los refugiados en Chiapas.[41]

Como resultado de estas amenazas y para evadir la reubicación forzada, algunos refugiados optaron por abandonar sus campamentos y ocultarse en la selva, como fue el caso de aproximadamente cuatro mil miembros del campamento Puerto Rico que, según el Obispo Samuel Ruiz, los días 27 y 28 de junio de 1984, "en diversas lanchas rústicas se aventuraron a atravesar el río Lacantún, para dispersarse en la selva y escaparse de ser trasladados al estado de Campeche".[42] Algo similar hicieron los refugiados del campamento Las Delicias, quienes la noche del 4 de junio de 1984 abandonaron en secreto dicho campamento y se establecieron en un terreno que la Diócesis de San Cristóbal había adquirido previamente.[43]

Debido a esta resistencia, el ejército, la marina, la COMAR y otros organismos involucrados en el proceso de reubicación pusieron en marcha un acordonamiento de la zona para evitar que otros campamentos se dispersaran, "peinando la zona a fin de retomar

[40] AHDSC-Fondo Refugiados, carpetas 60, 77 y 80.

[41] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 415. Escrito de los refugiados de la colonia Guadalupe Victoria, 1985.

[42] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 279; *Unomásuno,* 15 de julio de 1984.

[43] Verónica Ruiz Lagier, "En busca de la comunidad. El caso de La Gloria, Chiapas", tesis de maestría en antropología social, CIESAS, 2003*,* p. 39.

a los dispersos y expulsaron a los testigos que pudieran serles molestos".[44] Se procedió al desmantelamiento de algunos campamentos y reubicaron a los refugiados de forma forzada por medio de lanchas, camiones y el ferrocarril. Las pésimas condiciones del traslado provocaron la muerte de algunos de los refugiados, quienes eran hacinados en bodegas una vez que llegaban a su destino.[45]

Estos abusos y violaciones de los derechos humanos cometidos por el gobierno mexicano fueron expuestos por los refugiados y por la diócesis de San Cristóbal. Fue gracias a estas denuncias, publicadas en la prensa nacional e internacional, que se logró suspender el proyecto de reubicación. En diciembre de ese año se realizó la última reubicación masiva durante la cual se trasladó a 471 guatemaltecos a uno de los campamentos construidos en Quintana Roo.[46]

Debido a esta resistencia, solo fueron reubicados cerca de 18 200 refugiados de los más de 46 000 que el gobierno mexicano reconocía. Más de la mitad permaneció en Chiapas en aproximadamente 64 campamentos ubicados, principalmente, en los municipios de Las Margaritas, Trinitaria y Comalapa.[47] Los que aceptaron el traslado lograron obtener un cierto grado de autosuficiencia, mientras que los que permanecieron en Chiapas dependieron en mayor medida de la ayuda nacional e internacional, además tuvieron que compartir la tierra con los campesinos mexicanos, lo que en muchos casos generó conflictos.

La vida en los campamentos de refugiados en Chiapas, entre la solidaridad y el conflicto

Los refugiados guatemaltecos se establecieron en algunos municipios fronterizos del Estado de Chiapas. Verónica Ruiz Lagier distingue cuatro áreas de asentamientos: la costa de Tapachula, el municipio de Frontera Comalapa y las selvas de Las Margaritas y Ocosingo.[48] Los primeros en brindar ayuda y refugio a quienes cruzaron la frontera fueron los campesinos chiapanecos. Este recibimiento hospitalario y solidario fue consecuencia de la existencia de vínculos históricos, como los llama Manuel Ángel Castillo,

[44] AHDCS-Fondo Refugiados, carpeta 279. Recorte del periódico *Unomásuno,* 15 de julio de 1984.

[45] Verónica Ruiz Lagier, "En busca de la comunidad...", *op. cit.*, pp. 76-77; y Martínez, "La reconstrucción de la memoria y los significados del refugio", p. 61.

[46] Guadalupe Rodríguez de Ita, "Una mirada urgente al sur...", p. 249.

[47] *Ibid*., pp. 245 y 250.

[48] Verónica Ruiz Lagier, *Ser mexicano en Chiapas... op. cit.,* p. 65.

entre las poblaciones de ambos lados de la frontera.[49] La cercanía entre los pobladores de esta región ha hecho que compartan costumbres en común ya que tanto "mexicanos como guatemaltecos han cruzado la frontera para auxiliarse en las labores de campo y el intercambio comercial ha sido continuo".[50]

Los mexicanos dieron su consentimiento para que los guatemaltecos construyeran sus campamentos en terrenos ejidales y privados:

> Esos campesinos –buena parte de ellos sin siquiera saberse expresar en español– eran bien recibidos por los campesinos mexicanos. Lograban sitio para establecerse en los ejidos y se llevaban bien con los ejidatarios: al fin y al cabo, en el fondo pertenecen todos a una cultura cuyas raíces se perdieron en la historia, y las fronteras inventadas por los tiempos no corresponden a las fronteras de sus mitos e historia.[51]

En otros casos los campesinos mexicanos los acogieron en sus casas, como sucedió con los trescientos refugiados que llegaron a Benemérito de las Américas en noviembre de 1982. Cerca de cuatrocientas familias reunidas en asamblea decidieron auxiliar a los guatemaltecos y acordaron que mientras estos permanecieran en México, "vivirá uno en cada una de las casas de los campesinos mexicanos y quienes puedan hacerlo ayudaran en las labores de la tierra".[52]

Debido a que el flujo de guatemaltecos que llegaban buscando refugio no cesaba, la Iglesia católica, a través de la diócesis de San Cristóbal de Las Casas y del Comité Cristiano de Solidaridad, y algunas iglesias protestantes y organizaciones civiles nacionales e internacionales, comenzaron a organizarse para asistir a las personas que venían buscando auxilio. Durante los primeros años, fue gracias a esta solidaridad que se pudo responder a la emergencia.[53]

Esta solidaridad se mantuvo durante todo el tiempo que los refugiados permanecieron en Chiapas, sin embargo, las relaciones no siempre fueron cordiales ni amigables. En muchos casos, se suscitaron conflictos ya que, como señala Sergio Aguayo, fueron "sentimientos encontrados con que la población mexicana local recibe a los refugia-

[49] Manuel Ángel Castillo, "Causas del éxodo...", *op. cit.,* p. 36.

[50] Graciela Freyermuth y Nancy Godfrey, *Refugiados guatemaltecos en México. La vida en un continuo estado de emergencia,* México, SEP/CIESAS/Instituto Chiapaneco de Cultura, 1993, pp. 16 y 22.

[51] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 290; *Unomásuno* 1 de noviembre de 1982.

[52] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 291; *Unomásuno,* 11 de noviembre de 1982.

[53] Manuel Ángel Castillo, "Causas del éxodo..." *op. cit.,* p. 36; y Jorge Santistevan, "La experiencia del ACNUR con los refugiados guatemaltecos en el sureste de México", en Graciela Freyermuth y Rosalva Aida Hernández, *op. cit.*, p. 25.

dos. La primera reacción inicial es darles albergue y compadecerse de su suerte".[54] Este cambio de conducta hacia los refugiados en muchos casos fue influenciado por las autoridades mexicanas, quienes con rumores, amenazas o información falsa hicieron que algunos mexicanos modificaran su actitud de solidaridad por una de rechazo.

Ya desde 1982 se pueden registrar casos de este tipo. Como el que se suscitó el mes de octubre durante la incursión del ejército guatemalteco al campamento Rancho Teja, que provocó que un campesino mexicano fuera detenido y llevado a Guatemala, junto con dos refugiados. Cuando el comisario ejidal del ejido Colón –a donde pertenecía el mexicano desaparecido– preguntó al ejército mexicano por su compañero extraviado, estos respondieron que la culpa la tenían los guatemaltecos. Como resultado, según lo reportado en el periódico *Unomásuno*, el 17 de octubre, reunidos en asamblea, los campesinos de dicho ejido decidieron correr de sus tierras a los guatemaltecos.[55]

De igual forma, algunos funcionarios de migración empezaron a advertir a los campesinos mexicanos que era peligroso que dieran abrigo a guerrilleros, lo que hizo que poco a poco el clima de recepción cambiara. En este sentido, a principios de octubre, según lo documentado por la prensa, "en varios campamentos y aldeas empezaron, a principios de octubre, a circular listas con amenazas a ejidatarios y a refugiados".[56]

A este cambio de actitud hacia los refugiados contribuyeron también las enfermedades que algunos de ellos padecieron debido a las precarias condiciones en que habían realizado su viaje a México. Estas enfermedades empezaron a ser una amenaza para los chiapanecos que los habían recibido, lo que comenzó a crear un clima hostil. A esto se sumaron las declaraciones hechas por algunas autoridades sanitarias que veían a los recién llegados como un foco de infección, como una carga social y un peligro para la estabilidad del país. Todas estas circunstancias provocaron que se generaran juicios ideologizados en un público desinformado.[57]

Otras de las razones que influyeron en el cambio de actitud de los mexicanos fue el elevado número de refugiados, que superaba, en la mayoría de los casos, a los pobladores que los recibieron. Esto fue registrado por un miembro del Comité de Solidaridad en un informe presentado en 1983:

> En cuanto a los refugiados de Margaritas. Son, al igual que en la zona del municipio de Ocosingo, unos 12,000. Al principio fueron bien atendidos por las comunidades mexi-

[54] Sergio Aguayo, *El éxodo..., op. cit.,* p. 34.

[55] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 289; y *Unomásuno,* 25 de octubre de 1982.

[56] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 290.

[57] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 289; y *Unomásuno,* julio de 1982. No se especifica el día de la publicación.

> canas. Superan mucho en número a los campesinos mexicanos que los han acogido. Hay lugares en que por 30 familias mexicanas hay 300 y más familias guatemaltecas [...]. La zona se visitaba periódicamente para alentar a los refugiados, checar la situación y animar a los mexicanos que en nombre de la comunidad organizaban la ayuda. Poco a poco se ha venido observando que los campesinos mexicanos comienzan a cansarse, pues han llegado más y más refugiados.[58]

En algunos casos, los mexicanos también eran apoyados con comida, medicinas, ropa y otros suministros "que ellos mismos transportaban hasta donde los refugiados podían colaborar con el transporte que muchas veces tuvo que hacerse en la espalda de los campesinos, cuando los ríos no permitían el paso de animales". Sin embargo, en otras ocasiones, los campamentos de los refugiados se establecieron cerca de poblados que no eran los más pobres de la región, como el caso del campamento La Cieneguita. Por tal motivo, no se brindó apoyo a la población receptora, lo que generó conflictos ya que los dirigentes del ejido Rodolfo Figueroa, querían que la ayuda para los guatemaltecos fuera entregada a los mexicanos.[59]

Pero los conflictos más graves entre los campesinos mexicanos y los refugiados guatemaltecos fueron por el uso de la tierra y de recursos como el agua y la leña. Sin embargo, es importante hacer notar que los conflictos agrarios, según los documentos recabados, se suscitaron sobre todo durante la década de 1990, lo cual no quiere decir que años anteriores no existieran. Además, los problemas no siempre fueron entre comunidades enteras y los refugiados, sino que en ocasiones fue con particulares, los cuales se tradujeron en abusos por parte de estas personas, que en su mayoría eran dueños de fincas o ranchos en los cuales se establecieron los campamentos.

Uno de estos conflictos se suscitó entre los copropietarios de la finca Huanacastón y los refugiados del campamento La Gloria I, en donde también se vieron involucrados algunos miembros del Comité de Solidaridad. Este se prolongó durante los años de 1990 y 1991. Desgraciadamente la documentación no nos permite conocer cuando inició, pero si muestran las versiones de los dos grupos.

Los guatemaltecos aseguraban que el conflicto había iniciado porque el campamento había nombrado 27 coordinadores para una mejor organización, lo que había provocado que los mexicanos, "que se portaban como caciques", fueran desplazados del liderazgo de los trabajos de las tierras. Los refugiados señalaron que por estas razones

[58] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 355. Informe de Javier Ruiz Velasco, miembro del Comité Cristiano para Refugiados A. C., 9 de abril de 1983.

[59] *Idem*.

los mexicanos los habían demandado ante el ministerio público, acusándolos de invasores de tierras.[60]

Por su parte los campesinos mexicanos argumentaban que el conflicto se había originado porque los refugiados del campamento La Cieneguita deseaban reubicarse en el campamento La Gloria I. Además, señalaban que los guatemaltecos habían removido una línea de cerco sin su consentimiento y habían "atropellado el ganado de la finca". Por tal motivo pedían al representante de la COMAR en Comitán, Luis Enrique Pérez Mota, y al jefe de la sub-oficina del ACNUR, Chil Mirtenbaum, que el cerco fuera repuesto, que se les devolvieran los 335 jornales que ellos habían pagado por el destronque para sus cultivos, la reubicación de "la dirección colectiva del campamento La Gloria I" y el respeto a todos los bienes que eran de su legítima propiedad. Los peticionarios aseguraron que de no tener respuesta acudirían con otras autoridades o exigirían su reubicación en otros terrenos ya que no "permitirían otro abuso más".[61]

El 8 de octubre, los representantes de la COMAR y del ACNUR en Chiapas dirigieron una carta a los refugiados del campamento La Cieneguita en la que les informaron que las organizaciones que ellos representaban no tenía la facultad para autorizar la reubicación de ninguna familia a los terrenos de La Gloria I sin la previa autorización de los propietarios legales y en caso de que algunas familias se reubicaran por su cuenta "estarían violando las leyes mexicanas" lo que les acarrearía problemas con las autoridades, además de que pondrían en riesgo a los refugiados de los campamentos La Gloria I y La Gloria II, que podían "ser expulsado por desacato a las instrucciones de los propietarios legales".[62]

De igual forma, el encargado de COMAR, el 27 de octubre de 1990, respondió a los copropietarios que ningún guatemalteco podía cometer abusos por el simple hecho de ser refugiado, ya que estaba sometido al régimen de las leyes mexicanas. Además, pidió a los representantes del campamento la Gloria un "buen comportamiento y respeto que debe tenerse" a los pobladores mexicanos, "sean pequeños propietarios, ejidatarios o comuneros, ya que cualquier mal comportamiento o abuso podría ser juzgado o sancionado por la autoridad competentes".[63]

Para 1994 y 1995 se puede notar un incremento en los conflictos por la tierra. Durante esos años los refugiados de distintos campamentos denunciaron que los mexicanos querían desalojarlos de las tierras que ocupaban. En este sentido, los refugiados del campamento Rancho San Pedro el Porvenir manifestaron, el 15 de agosto de 1995,

[60] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 520. Correspondencia, 23 de abril de 1991.

[61] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 171. Correspondencia, 11 de octubre de 1990.

[62] *Ibid.* 8 de octubre de 1990.

[63] *Ibid.* 27 de octubre de 1990.

que los mexicanos los habían acusado de ser muy borrachos y de que habían agredido a un miembro del ejército mexicano. Además, había corrido el rumor de que estaban buscando la nacionalización porque no querían volver a su tierra. Los guatemaltecos aseguraron, "con el corazón sincero", que esto era falso y que solo era un pretexto para que los desalojaran; señalaban que el Comité Cristiano de Solidaridad les había otorgado el terreno para construir su campamento y no los mexicanos, ya que estos habían llegado a esas tierras posteriormente y ellos los habían aceptado, "confiando en que ellos iban a ser buenos hermanos", pero ahora los querían desalojar. Finalmente, manifestaban que permanecerían en esas tierras hasta que se crearan las condiciones para su retorno a Guatemala.[64]

Otro factor que creó incertidumbre y algunos conflictos fue el levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994, ya que muchos campesinos chiapanecos aprovecharon la coyuntura para invadir tierras. Algunos de los predios invadidos fueron los que estaban ocupados por los refugiados. Por esta razón el Comité Cristiano de Solidaridad envío una carta a los campamentos San Lorenzo, Porvenir, San Francisco, Las Flores, Guanajuato I y Guanajuato II en la que les pedían que mantuvieran la calma y no hicieran caso de los rumores. También mencionaron que los campesinos mexicanos "llevan también muchos años luchando y las acciones que ahora están tomando son consecuencia de que el Gobierno no les ha hecho caso; pero de ninguna manera ellos pretenden crear problemas con ustedes, ellos también son campesinos pobres. Queremos evitar que pueda haber problemas entre hermanos".[65]

Además de los conflictos por la tierra, hubo también otras agresiones contra los refugiados guatemaltecos. Este fue el caso de los hechos ocurridos en el campamento San Lorenzo, municipio de La Trinitaria, el 6 de agosto de 1995 cuando sujetos no identificados ingresaron al campamento para incendiar la motobomba del sistema de agua potable del campamento y arrojar gasolina en el pozo de agua. Los representantes del Comité Cristiano señalaron que este no era un hecho aislado, sino que formaba parte de los conflictos entre la población mexicana y los refugiados. Aunque no descartaron la posibilidad de que los hechos hubieran sido realizados por los mismos refugiados, veían más probable que se tratara de una forma de presión para la repatriación. Además, durante el mes de abril de ese año, se registró una incursión de los pobladores del ejido Santa Marta al campamento Guanajuato I, dejando como resultado la destrucción de

[64] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 212. Actas de las reuniones llevadas a cabo en el campamento Rancho San Pedro Porvenir, grupo Chuj I, 18 de julio de 1995 y el 15 de agosto de 1995 y correspondencia, 5 de febrero de 1996.

[65] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 441 y carpeta 372. Correspondencia, 1994.

tres casas, el robo de postes y horcones, un royo de malla, madera y láminas.[66] Estos conflictos provocaron que, un año más tarde, los refugiados de dicho campamento fueran reubicados al campamento Gracias a Dios. El representante de la COMAR en Chiapas señaló que esta decisión se tomó debido al incumplimiento de los acuerdos por parte de los refugiados para solucionar los problemas y añadió que a las personas que se resistieran a ser trasladadas no se les proporcionarían la asistencia alimenticia ni de ningún otro tipo.[67]

Hechos similares se registraron entre los refugiados del Rancho Tepancuapa, La Trinitaria, y los campesinos mexicanos ya que estos lavaban sus bombas de fumigación en el río, lo que provocaba que los refugiados tomaran el agua contaminada. De igual forma, las personas que ocupaban el campamento el Porvenir se quejaron, el 2 de julio de 1997, de que algunos mexicanos habían cortado las cercas de alambre, los arboles de reforestación que habían plantado, la malla de las hortalizas y se habían llevado algunas cosas del campamento.[68]

Los refugiados también tuvieron conflictos con algunas personas en particular. Como fue el caso de los señores Homero Guillén Hidalgo y Gonzalo Albores, quienes en repetidas ocasiones negaron el paso de los refugiados a sus campamentos por un camino que atravesaba sus propiedades y se rehusaron a que tomaran agua de la propiedad del señor Albores.[69]

De igual forma, el 27 de abril de 1996, los refugiados del campamento San Zapote el Mango II denunciaron ante la COMAR, el ACNUR y el Comité Cristiano de Solidaridad que el encargado del vivero de Comalapa y de Chamic, Carlos Azael Pérez Robledo, había amenazado de muerte a dos refugiados, que se apoderaba del dinero que se enviaba para ayudarlos y que acosaba sexualmente tanto a mujeres mexicanas como guatemaltecas. Asimismo, señalaron que todo esto lo realizaba con la complicidad de Pedro Ramírez Pérez, otro de los encargados del vivero Chamic, y de Roberto Moreno Pérez, velador del mismo.[70]

Estos son solo algunos casos concretos que muestran que a pesar de que los refugiados contaron con la solidaridad de los mexicanos, existieron también algunos casos en que la ayuda de los primeros meses fue desapareciendo y se generaron conflictos a raíz de la convivencia cotidiana.

[66] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 364. Correspondencia, 9 de agosto de 1995 y 24 de abril de 1995.

[67] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 439. Correspondencia, 14 de mayo de 1996.

[68] AHDSC-Fondo Refugiados, carpetas 413 y 479. Correspondencia, 31 de julio de 1994 y 2 de julio de 1997.

[69] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 479. Correspondencia, 10 de noviembre de 1995.

[70] AHDSC-Fondo Refugiados, carpeta 484. Correspondencia, 27 de abril de 1996.

Consideraciones finales

La llegada de los guatemaltecos a tierras mexicanas durante los primeros años de la década de 1980 representó un gran reto para las autoridades mexicanas, que no estaban preparadas para hacer frente a un evento de tal magnitud. Puso también en evidencia las contradicciones entre el discurso, y la imagen que se tenía de México como país de asilo, y la realidad, que se tradujo en las deportaciones hechas por las autoridades mexicanas de los primeros guatemaltecos que cruzaron la frontera para salvar la vida; que, como se mencionó, llegaron a ser varios miles. Fue gracias a la presión de la prensa y de la sociedad civil nacional e internacional que el gobierno se vio obligado a implementar programas de ayuda a los refugiados, tarea que ya venían realizando iglesias de distintas denominaciones –especialmente la católica– y los campesinos chiapanecos. Además, este reconocimiento de la calidad de refugiados permitió al Estado mexicano un mayor control y vigilancia sobre los guatemaltecos.

A pesar del reconocimiento y el apoyo que el gobierno dio a los guatemaltecos, las agresiones de parte de funcionarios de las oficinas de migración en Chiapas, así como del ejército y de la policía no cesaron. Esto hace evidente que el gobierno mexicano no funcionó como un organismo homogéneo, sino que hubo contradicciones al interior del mismo. Esta violencia del Estado no solo estuvo dirigida a los refugiados, ya que también algunos miembros de asociaciones civiles que se dedicaban a canalizar recursos y a asistir a los guatemaltecos asentados en Chiapas fueron agredidos. En este sentido, encontramos el caso del Comité de Solidaridad con los Refugiados de la Diócesis de San Cristóbal, quienes fueron hostigados e incluso arrestados y torturados debido a que el gobierno no quería que se inmiscuyeran en los campamentos.

Finalmente, por medio de la documentación consultada podemos observar cómo las relaciones entre los campesinos mexicanos y sus similares guatemaltecos no siempre fueron cordiales. En muchos casos, la actitud de hospitalidad y solidaridad de los primeros años se transformó en una hostilidad hacia los refugiados. En algunas ocasiones, este cambio se debió a las amenazas o mala información que el gobierno mexicano dio a los campesinos mexicanos. Sin embargo, en la mayoría de los casos, estos conflictos surgieron de la convivencia cotidiana entre los mexicanos y los guatemaltecos, por el acceso a los recursos como el agua, la leña y la tierra. Estos conflictos provocaron que se reafirmara un sentido de pertenencia a un grupo determinado, en este caso, se era mexicano o guatemalteco, y desde cada uno se reclamó ayuda o respeto a la propiedad de la tierra, que se veía amenazada por la llegada de alguien externo.

Con esto no se pretende negar la solidaridad y la ayuda que tanto el gobierno como la población mexicana dieron a los refugiados guatemaltecos, sino matizarla. Se trata de hacer énfasis en los conflictos que se generaron a raíz de la convivencia cotidiana,

de señalar que las relaciones no siempre fueron amistosas y de que, por debajo de los discursos oficiales, se esconden realidades complejas, difíciles de entender y explicar a las que no debemos rehuir, ya que son, precisamente a estas, a las que debemos de poner atención.

Repositorios

Archivo Histórico Diocesano de San Cristóbal de las Casas (AHDSC).

Hemorografía

Unomásuno, México.

Bibliografía

Aguayo, Sergio, *El éxodo centroamericano. Consecuencias de un conflicto*, México, Foro 2000 / Secretaría de Educación Pública, 1985.

Aguayo, Sergio, Hanne Cristensen, Laura O'Dogherty y Stefano Varesse. *Los refugiados guatemaltecos en Campeche y Quintana Roo. Condiciones sociales y culturales*, México, Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo / El Colegio de México, 1989.

Alba, Francisco, Manuel Ángel Castillo y Gustavo Verduzco (coords.), *Los grandes problemas de México, III. Migraciones internacionales*, México, El Colegio de México, 2010.

Castillo, Manuel Ángel, "Causas del éxodo: procedencia y características étnicas de la población refugiada", en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México: Memoria*, México, Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados/Fondo de Cultura Económica, 2000.

Castillo, Manuel Ángel y Fabienne Venet Rebiffé, "El asilo y los refugiados: una visión histórica y crítica hasta nuestros días", en Manuel Francisco Alba, Ángel Castillo y Gustavo Verduzco (coords.), *Los grandes problemas de México, III. Migraciones internacionales*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 195-226.

Freyermuth, Graciela y Nancy Godfrey, *Refugiados guatemaltecos en México. La vida en un continuo estado de emergencia*, México, Secretaría de Educación Pública /

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Instituto Chiapaneco de Cultura, 1993.

Mosquera, Antonio, "Política y estado de derecho en México", en Graciela Freyermuth y Rosalva Aída Hernández (comps.), *Una década de refugio en México. Los refugiados guatemaltecos y los derechos humanos*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Academia Mexicana de Derechos Humanos/Instituto Chiapaneco de Cultura, 1992, pp. 68-92.

Ortiz Monasterio, Luis, "Labor asistencial de emergencia", en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México: Memoria*, México, Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados / Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 48-53.

Pérez Guzmán, César, "Propuesta de modificación a la Ley General de Población y su reglamento", en Graciela Freyermuth y Rosalva Aida Hernández (comps.), *Una década de refugio en México, Los refugiados guatemaltecos y los derechos humanos*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social /Academia Mexicana de Derechos Humanos / Instituto Chiapaneco de Cultura, 1992, pp. 122-158.

Rodríguez de Ita, Guadalupe, "Un México protector... de asilados y refugiados durante la 'guerra fría'. Entre la definición y la ambigüedad", *Dimensión antropológica*, vol. 43, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008, pp. 123-136.

_____, "Una mirada urgente al sur: los refugiados guatemaltecos en Chiapas", en Diana Guillén (coord.), *Chiapas: rupturas y continuidades de una sociedad fragmentada*, México, Instituto Mora, 2003, pp. 223-270.

Ruiz Lagier, Verónica, "En busca de la comunidad. El caso de La Gloria, Chiapas", tesis de maestría en antropología social, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2003.

_____, *Ser mexicano en Chiapas. Identidad y ciudadanización entre los refugiados guatemaltecos en La Trinitaria*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2013.

Sánchez Martínez, Felipe, "Cronología y zonas de arribo", en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México: Memoria*, México, Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados / Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 44-47.

Santistevan, Jorge, "La experiencia del ACNUR con los refugiados guatemaltecos en el sureste de México", en Graciela Freyermuth y Rosalva Aída Hernández (comps.), *Una década de refugio en México. Los refugiados guatemaltecos y los derechos humanos*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Academia Mexicana de Derechos Humanos / Instituto Chiapaneco de Cultura, 1992, pp. 23-36.

Solís Cámara, Fernando, "Presentación", en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México: Memoria*, México, Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados / Fondo de Cultura Económica, pp. 11-16.

Vásquez Colmenares, Pedro, "Introducción", en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México: Memoria*, México, Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados/ Fondo de Cultura Económica, pp. 21-24.

Yankelevich, Pablo, "Reglas y excepciones: a propósito del asilo y el refugio en México", en Katya Somohano y Pablo Yankelevich (coords.), *El refugio en México. Entre la historia y los desafíos contemporáneos*, México, Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados / Secretaría de Gobernación, 2011, pp. 21-30.

Witschi, Alfredo, "La presencia de los refugiados", en *Presencia de los refugiados guatemaltecos en México: Memoria*, México, Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados / Fondo de Cultura Económica, pp. 54-57.

La organización de Mujeres Refugiadas Mamá Maquín. Rupturas y cambios identitarios, 1980-2015

Mercedes Olivera Bustamante[1]

En este trabajo pretendo describir y reconocer algunas experiencias de organización y lucha que realizaron las mujeres refugiadas de la organización de Mujeres Refugiadas Mamá Maquín (MMQ) en Chiapas, México, desde la fundación de su organización (1990) hasta el año 2015, incluyendo la experiencia de su retorno a Guatemala (1999). Como integrante del Centro de Investigación y Acción de la Mujer Latinoamericana A.C. (CIAM) tuve el privilegio de acompañar en Chiapas –con financiamiento del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR)– el proceso de formación sobre sus derechos internacionales de refugio y de retorno a su país, desde una perspectiva feminista; además, honrosamente convertida en *nanatic* ("nuestra abuelita") he podido acompañar intermitentemente, desde Chiapas, su trabajo en Guatemala. Por lo anterior se entiende que mucho de lo que escribo corresponde a mi particular visión y experiencias en el proceso.

Los aprendizajes de género que construimos juntas y su ejemplar fortaleza de mujeres han sido base para el trabajo político que posteriormente ha realizado MMQ en Guatemala que, más allá de los Acuerdos de Paz, se enmarca en la construcción de una sociedad sin violencia, racismo y desigualdades de género, clase y etnia. Desde sus cuerpos-territorios subordinados y colonizados por el sistema patriarcal capitalista, las mujeres de Mamá Maquín han proyectado su trabajo como una acción descoloniza-

[1] Doctora en Antropología por la UNAM. Investigadora del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Coordinadora del Centro de Derechos de la Mujer, de Chiapas.

dora tanto en lo personal como en lo social, y junto a otras organizaciones sociales, de mujeres y mixtas, luchan en defensa de sus tierras y territorios hoy fuertemente amenazados por el extractivismo global que, con la anuencia del gobierno, pretende ampliar las inversiones en la construcción de represas, hidroeléctricas y la explotación minera.

En la primera parte de este texto recordamos, en forma muy rápida, la estancia de los y las refugiadas en México hasta su retorno a Guatemala. En la segunda parte rescatamos, desde la experiencia compartida con MMQ, los retos de género que desde su sabiduría y experiencia política tuvieron que superar en el refugio, abonando en la construcción de sus identidades de mujeres fuertes y conscientes políticamente. Termino citando la sistematización que ellas han hecho de sus aprendizajes y experiencias en Guatemala. Quiero con este trabajo hacer un reconocimiento a la Organización de Mujeres Guatemaltecas MMQ en su conjunto, pero especialmente a *Juanita* (María Guadalupe García), su dirigente histórica, a Yolanda, Rosita, Manuela, María y a todas sus dirigentas, por las enseñanzas de su visión, luchas y perseverancia que nos han entregado a las feministas de América Latina.

Del refugio en México al retorno a Guatemala

En el 2015 celebramos los 25 años de la fundación en Chiapas de MMQ. Sus fundadoras, en 1990, fueron cerca de 45 dirigentas sociales de diferentes etnias, pero dos años después sus integrantes llegaron a ser más de 9 000 refugiadas asentadas en campamentos ubicados en tres estados del sureste mexicano: Chiapas, Campeche y Quintana Roo. La guerra y la represión sangrienta del ejército guatemalteco que las hizo salir de su país hacia México marcaron sus vidas y sus identidades profundamente. Durante años nos compartieron su memoria viva sobre el angustioso camino que ellas y sus familiares recorrieron perseguidas por el fuego enemigo. Pero la fuerza que desplegaron durante su huida por esos caminos de muerte en Guatemala hasta encontrar su salvación y después lograr organizarse en México les permitió convertir sus lágrimas en sonrisas y sacar de las sonrisas cantos de esperanza.

Veinticinco años de existencia es un tiempo significativo, pues como feministas sabemos bien que no es fácil dar continuidad por largo tiempo al trabajo con o de mujeres, tanto por las condiciones sistémicas neocoloniales con las que tropiezan nuestras luchas en contra de las desigualdades intersectadas de género, clase y etnia, como por las inconformidades sociales, las violencias y las cargas emocionales que acumulan nuestros cuerpos colonizados y que con frecuencia revertimos en contra de nosotras mismas y de nuestras organizaciones.

Pero en el caso de MMQ las dificultades desde un principio fueron muchas más, pues al formar parte de la población que llegó masiva e intempestivamente a Chiapas entre 1981 y 1982[2] –perseguida por el ejército guatemalteco a causa real o supuesta de la cercanía que muchas de esas familias tenían con las organizaciones revolucionarias– no contó inicialmente con la aceptación del gobierno mexicano, ya que las leyes de nuestro país en ese momento no reconocían jurídicamente el refugio, lo que obstaculizaba la presencia del ACNUR, institución que tiene el mandato de la ONU para otorgar protección jurídica a los y las refugiadas.

Recuerdan las mujeres que llegaron muy afectadas por las amenazas, las persecuciones y las muertes causadas por el ejército guatemalteco que por tierra y aire las bombardeó por el camino. El temor y el desconcierto fueron grandes. Tuvieron que caminar de noche y ocultarse en las montañas durante el día, el trayecto se hizo largo por las veredas periféricas que tuvieron que tomar y lo quebrado del camino, pero también por el ritmo del caminar de los viejos, los niños pequeños, los enfermos y las embarazadas. Recuerdan de entonces la fraternal protección y ayuda que les proporcioné la diócesis de San Cristóbal de Las Casas en el momento en que eran rechazados/as por el ejército mexicano en la frontera; la intervención del obispo Samuel Ruiz fue determinante para poder permanecer y salvar sus vidas del lado mexicano.

Pero a pesar de la fraternidad y solidaridad cristiana de la población fronteriza, no fue fácil la vida en el refugio. Tanto el ejército como los y las empleadas del Instituto Nacional de Migración (INM) y de otras oficinas del gobierno mexicano les hicieron sentir siempre su extranjería; aun la población chiapaneca que los y las acogió les impuso, consciente o inconscientemente, cierto estigma de subordinación, tanto por ser guatemaltecos/as, como por la situación vulnerable en la que llegaron. Con los años fueron naturalizando esta situación, pero a pesar de las ayudas materiales y la protección jurídica que como refugiados/as recibieron del, nunca pudieron escapar del estigma que en la práctica cotidiana los y las hizo vivir el refugio como un favor o caridad y no como un derecho internacional.

[2] Aunque no hay certeza en las cifras, se considera que entre 1962 y 1996 el conflicto armado interno de Guatemala dejó más de 200 000 muertos y desaparecidos. Comisión para el Esclarecimiento Histórico, *Guatemala, memoria del silencio*, t. I, "Causas y orígenes del enfrentamiento armado interno", Guatemala, 1999, p. 318. Los desplazados y refugiados habrían llegado al medio millón de personas, *cfr., Jornadas por la vida y por la paz*, 1990. A México llegaron entre 100 000 y 200 000 desplazados/as de 1980 a 1984. Solo 46 000 de ellos/as fueron reconocidos como refugiados y asistidos en Chiapas, Campeche y Quintana Roo por el ACNUR. Jorge Santiesteban, "La experiencia del ACNUR con los refugiados guatemaltecos en el sureste de México", en Graciela Freyermuth y Rosalva A. Hernández (comps.), *Una década del refugio en México y los derechos humanos*, México, CIESAS / Ediciones de la Casa Chata, 1992.

Así, aun después de que México los y las reconoció como refugiados/as, su extranjería, junto a su condición indígena campesina rebelde, los y las marcó durante todo el refugio con discriminaciones y rechazos abiertos o velados de la población mexicana y, en el mejor de los casos con, actitudes paternalistas y asistencialistas de las instituciones que, paradójicamente, fueron importantes para su sobrevivencia en nuestro país. Al respecto ACNUR las mujeres de MMQ recuerdan que por un tiempo tuvieron que dejar de usar sus trajes y no hablar sus lenguas para no comprometer a quienes las acogieron por proteger a familias guatemaltecas indocumentadas. Constatamos que la subordinación se dio en otros aspectos: recordamos que a pesar de las gestiones que hicimos las Organizaciones No Gubernamentales (ONG), nunca pudimos lograr que la solidaridad de la diócesis, ni la protección del ACNUR, y menos aún la vigilancia oficial de la Comisión Mexicana para la Atención a los Refugiados (Comar) pudieran evitar que su situación de refugio y pobreza fuera aprovechada para explotarlos/as en los ranchos y ejidos fronterizos, sobre todo en Chiapas, en donde muchos/as tuvieron que trabajar a cambio del alojamiento que les proporcionaron los dueños de la tierra; tampoco se logró que los jóvenes refugiados en Campeche o Quintana Roo, que con frecuencia salieron a trabajar como peones a la zona turística de Cancún, en Quintana Roo, recibieran salarios justos.

Una característica digna de resaltar de los y las refugiadas guatemaltecas en México fue su capacidad para organizarse. Capacidad que podemos asociar a la militancia anterior de muchas, como cristianas de base o integrantes de alguna organización popular como el Comité de Unidad Campesina (CUC); o como bases de apoyo de alguna de las organizaciones revolucionarias: Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) y Organización del Pueblo en Armas (ORPA), con las que muchos/as siguieron teniendo relación durante el refugio.

La cohesión interna entre los y las refugiadas se dio inicialmente por grupos en las comunidades que las/los acogieron. Después, el ACNUR concentró a la mayoría en campamentos de acuerdo a la vecindad de origen y/o su identidad lingüística, pero también hubo campamentos en donde coexistían hablantes, muchos monolingües, de diversas lenguas: entre ellas las más importantes fueron el mam, el k`anjobal, el q´eqchi y el chuj. Los jefes de familia de cada campamento nombraron a sus representantes, siempre varones, y a través de ellos se mantuvieron las relaciones con las instituciones oficiales y ONG que les dieron apoyo a lo largo del refugio. Con financiamiento del ACNUR diversas ONG proporcionamos servicios y formamos promotores de salud, de educación, de alfabetización en castellano y de derechos; también impulsamos algunos proyectos productivos como el de panadería o el de artesanías que, con el apoyo del Comité Cristiano de Refugiados, permitieron a las mujeres tener algún ingreso para complementar el apoyo recibido del ACNUR –y hasta les permitió enviar, eventualmen-

te, algo para ayudar a sus familiares en Guatemala. Además de los sistemas para el apoyo y control de los refugiados reconocidos por la Comar y el ACNUR, en varias regiones se reconstituyeron algunas estructuras de análisis y gestión política que funcionaron silenciosamente hasta 1988-1989, cuando sus integrantes varones con el apoyo político del ACNUR constituyeron las Comisiones Permanentes de Refugiados que gestionaron el retorno seguro ante las autoridades de su país.

Las mujeres también ejercieron su capacidad organizativa, a pesar de que sus organizaciones vieron la luz mucho después que las de los hombres, y de que solo a partir de los años noventa se hizo un trabajo específicamente de género. El persistente accionar de MMQ junto con el de Ixmucané y Madre Tierra –organizaciones de mujeres refugiadas, relacionadas con las FAR y ORPA, que surgieron un poco después que MMQ, relacionada con el EGP[3]– dieron cuenta de las fuertes identidades que caracterizan a sus dirigentas e integrantes: fortalezas políticas que, nacidas durante la guerra con la esperanza de alcanzar una vida justa y digna en su país, se fortalecieron con la dura experiencia de la represión y, después en el refugio, con la esperanza generalizada del retorno.

La fundación de MMQ, el 15 de agosto de 1990, impulsada por las organizaciones políticas y populares de Guatemala relacionadas con el EGP, compartió desde el principio el objetivo central de luchar por un retorno seguro, además de trazarse las siguientes tareas específicas:

- Defender el derecho que tenemos las mujeres a organizarnos, educarnos y a participar en igualdad a los hombres.
- Luchar por defender y rescatar nuestra cultura indígena.
- Defender el derecho a que se escuche nuestra voz como refugiadas en todos los aspectos que sean del interés de las mujeres y de los refugiados.
- Defender nuestro derecho como mujeres para expresar nuestra voluntad en el retorno.
- Realizar todas aquellas actividades de apoyo a la organización de los refugiados, de las organizaciones populares y solidarias con los guatemaltecos.[4]

En 1990, las cuarenta dirigentas de Mamá Maquín participaron en un autodiagnóstico patrocinado por el ACNUR y acompañado por nosotras desde el CIAM. De ese diagnóstico, MMQ sacó bases para su plan de trabajo, así como para su estructura y

[3] La población refugiada mantuvo su pertenencia, real o simbólica, con la organización en la que participaba antes de su salida de Guatemala.

[4] Organización de mujeres guatemaltecas refugiadas en México, Mamá Maquín, *Nuestra experiencia ante los retos del futuro: sistematización del trabajo de las mujeres de Mamá Maquín durante el refugio en México y su retorno a Guatemala*, Comitán, 1999. Todos los testimonios que aparecen a lo largo del texto provienen de esta publicación.

funcionamiento en seis regiones ubicadas cuatro en Chiapas, una en Campeche y otra en Quintana Roo; en cada una eligieron a sus responsables regionales, encargadas de orientar el trabajo de las representantes de zona y estas a las de cada uno de los 115 campamentos de Chiapas, cuatro asentamientos de Campeche y cuatro de Quintana Roo.

En su plan de trabajo dieron mucha importancia a la alfabetización, a que las mujeres conocieran sus derechos y tuvieran una intervención informada para participar en las gestiones del retorno. El trabajo de formación ayudó a que ellas y sus familias fueran superando los miedos, el terror, las desapariciones y las muertes que vivieron durante la guerra contrainsurgente que, con su estrategia de tierra arrasada y de violencia genocida, lanzaron Ríos Montt y Mejía Víctores contra las organizaciones y poblaciones revolucionarias de Guatemala, obligando a más de 50 000 personas a refugiarse en México.[5]

El trabajo de MMQ desde el inicio tuvo un enfoque de género –orientado a lograr la autodeterminación de las mujeres sobre su vida y a participar en las decisiones políticas en igualdad a los hombres– que se fue desarrollando bajo la asesoría del CIAM y otras ONG que trabajaron con apoyo económico del ACNUR. La estrategia del CIAM fue desarrollar la conciencia y la autoestima de las mujeres refugiadas a través del conocimiento, ejercicio y defensa de sus derechos como humanas, mujeres refugiadas y ciudadanas guatemaltecas. Acompañando a las coordinadoras generales se realizó un trabajo de organización en cada campamento entre las mujeres que en Guatemala habían pertenecido al CUC, al trabajo pastoral del Quiché o directamente a las estructuras del EGP. Empezando por el nombramiento de las coordinadoras locales y regionales se impulsó la construcción democrática de sus estructuras; después se realizaron talleres vivenciales sobre la experiencia del refugio y los derechos de los y las refugiadas en cada región. Más adelante, se inició la lucha para que las mujeres tuvieran presencia organizada: voz y voto en las instancias para el retorno, sobre todo en las Comisiones Permanentes, en donde al inicio solo tenían reconocimiento los hombres en su calidad de jefes de familia.

Valorarse como mujeres en igualdad a los hombres, conocer que en el refugio también eran sujetas de derecho, que con su participación colectiva y horizontal se oponían al verticalismo y al autoritarismo patriarcal fueron logros colectivos. Entre las metodologías participativas para su formación, fueron importantes, además de los

[5] El ACNUR dio protección a 46 000 refugiados en Chiapas, Campeche y Quintana Roo, pero las organizaciones hablan de hasta 200 000 personas desplazadas. De ellas, muchas regresaron de inmediato. La mayoría se quedó en México, pero otras siguieron a Estados Unidos y Canadá. Carolina Cabarrús, Dorotea Gómez y Ligia González, *...Y nos saltamos las trancas: los cambios en la vida de las mujeres refugiadas retornadas guatemaltecas,* Consejería en proyectos, Guatemala, 2000.

talleres, los programas que semanalmente elaboraban y trasmitían las mama-maquines a través de una radiodifusora oficial en el municipio de Margaritas, a través de los cuales se mantuvo informadas a las refugiadas en Chiapas, Campeche y Quintana Roo –como también a la población del otro lado de la frontera– sobre las gestiones y organización de los bloques de retorno. Todo el trabajo realizado, y también los programas radiales, ayudaron mucho en la construcción de su conciencia y lucha de género.

El resultado de este trabajo fue valorado muy positivamente por las refugiadas, que en sus memorias anotan:

> Fue entonces, con CIAM, cuando empezamos los talleres, que por primera vez nos dimos cuenta de que el problema de la desigualdad de género es una de las causas históricas de la falta de participación y de poder de las mujeres. Nos pusimos a trabajar para ir cambiando las relaciones entre hombres y mujeres, pero con la conciencia de que eso es muy difícil y de que teníamos que empezar por cambiarnos a nosotras mismas; las coordinadoras generales, regionales y locales teníamos que ser las primeras en capacitarnos... vimos la necesidad de organizar cursos y talleres sobre los derechos de las mujeres, género, organización y planificación.[6]

Hay que recordar que tanto a lo largo de su estancia en el refugio como al retornar a Guatemala (1992-2000) los y las refugiadas tuvieron que enfrentar constantemente los hostigamientos de quienes todavía los consideraban guerrilleros/as. Las dificultades fueron muchas: el retorno, que al principio consideraron sería casi inmediato, se prolongó por más de diez años para los y las que primero regresaron, y casi 18 para el último bloque de retorno. No obstante, los acuerdos del retorno entre los y las representantes de las Comisiones Permanentes y el gobierno guatemalteco sentaron un precedente en el campo internacional del refugio, pues fue el primer caso en que una organización de refugiados/as lograba acuerdos formales con su gobierno para el retorno. Además de estar representadas en las Comisiones, las mujeres de MMQ de los campamentos participaron como importante base de presión en esa lucha.

Varias de las primeras dirigentas generales y regionales de MMQ se integraron y encabezaron los retornos. En su trabajo con las bases de la organización fueron sustituidas por jovencitas que antes tuvieron comisiones locales en la organización; algunas de ellas se quedaron y se mexicanizaron después; otras, acompañadas siempre por María Guadalupe García Hernández, corazón de MMQ, permanecieron en su cargo hasta que la organización se despidió de México, a fines de 1998, para refundarse luego en Guatemala.

[6] Organización de mujeres guatemaltecas refugiadas en México, Mamá Maquín, *op. cit.,* pp. 19-20.

Debido al largo tiempo que llevó el retorno –ocho años–, al instalarse en Guatemala, MMQ tuvo un decaimiento y después un paréntesis en su funcionamiento. Para que la organización pudiera retomar su existencia tuvo que superar la dispersión de sus integrantes y directivas a lo largo del territorio guatemalteco; sus nueve mil elementos, cada una con sus familias, se asentaron en poblados dispersos en cuatro zonas distantes entre sí. Además de las distancias territoriales, MMQ tuvo que enfrentar el tiempo que los y las retornadas dedicaron a la construcción y adaptación en sus nuevos poblados, elemento que ocasionó que casi la mitad de las mujeres que pertenecían a la organización, después de dos a seis años de haber retornado, ya no se reintegraran a ella. El contexto era muy diferente, ya no era válida la reivindicación de un retorno digno y seguro que las unió en el refugio, muchas de sus otras nacientes demandas, sobre todo las de carácter feminista, fueron diluidas con el extremo asistencialismo de los organismos multilaterales que para los y las campesinas guatemaltecas siguió a la firma de la paz. En algunos poblados, retornadas las integrantes de MMQ tuvieron proyectos como la construcción de guarderías y de oficinas para su organización, pero no se tuvo la capacidad para darle un sentido político a sus actividades; además, el rechazo de sus compañeros refugiados se evidenció en forma abrupta, pues en varios asentamientos de retornados las autoridades, siempre masculinas, les negaron el reconocimiento y en algunas comunidades del Ixcán fueron quemadas las oficinas de la organización.

El trabajo decayó tanto que "Mamá Maquín estuvo a punto de tener una segunda muerte". Pero a pesar de esos problemas, en 1998, en una asamblea en la región de la Costa, las fundadoras iniciales y muchas de las dirigentas nacionales y regionales de MMQ durante el refugio refundaron su organización. Decidieron conservar su nombre para continuar honrando la memoria de la dirigenta quekchi Adelina Macal Maquín que fue masacrada junto a su pueblo que luchaba en defensa de sus tierras, en 1978, en Panzós.

Retos que abonaron en la construcción de las identidades, autodeterminaciones y rebeldías de las mujeres

Desde nuestra experiencia en el trabajo con MMQ podemos asegurar que sus integrantes retornaron a Guatemala con identidades fortalecidas y culturas "modernizadas" que las diferenciaron de las mujeres que se quedaron en Guatemala. Esta fortaleza se construyó desde el esfuerzo que significó su sobrevivencia cotidiana, sostenida en la mayor parte de los casos por la esperanza de volver a Guatemala. También abonó a ello la exigencia colectiva al gobierno de Guatemala que, con el apoyo del ACNUR, desplegaron en las Comisiones Permanentes de Refugiados para tener un retorno digno y seguro. Las mujeres construyeron su identidad de refugiadas asumiendo con dificultad y poco

a poco que el retorno no podía darse en rápidamente, como pensaron a su llegada. El conocimiento de sus derechos –conjuntamente trabajado por el CIAM y MMQ campamento por campamento– hizo surgir en ellas un posicionamiento feminista contra la violencia patriarcal del Estado guatemalteco, y en contra de las desiguales relaciones de género que, naturalizadas como parte de su cultura tradicional, reprodujeron en el refugio. Todo esto, aunado a su experiencia política anterior, las encaminó en mayor o menor grado hacia la construcción de sus autodeterminaciones personales y colectivas, incluyendo la defensa de su derecho a la igualdad de género en el refugio y para el retorno a Guatemala. Hay que enfatizar que la base y punto de partida que posibilitó esta transformación identitaria fue siempre el posicionamiento político definido de la población refugiada en oposición a la violencia del Estado guatemalteco genocida y en resistencia para deslegitimar la discriminación patriarcal y racista del poder militar, ladino, masculino...

La experiencia vivida con las mujeres en el refugio nos permite confirmar, como plantea Giménez, que las identidades forman un sistema de referencias creadas social y culturalmente que diferencian a las personas y a los grupos entre sí, pero al mismo tiempo les permite reconocerse cuando comparten un territorio y/o circunstancias de vida específicas.[7] Tal fue la experiencia del refugio que, en este caso, nos permite comprobar que sobre las características personales se imponen los papeles o modelos correspondientes al imaginario colectivo y simbólico, y que estos papeles son diferentes en cada situación de dominación, así como en cada sociedad y tiempo específico. Ello con la particularidad de que, a través de un sistema de dominaciones y discriminaciones culturales y opresiones genéricas, se establece un orden jerárquico de poder que históricamente ha subordinado: a los indígenas con relación a los ladinos, a las mujeres con relación a los hombres y a los refugiados con relación a los nacionales, reproduciendo los sistemas de dominación, por lo menos, desde la colonia hasta la actualidad.[8]

Podemos definir la identidad como un sistema histórico subjetivo de autoreferencias simbólicas, que incluyen a las personas en ciertos campos o ámbitos de definición y de participación excluyéndolas de otros y diferenciándolas, en el mismo proceso, de otras personas y grupos en posición contrastante. Pero las identidades cambian y se multiplican de acuerdo con la complejidad del sistema social que las contiene; así cada persona tiene diferentes construcciones identitarias según la diversidad de sus campos

[7] Gilberto Giménez, "Materiales para una teoría de las identidades sociales", en José Manuel Valenzuela Arce (coord.), *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*, 2ª ed., Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte / Plaza y Valdés Editores, 2000.

[8] *Idem.*

de participación. La construcción de la identidad es un proceso multideterminado por la interacción permanente con otros individuos o grupos.

En el caso de los y las refugiadas guatemaltecas, sobre su identidad indígena de sobrevivientes de las masacres no solo se impusieron violentamente el poder y la normativa del Estado mexicano a través de la Comar y del ACNUR, sino también el contexto social y cultural de los y las campesinas e indígenas chiapanecos/as que, aunque provienen de la misma raíz cultural maya de los y las refugiadas, tienen diferentes costumbres, lenguas y "modernidades". Recuerdo que en un primer taller con dirigentas de MMQ, estas expresaron que en México habían sentido y tomado conciencia, por primera vez, de lo que significa ser guatemaltecas a diferencia de ser mexicanas. Antes, en Guatemala se diferenciaban por sus lenguas y costumbres: kanjobales, quichés, mames, etcétera, se identificaban como indígenas a diferencia de los ladinos y también como revolucionarias en contra del ejército guatemalteco. En el refugio se sintieron "ser de menos", siempre inferiores, extranjeras sin derechos ciudadanos: "nos sentimos menores en todo en comparación a los mexicanos y también vigiladas como sospechosas por la Comar". La violenta salida y la nueva vida del refugio afectaron sus identidades individuales y colectivas significativamente, pero al mismo tiempo les permitieron identificarse fuertemente entre sí como "guatemaltecas sobrevivientes de la represión de los ejércitos, y organizarnos por primera vez como mujeres".

Como podemos ver, en esa dinámica de transformaciones identitarias no solo incidieron factores externos a las mujeres; la parte subjetiva jugó un papel determinante en la orientación de los cambios y hasta adquirieron un carácter opcional de acuerdo a su conciencia política, al nivel de desarrollo que lograron en su conciencia genérica, a la aceptación o rechazo ante los mandatos de los modelos sociales mexicanos, y a la estrategia que asumieron en lo íntimo y en lo colectivo para eliminar o transformar las subordinaciones de sus cuerpos colonizados.

Así en la jerarquizada construcción de las identidades de las mujeres de MMQ estuvieron presentes, como parte de los procesos que conformaron su identidad de refugiadas, múltiples elementos articulados a las viejas y nuevas colonialidades de su existencia material, sus sentimientos y sus pensamientos.

Ahora quiero hacer énfasis en tres elementos que me parecen fundamentales en el proceso transformador de sus identidades, de acuerdo a sus testimonios y discursos expresados durante los talleres de derechos y de género –en los que trabajamos con ellas durante varios años– y a sus experiencias iniciales en los asentamientos de retornadas.

Para aquellas mujeres de MMQ, y de otras organizaciones de refugiadas, estos tres elementos –y los retos que representaron para sus vidas, así como los esfuerzos desplegados para asumir, traspasar y eventualmente resolverlos– abonaron en su construcción como mujeres fuertes que colectiva y obstinadamente, después de 25 años, siguen ca-

minando hacia su liberación personal; en contra de la voracidad del sistema capitalista patriarcal que actualmente despoja a los pueblos indígenas y campesinos de sus tierras y territorios en favor del neoextractivismo de la economía global.

Cambios bruscos en la base de la sostenibilidad familiar

Antes de salir al refugio, la mayor parte de las mujeres de Mamá Maquín y sus familias vivían como campesinas en comunidades fronterizas de los distritos de Huehuetenango, Quiché y San Marcos. A pesar de la marginación, la pobreza, el atraso tecnológico y el bajo precio que cobraban por sus productos –lo que las obligaba a complementar sus ingresos con el trabajo asalariado en fincas, empresas y ranchos de la Costa y de México– tenían un fuerte arraigo a la tierra. La tierra es para los y las campesinas la base de su existencia comunitaria, de ella obtienen sus alimentos básicos: maíz y frijol. Las mujeres en Guatemala cultivaban verduras en sus solares y criaban animales, especialmente aves, cerdos y borregos. Algunas familias tenían caballos o mulas para transportarse y a veces vacas.

Cultivar la tierra implica una relación de conocimiento profundo de los tiempos de sembrar, cultivar y cosechar. Los saberes campesinos las/los conectan desde la tierra y el territorio con el universo, con los ciclos solares y lunares del calendario agrario y con las fuerzas de la naturaleza que consideran viva: todo lo que existe en ella, las plantas, los animales, las piedras, las montañas en donde habitan los dioses y los y las abuelas muertas son parte de la colectividad de vida de las identidades, de la cultura; es decir, de la forma colectiva de vivir, de pensar, de sentir, de creer, de ser parte de la misma colectividad de vida. Para sembrar hay que pedir permiso a la tierra y darle de comer en rituales, que por la herencia y el parentesco se han reproducido desde tiempo inmemorial, para darle continuidad generacional a la vida y a las costumbres. El parentesco real o ritual es la trama del tejido social y cultural del que las unidades familiares son la base. Por eso el trato ceremonial interfamiliar reafirma material y simbólicamente los lazos entre ellas –las familias– a través de matrimonios normados patrilinealmente del que resulta una red de solidaridades recíprocas comunales expresadas en un lenguaje común.

Aunque muchos de estos elementos se han transformado a través de procesos históricos específicos, dando lugar a una diversidad de grados de persistencia y formas culturales específicas de vivir, siempre queda un sustrato de identidad. Así también de origen y persistencia de valores, símbolos, conductas y espiritualidades que identifican no solo a las/los miembros de cada comunidad, sino a las comunidades vecinas y/o que hablan el mismo idioma y comparten la genealogía cultural. Esta, en la que el proceso de colonización europea unificó sus culturas, excluyéndolas racialmente de los privile-

gios de "los blancos", ubicándolos social y colectivamente en la posición de "indios" que debían dar servicio y tributo a los españoles y a su rey. La colonialidad del poder estatal sobre la identidad de indígenas guatemaltecos/as se reprodujo a través de la historia, perdurando hasta la actualidad, aunque trastocada por la ideología y la participación revolucionaria que acuerpó las rebeldías contra la injusticia del poder militar del Estado en una organización con una base social indígena muy amplia.

La persecución del ejército que obligó a huir hacia México a las bases campesinas de la zona fronteriza –como ya apuntamos– sí afectó con el terror la identidad de estas personas. Sin embargo, aún más definitorio fue, a largo plazo, la carencia de tierras sobre todo para los refugiados en Chiapas que dependieron fuertemente de la ayuda y solidaridad del ACNUR,[9] del trabajo mal pagado en los ejidos y ranchos mexicanos de la región fronteriza y del control político de la Comar. La dispersión de las anteriores unidades comunes en diversos campamentos y, sobre todo, el tener que vivir sin la relación directa con sus tierras, sus dioses y sus antepasados cambió toda la vida de los y las refugiadas y dio cabida a transformaciones culturales fuertes y definitivas –teñidas de modernidad– a pesar de que se construyeron nuevas formas de comunalidad en los campamentos del refugio. "Lo que más nos duele –decía una mujer refugiada en un campamento de Comalapa– es que no podemos enseñar a nuestros hijos a trabajar y amar la tierra, como lo hacíamos en Guatemala. Ni siquiera a leñar podemos enseñarles, aquí no tenemos nada, si acaso a la escuela van. Mejor ellos nos enseñan a nosotros a hablar el español". A la identidad de campesino/a indígena se sobrepuso la identidad de refugiado/a guatemalteco/a siempre con la añoranza de volver a su tierra.

Limitaciones y cambios en la práctica y la participación política

Los cambios en los espacios de militancia también afectaron las identidades, especialmente las de las mujeres. En México, oficialmente, quedó estrictamente prohibido que los y las refugiadas tuvieran contacto con las organizaciones político revolucionarias de Guatemala y de México. En eso la Comar ejerció siempre muy celosamente su misión de "seguridad". Todo lo que recibían los y las refugiadas debía ser estrictamente para el consumo familiar y cualquier persona extraña en las comunidades debía ser denun-

[9] Los refugiados en Campeche, y sobre todo los de Quintana Roo, tuvieron acceso a pequeños solares y viviendas con servicios mínimos en terrenos federales, pero la tierra era de tan mala calidad que solo servía para sembrar pasto y algún tipo de calabaza. Aun así, no eran *sus* tierras. Los jóvenes que vivieron en estos Estados tuvieron posibilidad de trabajar en la construcción y los servicios en Cancún. Su identidad cultural como asalariados, construida en el refugio, se prolongó en el retorno causando fuertes desadaptaciones; terminaron por regresar como trabajadores migrantes a las zonas turísticas.

ciada. No obstante, podemos asegurar que después de un tiempo de haber llegado a México se reestablecieron clandestinamente las estructuras de tres organizaciones revolucionarias entre los refugiados, aunque, como es lógico, la militancia se constriñó a los "responsables" de hacer tareas entre los refugiados. La participación como bases de apoyo fue totalmente diferente a cuando estuvieron en Guatemala, especialmente para las mujeres de base que no colaboraron muy directamente sino hasta la constitución de Mamá Maquín. Sin embargo, es preciso recordar que muchas mujeres durante los años ochenta tejieron y bordaron prendas que vendían al Comité Cristiano de Refugiados, y de lo que obtenían una buena parte se canalizaba a través de los "responsables" al EGP.

Debido a las sospechas que acciones como la descrita suscitaron, el ACNUR, en consonancia con la Comar, también vigilaba cuidadosamente que los apoyos dados a los y las refugiadas a través de las ONG se gastaran estrictamente de acuerdo a los proyectos aprobados. Cuando MMQ estuvo constituida, sus dirigentes políticos pidieron apoyos a la solidaridad internacional para su trabajo. Pero muchas veces –como acostumbraban las tres organizaciones político militares– las peticiones no fueron conocidas por las mujeres ni recibieron ellas los beneficios, aunque sí tuvieron que afrontar los reclamos de las financieras y los problemas para las comprobaciones.

También afectaron la identidad militante de las mujeres los cambios y conflictos que se dieron en las organizaciones revolucionarias después de la derrota que les infligió el ejército de Guatemala en los años ochenta, tanto en el campo como en la ciudad. A partir de entonces, los dirigentes del EGP tuvieron que cambiar su estrategia de guerra popular revolucionaria por algo que podríamos llamar de-sobrevivencia-y-presión-para-llegar-a-los-Acuerdos-de-Paz. Antes de salir al refugio, las familias de las bases de apoyo participaban directamente en la lucha política y en el sostén de la guerrilla para tener un gobierno democrático, tierras y justicia social, especialmente para los campesinos e indígenas. Con la represión a la población, la derrota y los cambios de estrategia sobrevino una carencia de información y un desconcierto político en la mayor parte de la población y especialmente en las mujeres refugiadas. Algunas ya no quisieron saber de la lucha: "por estar con ellos nos persiguieron, perdimos padres, hijos y esposos... mejor nos quedamos en México". Sin embargo, para la mayoría esta espera se diluyó con el tiempo en una actitud de disciplina generalizada ante las orientaciones que llegaban de la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) a través de las estructuras clandestinas. Así –con la mediación de las organizaciones de mujeres refugiadas y la dependencia creciente del ACNUR– las refugiadas se sumaron masivamente a la exigencia del retorno seguro, primero, y después a la exigencia del cumplimiento de los Acuerdos de Paz.

Otro efecto sobre las identidades y organización de las mujeres se dio a consecuencia de la división del EGP. En un análisis que hicimos sobre esa organización, en 1999, una de las dirigentas de MMQ, al referirse a la crisis del EGP sucedida años antes, expresó:

> Nunca entendimos bien qué pasó, no se nos informó claramente, pero de pronto dejamos de tener relación con la organización... ni de parte de Manolo recibimos orientación, ni de parte de Rolando (Comandante General) [...] era como si ya no importara MMQ para el proceso guatemalteco, tal vez por eso el apoyo del ACNUR fue más necesario para nosotras y temporalmente caímos en su dependencia total". A raíz de ese problema tres de las dirigentas se separaron y, en 1997, "fundaron su organización aparte con el nombre completo de MMQ: Angelina Macal Maquín, para ocultar su divisionismo y no perder el apoyo de la solidaridad internacional.

Paradójicamente este quiebre ayudó a que las dirigentas de MMQ pudieran –al analizar posteriormente su dispersión y asumir el distanciamiento general entre las organizaciones de base y la URNG que se generó con los diálogos de paz– tomar la decisión de autodeterminarse[10] como entes políticos y realizar una reunión histórica, ya en Guatemala. Ahí decidieron "revivir" a MMQ, es decir, reconstruir sus estructuras sobre la base de un nuevo diagnóstico, aglutinar nuevamente a las compañeras de su organización dispersas en los diferentes lugares de reasentamiento y seguir trabajando como mujeres con sus propias reivindicaciones políticas de género y sociales. Asimismo, iniciar una militancia popular como organización civil autónoma –lo que les ha permitido buscar su sostenimiento sin dependencias oficiales– y hacer alianzas con los movimientos campesinos e indígenas en defensa de sus territorios y en contra del extractivismo.

Fortalecimiento personal y social de sus capacidades, fortalezas y derechos como mujeres

El tercer elemento para el cambio de las identidades de las mujeres refugiadas fue el efecto de los aprendizajes sobre sus derechos como mujeres y como refugiadas. Este fue el objetivo central del trabajo de género que nos planteamos, conjuntamente, el CIAM y la directiva de MMQ desde el inicio de las actividades con el apoyo del ACNUR.[11] Así

[10] En este proceso que viví con MMQ, la visión autocrítica y posicionada como mujer feminista revolucionaria de María Guadalupe García fue determinante. Ello, junto con el hecho de que nunca apareció públicamente como tal, me llevó a reconocerla como mi "maestra".

[11] Es justo reconocer el apoyo que Terry Morel dio al trabajo con las mujeres refugiadas. Siempre propició la

el conocimiento y paulatino ejercicio de sus derechos humanos permitió a las integrantes de MMQ avanzar en diferentes grados hacia la transformación de sus subordinaciones de género, clase y etnia. En el diagnóstico que realizaron las dirigentas inmediatamente después de la constitución oficial de su organización[12] encontramos que, además de la generalizada precarización de sus vidas en el refugio, las refugiadas no se consideraban sujetas de derecho, y que confundían sus derechos con sus obligaciones tradicionales como mujeres: "Tengo derecho a hacer la comida para mis hijos y mi esposo". Incluso encontramos que muchas tenían naturalizada la violencia de género y hasta la justificaban: "es bueno que mi marido me pegue si no cumplo mis tareas". Evidentemente había un desequilibrio entre la conciencia social que se desarrolló con la relación y/o participación política en las organizaciones político-militares y la conciencia de género.

El trabajo de formación en derechos y género fue muy intenso con las mujeres de los campamentos, sobre todo en Chiapas. La incidencia se dio en muy diferentes grados, pero esos avances iniciales se construyeron trabajando las dinámicas de poder/subordinación de género con relación a los problemas concretos y situaciones vividas por las mujeres: salud, alfabetización, justicia, la elaboración de pan, relaciones familiares y de trabajo y, sobre todo, con relación al retorno. Además del trabajo de formación y concientización, podemos mencionar algunos planteamientos estratégicos en el trabajo de la organización que fueron significativos en la construcción de la identidad colectiva de MMQ: la conciencia de que como mujeres tenemos el mismo derecho que los hombres a tener información verídica y a participar en las decisiones que nos afectan; la construcción de su ejercicio de autodeterminación organizativa; el ejercicio de su participación en las demandas de retorno, en la selección de los lugares de asentamiento y en la organización y acompañamiento en los bloques de retorno.

Estas estrategias no tuvieron siempre la misma importancia en el trabajo con MMQ. Su implementación tuvo altibajos profundos, pero podemos asegurar que persistieron y ayudaron a las dirigentas a lograr el reconocimiento de su organización y de su actividad. Ello no solo de las instituciones oficiales, sino también de las ONG, de las Comisiones Permanentes para el Retorno y de los hombres refugiados. Aunque al regresar a Guatemala muchos de ellos les negaron el derecho a seguir existiendo e incluso les quemaron algunas de sus oficinas con la intención de que desapareciera MMQ.

---

equidad en la distribución de los recursos y en la participación política a través de las CCPP para el retorno. Lo más significativo para MMQ fue que no obstaculizó el enfoque crítico e interseccionado que aplicamos para combatir las desigualdades de género, clase y etnia. A pesar de que entonces el ACNUR ya promovía el objetivo neoliberal de "integrar a las mujeres refugiadas a las dinámicas del desarrollo".

[12] Las dirigentas fundadoras participaron en esa encuesta inicial entrevistando a las mujeres en su propio idioma y analizando posteriormente con nosotras los resultados.

Para cerrar este apartado quiero hacer mención de dos sucesos que muestran las fortalezas aprendidas y el proceso de construcción de la autodeterminación de MMQ a lo largo de su trabajo en Chiapas. Después de dos años de trabajar con ellas, el ACNUR nos informó que se terminaba el financiamiento para el CIAM a petición de las organizaciones de mujeres refugiadas porque querían administrar ellas mismas los recursos. A pesar de lo que significaba para nuestra ONG ese anuncio, lo vivimos, paradójicamente, como un logro de autonomía al que había abonado nuestro trabajo de fortalecer las decisiones de las mujeres. La sorpresa fue que unos días más tarde se presentaron las integrantes de la Coordinadora General para contratar nuestros servicios. MMQ nos ayudó con esa acción a romper las relaciones verticales que manteníamos con ellas, impuestas oficialmente a través de los financiamientos. A partir de entonces, nuestras relaciones adquirieron mayor horizontalidad feminista.

El segundo suceso se refiere al análisis que hicimos con las coordinadoras de MMQ sobre cómo, al retornar, no se consideraba a las mujeres como propietarias de las tierras. Las listas que hacían los oficiales del Instituto Nacional de Transformación Agraria (INTA) para entregar las parcelas y los lotes habitacionales solo reconocían a los hombres jefes de familia y a las mujeres viudas o solas, dando por sentado que las casadas no las necesitaban. En el análisis que hicimos MMQ y el CIAM con el ACNUR se vio claramente que esto significaba una violación al derecho de igualdad de género, y que a partir de esa exclusión la mediación de los esposos se daba en todos los derechos de las mujeres, pues quienes participaban y decidían en las asambleas eran ellos.

El análisis movilizó a las coordinadoras de MMQ, quienes a través del licenciado Alfonso Bauer supieron que las leyes de Guatemala no impedían jurídicamente la copropiedad de la tierra. María Guadalupe, que coordinaba los retornos de parte de su organización, tomó en sus manos esa reivindicación y junto con las organizaciones hermanas Madre Tierra e Ixmucané –apoyadas por los abogados del ACNUR y de las Comisiones Permanentes– lograron que el Estado guatemalteco reconociera jurídicamente y aplicara la copropiedad en las tierras de retorno.[13] No fue fácil, ni todas las mujeres retornadas recibieron tierra. Además, ha habido posteriores retrocesos significativos en la aplicación de la ley, pero se sentó internacionalmente un precedente básico en el ejercicio de la igualdad de derechos en los procesos de retorno.

Las luchas de MMQ junto con otras organizaciones campesinas sigue teniendo una presencia significativa, a pesar de que el número de sus integrantes en Guatemala nun-

[13] En 1996 el reglamento del INTA fue modificado. Y en 1999 el Congreso de la República estableció en la Ley de Fondo de Tierras que, exceptuando los casos de familias que tengan padre o madre solteros, "los títulos de propiedad serán emitidos a favor de los cónyuges o convivientes jefes de la familia beneficiaria". Citado en Carolina Cabarrús, *op. cit.*, p. 107.

ca ha llegado a ser igual al que tuvo en México. Es indudable que sus planteamientos feministas se han profundizado y que su presencia en las luchas que las organizaciones campesinas e indígenas realizan contra las empresas mineras, las inversiones agroindustriales y las hidroeléctricas –que despojan a las comunidades de sus tierras, contaminan el ambiente y atentan contra sus derechos sociales y culturales como pueblos– es muy importante para lograr la paz en Guatemala. En un escrito que hicieron en ocasión de su vigésimo quinto aniversario, expresan claramente su posicionamiento:

> Nos reconocemos como parte de los y las protagonistas de la Paz en Guatemala. Esto significa una gran responsabilidad, primero porque somos sobrevivientes de una larga guerra interna que no quisimos ni buscamos, pero también porque estamos convencidas de que no puede haber paz si no se transforman de raíz las causas de la explotación de las personas y de la madre naturaleza, si no se superan la expulsión y el racismo contra nuestros pueblos y se radica la opresión y la violencia contra las mujeres.[14]

Bibliografía

ACNUR, CEAR, IM-GRICAR y CCPP, "El retorno de los refugiados guatemaltecos. Experiencias de vida en el refugio, traslado y reasentamiento", Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, Guatemala, 1999.

Cabarrús, Carolina, Dorotea Gómez y Ligia González, *...Y nos saltamos las trancas: los cambios en la vida de las mujeres refugiadas retornadas guatemaltecas,* Consejería en proyectos, Guatemala, 2000.

Comisión para el Esclarecimiento Histórico, *Guatemala, memoria del silencio*, t. I*, Causas y orígenes del enfrentamiento armado interno*, Guatemala, 1999.

Giménez, Gilberto, "Materiales para una teoría de las identidades sociales", en José Manuel Valenzuela Arce (coord.), *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*, 2ª ed., Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte / Plaza y Valdés Editores, 2000. (Colección México Norte).

Jornadas por la vida y por la paz, "Proyecto de vida, proyecto de muerte", 1990.

Lozano, Itzíar, "Situación de las mujeres guatemaltecas refugiadas en Chiapas. Documento de trabajo", Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, Comitán, 1996.

[14] Organización de mujeres guatemaltecas refugiadas en México, Mamá Maquín, *Deshilando la historia. Nuestras reflexiones a lo largo de 25 años de vida: aprendizajes y aportes a los cambios políticos, económicos, sociales y culturales para la construcción de la paz en Guatemala,* Guatemala, MS, 2015.

Morel, Terry, "Mujeres guatemaltecas refugiadas y retornadas: su participación en las estructuras comunitarias y los procesos de toma de decisiones", ponencia en el foro Lecciones aprendidas en el trabajo con las mujeres guatemaltecas refugiadas y retornadas y los retos del futuro, Guatemala, 9 de octubre de 1998.

Organización de mujeres guatemaltecas refugiadas en México, Mamá Maquín, *Nuestra experiencia ante los retos del futuro: sistematización del trabajo de las mujeres de Mamá Maquín durante el refugio en México y su retorno a Guatemala*, Comitán, 1999.

_____, *Deshilando la historia. Nuestras reflexiones a lo largo de 25 años de vida: aprendizajes y aportes a los cambios políticos, económicos, sociales y culturales para la construcción de la paz en Guatemala,* Guatemala, MS, 2015.

Santiesteban, Jorge, "La experiencia del acnur con los refugiados guatemaltecos en el sureste de México", en Graciela Freyermuth y Rosalva A. Hernández (comps.), *Una década del refugio en México y los derechos humanos*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Ediciones de la Casa Chata, 1992.

Sistema de Naciones Unidas en Guatemala, *Guatemala, el rostro rural del desarrollo humano,* PNUD, Guatemala, 1999.

México y el proceso negociador de Guatemala

Miguel Ángel Sandoval[1]

Las notas que se escriben a continuación tienen como trasfondo el clima de conflicto generalizado que existía en la región centroamericana a finales de la década de los setenta y principios de los ochenta, que se agudiza con el triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua, en el año 1979, las guerras en El Salvador y Guatemala y con algunos intentos de organizar algo semejante en Honduras. Quizás habría que incluir en esta síntesis la existencia de la Nueva Joya en Granada, que culmina con la invasión norteamericana a esa pequeña isla del Caribe. Y, por supuesto, un giro en la política externa de Estados Unidos luego de la victoria electoral del ultra conservador Ronald Reagan. Son años cruciales de la Guerra fría que solo tiene una solución parcial con el derrumbe del muro de Berlín a finales de los ochenta.

Antes había ocurrido la negociación sobre el canal de Panamá y había emergido la figura emblemática de Omar Torrijos, continuando la idea de militares progresistas en la región. Sobre este es necesario apuntar que, con el canal en manos panameñas, en Estados Unidos, hubo un momento de crisis por una visión geopolítica que consideraba al canal como parte de su estrategia defensiva en términos militares. Y, por supuesto, la posición de que Cuba y sus relaciones con los procesos regionales estaba interviniendo en el conflicto del cono surafricano que más adelante concluiría con la victoria de Angola en batallas memorables contra el *apartheid*.

[1] Militante revolucionario desde mediados de los años sesenta. Miembro de la Comisión Político-Diplomática de la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca. Candidato a la presidencia de su país en 2007 y 2015.

Sin ese gran contexto son difícilmente comprensibles los movimientos políticos que dan, como uno de sus resultados, la constitución de una vertiente de trabajo en donde la solidaridad pasa a convertirse en la experiencia de diplomacia guerrillera de esos años. Parecería que las relaciones políticas que hubo entre las izquierdas regionales, así como con gobiernos, demandan a la fecha una mejor explicación. Es el caso de las relaciones políticas que se abrieron en países como México, Costa Rica, Venezuela y otros en el continente, no solo con las fuerzas políticas afines, sino con gobiernos establecidos. Como otros países en Europa o el mismo Estados Unidos. Ello se podía apreciar en los diferentes terrenos nacionales y también en los foros políticos a nivel internacional en donde las sacudidas centroamericanas no pasaban desapercibidas. Es un momento de fortaleza de la Internacional Socialista y de la emergencia de la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina (Coppal) a nivel continental. Es, asimismo, un momento de deterioro gradual de las dictaduras militares en el sur del continente, que están de alguna manera vinculadas a estos momentos irrepetibles en nuestra región. Justo es anotar que el Partido Revolucionario Institucional (PRI) era asiduo en las reuniones de la Internacional Socialista a donde las organizaciones de izquierda de la región tenían una presencia innegable y con apoyos de varios partidos y gobiernos, especialmente europeos.

La idea de victorias de las insurrecciones en El Salvador y en Guatemala animan los primeros años de la década de los ochenta y en ese marco se explican las vinculaciones que los revolucionarios de estos países buscaron con países como México. Pero, junto a la idea de victorias en estos países, se discute sobre la influencia que estas podrían tener en países vecinos, y es el momento de la revisitada "teoría del dominó", que explica mucho de lo que ocurre en esos años. México o Panamá quieren fronteras seguras. Es el momento de la diplomacia como muro de contención a varias posibilidades.

Es el argumento de fondo que se encuentra en el proceso del Grupo de Contadora que integra los esfuerzos de México, Panamá, Venezuela y Colombia en un primer momento, y que luego se amplía con otros países. Defender con las acciones diplomáticas la tendencia guerrerista de la administración de Ronald Reagan.

En el caso guatemalteco con mayor razón: México era una especie de retaguardia natural. Con este país se había desarrollado a lo largo de muchos años una relación especial entre las diferentes expresiones de la izquierda guatemalteca, producto de sus reiterados exilios y la permanencia de decenas de intelectuales guatemaltecos residiendo en México y trabajando en medios artísticos, culturales o en la academia. Y, por supuesto, por la existencia de un flujo constante en la frontera común por razones de trabajo (cosecha de café) y otras relaciones sociales.

La retaguardia segura

Como sabemos, México, hacia los inicios de la década de los ochenta, aún contaba con la idea de la revolución de inicios de siglo como una de las fuentes principales de su pensamiento y acción política. La Revolución Mexicana no era cosa del pasado; se mantenía vigente de alguna manera, quizás no tanto en México y en los hechos que internamente se desarrollaban, pero fuera de sus fronteras había la idea de que se mantenía algo de la herencia de esa revolución. Al menos el nacionalismo característico de ese país.

No es casual la postura mantenida durante las dictaduras militares del sur del continente y el asilo dado a personalidades de Argentina, Chile, Brasil, Nicaragua o Guatemala. Pero, sobre todo, se recordaba por su posición ante Cuba. Es la época en que por oleadas chilenos y argentinos llegaban a México, tierra de asilo, por lo demás, histórico.

Se recordaba la nacionalización petrolera, la existencia de un fuerte sindicalismo, la reforma agraria y otras medidas sociales como el seguro social, derechos laborales y, sobre todo, una especie de lucha permanente por su autonomía en las relaciones internacionales, especialmente por su postura ante Cuba y sus –relativos– roces con los Estados Unidos. En suma, había de donde pensar que en México se podía encontrar comprensión a los proyectos de cambio que se vislumbraban en la región centroamericana que, en sus rasgos más elementales, tenían que ver o guardaban alguna relación o influencia con la revolución de Villa y Zapata. Aunque, por supuesto, ya sabíamos de las críticas por el episodio trágico de Tlatelolco y de otras "incidencias", pero de manera general predominaba el carácter progresista que se le adjudicaba a la política exterior mexicana.

En otro orden de ideas, para cualquier conflicto armado de carácter nacional, la retaguardia es uno de los temas centrales al momento de pensar en términos militares, logísticos, políticos. Y para el caso de Guatemala la frontera con México fue desde siempre vista como su retaguardia, antes que pensar en esos términos en El Salvador, Belice u Honduras. Adicionalmente, familias enteras de guatemaltecos se mueven desde siempre en el espacio fronterizo de manera normal y ello por supuesto fue uno de los ingredientes de utilidad al momento de pensar en los usos de la retaguardia para la guerra de liberación de Guatemala.

En el caso guatemalteco, a pesar de las oleadas de exiliados en diferentes momentos, había siempre dudas sobre el comportamiento de las autoridades mexicanas. En los años finales de la década de los sesenta, grupo de militantes habían sido apresados con cargamentos de armas. La dosis se había repetido en el año 1976 y más adelante en 1981-82. En la última ocasión, el "cuadro" asignado al trabajo discreto con sectores en México fue conminado a dejar el país como resultado de una operación realizada

en Guatemala a una empresa trasnacional, pero con un ejecutivo mexicano. Adicionalmente, estaba en el recuerdo de muchos la muerte inexplicada de Yon Sosa en la frontera México-Guatemala en los albores de la década de los setenta.

En pocas palabras, el escenario de las relaciones con las autoridades mexicanas se componía de situaciones complejas; siempre existía el riesgo de ser víctima de los cambios de opinión o sensibilidad hacia el tema guatemalteco por parte de los funcionarios locales. A lo que se agregaba la idea de que la inteligencia local era eficiente y le tenía tomada la medida a los revolucionarios guatemaltecos.

Mi primer contacto formal con las autoridades mexicanas, en la fase que comento, y en medio de relaciones discretas con amigos diversos, fue con el director de la Dirección Federal de Seguridad. En efecto, recibí una llamada telefónica invitándome a una visita al despacho. Al plantear alguna dificultad para ese día, la respuesta fue: "No se preocupe, vamos por usted". Estaba claro que el margen para las actividades pasaba por la aceptación de las autoridades. Algo que no siempre se entendía por nuestras contrapartes en los más variados círculos políticos.

En otra ocasión, varios integrantes de una de las organizaciones fueron capturados, detenidos durante varios días y –luego de gestiones discretas, incluso con alguna Embajada– fueron expulsados hacia Canadá. Las relaciones con diversos medios en esos años, junto a los temas de orden político, también pasaban por litigar de oficio este tipo de casos.

Sin duda de ninguna especie, el temor mayor de las autoridades mexicanas era el contagio que podría haber por la frontera sur hacia grupos mexicanos que de una forma u otra se organizaban para luchas de corte insurreccional. Como es fácil comprender, el conocimiento que de ello se tenía era más o menos amplio, especialmente por los reportes que de tiempo en tiempo proporcionaba la prensa mexicana.

En pocas palabras, había que trabajar en varios planos, diferenciados, compartimentados. Se sabía que el mexicano era un mercado relativamente importante de armas, había además una frontera porosa, y se sabía que existían grupos armados mexicanos.

Las labores de logística eran hechas, necesariamente, con la más absoluta discreción y sin la participación de quienes se dedicaban a los contactos políticos y de otra naturaleza en territorio mexicano. Y, como "regla de oro", no se podría conspirar en temas de corte insurreccional con mexicanos. Era algo que se sabía desde siempre, pues parte de las fortalezas de la inteligencia mexicana estaba en la infiltración de los grupos en armas; un verdadero dolor de cabeza. En especial porque las distintas expresiones de la izquierda mexicana –no armada o no con tendencias insurreccionales– por historia y formación eran solidarias con procesos como el guatemalteco, pero en su seno siempre había alguien que tenía o sabía de relaciones con grupos de tendencia insurreccional. A ello se agregaba, en ocasiones, la idea que los centroamericanos podían trasmitir su experiencia... en fin, el trabajo era complicado.

Adicionalmente, había ocasiones en las cuales se demandaba de la izquierda guatemalteca posición sobre temas internos de la política nacional, pero los delegados que transitaban en una especie de semi-clandestinaje no podían rebasar esa línea, tenue, invisible, pero real que se establecía como norma en la tolerancia de las autoridades mexicanas hacia el trabajo que dejaban hacer. Hacía falta tener "los pies de plomo", como se dice, para no rebasar esa tenue línea, pues hacerlo traería como resultado automático la perdida de las posibilidades de trabajo en lo que se consideraba la retaguardia estratégica de la revolución guatemalteca.

Los refugiados

En el inicio de los años ochenta, la represión desatada en Guatemala dio como resultado la migración de decenas de miles de indígenas guatemaltecos que "inundaron" el sureste mexicano. Chiapas se convirtió en un hogar seguro para los guatemaltecos que huían de la política de tierra arrasada y genocidio que el ejército guatemalteco, bajo la dirección de Ríos Montt, impulsó luego del golpe de Estado del 23 de marzo de 1982. Aunque antes del golpe ya se había iniciado, de manera menos masiva, el éxodo después de este momento fue por decenas de miles.

Con ello el exilio guatemalteco de varias épocas que ya vivía en México y desarrollaba actividades varias en la academia, el mundo cultural, o el periodismo sufrieron una sacudida y de manera gradual, y a veces concertada, buscó apoyo para los compatriotas que salían huyendo del genocidio.

Es necesario tener en cuenta que la frontera es una línea en los mapas pero en la realidad es un conglomerado social que tiene relaciones de la más diversa índole. Y, en el caso concreto de la frontera del Suchiate encuentra, de lado y lado, relaciones familiares e incluso compadrazgos históricos como legítimos.

Es quizá esta la coyuntura más obvia que el gobierno mexicano ve con claridad; los efectos de la guerra en su propio territorio. Ya no se podía ignorar la existencia del conflicto armado del otro lado del Suchiate, así como ya no se podía mantener una actitud de simples observadores. La Doctrina Estrada debía tener un componente adicional; esto es, acciones concretas que indicaran la preocupación que desde el gobierno mexicano existía ante el fenómeno de los refugiados, que en un momento llegaron a ser más de 100 000 aunque, de manera oficial solo se reconociera alrededor de la mitad.

En el caso de muchos de los refugiados se trataba de trabajadores que año con año migraban hacia las fincas de café en el lado mexicano y por ello conocían de alguna manera las condiciones de vida de la gente. Sabían de andar indocumentados, de dónde ocultarse en las fincas, de relaciones con amigos o familiares para encontrar la ayuda

oportuna. En pocas palabras, una buena parte se encontraba como en casa. Ello le confería al fenómeno del refugio características especiales que tenían, como ingrediente adicional, crear suspicacias en las autoridades mexicanas.

Es este el contexto en el cual se constituye en México la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (Comar) en donde uno de los temas principales era mantener la soberanía mexicana incólume pues, de forma simultánea al éxodo, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) había hecho presencia con su comisión especifica: el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR).

A la vuelta de los años, parecería que la constitución de dos comisiones para la atención de un mismo problema, con algunas diferencias, expresa mejor que nada el impacto que el éxodo de miles de guatemaltecos que pasan la frontera del Suchiate. Estos hechos son los que impactan la visión de las secretarías de Gobernación y Relaciones exteriores, así como de otras instancias del gobierno mexicano. Así se instala, de una parte, la ACNUR con el mandato de la ONU y la idea de operar en cualquier lugar sin restricciones y, por otro lado, la Comar siguiendo las instrucciones de la política de gobierno para la atención de un tema de seguridad nacional y no solo humanitario.

Es con la existencia de dos instituciones –una nacional y otra internacional y a ratos contradictorias– que se constituyen las comisiones que representan a los refugiados. Y ello le da al tema un nivel de presencia e incidencia que no son habituales en el problema del refugio en diferentes países y conflictos, pero que, en caso del éxodo guatemalteco, lo convirtió en un actor de primer nivel. Por supuesto que ello no fue inmediato, sino que pasó un largo proceso de configuración luego de las peripecias del refugio.

La diplomacia privada

Uno de los primeros temas que se abordó por quienes en esos años formamos parte del trabajo de retaguardia estratégica fue precisamente el de los refugiados. Ello se produjo debido a que, para el ejército guatemalteco, era imposible disociar del tema fronterizo la relación que existía entre las organizaciones de izquierda en armas y los refugiados. En este contexto las presiones de los militares guatemaltecos sobre la frontera con México se hicieron sentir con fuerza. Las constantes amenazas se convirtieron en acciones militares por parte del ejército guatemalteco en contra de los campamentos de refugiados instalados a lo largo de la frontera. Es posible afirmar que estos campamentos se habían convertido en un objetivo militar y ello aumentaba la tensión en la franja fronteriza.

Hubo muchas ocasiones en las que el ejército guatemalteco cruzó la frontera con el pretexto de perseguir unidades armadas de la guerrilla, cuando en efecto se trataba de intimidar a los refugiados y, sobretodo, de presionar a su contraparte mexicana.

Amparo Agua Tinta, una comunidad situada en el límite fronterizo, fue atacada y la muerte de varios refugiados desencadenó un proceso de múltiples vías, en donde predominaban las presiones.

Hubo un momento en el cual las autoridades mexicanas insinuaron que debíamos influir para que los refugiados aceptaran moverse un poco más hacia adentro del territorio mexicano, lo cual era realmente problemático. Nuestro interés estaba en la seguridad de los refugiados que quería permanecer en la frontera. El ejército guatemalteco los quería lejos de su frontera con la idea de romper posibles redes logísticas, y el gobierno mexicano los quería lejos de la frontera para preservar su soberanía y, sobre todo, evitar cualquier incidente internacional. Asimismo, el respeto a las garantías individuales de los refugiados se convertía en una expresión de la política de México, que debía diferenciarse de sus vecinos del sur.

En ese contexto, y a propuesta de las autoridades mexicanas, fuimos invitados a visitar los campamentos pero, aparentemente, las autoridades locales sabían menos de estos acuerdos y fuimos capturados con amenazas de deportación. Esta situación sirvió luego para "bajar el volumen" a la idea de que podríamos apoyar en convencer a los refugiados, pues nuestra actitud reclamó la falta de coordinación entre las agencias del gobierno que trabajaban el tema. Al tiempo que de la parte mexicana se multiplicaron los esfuerzos para encontrar una salida a un problema que iba a prolongarse por varios años, casi una década, de parte nuestra multiplicamos los contactos con sectores amigos del proceso guatemalteco o con personas que de alguna manera eran los enlaces que el gobierno local facilitaba.

Ya entonces había relaciones con diferentes personajes del medio político. Una de las reuniones sobre el tema tiene lugar con la presencia de Gustavo Iruegas, Adolfo Aguilar Zinser y Jorge G. Castañeda. Iruegas, funcionario de Cancillería que contaba en su historial los conflictos de Nicaragua y Salvador, Aguilar Zinser, que destacaba en las páginas de *Unomásuno* y, finalmente, Jorge G. Castañeda, que mantenía una extendida red de contactos desde su colaboración con los movimientos revolucionarios.

En esa ocasión, aparecían de cuerpo entero las visiones sobre un tema complicado para México, para los refugiados, para los aliados y amigos y para el movimiento revolucionarios que nuestro equipo representaba. Nuestros amigos pedían, sugerían una actitud más fuerte o enérgica de nuestra parte, que se expresara en exigencias hacia el gobierno mexicano que incluyera denuncias de prensa categóricas. En cierto modo eso hubiera sido posible si el único expediente hubiese sido el de los refugiados, pero había también otros aspectos de la retaguardia en que se había convertido el territorio mexicano.

Pero existía otro tema que era indispensable tener en cuenta. La mayor comprensión del tema centroamericano daba la impresión que había llegado a su límite con la finalización del gobierno del presidente José López Portillo, y no solo por la voluntad

de los nuevos gobernantes sino por la crisis económica que había tenido lugar en los años finales del ese gobierno que concluye con la devaluación del peso a pesar de todas las declaraciones relativas a su defensa.

Aunque muchos no se dieran cuenta, el sustento económico de una política externa era una realidad, y el inicio, lento pero seguro, del abandono de ciertas premisas de la política interna y externa. Al respecto hay suficiente material. Es algo que formaba parte de los temas que se abordaban en diferentes reuniones. El agotamiento de la Revolución Mexicana o el fin del mito del nacionalismo mexicano o, si se prefiere, de las renovadas presiones de los vecinos del norte. Es parte de los escenarios que se analizaban en esos años.

Por supuesto que no había un análisis claro y fresco sobre el tema pues la inercia de los años no lo permitía y el discurso complicado de los funcionarios tampoco permitía establecer las certezas que se intuían pero, sin duda, se había iniciado una nueva época y nuestro equipo formaba parte en algún lugar, de alguna manera, de los "platos rotos" que a veces se tenían que pagar.

De nuestra parte había cautela pues el tema de la frontera era estratégico para nosotros y no se podían modificar las instrucciones con las cuales nos movíamos en el terreno. Adicionalmente, había que tener en cuenta los equilibrios entre los distintos componentes de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) que representaban al movimiento insurgente. Finalmente, y a pesar de estos cálculos, el tema se resolvió con el traslado de los refugiados hacia los estados de Campeche y Quintana Roo y finalmente, años después, con el retorno de manera organizada que se inició con una caravana de decenas de autobuses que dieron la vuelta al país. Ello ocurre poco tiempo antes del fin del conflicto en Guatemala como resultado del proceso negociador.

La negociación en México

En noviembre de 1986, en un comunicado de la dirección guerrillera, se hizo por primera vez el planteamiento de que existían las condiciones y la voluntad de abrir un proceso de negociación política para poner fin al conflicto armado de Guatemala. Era un tema delicado por lo cruento del conflicto guatemalteco, pero que era indispensable incorporar, pues el gobierno democristiano de Vinicio Cerezo tenía, en el escenario menos optimista, el beneficio de la duda de parte de los diferentes gobiernos de la región, México incluido.

Por esa razón se hace un planteamiento que en sus elementos centrales proponía que las eventuales negociaciones tuvieran lugar en algún frente guerrillero o en cualquiera de las embajadas europeas de los países en los que el presidente democristiano había hablado de negociar, dialogar, o iniciar un proceso en ese sentido, en el espíritu de Es-

quipulas. Ese planteamiento se completaba con la idea que el proceso también podría tener como sede el territorio solidario de México.

Sin duda el escenario estaba creado para el inicio de la negociación política en territorio mexicano, aunque para ello se habría que recorrer varios momentos en otros países. Así, en 1987 se inicia una ronda en Madrid, la primera, en sentido estricto, en que les da, como he escrito en otros artículos, "carta de ciudadanía" a las guerrillas y sus representantes en diversos países.

Luego de otras peripecias, así como de dos o tres intentos de golpe de Estado en Guatemala, –en donde uno de los argumentos es la negativa de sectores militares a la negociación política con la guerrilla agrupada en la URNG– se produce en 1990 la reunión de Oslo, en donde se define una ruta política a esa negociación que incluye las reuniones con diferentes actores de los grupos civiles organizados en Guatemala.

Si bien es cierto que las negociaciones tendrían su sede principal en México, en el momento en que las mismas se iniciaran de manera formal, desde antes de la primera ronda, estas eran motivo de conversaciones con el gobierno y sus funcionarios a diferentes niveles. De tal suerte que por la primera ronda de Madrid recibieron de nuestra parte un informe sobre su desarrollo, y nuestras valoraciones. Limitadas si se quiere, pero con la intención de ir ampliando el espacio para las mismas que sabíamos se engarzaban con el interés mexicano por la tranquilidad en su frontera sur.

Aun cuando no existe una bitácora de las aproximaciones al tema y las reuniones diversas sostenidas con las autoridades mexicanas sobre el tema guatemalteco, sí es posible afirmar que llega un momento en donde las diferentes instancias políticas quieren estar al corriente, tener una visión más cercana del proceso para su propio conocimiento y trabajo. De tal suerte que hubo durante esos años relaciones con la Secretaría de Gobernación y sus instancias, a varios niveles, desde la Comar; igualmente con la Cancillería, el PRI y, en la fase más avanzada del proceso, con el Centro de Investigación y Seguridad Nacional (Cisen).

Cada uno de nuestros interlocutores con funciones en el gobierno necesitaba una visión más cercana, como se señala, pues la seguridad nacional y la política exterior no podría no estar al corriente de un proceso de guerra o de conflicto a sus puertas, a punto de iniciar la negociación o en proceso negociador, sin tener la información puntual. Es obvio que en todo este recorrido se abrían contactos de lo más diversos y siempre acompañados con las opiniones de nuestros amigos más cercanos como los mencionados antes.

El circo de tres pistas

En alguna reunión de las tantas que tenían lugar en la región, y que tenían como telón de fondo la solución política de las guerras en la región centroamericana, apareció de cuerpo entero uno de los factores con los cuales era necesario contar siempre. En la ocasión que señalo, había una reunión de los países No Alineados (Noal) a nivel ministerial en Guyana. Parte de los puntos que se trabajaban era el de los apoyos a las soluciones negociadas, pero siempre con el cuidado de buscar el mayor nivel de acuerdo de parte de las cancillerías. En este caso, el Grupo de América Latina y el Caribe (Grulac), integrado por países miembros de los Noal, sabía que tenían que contar con la opinión de México –que no era precisamente miembro del Noal de manera plena, sino que era invitado u observador, pero con una influencia enorme.

Y claro, México jugaba con una carta un tanto mayor que la de otros países pues por su relación con Estados Unidos y otros países de la región centroamericana y por lazos que se habían formado en años de esfuerzos, pues sencillamente su posición era de tomarse en cuenta. Aun si no se estaba de acuerdo, había que "navegar" con estas posiciones, pues la retaguardia segura siempre estaba en cuestión, al menos era parte del balance que en esos años se hacía.

Lo de las tres pistas hacía referencia a los acuerdos, aun fuera en pequeñas cosas que no determinaban mucho, para varios temas que se tomaban en La Habana, Buenos Aires y México, a nivel de gobiernos, partidos, y los movimientos en armas como los nuestros. Se transitaba de un lugar a otro con esas informaciones en la manga. Por ello, se sabía que en Ginebra el tema de los derechos humanos –en esos años importantísimo para Cuba– tenía en México un aliado, mientras que gobiernos como el de Guatemala de alguna manera les hacía "guiños de ojo" a los sandinistas, pues igualmente tenía que contar con estos. En esa medida todo se había vuelto más complejo para las negociaciones de los insurgentes chapines o salvadoreños.

Esa es la razón por la que en su momento se buscaran, de la parte insurgente, mayores apoyos en los países nórdicos, pues se tenía clara conciencia de los límites en los países más cercanos. Y, por supuesto, en ello se sabía de los giros nunca violentos ni bruscos, pero sí consistentes que se iban produciendo en la diplomacia mexicana, en los acercamientos cubanos con gobiernos centroamericanos, en una sucesión de hechos sin fin.

Ahora bien, en momentos como estos, el tema de la negociación guatemalteca iba de las montañas y las acciones guerrilleras a las mesas de negociación, particularmente en México, y a continuación en los diferentes foros internacionales.

Para la URNG en esos años el tema de los derechos humanos se convirtió en la punta de lanza de su ofensiva diplomática. El "abc" de sus cartas de negociación por la brutalidad del ejército guatemalteco que era conocido por el comportamiento de

los kaibiles –solo comparable con la de los gurkas utilizados por el ejército inglés en sus guerras coloniales– y que era sistemáticamente denunciado por la estrategia de tierra arrasada y genocidio y las reiteradas expresiones de violaciones a los convenios internacionales. A ello no se podía esperar rechazo de gobiernos amigos, aliados, o simplemente observadores.

Las peripecias negociadoras

Como se señala líneas arriba, las relaciones con los diferentes factores del gobierno anfitrión, que gradualmente se multiplicaban, tenían como trasfondo la necesidad de cada quien de contar con la información más fidedigna posible, a fin de que sus propios análisis y cálculos no fueran producto de información parcial o inexacta. Por ello la apertura en las relaciones con quienes fungimos como enlaces.

Aunque claro, si se pudiera tener de manera gráfica la tendencia en esas relaciones se podría establecer cómo estas relaciones se intensificaban en la medida en que existían rondas de conversaciones, documentos de las partes, declaraciones que ponían en solfa el propio proceso o incidentes de la más diversa naturaleza alrededor del proceso, en especial todo lo que tenía que ver con enfrentamientos armados, acciones de alguna envergadura, declaraciones de sectores, opiniones que venían de Naciones Unidas, Noal, la Internacional Socialista y visitas de funcionarios al gobierno guatemalteco, entre otras.

Así, antes de las negociaciones directas con el gobierno fue el turno de las largas esperas y antesalas, con cordialidad pero sin resultados, y con funcionarios de bajo rango. Después del inicio y a medida que el proceso se aproximaba a fases definitorias, las horas de antesala desaparecieron para convertirse en reuniones francas y ágiles, con agenda, etcétera.

Uno de los incidentes de mayor trascendencia fue el momento del alzamiento zapatista, el primero de enero de 1994. En efecto, luego de un par de semanas intensas y complicadas en territorio mexicano, se anuncia la realización de una ronda más entre las partes guatemaltecas en México, al tiempo que el gobierno mexicano declara el inicio de la salida política al levantamiento zapatista. Desde diversos análisis, se leyó una especie de simetría entre el emergente proceso zapatista y el difícil proceso negociador guatemalteco. En verdad no había simetría pues se trataba de situaciones históricas, políticas, militares, diferentes. Sin embargo, no pocas gentes vieron simetrías. Es el momento en que se lee, de parte de amigos y de no tan amigos, que las negociaciones de Guatemala se aceleraban por la presión que significaba la emergencia zapatista. En verdad se supo desde el inicio que el movimiento zapatista no era un tema que militar-

mente afectara la frontera, pues el rumbo que este proceso abría era de otra naturaleza, política fundamentalmente.

Así, en la Ciudad de México, el 10 de enero de 1994, se firmó por nuestra parte un acuerdo para la reanudación de la negociación luego de un anuncio en las Naciones Unidas por el gobierno guatemalteco, que como siempre, ponían fechas límites, topes, plazos, etcétera. En esa ocasión se suscribió un calendario que fijaba fechas para cada uno de los temas y para la finalización de la negociación en ese año. Es prudente señalar que los plazos, y las fechas en esos días, no pasaban de ser un trámite para que en Naciones Unidas se valorara la capacidad negociadora de la insurgencia guatemalteca. Se decía con toda la tranquilidad que se aceptaban incluso las fechas del cese el fuego, pero se condicionaba de tal manera que sabíamos que no había gobierno capaz de cumplir con nuestros requerimientos. Era una manera de decir no a los emplazamientos diciendo sí. Al tiempo que se ponía en situaciones complicadas al gobierno de turno. Fue un periodo en que casi nunca dijimos no a nada, pero en la práctica mucha gente sabía que la posición insurgente era inflexible en determinados aspectos y por ello la negociación no podía avanzar pues en ningún caso satisfacía las exigencias del gobierno, o las expectativas de los amigos del proceso.

Mientras, diversos funcionarios del gobierno mexicano nos planteaban dudas sobre la proximidad geográfica del levantamiento zapatista y la frontera con Guatemala, como si eso fuera suficiente para establecer vínculos de otra naturaleza. Desde nuestra perspectiva, el tema era cómo convencer a nuestras contrapartes de que no existía ninguna relación, cómo, en efecto, no existía a pesar de la cercanía geográfica.

Solo el tiempo pudo hacer comprender que esa cercanía geográfica, étnica, social, histórica, no tenía otro tipo de vínculos, aunque en esa coyuntura sí sentimos una suerte de presión para que el proceso nuestro se acelerara. De todas maneras, las presiones, contrario a lo que se pueda pensar, no tenían origen en las cancillerías de los países amigos o vecinos. Las presiones tenían origen en la sociedad guatemalteca que demandaba con urgencia el fin de la guerra, de la represión, del terror. Esa era la mayor presión que tuvimos en esos años. Son construcciones alejadas de la realidad aquellas que dicen que la negociación en su fase final tuvo como ingrediente mayor la presión de gobiernos y las propias Naciones Unidas. En verdad eso no era determinante en la visión que se tenía del proceso y las negociaciones.

Y otro de los incidentes que le dieron un toque de suspenso al proceso se produjo en medio de una ronda negociadora. En esta ocasión, un depósito de armas que iba dirigido a las fuerzas guerrilleras guatemaltecas fue detectado y capturado junto con las personas que lo custodiaban. El resultado fue que un día por la mañana, recibimos, de parte de las autoridades mexicanas, el diario *Excélsior* con un enorme titular sobre el hecho, en la puerta de todas las habitaciones que ocupaba nuestra delegación, lo cual

sí fue evaluado con detenimiento. Sin embargo, no pasó de un incidente. Para esos momentos, desde dentro del proceso negociador ya se intuía, o mejor, ya se sabía el resultado final del mismo, solo que para el desenlace había que superar algunas dificultades y consumir varios meses.

Notas finales

El proceso guatemalteco finalizó el 29 de diciembre de 1996, luego de 36 años, desde el inicio y sus altibajos. Fue una guerra de baja intensidad, una rebelión sin éxitos militares de gran magnitud, una guerra en donde lo que más pesó fue la represión desencadenada pero, encima de todo, un proceso social que tuvo su origen en el derrocamiento de Jacobo Árbenz, que trunca la revolución democrática en Guatemala.

Todos los incidentes del proceso armado y su solución negociada ponen a prueba en esos años la imaginación política de los principales actores de las partes, y de los países acompañantes, México de entre ellos. En el proceso político guatemalteco se pueden distinguir dos fases con claridad: el proceso hacia la firma de la paz y el que tiene lugar después de la firma de la paz el 29 de diciembre. En la primera fase hubo espacio para la imaginación política, la búsqueda de consensos y acuerdos. En la segunda fase, aparecieron rasgos indeseables de la política nacional, el cansancio de las dirigencias guerrilleras, la falta de compromiso de la comunidad internacional.

Mucho se ha dicho sobre el fracaso del proceso de paz, o sobre una implementación absolutamente recortada; sin embargo, justo es anotar que hoy día es modélico en Naciones Unidas. Sobre todo, en la parte previa a la firma de los acuerdos, en donde predomina la idea de resolver, o al menos aborda, las causas más profundas de los conflictos. No así en la parte de su implementación, en donde hay una enorme deuda pendiente.

No obstante, puedo afirmar sin temor a equivocaciones que se abrió una puerta a la construcción democrática con todo lo que ello implica y, sobre todo, los pueblos indígenas encontraron en el acuerdo específico, las primeras justificaciones históricas a su rebeldía. Hoy día vemos, en parte, los primeros productos de ese largo proceso, a pesar de sus muchos detractores. En esta perspectiva queda la impresión que la idea de una transición política a la firma de la paz se convirtió, en algunos análisis, en una especie de ejercicio de laboratorio que no tomó en cuenta los profundos desajustes sociales ocasionados por la guerra, de los cuales, particularmente en términos de organización social, es apenas ahora que estamos intuyendo las salidas.

Hace falta una visión de largo plazo para poder valorar en su justa dimensión el valor y el peso de los Acuerdos alcanzados con el fin negociado del conflicto armado de

Guatemala que, por lo demás, tienen vigencia programática y siguen estando presentes en el imaginario de muchos sectores aun si no se impulsan de forma sostenida y a pesar de ser compromisos entre dos partes que en ese momento estaban en los extremos y de ser una ley del país, que como muchas, duermen el sueño de los justos.

"Pa' los toros del Jaral..." Entrevista al embajador Hermilo López Bassols

Mario Vázquez Olivera[1]

El licenciado Hermilo López Bassols ingresó al Servicio Exterior Mexicano en 1971. Trabajó en la representación mexicana ante la ONU, en la embajada mexicana en París y en los consulados mexicanos en Vancouver, Houston y San Diego. Como embajador en El Salvador entre mediados de 1989 y principios de 1992 fue un testigo excepcional de los acontecimientos que marcaron el desenlace de la guerra civil en aquel país centroamericano, como la ofensiva general del FMLN y las negociaciones de paz. Conocido por su enérgico carácter y su trayectoria en defensa de ciudadanos mexicanos en Estados Unidos, Jorge Bustamante, fundador del Colegio del Frontera Norte, tituló su columna del periódico *Excelsior* en referencia al nombramiento del licenciado López Bassols como representante mexicano en aquel difícil destino: "Pa' los toros del Jaral, los caballos de allá mesmo...".

Mario Vázquez Olivera (MVO): ¿Cuáles eran las circunstancias de El Salvador cuando fue nombrado embajador en ese país?

Hermilio López Bassols (HIP): En junio de 1989 tomó posesión como presidente de El Salvador Alfredo Cristiani, del partido derechista Arena. El secretario de Relaciones Exteriores, Fernando Solana, se trasladó a la toma de posesión y lo acompañé. El presidente Cristiani no dio entrevistas en la tarde a ninguna de las misiones que fueron al evento, en las que incluso venían algunos presidentes. Sin embargo, mi antecesor, Federico Urruchúa, había logrado conseguir una cita para Solana.

[1] Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la UNAM.

Este es un indicativo, diplomáticamente hablando, de que Cristiani tenía fe en dos cosas: la consecución de la paz, de lo cual había hablado en su discurso de la mañana, y la posible participación de México en dicho proceso.

Hay que decir que nuestra diplomacia no era muy bien recibida en El Salvador. La Democracia Cristiana no estaba contenta con nosotros. Ellos fueron los que más impugnaron la política exterior de México calificándola de injerencista, tal como algunos autores mexicanos lo publicaron en ese momento y lo siguen difundiendo hoy en día, lo cual francamente rechazo.

El presidente Cristiani invitó a Solana a una entrevista muy corta pero significativa en la que le dijo que estaba comprometido con la paz, que su mandato iba a ser un mandato de negociación a pesar de que el espectro político se movía a la derecha, todavía más, con la llegada de Arena al gobierno. Y sabemos la composición de su gabinete. A mi me tocó trabajar con todos ellos; con unos hice una gran amistad, pero con otros hubo asperezas muy serias. Entonces, estando yo presente, veo al secretario Solana recibiendo las palabras del presidente salvadoreño, de su compromiso con la paz y que quería que México participara en ese esfuerzo.

Yo volví a El Salvador en agosto ya nombrado embajador. Agosto es un mes en que, como todo el que haya vivido allá sabe, durante las fiestas agostinas no hay nada, así que me recluí en la embajada a aprender. Era mi primera aproximación a Centroamérica y a América Latina. Hasta entonces solo había trabajado en representaciones de México en países del primer mundo, Canadá, Francia y Estados Unidos.

MVO: ¿Tenía indicaciones especificas del presidente Salinas sobre su actuación en El Salvador? ¿Cuál era el papel que nuestro gobierno había jugado hasta entonces en dicho proceso y cómo se observaba aquella coyuntura?

HLB: Definitivamente había un conocimiento presidencial de lo que podía ocurrir en El Salvador en los meses inmediatos, de los actores que iban a ser enemigos acérrimos e infatigables del proceso de paz; de los que todavía, la mayoría, estaban muy tibios respecto a una aproximación con la guerrilla, y había un grupo muy minoritario dentro del gobierno salvadoreño que no quería tanto resolver sino escuchar las peticiones de los guerrilleros, pero pensando que el dialogo era el recurso político, de cara a la opinión pública, aunque en realidad su opción eran las armas, continuar la guerra. Respondiendo a la pregunta, sí había una concepción del Gobierno mexicano. Ante ello nos propusimos llevar a cabo una acción diplomática coordinada del más alto nivel para acercarnos al gobierno de El Salvador y propiciar el dialogo. Bajo qué términos y qué agenda impulsar, eso aún no estaba definido.

Si me piden una fecha o un hecho que revele fehacientemente la voluntad del gobierno mexicano por participar en el proceso de paz, yo, sin duda alguna, lo

señalaría hacia el propio inicio del conflicto armado de El Salvador, con la Declaración Franco-Mexicana, en agosto de 1981. Sin duda, esta declaración fue un acto visionario de los dos gobiernos. Los cancilleres Chesson por un lado y Castañeda de la Rosa por el otro, percibieron perfectamente que la confrontación armada iba a tener un trayecto muy doloroso, sangriento y prolongado en ese país; y en el espacio centroamericano había una serie de conmociones vecinas, por tanto, el gobierno mexicano decidió hacer un comunicado de cancillerías mandando un mensaje muy claro en el sentido de que el conflicto salvadoreño debía resolverse por la vía de la negociación. Asimismo, la Declaración le brindó al FMLN la posibilidad de tener representaciones oficiales y contactos en el exterior. Si bien los tenía de forma más sigilosa, a partir de ese momento México permitió la apertura de una representación del FMLN en la Ciudad de México. Nuestro gobierno consideró que siendo una fuerza representativa que estaba en contienda con el gobierno de su país tenía derecho a buscar espacios de comunicación con el exterior.

Creo que la declaración es el rompe fuego de la participación de México en aquel conflicto. Paralelamente, un grupo de la sociedad civil, específicamente universitarios de Guadalajara, Guanajuato, la Ciudad de México, entre otros, generaron una solidaridad que necesitaba el movimiento salvadoreño, no solo por la vía económica, sino solidaridad de orden político, y también se generó una solidaridad de militancia en el conflicto. Como bien lo sabemos, numerosos jóvenes mexicanos se trasladaron a El Salvador para participar en alguno de los cinco grupos armados.

MVO: ¿Cuáles fueron los motivos que tuvo el gobierno mexicano para involucrarse?

HLB: Podemos identificar una serie de elementos en la postura de nuestro gobierno. En primer lugar había preocupación debido a que en México se agudizaban los problemas de la migración, específicamente la salvadoreña y guatemalteca que tumultuosamente cruzaba la frontera y generaba un serio conflicto para el Estado mexicano, que primero fue asentando a esos refugiados en escenarios como La Trinitaria, Comitán, casi en la frontera, pero después, sabiamente decidió moverlos, ya con la participación de ACNUR, hacia otros estados del Sureste para que estuvieran a salvo de los militares guatemaltecos que cruzaban la frontera y los perseguían en territorio mexicano. Entonces yo creo que uno de los fundamentos de la acción mexicana estuvo motivada por los hechos ocurridos en la frontera.

MVO: ¿El mandato que tiene usted como embajador es continuidad de esos motivos?

HLB: Por supuesto. No fue una actitud que surgiera por casualidad ni por la específica coyuntura que estaba sucediendo en ese país por la toma de posesión de Alfredo Cristiani, presidente de la ultra derecha, pero que hizo una firme declaración en su discurso de toma de posesión de que se comprometía con la paz. No fue en la

administración de Salinas de Gortari, sino previamente, que surgió la preocupación, el interés de que nuestro país, con otros más, pudiera coadyuvar al proceso de paz en El Salvador.

Poniendo de otra forma su pregunta, ¿existió un proyecto de acción de México que inició en el año de 1989, que vino a coincidir de hecho casi con la toma de posesión del presidente Salinas, con la llegada de Fernando Solana en la Cancillería y con la toma de posesión de Alfredo Cristiani? Definitivamente no. Esto es mucho más atrás. La Cancillería estaba consciente de lo que estaba ocurriendo porque también habíamos participado en los diálogos anteriores. Que si bien la gente diría que fueron fallidos porque no lograron más que establecer una relación indirecta con las autoridades, como fue en los encuentros de La Palma y la Nunciatura en 1984 y 1987 respectivamente; hay que decir que esos intentos se vieron truncados fundamentalmente por la injerencia norteamericana, pero que en 1989 eso ya fue diferente. Este punto no lo podemos explicar sin considerar el fin de la Guerra Fría. Es decir, cuando Estados Unidos se dio cuenta de que la presunta intervención soviética en Centroamérica se había desvanecido y que estaba desembolsando un millón de dólares diarios para pagar la nómina del ejército salvadoreño, del cual los altos mandos se agenciaban una enorme cantidad. Entonces es obvio que México vio el escenario, no puedo decir que inducido, sino como una política independiente, razonada, autóctona, nuestra, para participar en el proceso de dialogo. Por lo menos así debo de decir que me lo expresó el presidente Salinas cuando me invitó.

MVO: ¿En San Salvador usted tomó contacto con las fuerzas opositoras y personajes claves de aquella coyuntura como Guillermo Manuel Ungo, Rubén Zamora e Ignacio Ellacuría?

HLB: En el caso de Guillermo Ungo, sabía que había sido miembro de la Junta de Gobierno que dirigió El Salvador tras el golpe de estado de 1979. Supe de la proximidad que tenía con los venezolanos y los españoles, principalmente, pero finalmente hicimos una relación directa. Con él no había absolutamente ningún problema, porque no estaba directamente involucrado en el conflicto, al igual que Rubén Zamora y otras personas más. Así que mi contacto con él fue completamente libre.

Algunas personas que traté allá habían estado anteriormente en México, algunos incluso trabajando con el expresidente Luis Echeverría en el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo. Héctor Dada, por decir un nombre concreto. Él también había sido miembro de la Junta de Gobierno y canciller en 1980. Él y Ungo fueron mis primeros contactos, los que me abrieron las puertas para conocer al sector no armado del movimiento revolucionario. Otro

más fue Héctor Oquelí. Héctor, Zamora, Ungo y Dada son cuatro gentes que me fueron fundamentales. La otra personalidad fue el padre Ignacio Ellacuría, pues a poco de haber llegado a la Embajada fui a buscar al que era entonces rector de la UCA[2] y le presenté un proyecto de colaboración cultural con México. Ellacuría fue muy sensible y me dijo un pronóstico: "Usted va a jugar un papel muy importante en este país". Lo digo con mucha satisfacción.

Otra gente que también fui a buscar de inmediato fue al arzobispo de San Salvador, Monseñor Rivera y Damas. También le dije por qué estábamos ahí, cuál era el mensaje de nuestro gobierno y que, en el momento que él necesitara un apoyo exterior, pues con mucho gusto y de forma respetuosa a la soberanía de su país, nosotros estaríamos dispuestos a contribuir. También me dijo: "Usted va a estar ocupado muy pronto".

MVO: ¿Cuál fue el primer suceso importante de su nueva misión?

HLB: De inmediato. En septiembre llegaron los primeros sucesos donde tuvimos que trabajar intensamente. Fue el caso de los lisiados del FMLN que estaban en el atrio de la Catedral. Después de la plática con Monseñor Rivera y Damas que ya conté, a los pocos días, un domingo, fui a ver las condiciones en que estaban. La tropa no estaba muy dispuesta a que se acercara nadie. La identificación diplomática no tenía ningún valor para ellos. El resultado fue que junto con un sacerdote me permitieron acercarme para ver y dar testimonio de lo que estaba ocurriendo. La gente se estaba literalmente muriendo de hambre. Muchos de ellos estaban en estado de inanición, lo puedo decir, estaban comiendo costales. La comida se las aventaban en costales y después hervían el costal y con eso hacían sopa. De la paja. Así que eso era lo que comía esta gente. Una cosa dantesca.

A los pocos días, cuatro o seis días después de que yo había estado viéndolos, sin identificarme, viendo sus condiciones, cuál sería mi sorpresa, que en la mañana, a las nueve o diez, me enteré que habían violado las puertas, que habían golpeado a los policías, se habían metido y estaban ya dentro del consulado.

También pululaban alrededor de estos lisiados una cantidad de activistas y muchos de ellos eran norteamericanos. Esa fue la primera ocasión en la que tuve que hablar un poco más claro con William Walker, embajador de Estados Unidos. Porque al bajar y ver ese espectáculo que estaba en el jardín de la Embajada, eran más de cien personas entre unos y otros, pues yo busqué a los que eran salvadoreños para hablar con ellos. Los médicos sí eran necesarios, pero los que

[2] Universidad Centroamericana «José Simeón Cañas», conocida simplemente como UCA El Salvador, es un centro de educación superior jesuita salvadoreño, de capital privado sin fines de lucro, también denominada como UCA.

venían de otro lado y a otras cosas no podían estar allí ni el gobierno de México les podía prestar la bandera para nada. Como ellos se resistieron yo le hablé a Walker y le dije:

–Aquí tengo un grupo de americanos.

–Ya lo sé– me dijo.

Más o menos mascaba el español, era el mismo embajador que quiso aterrizar en Panamá y que un grupo de religiosas se tiró en la pista para impedirlo. Y sin lugar a dudas, lo digo yo, es uno de los arquitectos del asesinato de Ellacuría y los demás jesuitas, por lo menos conoció previamente de este hecho. Tal vez me vio tan enérgico que me dijo:

–Pues lo vamos a resolver.

Y se los trasmití a las gentes que estaban ahí, tenían que desalojar. Algunos aceptaron y se fueron, otros lo hicieron en un camión que envió la embajada americana. Entonces, hablé con el gobierno, para decirle la situación que teníamos. El arzobispado ayudó enormemente, pues ya me había avisado Rivera y Damas que iban a llegar a irrumpir en nuestra embajada. En cierta forma lo dijo.

Yo pedí ayuda a la Secretaría, además de avisar. Fue el director de Recursos Humanos y Materiales, una persona muy sensible, y me acuerdo que llegó, entró, vio el espectáculo y me dijo:

–¿Cuánto quieres? Que yo tomo el avión hoy en la tarde, yo no quiero ver esto.

El resultado fue una negociación muy áspera. El que no tiene esa experiencia centroamericana, latinoamericana, donde estas situaciones se pueden dar, no se lo puede imaginar. Yo venía de países desarrollados. ¿Cómo hacerle? Se pudo conseguir que el gobierno fotografiara a los lisiados para darles el salvoconducto. ¡Qué cosa más complicada! Negociar con el canciller José Pacas Castro, que pertenecía a la extrema derecha y que tenía una evidentísima mala voluntad para con el gobierno mexicano. El director de Protocolo se portó bien y poco a poco pudimos ir solventando la situación.

Sí, los lisiados se habían metido a la fuerza, punto. ¿Qué procedía? Pues sacarlos del país. Esa fue una operación muy complicada, porque al evacuar a un centenar de personas lisiadas en una ciudad en sitio, como estaba El Salvador, se corrían graves riesgos. La encargada de Derechos Humanos del Arzobispado participó en ello. Los lisiados dijeron muy claro que querían ir a Cuba, a donde ya habían sido trasladados antes otros de sus compañeros. Entonces hubo que encontrar una fórmula para conseguir una aeronave guatemalteca que se los llevara. Fue una operación muy difícil, porque en último de los casos debían de ser protegidos por los propios soldados y los lisiados eran sus enemigos. ¡Y estaban a

cinco metros! Entonces llevamos a cabo la operación de noche, en la que a mí no me sacaron otra palabra que "al exterior":

–¿A dónde van?

–Al exterior.

–¿Por qué interviene?

–Al exterior.

Yo no quise decir una sola palabra más que "al exterior", no involucrarme absolutamente nada. Al cerrarse la puerta del avión, digo yo, ya tranquilo, "esto ya se resolvió". No sabía que meses después, creo que fue en febrero de 1990, vendría otro grupo de lisiados, ya no de Catedral sino de otra iglesia y tuve que hacer la misma figura. Pero ya no dentro de la atmosfera de lucha armada que se estaba dando en el perímetro de la ciudad.

MVO: Después de eso vino la ofensiva "Hasta el tope".

HLB: La inminencia de la ofensiva la conocí por la voz de Memo Ungo. Él fue el que me dijo:

–Prepárate. Va a haber una acción militar en la ciudad. Prepara tu embajada y prepárate para lo que va a venir.

Evidentemente él sabía lo que podía ocurrir o lo que ocurrió finalmente. Las condiciones objetivas del ataque eran ya visibles. Entonces una noche, de forma ya no tan sorpresiva, llegaron personas en grupos o de manera individual, algunos disfrazados, otros con la mujer, otros con sus hijos, para protegerse en la embajada, porque sentían que la ofensiva era inminente y corrían el riesgo de morir. De esos personajes tengo perfectamente grabados a algunos que llegaron a ser miembros del gabinete. El líder sindical Humberto Centeno, que luego fue ministro del Trabajo con el presidente Funes, por ejemplo. Habrá sido un cumulo de ochenta o noventa gentes. Inclusive los padres del comandante de la guerrilla Joaquín Villalobos. También llegó el director del *Diario Latino*, Francisco Valencia. Yo había sido solidario con su periódico, con la libertad de expresión, en lo que yo pude. Después de la matanza de FENASTRAS, volaron las instalaciones del periódico de izquierda y se quedó sin publicar un día, creo, entonces hablé con Francisco y le dije:

–¿Qué necesitas para seguir con tu labor informativa?

Eso también me lo recomendaron los jesuitas. A los dos días empezó a publicar nuevamente.

Ahí no hay libro que diga qué hacer, simplemente era jugársela. La Secretaría dio órdenes, a la información nuestra, de que se concentrara el personal de la embajada en la residencia y que ahí permanecieran esos días. Que ahí se quedaran hombres y mujeres. Si era necesario que algunos desalojaran la ciudad, que salie-

ran por la vía que fuera. Estaba despejado el camino hasta Guatemala. Así salieron varios ingenieros de ICA. Yo les ofrecí la camioneta de la embajada para que los recogieran en varios puntos en que estaban trabajando en instalaciones de energía geotérmica. De ahí derechito a Guatemala. Las gentes de ICA y otras empresas mexicanas lo agradecieron mucho.

Entonces vino la ofensiva militar del FMLN. El número de gentes en la Embajada iba acumulándose. Había que encontrar alguna solución. Debo decir que en el primer momento esas personas no estaban solicitando asilo. Aunque eran perseguidos políticos en su argumentación. No solo fue este grupo de personas, familiares de gentes de la guerrilla, líderes políticos, periodistas que estuvieron ahí, sino también pidieron al gobierno de México la posibilidad de un refugio, de una protección, otras figuras. En forma muy específica, Rubén Zamora. Ahí lo tuvimos en la embajada.

Eso provocó que el ejército mexicano aquí estuviera muy alerta de lo que estaba ocurriendo, e inmediatamente dos agregados militares se trasladaron a El Salvador. Entonces se dio que, paradójicamente, en un sitio de la Embajada estuvieran los agregados militares y en otro estuvieran los miembros del comité político que apoyaba al FMLN. Y esa situación dentro de una casa fue muy complicada. En fin... salió bien. Se dio el movimiento militar que llegó hasta el centro, al corazón, a la puerta de la casa presidencial, más toda la periferia que dominaba la guerrilla, pero no se produjo la insurrección.

MVO: ¿La idea del FMLN era tomar el poder?

HLB: Evidentemente sí. Después Shafick Handal me quiso explicar estas cosas. Él, a toro pasado, me decía: "Para que negociáramos teníamos que obligarlos a llegar al final. Y la única forma de obligarlos a negociar, para que vieran la fuerza militar, era ir hasta el tope. Ofensiva hasta el tope. Había que ir, no hasta rendirlos, pero por lo menos generar la sensación de fuerza presente en la capital, que en el interior existía".

MVO: ¿En ese contexto usted recibió al Secretario General de la OEA, João Baena Sõares?

HLB: Obviamente era nuestra responsabilidad estar informando lo que ocurría a México, mediante fax, por teléfono, hasta mandar gente a México para que pudiera en la noche informar de algunas cosas. La cancillería era totalmente sensible. Más la información que se estaba generando en muchos lugares de Estados Unidos, la OEA, Naciones Unidas. Entonces se convocó a una sesión extraordinaria del Consejo Permanente de la ONU, donde estaba como representante de México un hombre notable por su integridad, Eusebio Icaza. Entonces México estableció contactos con otros países de la región, especialmente Venezuela y Colombia, a fin de tomar una acción de investigación de hechos. El gobierno de El Salvador

primero tuvo una reacción completamente negativa, junto con otros gobiernos de la región que no querían la intervención del secretario general de la OEA. Esta tuvo lugar, pero el gobierno de El Salvador puso una serie de criterios, tiempos y agenda. El gobierno de México ofreció su ayuda.

Baena Sõares fue con un grupo de asesores a constatar que lo que se estaba diciendo en la OEA y en la prensa en verdad estaba ocurriendo y si había la gravedad que algunos países estaban manifestando, entre ellos México. El mandato de su viaje era "ve e investiga". Investigación de hechos exclusivamente. Le dieron dos días para hacerlo; bueno, él determino dos días. Bajó de un avión mexicano, fueron a recibirlo el embajador de Brasil y el Canciller salvadoreño. El embajador mexicano también acudió porque venía en una nave mexicana. Baena nos pidió al brasileño y a mí que fuéramos más tarde a su hotel, el Sheraton. Él regresó esa noche tras haber hecho sus primeros contactos con el presidente Cristiani, el ministro de Defensa y el Alto Mando. Ahí platicamos un poco de las cosas que ocurrían; no tenía una idea de lo que estaba ocurriendo, pero hubo la posibilidad, gracias a un periodista mexicano que me proporcionó videos del conflicto, de mostrarle los hechos de armas y la forma repugnante, brutal con que se estaba desplazando a la población civil para que muriese después a ráfagas, algunas veces de instrumentos de aviación norteamericanos. Estos videos evidenciaban la argumentación que se le hacía. Él fue muy cauteloso en sus comentarios. Al terminar la primera exhibición, serían las ocho y media o las nueve de la noche, el embajador brasileño y yo le dijimos:

–Ya nos vamos.

Había toque de queda. Él nos despidió con esa ironía brasileña:

–Ojalá no sean las primeras víctimas de mi visita.

–No, no se preocupe, nuestra embajada está a dos cuadras, y si me da protección militar podré salir del hotel y llegar.

A la mañana siguiente Baena cumplió con otra serie de citas que estaban programadas, y fue cuando un grupo de gentes, que expresaron la voluntad de la guerrilla, le dijeron que querían hablar con él. Este es un punto inédito que voy a decirles. Que querían hablar con él y explicarle lo que verdaderamente estaba ocurriendo. A mí me parecía que había justicia, independientemente del razonamiento de ellos, en cuanto a que Baena iba de dar un informe a la OEA, pero no lo podía dar solo con información que provenía del ejército, porque era solo la posición del ejército o de los sectores muy próximos al sector castrense. De ahí que necesariamente tenía que escuchar a la otra parte, pero no planeaba oírla y finalmente no la oyó.

Esa noche, desde el balcón de su séptimo piso del Sheraton, Baena atestiguó las operaciones de fuego de los helicópteros norteamericanos. Digo que eran norteamericanos porque los pilotos del avión que lo llevó a San Salvador eran mexicanos y cuando estábamos viendo maniobrar las aeronaves me dijeron: "Esto no puede hacerlo un piloto salvadoreño. Esta es una operación hecha por los yanquis".

MVO: Y se da la toma del Sheraton por parte del FMLN...

HLB: En efecto así fue. La madrugada del 11 de noviembre. El dormir no era cosa fácil en ese tiempo. Como a las tres y media vi un grupo de guerrilleros que pasaron por la puerta de la embajada. Primera vez que yo veía a la guerrilla en la ciudad, con su indumentaria. Los llevaba el comandante Facundo Guardado, el que luego fue candidato a la presidencia. Silencio, absoluto silencio. No dije nada. La prensa dijo que salió de la embajada de México... ¡imagínese! Ellos llegaron al Sheraton y tuvieron más facilidades de las que esperaban, yo ya lo sabía. El gobierno cometió un grave error. A Baena en ese momento había que darle una seguridad inmensa y lo que hicieron fue poner cinco costalitos alrededor del estacionamiento del hotel y cuatro soldados. Entonces los guerrilleros entraron fácilmente. Llegaron a la planta baja, es la versión que me dio un muchacho de nuestra embajada que estuvo ahí. Ellos querían hablar con Baena para pedirle que se quedara un día más, para que ellos le explicaran la situación, los barrios que tenían tomados, cómo se estaba conduciendo brutalmente la Fuerza Armada, toda la parafernalia militar para sacar a las gentes de sus casas y masacrarlas.

Entonces los militares salvadoreños van con Baena y le cuentan otra cosa, que es lo que él contó en su informe. Que un grupo de guerrilleros lo querían secuestrar. ¡No! Querían hablar con él. Había un tapón, eso es cierto, en el Sheraton. El piso anterior estaba en manos del ejército, esa precaución tomaron ellos, y después, en el otro piso estaba toda la gente de la OEA, eso lo constaté yo. Lo cierto es que ellos querían subir por el elevador. El ejército se dio cuenta de eso y entonces estuvo a punto de armarse una refriega en el cubo del elevador entre los que bajaban y los que subían. Hubo disparos, esos yo los vi, al piso de Baena. Los soldados le dijeron que esos disparos eran de los guerrilleros, pero eso no fue cierto. Fueron hechos por el ejército. Eso lo constaté. El muchacho de la embajada me dijo:

–Disparaban de arriba.

El único que tenía techo era el ejército. Entonces dispararon, Baena se atemorizó y luego le dijeron:

–Te vienen a secuestrar.

Cundió el pánico y llegaron a un acuerdo. Baena dijo:

–Llamen al Nuncio, al embajador de Brasil y al de México para que podamos salir.

El ejército le dijo:

–No es posible comunicarse con ellos.

Dijeron eso para que Baena aceptara la jugada que ellos proponían: "te sales". Entonces hubo un convenio:

–Por diez minutos tú sales con tu gente Baena y los guerrilleros se van. Eso sin saber Baena que allí mismo estaban los militares estadounidenses, porque entonces hubiera dicho "pues es cierto lo que me está diciendo el embajador mexicano".

Pasaron unas cuatro o cinco horas. Entonces me llamó el coronel Emilio Ponce, viceministro de Defensa, para ordenarme –esa es la palabra–, que me llevara al aeropuerto a la tripulación mexicana porque Baena ya se iba. Yo le pregunté si había cumplido con toda su agenda y respondió:

–Íntegramente satisfecha.

Bueno, se convino finalmente. Tomé el automóvil yo solo, sin policías, ni soldados, ni guardias, ni gente de la embajada. Le pusieron al automóvil la bandera mexicana y me embarqué. Di la vuelta, era una cuadra desde la embajada para llegar al Sheraton. Al doblar para el hotel me encontré con un grupo de cien o ciento cincuenta periodistas con sus banderas blancas, que estaban esperando el desenlace. Al ver la bandera de México dijeron "algo va a ocurrir aquí". Varios de ellos trataron de treparse al automóvil pero no lo lograron. Entonces se vinieron detrás de nosotros. Un testigo de esto es el periodista de *Reforma*, Rodolfo Zamarripa.

Cuando yo llegué, habrían sido las ocho de la mañana, con esa turba de periodistas, con el automóvil y la bandera de México, me encontré con el desenlace. Vi que ya no estaban los guerrilleros, ya se habían ido. Pero noté que en el anexo del lado izquierdo del Sheraton estaba saliendo gente. Eran los asesores militares de los Estados Unidos. En las paredes de su cuarto, como pudimos ver después, dejaron mapas de las operaciones militares que estaban coordinando. Cuando yo llegué me encontré con que ya habían llevado a Baena al Estado Mayor. Entonces lo único que recogí fue a la tripulación. Entré a la habitación de Baena y recogí las grabadoras. Los soldados habían saqueado ese piso, pero nunca se dieron cuenta que allí estaban los videos que nos habían proporcionado los periodistas mexicanos para documentar gráficamente la verdad de las cosas.

Llevé a la tripulación al aeropuerto y allí encontré a Pacas, el Canciller. Baena se subió al avión y le dije que si no tenía inconveniente en que lo acompañaran mi mujer y mi hija. El Canciller me dijo que por qué y le contesté que no había ninguna seguridad en San Salvador. Esa noche habían disparado al techo de la embajada. Estaban los surcos en el techo. Esto creó una situación muy difícil con el ministro de Relaciones. Finalmente, Baena se fue, hizo una escala en México y después voló a Washington. Allá presentó un informe que dice cosas muy diferentes a lo que ocurrió en realidad. Sus memorias y el informe dicen que la

guerrilla intentó secuestrarlo. Yo después lo analicé con el mismo Facundo. Los del FMLN nunca pretendieron tal cosa. Hubieran estado locos. No. Solo querían hablar con él. Buscaban que otros sectores de la sociedad salvadoreña le platicaran lo que estaban viviendo, si no su misión quedaría incompleta.

MVO: A los pocos días ocurrió la masacre de los jesuitas en la UCA.

HLB: El 16 de noviembre, cinco días después. La muerte de los jesuitas es el hecho que le dio la vuelta y alertó al mundo, a los Estados Unidos, a los sectores liberales de los Estados Unidos. El mundo tuvo conciencia, México mismo, de lo que estaba sucediendo en El Salvador. Ese mismo día yo hablé del asunto con Manuel Bartlett, que era secretario de Educación Pública. La muerte de los jesuitas vino a ser la forma en que el mundo abrió los ojos ante la crisis salvadoreña y cómo había alcanzado un nivel inverosímil.

Estábamos en toque de queda. En la madrugada a mí me habló, no me acuerdo si fue el nuncio papal o el arzobispo, para ir a la UCA. El propósito de la presencia era dar testimonio internacional del hecho. No jugamos ningún otro papel. Cuando llegamos a la UCA, amaneciendo literalmente, vimos los cuerpos de los jesuitas en el patio. Vimos también a la mujer embarazada que había sido asesinada con ellos.

Llegó entonces Monseñor Rosa Chávez, el coadjutor del Arzobispado, llegó el embajador, creo que de Brasil, y se procedió a recoger los cuerpos. Había dos o tres jesuitas que no estaban en ese internado, en ese edificio en ese momento. Los vi, platiqué con ellos, les dije:

–Si ustedes no tienen inconveniente, súbanse al automóvil de la embajada de México, si no esta noche ustedes serán los siguientes.

Claro que iban a ser los siguientes. La Comisión de la Verdad dijo mucho de esto en su informe. Se fueron los jesuitas con nosotros, la embajada de México los recibió como invitados, ya que podrían ser ejecutados la próxima vez.

Entonces Rubén Zamora, que estaba viviendo con nosotros y no se le había otorgado el asilo –¿en qué papel podía estar...? ¿Amigo de la embajada?– pero estaba relacionado con un grupo político que se estaba manejando por la vía de las armas, eso era muy complicado. Hasta que ocurrió la muerte de los jesuitas. Rubén me dijo que quería seguridad porque iba a ir a la ceremonia en la capilla de la UCA. Con todos los riesgos que eso significaba lo llevamos allí. Era una persona muy buscada por la opinión pública, por la derecha, por la izquierda. "¿Dónde está este hombre?", se preguntaban. Es un hombre muy respetado, muy íntegro, muy coherente e intelectualmente muy bien armado. Él llegó y creó una conmoción pues durante tantos días no sabían si estaba muerto o desaparecido. Él apareció, se colocó en el punto delante de la ceremonia y el padre José María

Tojeira, el provincial, comenzó a hablar sobre el dolor que ellos tenían y el significado del mensaje de los jesuitas en ese país. Y no se me olvida que terminó con una frase:

–La Universidad no ha muerto.

El embajador de México fue el primero que se puso de pie, entre mil y tantas personas, el presidente de la República se puso de pie y el embajador de Estados Unidos y el aplauso fue infinito. Y así se llevaron los cuerpos. Rubén tomó uno de ellos, creo que el de Ellacuría y lo llevó a depositar en la pequeña capilla donde siguen estando.

MVO: ¿Desde la embajada se oían los combates?

HLB: Todo. Pusieron bombas en la calle, en los dos postes de enfrente de la embajada. ¿Quién las puso? La situación fue muy precaria para nosotros. Nosotros fuimos vistos como los actores principales del asunto. A la ONU le hicieron una campaña pavorosa en contra de Álvaro de Soto, del embajador de España, del de Venezuela y en mi contra. Colombia no. Colombia fue diferente porque siempre le tuvo mucha desconfianza a la guerrilla, pues ellos decían que ellos estaban aprendiendo y oyendo, estrictamente.

MVO: ¿La embajada fue atacada?

HLB: Sí. La residencia y la embajada. Los dos lugares. No le atinaron. Mandaron un obús, pero del otro lado. En la otra acera estaba un cine. Iba derechito al piso donde estaba el embajador pero pasó ocho metros arriba y cayó del otro lado de la cuadra, en el cine.

MVO: ¿Cuál fue la reacción de la Cancillería mexicana?

HLB: Nosotros no hicimos ninguna protesta. Que yo recuerde haber mandado una nota o hablado por teléfono, no. También hay que pensar que después de estos hechos el gobierno mexicano tenía tal sensibilidad de lo que estaba ocurriendo que nos mandó veinte soldados a protegernos. Y yo casi dormí durante diez días con soldados en mi recámara. Creo que esa fue una reacción diciendo ¡aguas!, ya están los soldados mexicanos y estaban los agregados militares. Los agregados militares también supieron del fuego que hubo. Claro. ¿Cómo lo tomó el gobierno mexicano? No sé cómo ellos lo hayan negociado aquí, cómo se los hayan explicado. No lo sé.

MVO: ¿Cómo tomó el gobierno mexicano la ofensiva guerrillera?

HLB: Claro que causó sorpresa y motivó cuestionamientos al FMLN. ¿Cómo es posible que estás pidiendo, estás creando la infraestructura y comienzas un diálogo y después te trasladas con las armas? Eso yo creo que no va dentro de la secuencia de una negociación, sin embargo, la explicación que yo doy es la de Shafick: "Mien-

tras ellos nos vean fuertes, podremos negociar mejor. Y vamos a ver. Con la fuerza podemos lograr el levantamiento militar".

Y estuvieron cerca. Dos días más que la guerrilla se quedara en la ciudad... Bueno, no hubo, como sí en Nicaragua, la respuesta masiva de la población. Ellos se dieron una espantada pavorosa. La gente en la periferia, en el volcán y demás, los recibió y cobijó, pero finalmente no tomaron las armas.

MVO: ¿Qué otro momento importante, además de las negociaciones claro, marcó su labor después de la ofensiva militar del FMLN?

HLB: Otro elemento, además de todo esto, fue cuando descubrieron el trasiego de armas nicaragüenses, en pleno conflicto, hacia El Salvador. Los gobiernos decidieron suspender las relaciones diplomáticas. No rompieron, suspendieron, y entonces a mí me habló Miguel d'Escoto, el canciller nicaragüense, y me dijo:

–Embajador, vaya por toda la gente nuestra, recoja nuestro archivo, cierre la embajada y mañana mando un avión.

A lo cual le dije,

–Me va a perdonar, pero mientras el Secretario no me dé instrucciones, yo no puedo moverme.

Quince minutos después, Solana me llamó y me dijo:

–Vas a hacer esto.

Me trasladé y abrí la embajada. Había una cantidad de hojas de periódicos y de todo. Yo dije:

–Yo ya no entro más. Ustedes ya sacaron sus cosas y a volar.

Un año después se reanudaron las relaciones y yo entregué ese edificio a los nicaragüenses. Cuando limpiaron todo, había tres granadas. Una casi en la puerta, otra en la alberca y otra en el cuarto del closet del embajador. Así que, si me hubiera puesto a explorar allí, hubiera sido espantoso.

De este modo yo me quedé no solo encargado de la embajada nuestra, sino que fui durante un año encargado de la embajada de Nicaragua. Cuando se daban las reuniones del cuerpo diplomático tenía yo que hablar a nombre de Nicaragua, que era mucho más enérgico el discurso y en cierta forma hablaba por Cuba, que no tenía relaciones diplomáticas con El Salvador en ese tiempo, y por México.

MVO: ¿Y el famoso asunto de los misiles?

HLB: Poco antes de terminar el conflicto fui con el comandante Jonás del FMLN a recoger algunas armas. Fui a traer los cohetes antiaéreos. Fui a sacarlos de Pérquin y otros dos o tres lugares. Uno de ellos donde había andado el comandante Gabriel Cardenal a quien acababan de matar. Fuimos a sacar todos los cohetes para entregarlos. Fue impresionante. Llegamos al aeropuerto militar como a las once de la noche. Ya no podía salir el avión. Hasta el otro día llegaba el avión de Nicaragua. Entonces

decidí que se bajaran los misiles de los aviones de la ONU y los pusimos en un cuarto del aeropuerto. Llegaron personas que querían tomar fotografías y yo dije:

–No. Esto está bajo custodia de Naciones Unidas y no pueden.

Quitaron la luz al aeropuerto para que no despegáramos; querían sacarnos y poder identificar los cohetes.

–No hay problema. A ver nicaragüenses recojan los cohetes, a ver si se los quitan del avión y súbase un mexicano, mañana llegamos a la cinco de la mañana para que se vayan.

Era una misión de las Naciones Unidas. Todas eran armas soviéticas, venían de Cuba, de Bulgaria, de Checoslovaquia, pero yo no podía entregarle a la CIA para que identificaran las armas, hubiera sido hacerles el mandado: "vean de dónde sacan los nicaragüenses las armas". El representante de la ONU era un persa muy tibio, entonces había que ser muy enérgico. Aquí no vamos a entregar lo que nos dieron, es secreto. Estaban buscando los numeritos para identificar las armas.

MVO: ¿Usted tuvo que ver con la entrega del fusil del comandante Villalobos al presidente Salinas?

HLB: No, para nada. Yo tuve una relación muy áspera con Villalobos. Después de Chapultepec, ya me había contado Shafick lo de la disidencia. Cuando me fui a Irlanda él estaba en Oxford y se le ocurre irme a visitar a Dublín, y se pasan una noche, él y Ana Guadalupe, y al calor de la plática le dije traidor. Así terminó una conversación de siete horas.

–Traidor, eso no se le hace a la causa. Tú no fuiste de izquierda, tú buscas otras cosas muy diferentes, escupiéndoles a tus amigos. Eso no se vale.

Y nunca hemos tenido de nuevo trato. Yo le tengo muy poco respeto a Joaquín, pero sé que él, militarmente, fue el jefe más brillante.

MVO: ¿Cuándo se decide que ya concluyó su misión en El Salvador?

HLB: Un día después de la firma de los acuerdos de Paz de Chapultepec. Durante la cena me encontré con el presidente Salinas y le dije:

–¡Misión cumplida!

En el umbral de una invasión. Panamá en los años ochenta y la postura de México

Carlos Planck Hinojosa[1]

La breve historia de Panamá como país independiente se remonta a los inicios del siglo xx y surge como una decisión geoestratégica de los Estados Unidos que querían construir y administrar, en el istmo de 80 kilómetros de extensión, un canal interoceánico que más adelante se convertiría en el asiento de catorce bases militares a lo largo del mismo; el establecimiento de un centro de comunicaciones militares de alta tecnología en la isla Galeta, ubicada en la costa atlántica de Panamá; y la muy conocida Escuela de las Américas donde recibían adiestramiento en la lucha antiguerrillera militares latinoamericanos de rangos medio y alto.

El perfil geoestratégico de Panamá se complementaba con la virtual ocupación de una importante zona ribereña del canal donde Estados Unidos –con base en el Tratado "a perpetuidad" que había firmado con Panamá– ejercía una suerte de soberanía extendida en territorio panameño; donde ondeaba la bandera estadounidense y vivía una amplia población de esa nación, entre personal civil y militar del canal, de las bases del ejército de tierra, marina y fuerza aérea.

Así transcurrió buena parte del siglo xx. En ese tiempo Panamá se convirtió en un país de baja imposición fiscal, abierto al comercio internacional y con el dólar estadounidense como moneda de curso aceptada (aunque la moneda oficial es el Balboa). Estos elementos le trajeron prosperidad económica y estabilidad. La modernidad derivada de su peculiar condición, contrastaba notablemente con los países vecinos de Centroamérica.

[1] Abogado y diplomático. Embajador de México en Panamá entre 1986 y 1990.

La presencia y control de Estados Unidos en el país, su estabilidad monetaria y libertad de cambios, lo convirtió pronto en un "paraíso fiscal" en el que se establecieron grandes bancos extranjeros que administraban fondos e inversiones de personas físicas de otros países y de importantes corporaciones, mayoritariamente estadounidenses, que derivaban parte de sus operaciones a Panamá para aprovechar la baja tasa impositiva y la estabilidad monetaria.

Otra faceta de la modernidad panameña fue el enorme negocio que representó el manejo de la "bandera de conveniencia" que es la que porta un barco para identificar su nacionalidad en la navegación internacional. La preferencia por la bandera panameña que se puede distinguir en la mayoría de los barcos mercantes y privados en el mundo, se debe a que las empresas navieras abaten considerablemente el costo fiscal de sus operaciones marítimas al acogerse al régimen fiscal del país de la bandera de sus embarcaciones que es, en muchos casos, la de Panamá.

El surgimiento de Omar Torrijos

En los años setenta, después de la prolongada presencia en la vida política de Panamá de Arnulfo Arias y el acrecentamiento de las diferencias sociales y económicas en la población –aunados al creciente descontento por la existencia de "la zona del canal" como un enclave político y militar de los Estados Unidos– surgió el liderazgo de Omar Torrijos, un militar carismático y con un discurso nacionalista y orientado a las clases populares más desprotegidas.

Uno de los logros más importantes de Omar Torrijos fue conseguir que el presidente de Estados Unidos, James Carter, firmara el trascendental tratado Torrijos-Carter en 1977, en el cual se retiraba el concepto de perpetuidad consignado en el tratado original y se fijaba un plazo perentorio para la devolución del canal y su administración a la soberanía del Estado panameño.

El perfil de Torrijos, cercano al pueblo panameño y su arraigo popular derivado de la firma del nuevo tratado –aunado a su afinidad con Cuba y con los movimientos de liberación nacional que empezaban a cobrar fuerza en Nicaragua y en El Salvador– le generó desconfianza al gobierno republicano de Ronald Reagan, que acababa de tomar posesión y que había criticado a su antecesor Carter por la firma del tratado que establecía la devolución en un plazo de 23 años, que se cumplieron el 31 de diciembre 1999, en el que se llevó a cabo la ceremonia de entrega del canal. Como consecuencia de este significativo acto de entrega del canal, se desmanteló paulatinamente el enclave militar establecido en su ribera, con lo cual Estados Unidos perdería esa presencia estratégica de carácter comercial y militar. Todo ello a pesar de haber intentado revertir

los términos del Tratado Torrijos-Carter y de invadir Panamá para derrocar al general Noriega y retomar el control político del país a través de un gobierno dispuesto a apoyar sus pretensiones.

El general Torrijos, murió en un accidente el 31 de julio de 1981, al caer su helicóptero, en medio de una tormenta tropical típica de Panamá. Se especuló mucho acerca de si la CIA había urdido un plan para atentar contra el carismático líder y, como ocurre en estos casos de magnicidios, no se probó nada y la incógnita prevalece hasta nuestros días.

La llegada de Noriega al poder

Al morir Torrijos, el entonces jefe de la sección de inteligencia de las Fuerzas de Defensa Panameñas, general Manuel Antonio Noriega, apoyó al general Paredes para ser candidato a la presidencia. Poco después, encabezó un golpe militar contra Paredes (quien lo había designado como jefe de las Fuerzas de Defensa de Panamá y sucesor de Omar Torrijos) con el respaldo de la cúpula militar y se inició así la era de Noriega como "hombre fuerte" en Panamá.

Mientras tanto, en la región se recrudecían el añejo conflicto guatemalteco y la confrontación entre el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y el gobierno pro estadounidense en El Salvador, y se inició el acoso a la revolución sandinista en Nicaragua por parte de grupos mercenarios instalados en Honduras y apoyados por Estados Unidos: "los contras".

La postura de México y el Grupo de Contadora

Para México, el extendido conflicto en Centroamérica representaba un asunto de seguridad nacional y de congruencia con su tradicional política internacional de solidaridad y respeto a la autodeterminación de los pueblos y a la no intervención en asuntos internos de los países.

El gobierno mexicano presidido por Miguel de la Madrid, a través de la Cancillería encabezada por Bernardo Sepúlveda, promovió la creación del Grupo de Contadora; integrado por Colombia, Panamá, Venezuela y México, tenía el propósito de conciliar los intereses en conflicto en la región y contribuir a inhibir las soluciones de fuerza o intervención norteamericana en Nicaragua y en El Salvador.

Las reuniones de este grupo de países se llevaron a cabo por primera vez en la isla panameña de Contadora y de ahí su nombre. Se aprovechó la estabilidad de Panamá

para convertirlo en la sede de estos encuentros que buscaban una solución pacífica a los conflictos que se desarrollaban en la región.

El discurso y la actuación política de Noriega, nacionalista, reivindicatoria de la soberanía del canal, orientada a las clases populares, los vínculos con Cuba, el sandinismo gobernante en Nicaragua y el FMLN en El Salvador, lo convirtió en un continuador de Torrijos, lo cual fue la simiente de una nueva confrontación con Estados Unidos, ahora en Panamá. Para Estados Unidos, era importante y estratégico frenar el avance de movimientos de izquierda popular y claramente adversos a sus intereses en Nicaragua, Guatemala o El Salvador. En el caso de Panamá, se hacía evidente para Estados Unidos, la necesidad de preservar el *statu quo,* pues la consideraban un enclave geoestratégico. Los gobiernos republicanos de Ronald Reagan y George Bush no estaban dispuestos a devolver a Panamá el canal y toda la infraestructura militar establecida ahí. Adicionalmente, existía el peligro, si prosperaba el objetivo político de Noriega, de que el centro financiero instalado en Panamá y sus rentables negocios colaterales como la "venta" de la bandera de conveniencia a las embarcaciones internacionales se perdiera o saliera de su control.

Entre 1987 y 1989 se vivió una tensión creciente. Y esta confrontación reclamó la atención prioritaria de México, ya no solo para llevar adelante sus propósitos pacificadores en Nicaragua, Honduras, Guatemala y El Salvador sino, ahora, en el nuevo epicentro del conflicto: Panamá. La postura de México fue, en todo momento, consecuente con la que había asumido en los demás conflictos centroamericanos: a) apoyar las reivindicaciones legítimas de la soberanía plena del canal y los territorios ocupados por Estados Unidos, de acuerdo a lo pactado en los tratados Torrijos-Carter, en cuya firma fue testigo de honor el presidente de México en ese entonces: José López Portillo –quien había roto relaciones diplomáticas con el gobierno de Somoza en Nicaragua–; b) hacer valer los principios de "no intervención" en los conflictos internos y la autodeterminación de los pueblos; c) aplicar la Doctrina Estrada, que establece que México no reconoce o desconoce gobiernos extranjeros y respeta las decisiones internas de cada país; d) mantener una relación diplomática, plena y sin cortapisas en cuanto al carácter u origen del jefe nato del poder político, aunque hubiera un presidente de la república nombrado por el propio general Noriega. La relación diplomática se concentró en mantener los históricos y entrañables lazos entre los dos pueblos y el desarrollo de las distintas facetas de esa relación en el ámbito cultural, económico y comercial y, asumiendo que una buena parte de la juventud panameña se formaba tradicionalmente en universidades mexicanas.

Esta postura no fue siempre comprendida ni aceptada por todos, pues los sectores panameños de clase alta y media alta, opuestos a Noriega, a su régimen y a sus banderas políticas, expresaban públicamente y con frecuencia su desagrado porque, desde su percepción, México apoyaba a Noriega y a su régimen.

En una ocasión, estos sectores se manifestaron ante la embajada de México como protesta porque México "había expresado pública y oficialmente su apoyo a Noriega al haberlo invitado a México a las festividades de la independencia en septiembre de 1987". Una buena parte de los manifestantes, enardecidos, intentaron quemar la bandera de México que fue descolgada de su mástil en la esquina del edificio en el que tenía su sede la embajada. El incidente fue frustrado por un mexicano que logró rescatar la bandera de la multitud y la entregó al embajador, quien abrió una amplia ventana de las oficinas ubicadas en un quinto piso y la ondeó diciendo varias veces: "Viva Panamá...Viva México".

La protesta se calmó y el embajador convocó a una conferencia de prensa en la que aclaró puntualmente la postura de México que no suponía apoyo político alguno al general Noriega, ni a ningún otro personaje político del país. Aclaró que la invitación a las festividades de la Independencia se debía a que México mantenía relaciones diplomáticas plenas con Panamá, país con el que tenía lazos de amistad profunda y que se invitaba a los ministros o jefes de las fuerzas armadas de muchos países con los que México sostenía relaciones diplomáticas, sin prejuzgar respecto al perfil político o papel que jugaba ese personaje en la vida interna del país. Noriega era el comandante de las Fuerzas de Defensa de Panamá, es decir el jefe del ejército y en ese carácter fue invitado.

Las presiones de Estados Unidos a Noriega

En esos dos años las presiones y ofrecimientos de Estados Unidos al general Noriega fueron variados, pero no alcanzaron sus objetivos. Se intentó defenestrarlo a través de una conspiración militar interna, apoyada por Estados Unidos; se le ofrecieron exilios dorados y hubo una participación de la OEA inducida por Washington para buscar la salida negociada de Noriega, lo que fracasó; se hicieron evidentes sus nexos anteriores con la CIA y su papel de "doble espía"; sus supuestos vínculos con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el trasiego de droga. Se le denostó, con tintes raciales, en campañas mediáticas que utilizaron el epíteto de Cara de piña.

Al no funcionar estos intentos, la presión se acrecentó al "congelar" el cambio de billetes de dólar viejos que regularmente se hacía en Estados Unidos y así dejar sin billetes nuevos a Panamá que vivía en dólares. El acontecer cotidiano era insólito y surrealista: la gente pagaba el supermercado con billetes casi transparentes y muy deteriorados por el desgaste (como ocurrió en Cuba con los autos norteamericanos que se fueron deteriorando poco a poco al no haber refacciones). El Panamá de Noriega sobrevivió a esta "sequía" de billetes y emitió unos bonos del Estado para paliar la crisis monetaria.

Después vino el aislamiento diplomático que encontró eco en mayo de 1989. Luego de las elecciones, que Noriega se había visto forzado a convocar, y cuyo resultado favorable a la oposición no aceptó; sus "grupos de choque" golpearon en céntricas calles a los candidatos triunfadores. Este grave error político dio a Estados Unidos una bandera para convencer a los países europeos y de América Latina de retirar, en protesta, a sus embajadores. México no participó en este vacio diplomático con dedicatoria y mantuvo inalterable su postura de respeto a la realidad política interna del país y proclamó el derecho de Panamá a su autodeterminación, condenando cualquier intento de intervención en los asuntos internos de Panamá. Los países que acompañaron a México en Panamá en esos meses difíciles fueron España, Cuba y Nicaragua, solamente.

Noriega reaccionó afianzándose en el poder y se autoproclamó jefe de Estado, eliminando el eufemismo de mantener un presidente simbólico, sin poder real. Miembros distinguidos de la intelectualidad de izquierda en Panamá externaron críticas a Noriega y a su intento de aferrarse al poder a toda costa, utilizando la divisa de la recuperación de la soberanía plena del canal. El resultado fue amenazas e intimidaciones a estos intelectuales, lo que propició la solicitud de varios de ellos de la protección y, en su momento, del asilo político de México.

Los albores de la invasión

En noviembre de 1989 hubo un atentado en el populoso barrio de El Chorrillo, en contra de dos marinos norteamericanos que caminaban por sus calles. Este incidente, que costó la vida a uno de ellos, fue tal vez lo que Estados Unidos esperaba para poner en marcha la planeada invasión para deponer y arrestar al general Noriega. En las bases norteamericanas próximas a la ciudad de Panamá se apreciaban, desde varios meses antes, movimientos inusuales al llegar más elementos militares y equipo.

La base social organizada que tenía Noriega –el apoyo de una parte importante del ejército y la confianza de haber superado momentos difíciles e intentos de golpes militares para derrocarlo– le impidieron ver el alcance de la provocación que había desatado al retar una y otra vez a Estados Unidos, que había considerado en sus estrategias a Panamá como una prioridad "AAA" por todo lo que he señalado anteriormente.

La invasión

A la media noche del 19 de diciembre de 1989 se inició la invasión de Panamá desde las bases militares de Howard (fuerza aérea), Fort Clayton (ejército de tierra) y Rodman

(marina). Un plan diseñado cuidadosamente para realizar bombardeos dirigidos a puntos estratégicos específicos, como el cuartel militar de El Chorrillo, donde se encontraba el centro de operaciones de Noriega, y otros puntos de la ciudad. El resultado inmediato fue la ocupación de Panamá por las tropas estadounidenses y la imposición del señor Guillermo Endara como presidente de Panamá en la base militar de Fort Clayton.

El general Noriega, que se había refugiado en la Nunciatura Apostólica, fue entregado a las fuerzas de ocupación y encarcelado en una prisión en el estado de Florida, en Estados Unidos. El gobierno mexicano, presidido entonces por Carlos Salinas de Gortari, tomó la decisión de llamar a consultas indefinidas a su embajador en Panamá como protesta por la intervención norteamericana que violentaba los principios y derechos que México había defendido a lo largo de su historia contemporánea. Lamentablemente, debo señalar que este episodio en Panamá que enorgullece a la política exterior mexicana y a quienes tuvimos el honor de protagonizarla, fue el último eslabón de esta respetable y prestigiada actuación internacional de México ya que, a mediados de 1990 y coincidiendo con el inicio de las negociaciones del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, se convocó a la primera Cumbre Iberoamericana en Guadalajara y se invitó al señor Endara, con lo que se inició una nueva época. Estos acontecimientos fueron un verdadero parte aguas que marcó el antes y después de la política exterior de México, la cual fue orientada hacia otros objetivos, y así siguió en los gobiernos de Vicente Fox, Felipe Calderón y en el actual de Enrique Peña Nieto.

La solidaridad y el internacionalismo mexicano en las guerras centroamericanas

Héctor Ibarra Chávez[1]

La Segunda Guerra Mundial modificó el panorama internacional y los conceptos marxistas de la solidaridad y el internacionalismo en la medida en que la Unión Soviética degeneró durante el estalinismo en un Estado totalitario. El triunfo de la revolución cubana y el ejemplo internacionalista del Che Guevara infundieron nuevos bríos a las guerrillas latinoamericanas y al internacionalismo, tras sucumbir la concepción del internacionalismo proletario promovida por Marx y Engels. En América Latina, una nueva oleada de movimientos revolucionarios reactivó este concepto, al motivar a muchos luchadores sociales a "combatir al imperialismo donde quiera que se encuentre", y a "Crear dos, tres, muchos... Vietnam".[2]

Una de las primeras experiencias de solidaridad mexicana con las guerrillas del continente se desarrolló en torno al proceso revolucionario guatemalteco. En este caso diversas personas y organizaciones políticas mexicanas se vincularon y solidarizaron con los grupos insurgentes del vecino país, tal como fue el caso del Partido Obrero Revolucionario (POR) de orientación trotskista,[3] que apoyó activamente al Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR13), dirigido por el comandante Marco Antonio Yon Sosa.

[1] Doctor en Historia por la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Becario posdoctoral Conacyt/PELA-UNAM. Durante la década de 1980 combatió en las filas del FMLN de El Salvador en el Frente Oriental Francisco Sánchez.

[2] Esta consigna fue lanzada por el Che durante la reunión de la Organización Latinoamericana de Solidaridad que tuvo lugar en la Habana, Cuba, en junio-julio de 1967.

[3] Grupo "posadista" del Partido Obrero Revolucionario (POR) encabezado por Adolfo Gilly que se vincula al grupo guerrillero Movimiento Revolucionario 13 de noviembre (MR13), y al que se incorporan los

David y Eunice deciden, a partir de 1963, unir sus destinos al de la revolución guatemalteca. Su vida dio un cambio radical. La discreción de sus actividades se hizo más evidente. Comenzaron a darse largas ausencias. En una ocasión David fue detenido en Tapachula, Chiapas, de regreso de Guatemala. Fue trasladado a las sombrías oficinas de la Secretaria de Gobernación en Bucareli, donde los agentes lo interrogaron y torturaron.

El desenlace fatal no fue imprevisto. Fue doloroso nuestro último encuentro antes de irse a Guatemala para siempre. Fue un dialogo áspero y ríspido. Yo insistí en que no viajara, que los peligros eran cada vez mayores. Otros camaradas, incluidos miembros de su partido, le dijeron lo mismo. En especial lo tratábamos de convencer un grupo de amigos que editábamos la revista *Economía* (de la cual iba como reportero a Guatemala). Nada, nadie impidió, sin embargo, su partida, su viaje final a Guatemala. Y cuando nos enteramos de su detención en diciembre de 1965, inmediatamente se trasladaron a la ciudad de Guatemala, primero el padre de Eunice, y después mi hermano Jorge, quien en su libro *Una muerte sencilla, justa y eterna*, hizo un relato de su descenso a los infiernos en esos días terribles y dolorosos.[4]

En el caso de Nicaragua, en 1960 surge el Frente de Liberación Nacional (FLN), al que comienzan a fluir militantes mexicanos de diversas orientaciones políticas e ideológicas, como fue el caso de Víctor Tirado López, quien se incorpora a esta guerrilla en 1963, llegando a ser, hacia finales de los años setenta, uno de sus principales dirigentes.

MÓNICA BALTODANO: Cuéntanos primero ¿cómo es que usted, siendo mexicano, decide venir a luchar a Nicaragua?

VÍCTOR TIRADO LÓPEZ: En los años de 1957-1959 me incorporé al Movimiento Comunista de México, pero después del triunfo de la Revolución Cubana, en 1959, que creó un gran impacto en América Latina, surgió una serie de movimientos guerrilleros; pero viendo que en México no había condiciones para algo de esa naturaleza, fui relacionándome con nicaragüenses que estaban en Ensenada, Baja California.

Yo conocía muy poco de Nicaragua, del sandinismo se oía poco, a pesar de que el general Sandino estuvo con frecuencia en México y tuvo relaciones con los gobernantes mexicanos. Mi principal contacto con el movimiento sandinista fue Manuel Andara Úbeda, quien ya había andado con una exploración por Nicaragua por el río San Juan, y tenía vínculos con un nuevo frente guerrillero que se estaba formando. Francisco Buitrago era el contacto en

estudiantes de la UNAM David Aguilar Mora y Eunice Campiran.

[4] Manuel Aguilar Mora, "¡En memoria de David Aguilar Mora y Eunice Campiran! Mexicanos revolucionarios e internacionalistas, mártires de la Revolución en Guatemala", mimeo, ponencia presentada el 25 de noviembre de 2003 en el Auditorio Ho Chi Min de la Facultad de Economía de la UNAM, México, p. 8.

México, así que le dije: –Quisiera acompañarlo en esa gira que usted va a realizar. Entonces, me dijo: –Espere unos días que voy a hacer el contacto para que usted nos ayude, porque yo voy para allá, voy a entrar en esa incursión. Este fue el inicio de mi incorporación al movimiento sandinista.

Llegué a principios de 1963 por Tegucigalpa, Honduras. Ya habían pasado el Chaparral y otros movimientos armados. Cuando me incorporé, ya casi estaba conformado lo que es un frente de todos los movimientos existentes en años anteriores. El frente los concentraba en una sola organización. Allí había combatientes de Raudales, del Chaparral y del Frente Revolucionario Sandino, dirigido por los hermanos Martínez. Todos se concentraron en el Frente de Liberación Nacional (FLN). Desde luego el FLN era un movimiento de montaña. Después se llamó la guerrilla del Raití-Bocay, porque la incursión fue hacia esas zonas, pero el entrenamiento era en el Patuca.[5]

El punto de arranque de la solidaridad y el apoyo internacionalista a las revoluciones centroamericanas de los años setenta y ochenta, es la lucha sandinista contra la dictadura de Anastasio Somoza. Solidaridad e internacionalismo que se refuerza posteriormente al triunfo del FSLN en Nicaragua y en el marco de la guerra de agresión de los Estados Unidos a lo largo de esa última década. Solidaridad y apoyo internacionalista que a la vez se traslada y fortalece durante las jornadas insurreccionales y la guerra civil que los salvadoreños libran contra la política intervencionista de los Estados Unidos, a través del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), y la postre en favor de los guatemaltecos dirigidos por la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URGN).

En estas guerras centroamericanas, uno de los países latinoamericanos que mayor solidaridad y apoyo internacionalista despliega es México, no solo por la cercanía geográfica, sino por la histórica vocación solidaria mostrada a lo largo de su historia. Solidaridad que se evidenció, no solo por la cantidad de combatientes integrados a los frentes de guerra de estos ejércitos populares, sino por la cantidad de mexicanos muertos en combate en esas tierras, tal fue el caso de Araceli Pérez Darias, caída en mayo de 1979, en vísperas del triunfo de la revolución sandinista:

TONY OROZCO: Yo sabía que tenía relación con nicaragüenses pero no que se estaba integrando al Frente Sandinista de Liberación Nacional. Ara siempre vio la guerrilla como posible forma de participación. Tuvimos un montón de conversaciones al respecto. Yo sostenía una y otra vez que para gente con preparación académica y profesional debía haber otras

[5] Monica Baltodano, *Memorias de la lucha sandinista. De la forja de la vanguardia,* 3er. tiraje, Managua, IHNCA-UCA / Rosa Luxemburgo, 2014, v. 1, pp. 188-189.

formas de participación. Nosotros no sabíamos disparar un arma, empuñar un fusil, subir un cerro, qué sé yo. Y ella respondía con acción: no tenemos condición física, pues hay que ir a correr todas las mañanas; no sabemos defendernos, pues hay que tomar clases de karate; no sabemos disparar, pues habrá que aprender en el campo de tiro. Así era. Le tenía sin cuidado, si su integración política era en México, Costa Rica, Nicaragua, El Salvador o Guatemala, la cuestión era cumplir con el compromiso moral de entregarse a la lucha.[6]

En plena ofensiva militar y durante las jornadas insurreccionales urbanas en Nicaragua, cientos de mexicanos se ofrecieron a participar en diversas tareas técnicas y humanistas, sin descartar a quienes cruzaron las fronteras en medio de mil peligros, para integrarse a uno de sus frentes de guerra. Uno de ellos fue el médico José Carrillo.

HÉCTOR IBARRA: ¿Cómo es que entras a un frente de guerra, siendo que tu militancia estudiantil y partidaria la habías hecho en el Partido Comunista? Si damos por sentado que la línea de los partidos comunistas era de rechazo a los movimientos armados guerrilleros.

JOSÉ CARRILLO: Lo que pasó es que cuando entré a la UNAM a estudiar medicina, acababa de pasar el Movimiento Estudiantil del 68, y quienes dominaban el Comité de Lucha de Medicina era la gente de la Juventud Comunista, y con ellos fue que inicié mi activismo estudiantil. Entonces luchábamos por mejorar el plan académico y trabajábamos para organizar a todas las facultades del país, a fin de promover un tipo de medicina para el servicio del pueblo. Pero yo veía que los del PC, a lo más que llegaban era a solidarizarse con algunas las luchas populares, y a algún tipo de trabajo social en las colonias populares vecinas a la UNAM. Entonces, la idea mía era que para que el país fuera más democrático y hubiera justicia se tenía que pasar a un tipo de lucha más radical, pero a la vez veía que en el caso específico de México no había muchas condiciones para este tipo de lucha, porque teníamos como vecinos a los Estados Unidos, y estos no iban a permitir este tipo de lucha y menos un tipo de lucha armada. Por otro lado, los del PC, estaban en una lógica muy conservadora porque solo se quedaban en el rollo estudiantil y en promover algunas actividades para recaudar fondos para mejoras a la facultad. Pero para mí esa no era la vía, ya que lo más que llegamos a hacer a través de la Unión de Médicos y Residentes fue a parar algunos hospitales durante el movimiento de médicos e internistas en 1976. A mí me tocó participar en el sureste, en Campeche y Chiapas. Igual cerramos, pero de ahí no pasó.

HÉCTOR IBARRA: ¿Cómo te vinculaste al frente de guerra sin el apoyo de tu partido?

JOSÉ CARRILLO: Eso fue por inicios de 1978, cuando estaba haciendo el internado en Campeche, había terminado el servicio social y me titulé. Entonces comencé a buscar un contacto a través de los comités de solidaridad para integrarme al frente interno en pleno periodo de la insurrección sandinista en Nicaragua. Pero como nunca logré el contacto para entrar, y la gente del PC no me apoyaba porque más que apoyarme Moreno Wonche, que

[6] Emma Yanes Rizo, *Araceli: Nicaragua, 1976-79: La libertad de vivir*, México, Itaca, 2008, 79-80.

era el líder de medicina, ¡se burló de mí y me calificó de pequeño-burgués! Lo que pasó es que en el fondo se oponían a que la militancia nos integráramos a cualquier tipo de apoyo a la lucha armada. Entonces, me la jugué yendo por mi cuenta a la frontera con Nicaragua, y llegué en febrero de 1979 a Costa Rica. Intenté buscar algún contacto en San José, pero no encontré a nadie que me conectara, ya que aunque mucha gente apoyaba al frente no le daban información a gente desconocida. Entonces me fui hasta la frontera con Nicaragua por el lado de Peñas Blancas, y llegué al pueblo La Cruz, donde la gente, aunque era desconfiada, me comenzó a dar información porque vieron que les daba atención médica gratis a sus familias. Pero solo me dijeron: ¿Traes brújula? Sí, les dije: Entonces agarra hacia el norte y será tu suerte que te encuentres con los compas o con la guardia nacional –me dijeron–. Entonces comencé a caminar y ya por la tarde, de pronto me salió al paso un compa que marcó el alto, y como vi que traía la bandera roji-negra le dije quién era y a lo que venía. Entonces me llevó al puesto de mando, que era donde estaba la Brigada internacionalista "Victoriano Lorenzo" compuesta casi por puros panameños. Ahí el jefe de la unidad me interrogó y yo expliqué todo lo que había pasado.

¿A quién conoces que pueda dar referencias tuyas? –me preguntaron–. Les di algunos nombres, y ya que investigaron como a la semana de estar solo atendiendo compas, me dieron un fusil, mi uniforme y me destacaron como médico de la Base 10 en el Frente Sur "Benjamín Zeledón". Y pues así me hice sandinista...[7]

Durante la década de 1980 numerosos internacionalistas mexicanos se incorporaron a los ejércitos revolucionarios de Nicaragua, El Salvador y Guatemala. El médico Carlos Miyazaki fue de los primeros en sumarse a la guerrilla salvadoreña.

HÉCTOR IBARRA: ¿Por qué siendo mexicano te incorporas a un frente de guerra en El Salvador?

CARLOS MIYAZAKI "ALBERTÓN": Esto fue en el 78, cuando conocí a Cesar Martí que era un pintor salvadoreño, y responsable de la solidaridad por el ERP en México. Fue él quien me invitó a colaborar en tareas de solidaridad con El Salvador. Les interesaba mi integración porque ya era médico y había terminado la maestría en Salud Pública. Después me fui involucrando en tareas de solidaridad cuando estaba estudiando en Flacso y fue cuando constituimos el Comité de Pro-Derechos Humanos. Después se creó el Comité de Solidaridad con El Salvador, al que se incorporaron otras gentes como Gregorio Bello y su esposa Lilian que eran de la ENAH, y militaban en el ERP. Pero también había gente de otras organizaciones salvadoreñas del frente como Gilberto López y Rivas y Andrés Fábregas y otras muchas gentes de las que no recuerdo el nombre. Pero eso fue ya por el 79. En ese año, yo me

[7] Entrevista a José Carrillo, 1 de junio de 2014.

desligué de las tareas de solidaridad en México y de Flacso, porque la organización me pidió que viajara a Centro y Sudamérica para desarrollar tareas de tipo médico para organizar los puestos de salud de los frentes de guerra. Entonces viajé a Colombia, Venezuela y Panamá, y ahí me estuve metido en la sierra tratando de asimilar toda la experiencia de salud en guerra. A fines de 1979 regresé a México y de ahí me enviaron a El Salvador, porque el ERP consideraba que había un ánimo insurreccional en las masas y acababa de darse el golpe de Estado de octubre de 1979. Fuimos una comisión amplia en la que iba López y Rivas y Andrés Fábregas y estuvimos presentes cuando la creación de la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM), pero era una comisión amplia del Movimiento por la Paz y del Comité de Solidaridad en México. Me acuerdo que tuvimos reuniones con Marianela García Villas, antes de que la asesinaran, para el asunto de Derechos Humanos, pero la represión se fue agravando porque luego comenzaron los asesinatos contra dirigentes sociales y la iglesia, porque en esos días asesinaron a varios sacerdotes y a Monseñor Romero. Entonces la organización me envió al frente de guerra por agosto del 80 y fui a Morazán a organizar el trabajo en el área médica. Desde ese momento me quedé en Morazán hasta 1988, que fue cuando pedí salir por motivos de salud.

HÉCTOR IBARRA: ¿Cómo fue que llegaste a un frente de guerra en El Salvador?

CARLOS MIYAZAKI "ALBERTÓN": Como te dije, salí a unas capacitaciones sobre medicina de guerra en vísperas de la ofensiva final del 10 de enero de 1981. Cuando llego a Morazán, ya habían comenzado los operativos de "Tierra arrasada", y fue cuando comenzamos a organizar las estructuras político-militares y de servicios, para enfrentar al enemigo. En el área de salud ya estaba Fidel Zarco y con él comenzamos a capacitar a los primeros brigadistas. Recuerdo que el primer brigadista que formamos fue Reyno, un compa de Guarumas que sobrevivió la guerra. Después fueron llegando otros compas como Cupertino, Colaco, Libertad y otros que luego fueron responsables de las estructuras de salud como las clínicas, los puestos operativos de salud y el hospital en el que estuvo Sarita muchos años. Después fueron llegando otros médicos como Eduardo, Emilio, Quique, y otros que no recuerdo. Para el 82, me dieron tareas de tipo operativo como la responsabilidad de las tropas fronterizas y defensa del frente, y fui adquiriendo otras responsabilidades políticas en el trabajo de masas, donde fui responsable en varias zonas hasta 1991 en que salí del frente para atender problemas familiares y de salud.[8]

Estando en Nicaragua a fines de 1982, el autor de este artículo se encontró en ese país a numerosos amigos y compañeros de lucha mexicanos quienes entusiasmados con el triunfo revolucionario sandinista habían tomado la decisión de dejar sus or-

[8] Héctor Ibarra Chávez, *Brigada Rafael Arce Zablah: ¡misión cumplida! Una historia contada por sus protagonistas,* México, Altres / Costa Amic Editores, 2008, pp. 121-122.

ganizaciones y ocupaciones públicas y privadas en México y se disponían a entrar en acción en El Salvador. Mayoritariamente médicos, enfermeras, maestros y especialistas en comunicación. Aunque otro sector buscaba la integración en las tareas militares. A este proceso se incorporaron cientos de mexicanos que participaron de manera desinteresada en el proceso de labores técnicas, humanitarias y militares de las diferentes organizaciones y frentes de guerra del FMLN.

La colonia de los mexicanos

La estancia y recibidor del beneficio de Niña-Lola fue por siempre el lugar preferido para los encuentros de ocasión con la *cherada* de otras estructuras del Frente o de otros frentes. Recién había concluido un largo operativo enemigo que me había mantenido alejado de la relación con la población de Perquín y con algunos miembros de la "colonia de mexicanos" que ocasionalmente nos reuníamos en aquel lugar de tertulias.

Entre los que frecuentábamos aquel "rincón de las nostalgias", estábamos Augusto, Miguelito y yo. Después se integraron Guillermo, Santiago y en alguna ocasión llegó Jaramillo, quienes recién se habían incorporado al frente. Después llegaron otros como el Pinche-buey, la Maru... Augusto era de los viejos del frente, Miguelito llegó por el 85 con su esposa y Noé, y fue un médico destacado en las estructuras de salud.

Miguelito era callado y algo tímido, pero jodedor, con el estilo "chinga-quedito" propio de los yucatecos; Guillermo era bachiller y chilango, muy hablantín y efusivo y como todos los jóvenes llenos de ímpetu; Jaramillo, solo estuvo de paso por el frente nororiental, porque fue destacado en el Frente Sur y decía venir solo a adquirir experiencia en explosivos y armas casera, para regresar a México a incorporarse a un proceso armado que se estaba gestando en Chiapas.

Santiago que por verdadero nombre se llamaba Jorge Quezada del Río era diametralmente diferente a todos nosotros. Hablaba poco y con cautela. Su fisonomía de intelectual hacia honor a sus cualidades de académico del Centro Universitario de Oriente. Era tamaulipeco, egresado de la Facultad de Economía de la UNAM y revolucionario de vocación. Conoció a Pedro Martínez quien era salvadoreño y miembro del ERP en una colonia popular del sur de la Ciudad de México y éste lo entusiasmó a la idea de venir a El Salvador a hacer la revolución. Creía que la revolución mexicana estaba agotada y era necesaria otra revolución en nuestro país, pero no la concebía viable desde las aulas universitarias, ni bajo la perspectiva de buena parte de la izquierda mexicana que tendía hacia la vía electoral. Creía que una revolución, para ser auténtica, debía transformar las estructuras económicas y sociales desde sus cimientos. Es decir, una revolución radical y de transformaciones profundas. Pero no la concebía a corto plazo, por eso pensó que el paso más inmediato para

llegar a esta era golpeando primero por "el eslabón más débil de la cadena". Y a su entender el eslabón más débil del momento, era Centroamérica.

Por eso, al conocer a Pedro, no dudó y se vino a El Salvador. Llegó como académico de la Universidad. Solicitó su integración a un frente de guerra. ¡Nadie le paró bola! Pero tenaz como era, optó por dedicarse de lleno a las actividades académicas en el CUO, y por iniciativa desplegó una importante actividad entre a las organizaciones populares que en San Miguel estaban ligadas al ERP. Su creatividad organizadora y disposición de lucha, lo hizo destacar rápidamente y llamar la atención de los cuadros urbanos que en San Miguel operaban para el ERP. Al ser uno de los más destacados organizadores, pronto fue reclutado para organizar los destacamentos insurreccionales que en esa ciudad actuarían para desplegar la insurrección durante la ofensiva de noviembre de 1989.

La cultura de Jorge era basta. Su frase, resuelta a alcanzar el matiz de los pensamientos, seguía un trazo lento y sinuoso, tan sinuoso que de pronto se creía que buscaba disfrazar u ocultar el fondo de las ideas. Se expresaba además con cierta timidez. Con el aire de humildad sincera de quien piensa que fácilmente va a caer en el error y de antemano estuviese de acuerdo en que se le enmendara la falla. Todo en él se traducía en su carácter a modo de contraste entre su inseguridad juvenil y su aplomo ya adquirido por las responsabilidades asignadas, entre su adolescencia espiritual y la precoz madurez de sus acciones, todo acentuado en una fe en sí mismo y en su profunda e íntima convicción de estar en lo cierto y justo.

Era de los pocos internacionalistas que habían llegado a la revolución salvadoreña por cuenta propia y pensando por su cuenta el problema moral de ésta. Había llegado muy joven y con la conciencia limpia, con el impulso que arrancaba más de la convicción que de la ambición de poder. Su convicción no se reducía, como en otros dirigentes y guías, al ansia de crear un estado de cosas dócil al imperio propio, sino al imperativo de obrar bien, de obrar moralmente.

La juventud y lo desmedrado de su físico, hacían de Jorge (Santiago para sus compañeros de armas) un personaje de poco relieve. Acusaba con el desaliño propio de un intelectual hecho para la ciencia. Su figura desgarbada, sus anteojos de fondo de botella provocaban a considerar más de una vez la totalidad de su persona para convencerse de que aquello, lejos de ser defecto, era disposición de ánimo superior, indiferencia por lo que en el fondo no representaba valor definitivo de las cosas. Su manifestación temprana por la revolución y por los cambios radicales pronto lo impulsaron al interés por las acciones militares y a las tentaciones militaristas que bañaban a buena parte de la militancia del ERP. Ya visto en perspectiva, Jorge crecía rápidamente e iba dejando entrever por qué pertenecía al corto número de los que mandaban, no por la fuerza de la jerarquía, sino del ejemplo.

Lo vi por última vez en Pekín en octubre de 1988. Hablamos de todo. De las perspectivas de luchar y hacer la revolución en México, de las fallas del paradigma clásico marxista y sus principales representantes, de los fracasos del socialismo "realmente existente", en fin...[9]

En el proceso revolucionario salvadoreño, como en el resto de procesos centroamericanos, decenas de mexicanos se incorporaron a la lucha revolucionaria. Allí dejaron los mejores años de su vida y, en algunos casos, la vida misma. Muchos de estos revolucionarios murieron como héroes anónimos que nunca fueron identificados por sus familiares debido a las difíciles condiciones de clandestinaje y compartimentación en las que se desenvolvían estos combatientes por la libertad. En un estudio realizado por este mismo autor y otros internacionalistas, registramos alrededor de 500 mexicanos integrados en diferentes tareas y frentes de guerra de El Salvador, y un aproximado de 20 caídos en combate durante los años ochenta. Habrá que hacer un estudio detallado sobre mexicanos que participaron en los frentes de guerra de Nicaragua y Guatemala, así como la cantidad de caídos.

Breve historia de un internacionalista

Por aquellos días límpidos y claros vi volar de regreso a los Azacuanes con rumbo a los santuarios norteños de Canadá y Estados Unidos. Se me ocurrió dar un choteo por San Fernando y en una de aquellas visitas me presentaron a dos compas internacionalistas que no conocía: Claudio, un ecuatoriano que ya tenía sus días de andar en la brega con los compas de la Unidad de Armas de Apoyo, y Pavel, un mexicano que recién se había incorporado al Frente Nororiental, proveniente del Frente Sur, y que ya había tenido su bautismo de fuego en las acciones contra la Tercera Brigada de Infantería.

A Pavel, los sandinistas lo habían preparado como francotirador, y desde su entrada al frente había sido integrado a la cuarta sección. Ese día hablamos poco, porque Claudio acaparó la palabra y poco espacio nos dejó para comentar sobre México, que por razones obvias era el tema privilegiado de los mexicanos que nos encontrábamos en el frente. A Claudio no lo volví a ver porque por aquellos días el enemigo comenzó a poner en práctica sus nuevas tácticas de uso masivo de los medios aéreos, y cayó abatido por una bomba.

Una semana después, me citó Albertón el paisano a su campamento, y ahí me encontré de nuevo a Pavel.

[9] Héctor Ibarra Chávez, *Historias de barro y otros cuentos de la guerra en El Salvador. Memorias de un internacionalista*, México, Publicaciones Expediente Abierto, 2003, p. 204.

–¡Mirá Genaro, te presento a Pavel, es paisano y viene a integrarse como francotirador a las tropas especiales!

Ese día hablamos hasta el cansancio. Supe que era chilango, que se había integrado a través de una estructura de solidaridad de Nezahualcoyotl, y que estudiaba la carrera de economía en la UNAM. Los compas tenían el hábito de no hablar mucho de ellos, por razones de compartimentación. Y uno trataba de preguntar lo esencial sobre sus generales con mucho tiento. Era un compa reservado, y por el poco tiempo que tuvimos, no tuve mayores referencias de él y de sus antecedentes en México. Lo consideraba como un compañero muy solidario y responsable en sus tareas. Sobre todo me llamó la atención su ferviente fe en la revolución y la enorme mística que demostraba al haber llegado al frente de guerra desarrollando tareas militares por sus propios méritos.

Sin duda, debió haber sido bueno en su desempeño militar, para haber sido integrado directamente a la unidad élite de nuestro ejército. Era algo raro y excepcional, porque regularmente los extranjeros que llegaban a las unidades militares, llegaban porque ya tenían alguna especialidad o destacaban muy rápido en esa materia. Yo creo que en Pavel se dieron las dos cualidades. A mi parecer el celo de la comandancia para integrar internacionalistas en las unidades militares se daba más que nada por una especie de temor a la contaminación ideológica que los extranjeros podíamos llevara a sus cuadros y combatientes. Era lógico, porque regularmente los internacionalistas ya habíamos cursado antes algún tipo de militancia revolucionaria, y a ellos no les agradaba que se transmitieran "ideas exóticas o raras" que pudieran disociar la línea oficial de los dirigentes históricos. La mayoría de nosotros veníamos de algún tipo de formación marxista, con diversos matices, mientras que entre los cuadros de conducción estratégica lo que privilegiaba eran ciertas tendencias socialdemócratas. Desde luego que Pavel también era un hombre versado en todas estas teorías y a mí parecer tenía una cierta formación trotskista.

Hablamos de todo, sobre todo de las perspectivas de avance y cambios que se perfilaban en México por aquellos años. Era de los compas que pensaban que el papel de los internacionalistas en El Salvador era pasajero en tanto en México no se presentaran mejores condiciones para un cambio revolucionario. Él consideraba que había que contribuir a la liberación y al socialismo en El Salvador como un eslabón más que contribuyera al socialismo en América Latina, y por ende en México. Y en esa dirección iba orientada la aportación de Pavel en el "Pulgarcito de América".

Cuando nos despedimos, me comentó sobre un malestar físico que sentía, y que estaba yendo a la clínica para un chequeo médico general. Se sentía débil y con poca visibilidad.

–¡Me preocupa mucho esto paisano, porque si pierdo visibilidad, pierdo mi chamba! ¡Soy francotirador y si no veo bien me quedo sin chamba! –Me dijo.

–No te preocupes, que eso nos pasa a todos al principio. Son problemas de adaptación y de perdida de algunas reservas que uno trae de afuera, cuando bajan las defensas, se siente el cambio. ¡Pero es normal!, ya te irás acostumbrando...

Otro día encontré a Eduardo en la comandancia y le pregunté sobre él. Me dijo que estaba preocupado por su situación física.

–¡No le veo signos de recuperación y cada día pierde peso! –me dijo–. Lo hemos mandado de nuevo a su unidad porque estaba desesperado y ya no quería estar inactivo en el hospital. ¡No come y no está bien de salud!

Lo fui buscar a su unidad porque además hacía mucho tiempo que no me cruzaba con mis amigos que tenía en la "Cuarta", desde los días de Jucuarán. Me encontré de nueva cuenta con Dimas, Quintanilla, Güicho, Carlitos y otros.

Un mes después del primer encuentro, me mandó a llamar Pavel a la clínica de San Fernando. Entonces me empecé a preocupar en serio. Lo encontré en un estado físico deplorable y ya le habían hecho la primera transfusión de sangre. Las venas de la frente le saltaban, la piel de blanca se le había tornado cetrina, los huesos del costillar se le pegaban a la epidermis. Su estado moral era deprimente y fue cuando comencé a ver en su semblante los signos de "la huesuda".

–¡No se me agüeve, paisano, esto es un mal temporal que los médicos le van a remediar!, –le dije, con no mucha seguridad–. ¡Usted ya venció en otras batallas más duras y va vencer en esta! ¡Seguro estoy que para la próxima misión en que salgan los compas, usted va a estar en la primera línea de combate!

No me sentía tan seguro de lo que le estaba diciendo, pero la moral es algo que si no te salva por lo menos te prolonga la vida.

Ese día me entregó su cuaderno de notas, que mantenía como una reliquia. Lo cargaba desde Managua y me lo entregó presintiendo que ya poco le quedaba de aliento y que la vida se le escapaba.

Quién sabe qué mal presentimiento supe, desde que lo vi, que Pavel se iba "hacia el sueño de los justos". Busque a José Luís, para pedirle encarecidamente que hiciera todo lo que estaba de su mano para ayudar a mi paisano.

–¡Yo nunca te he pedido un favor tan especial, pero es mi amigo y no quiero que se muera!

–Mira Genaro: estamos haciendo todo lo que humanamente se puede hacer en este marco de condiciones y limitaciones. Para mí que el mal de Pavel es un mal psicosomático y para esto no hay medicina posible. Por lo menos en el frente no tenemos los medios, ni las condiciones necesarias para ese tipo de enfermedades.

Me acordaba entonces de lo que me había dicho Quintanilla el día que estuve en su campamento:

–¡Pa' mí que Pavel lo que tiene es el "mal del amor"!

–¡Puta!, Quintanilla, ¿qué mierda es esa del mal del amor?

–¡Es que se enamoró de la Rosita en Jucuarán, y desde que llegamos a Morazán comenzó a enfermarse y hasta la vez no acaba de recuperarse!

No sé si haya sido una enfermedad psicosomática, mal del amor o cosa que se le parezca; el caso es que nunca antes había visto a un compa con tantas ganas de vivir para seguir luchando por la revolución. Si se puede hablar de un internacionalista hecho a toda prueba, solo podría mencionar al Che antes de Pavel. Porque su fe por la revolución internacional era casi mística.

Por aquellos días ya estaba preparado para recibir noticias no gratas sobre Pavel, y a los dos días, mientras me encontraba enviando la última señal del día, llegó Eduardo hasta donde me encontraba trabajando. Lo sentí llegar y no quise voltear ni a preguntarle nada. Tenía miedo de una mala noticia, pero cuando me habló sabía a lo que venía.

Vi sus ojos con grandes ojeras y los ojos vidriosos que antes nunca le había visto, y solo alcanzó a decirme: ¡Genaro, se murió Pavel! Dio media vuelta y se fue.

No me levante de la mesa ni mencione palabra alguna, solo sé que busqué su cuaderno de notas que me dejara como su más valiosa herencia y me puse a escribir una esquela mortuoria, una poesía o no sé qué putas escribí, pero si mal no recuerdo llevaba este título "Pavel: héroe anónimo por la revolución internacional".[10]

Conclusión

La narrativa histórica de la solidaridad y del internacionalismo de los mexicanos integrados a los procesos revolucionarios centroamericanos está marcada por un razonamiento de orden interno y externo. En lo interno, por la larga tradición solidaria e internacionalista mostrada desde los albores de la nación mexicana hacia las luchas de otros pueblos en favor de la libertad, la justicia social, la paz y la independencia. El haber llegado entre los años sesenta y setenta a un tipo de gobierno autoritario, que para la percepción de numerosos intelectuales y estudiosos de la ciencia política se definía como un tipo de "dictadura perfecta", es decir, un régimen que, a semejanza de la mayoría de gobiernos autoritarios de América Latina, ejercía su poder de dominación mediante una política autoritaria de un partido de Estado, a saber, el Partido Revolucionario Institucional (PRI).

Partido de Estado que matizaba su política de reformas con represión mediante el apoyo y la solidaridad ofrecida a otros países y pueblos en lucha, mientras que en su interior desplegaba una represión despiadada contra los luchadores sociales mexicanos, a manera de "candil de la calle, oscuridad en la casa".

[10] *Ibid.,* p. 109.

Esta lógica autoritaria hacía suponer a muchos mexicanos que la Revolución Mexicana –que había propiciado reformas estructurales como los artículos 27 y 123, que posibilitaron cambiar las injustas formas de propiedad de la tierra y las relaciones laborales– se habían agotado. Esto, a medida que el régimen vigente había entrado en una fase de regresión de estas reformas desde los años cuarenta, con las contrarreformas iniciadas durante el gobierno de Miguel Alemán y continuadas por sus sucesores.

A esta lógica de contrarreformas se debe sumar la lógica contrarrevolucionaria que se traducía en políticas represivas sustentadas en el anticomunismo y la política de "seguridad nacional" promovida por los Estados Unidos en el marco de la guerra fría.

La muestra más fehaciente de esta política regresiva y autoritaria fue la instrumentación de la política de "terrorismo de Estado" instrumentado por el régimen en el marco de la política contrainsurgente norteamericana. Política que tuvo su momento álgido durante las masacres estudiantiles del 2 de octubre de 1968 y el 10 de junio de 1971, perpetuadas contra el movimiento estudiantil de 1968. Masacres que a su vez propiciaron la radicalización de un sector medio de la sociedad, particularmente entre la juventud y los estudiantes, que optaron por incorporarse a las organizaciones guerrilleras rurales y urbanas y a los movimientos de masas que pugnaban por la vía insurreccional hacia el socialismo.

En lo externo, la experiencia exitosa de la guerrilla del Movimiento 26 de julio, en la Sierra Maestra y el triunfo de la revolución cubana, así como el ejemplo internacionalista del Che Guevara y su sacrificio por la libertad e independencia de Bolivia, marcó a miles de luchadores sociales latinoamericanos. En México, este ejemplo prendió en un sector importante de luchadores sociales que buscaban cambios estructurales en el país, a través de la vía de la guerrilla.[11] Proyecto que es asumido, a la postre, por cientos de jóvenes y estudiantes que se proponen una nueva revolución mediante la lucha armada, a saber, socialista, frente al cierre de los espacios políticos y la profundización de la guerra sucia desplegada por parte del Estado.[12]

En el marco de esta realidad, muchos luchadores sociales mexicanos asumieron que la única opción viable era la lucha armada por vía insurreccional o guerrillera, a imitación del foco guerrillero que materializó la revolución cubana, así como el ideal "guevarista" de la guerra de guerrillas y la revolución latinoamericana. Proyecto que se asume bajo la premisa de que "en todos los países de América Latina existían condi-

[11] Hacia la década de los sesenta se crea en México la guerrilla rural tras el ataque armado al Cuartel Madera dirigido por los profesores Arturo Gámiz y Pablo Gómez, en Chihuahua en 1965, emulando el asalto al Cuartel Moncada, en 1953 en Cuba, por el Movimiento 26 de julio.

[12] Al entrar a la década de los setenta, existían en México más de 30 organizaciones guerrilleras rurales y urbanas con presencia en, por lo menos, 20 estados de la República.

ciones objetivas para la revolución, y solo hacía falta crear las condiciones subjetivas". Condiciones que, a saber, debían ser creadas por un pequeño foco guerrillero desde un lugar que prestara las condiciones geográficas para el crecimiento. Cuando en realidad las condiciones de cada país eran diversas y cambiantes.

A final de los años setenta, los resultados de esta experiencia en México estaban a la vista: cientos de luchadores sociales en el exilio, la cárcel, las ejecuciones extrajudiciales y la desaparición forzada de más de 1 500 mexicanos que habían buscado cambiar la realidad mexicana.

Por otro lado, el fracaso de la vía armada guerrillera llevó a pensar a muchos luchadores sociales que la mejor vía para los cambios era la "vía pacífica al socialismo", cursada por la Unida Popular en Chile, a partir del triunfo electoral de Salvador Allende. Pero frente al fracaso de esta opción tras del golpe de Estado de septiembre de 1973, los simpatizantes de la vía armada tradicional terminaron por confirmar que esta era la única vía. Luego del triunfo revolucionario sandinista donde se conjugaron los dos componentes de la vía violenta: la lucha guerrillera y la insurrección.

El triunfo revolucionario sandinista motivó a cientos de luchadores sociales y particularmente jóvenes a promover y emular estas formas de lucha, que a su entender reaccionarían como una onda expansiva para los países de América Latina, y particularmente hacia los países vecinos, entre los que estaba México. A esta lógica responde la amplia participación de la izquierda mexicana en la solidaridad a estos países, así como la participación internacionalista de luchadores sociales mexicanos en las revoluciones centroamericanas en los años ochenta.

De esta disposición solidaria e internacionalista en pro de la libertad, la justicia social, la paz y la independencia de los pueblos da cuenta el ejemplo imperecedera de David Aguilar Mora y Eunice Campiran en Guatemala; de Araceli López Darias en Nicaragua; Ignacio Rodríguez Terraza, Benito Méndez Zamora, Manuel de la Puente Solano: Raúl Renderos, Miguel Hernández Toledo: Américo, Jorge Quezada del Río: Santiago, Juana Juárez: Juanita, Julia, Pavel, y muchos otros mexicanos que murieron en el anonimato.

Entrevistas

Entrevista a José Carrillo, 1 de junio de 2014.

Bibliografía

Aguilar Mora, Manuel, "¡En memoria de David Aguilar Mora y Eunice Campiran! Mexicanos revolucionarios e internacionalistas, mártires de la Revolución en Guatemala", mimeo, ponencia presentada el 25 de noviembre de 2003 en el Auditorio Ho Chi Min de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Alarcón Ramírez, Daniel y Elizabeth Burgos, *Memorias de un soldado cubano: vida y muerte de la Revolución*, 1ª reimp., Barcelona, Tusquets, 2003. (Fábula Tusquets, 217).

Baltodano, Mónica, *Memorias de la lucha sandinista. De la forja de la vanguardia,* 3er. tiraje, Managua, Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica-Universidad Centroamericana / Rosa Luxemburgo, 2014, 4 vols.

Estévez, José Luis, Héctor Ibarra y Carlos Tabares, *Dos pueblos a los que amar, un mundo por el que luchar*, introd. de James Petras, San Salvador, Grupo promotor de la Memoria histórica de l@s internacionalistas en El Salvador, 2014.

Ibarra Chávez, Héctor A. , *Brigada Rafael Arce Zablah: ¡misión cumplida!*, México, Altres / Costa Amic, 2008.

_____, *Historias de barro y otros cuentos de la guerra en El Salvador. Memorias de un internacionalista*, México, Publicaciones Expediente Abierto, 2003.

Kersffeld, Daniel, "El Comité Manos Fuera de Nicaragua", *Pacarina del Sur*, publicación electrónica, año 2, núm. 13, oct-dic. de 2013. Disponible en: <http://www.pacarinadelsur.com/home/oleajes/537-el-comite-manos-fuera-de-nicaragua-primera-experiencia-del-sandinismo> [consultado el 22 de enero de 2014].

Pellicer, Olga, "México y Cuba: Un drama en tres actos", *Letras Libres*, publicación electrónica, julio de 2004. Disponible en: <http://www.letraslibres.com/revista/convivio/mexico-y-cuba-un-drama-en-tres-actos> [consultado el 22 de enero de 2015].

Sánchez Hernández, Néstor, *Un mexicano en la guerra civil española y otros recuerdos,* 2ª ed., Oaxaca, Carteles editores, 2005.

Treviño, Héctor Jaime, "Guillén Celaya: un coahuilense revolucionario cubano", artículo electrónico. Disponible en <http://www.sabinashidalgo.net/articulos/227-cronicas-de-nuevo-leon/5081-guillcelaya-un-coahuilense-revolucionario-cubano-sp-785300475> [consultado el 22 de enero de 2015].

Yanes Rizo, Emma, *Araceli. Nicaragua, 1976-79: La libertad de vivir*, Ítaca, México, 2008.

"La revolución salvadoreña necesita de la solidaridad del pueblo mexicano". Exilio salvadoreño y activismo político en la Ciudad de México

Kristina Pirker[1] y Omar Núñez Rodríguez[2]

Richard Saull, en un texto sobre el Sur global en la guerra fría, plantea que los análisis centrados en las dinámicas bilaterales del conflicto Este-Oeste tienden a otorgar un lugar subordinado –y por lo tanto sin protagonismo– a los países, movimientos y gobiernos del Tercer Mundo. Pensados como "escenarios" derivados de una estrategia global, o que actuen como "agentes o gobiernos títeres" de una de las dos superpotencias, esta lectura dictamina que la dinámica política de la periferia era resultante de las decisiones tomadas por los gobiernos de los Estados Unidos y de la Unión Soviética.

Saull propone otra clave de interpretación. Al definir la guerra fría como "una forma de conflicto social global entre estados y fuerzas sociales asociadas con los sistemas sociales rivales del capitalismo y el comunismo",[3] es posible estudiarla como "síntoma" de un conjunto de conflictos y crisis locales y regionales provocados por el desarrollo desigual y diferenciado del desarrollo capitalista global y los desafíos revolucionarios

[1] Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Investigadora del Instituto José María Luis Mora.

[2] Licenciado en Humanidades por la Universidad de Chile. Profesor de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

[3] Richard Saull, "El lugar del sur global en la conceptualización de la guerra fría: desarrollo capitalista, revolución social y conflicto geopolítico", en Daniela Spenser (coord.), *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*, México, CIESAS / SER / Miguel Ángel Porrúa, 2004, p. 32.

de movimientos antisistémicos de diversa índole: comunistas, de liberación nacional o nacional-populares. Si bien el desafío tuvo su origen en el triunfo de la Revolución Bolchevique y su "epicentro" fue durante el periodo de entreguerras en el centro de Europa, después de 1945, éste se trasladó a los países del Sur.

Esta clave de lectura permite visualizar, por una parte, la interacción entre conflictos, luchas y movimientos sociales locales, nacionales e internacionales y, por otra, la agencia de gobiernos, fuerzas políticas y movimientos sociales del Sur que buscaron impulsar sus propias agendas y pretensiones políticas, sea sin el consentimiento de las potencias aliadas, sea manipulando sus miedos y fobias.[4] Como ejemplos de esta agencia es posible citar a Somoza García, que supo utilizar la amenaza de una infiltración comunista en Centroamérica (y particularmente en Nicaragua) para despertar las fobias anticomunistas estadounidenses en momentos críticos de las relaciones Nicaragua-Estados Unidos (por ejemplo, inmediatamente después del final de la Segunda Guerra Mundial)[5] o la participación de las Fuerzas Armadas argentinas en la contrainsurgencia en Centroamérica entre 1976 y 1982.[6] Asimismo, las fuerzas revolucionarias tenían perspectivas y apuestas geopolíticas sin esperar el consentimiento de la Unión Soviética; como lo evidencia el involucramiento de Cuba en África[7] o las perspectivas de expansión de la revolución centroamericana planteadas por el fundador de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), el salvadoreño Cayetano Carpio en la década de 1970, expresadas en la consigna "Si Nicaragua venció, El Salvador vencerá".

La confrontación bipolar se expresó no solo en actores y sus estrategias políticas, también en el imaginario y las visiones del mundo que moldearon la interpretación de los conflictos sociopolíticos. Y así como en su momento la revolución cubana amplió el repertorio de imágenes y prácticas de la acción colectiva y, a la vez, agudizó los miedos contrarrevolucionarios, el triunfo de la revolución sandinista significó, por un lado, convencer a las derechas políticas y sociales del avance del comunismo internacional en la región, al tiempo que impulsó, por el otro, la empatía, la solidaridad y las expectativas de cambio de segmentos importantes de la izquierda internacional respecto a los procesos revolucionarios centroamericanos. En particular, con El Salvador.

[4] *Idem*.

[5] Max Paul Friedman, "Retiring the Puppets, Bringing Latin American Back In: Recent Scholarship on US-Latin American Relations", en *Diplomatic History,* 2003, vol. 27(5), pp. 621-636.

[6] Ariel Armony, "Transnacionalizando la 'guerra sucia': Argentina en Centroamérica", en Daniela Spenser, *op. cit.,* pp. 319-348.

[7] Piero Gleijeses, *Misiones en Conflicto. La Habana, Washington y África. 1959-1976,* La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2007.

En este sentido, la emergencia de un importante movimiento de solidaridad con este país en México, no solo posibilitó la colaboración de activistas nacionales provenientes de diversas organizaciones políticas y sociales con la causa revolucionaria salvadoreña, sino también acercamientos e interacciones entre militantes exiliados de diversas nacionalidades. Dicha convergencia fue favorecida por la masiva presencia de refugiados centroamericanos, así como por las políticas del Estado mexicano hacia los conflictos bélicos en sus países, la cual se reflejaba en una relativa tolerancia hacia ciudadanos salvadoreños y guatemaltecos que habían ingresado a territorio mexicano a partir de 1978, pero sin otorgarles (al menos en su mayoría) el reconocimiento jurídico y político de asilado político.[8]

En efecto, los objetivos de la política exterior de los gobiernos mexicanos –sobre todo de la administración de José López Portillo y de Miguel de la Madrid– por impulsar una solución política y negociada a la crisis centroamericana, en general, y del conflicto salvadoreño en particular, se fundamentaban tanto en el objetivo de alejar la política exterior mexicana de su tradicional orientación bilateral hacia Estados Unidos, como en considerar la situación en Centroamérica un problema de Seguridad Nacional para el país, por lo cual le correspondía a la diplomacia nacional fomentar un diálogo entre los adversarios políticos para reducir tensiones que podrían trasladarse a territorio mexicano, específicamente a Chiapas. Esta postura conciliatoria no excluye la decisión gubernamental de apoyar la revolución nicaragüense y reconocer al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) como fuerza política representativa (Declaración franco-mexicana), compensada en parte al no otorgar el mismo trato hacia las organizaciones revolucionarias guatemaltecas. Si bien con la crisis de la deuda de 1982, el gobierno de De la Madrid moderó la postura mexicana respecto al apoyo a los procesos revolucionarios centroamericanos, los esfuerzos por impulsar un Plan Regional de Distensión se mantuvieron. La participación de México en el Grupo Contadora lo constata.[9]

Por su cercanía geográfica, por la participación mexicana en diversas iniciativas regionales para encontrar una solución pacífica a los conflictos bélicos y, sobre todo, por la tradición de otorgar refugio político a líderes y militantes políticos centroamericanos –en particular a partir de 1954– México se prestaba como espacio para el activismo político salvadoreño orientado a difundir internacionalmente la movilización y lucha del

[8] Jesús Rodríguez y Rodríguez, "Situación jurídica de los asilados y refugiados centroamericanos en México", en *Estudios en homenaje al Doctor Héctor Fix-Zamudio en sus treinta años como investigador de las Ciencias Jurídicas*, vol. 2, México, IIJ-UNAM, 1988, pp. 1213-1245.

[9] Mónica Toussaint, Guadalupe Rodríguez de Ita y Mario Vazquez Olivera, *Vecindad y diplomacia. Centroamérica en la política exterior mexicana, 1821-1998,* México, SRE-Direccion General del Acervo Historico Diplomatico, 2001, p. 200. Olga Pellicer, "Política hacia Centroamérica e interés nacional en México", en Jaime Labastida, *et. al, Centroamérica. Crisis y política internacional,* México, Siglo XXI, 1985, pp. 227-252.

FMLN. No obstante esta disposición histórica para recibir a los desplazados, también había desacuerdos al interior de la administración mexicana, especialmente entre la Secretaría de Relaciones Exteriores y la Secretaría de Gobernación, que tendencialmente mantenía una postura más dura, al percibir a la población migrante, antes que nada, como fuente de inestabilidad y amenaza para el orden público interno.[10]

Aunque no había una política consistente de persecución y deportación de salvadoreños indocumentados, Gobernación daba un puntual seguimiento a las actividades políticas de los exiliados salvadoreños y su interacción con activistas mexicanos, como bien lo señalan los informes de inteligencia. Por otra parte, sobre todo los militantes exiliados reconocían la posición contradictoria del gobierno mexicano de aceptar, por una parte, a los revolucionarios latinoamericanos perseguidos por sus gobiernos, pero a la vez reprimir a la izquierda radical mexicana. Asimismo, estaban conscientes de las restricciones a la actividad política, impuesta por las autoridades mexicanas, de no participar ni opinar sobre asuntos de política interior. Todos estos factores condicionaban la participación política y social de los refugiados, la cual se centraba, en consecuencia, en apoyar la lucha política y militar del FMLN en El Salvador.

A partir de reconocer esta situación, y de pensar la Guerra Fría como una articulación entre luchas sociales y conflictos sociopolíticos de diferentes escalas, alcances y lógicas, formulamos un conjunto de preguntas para reconstruir espacios, redes y prácticas de activistas salvadoreños refugiados en la Ciudad de México: ¿en qué espacios convergieron los militantes salvadoreños con activistas mexicanos? Y ¿de qué manera incidieron estas interacciones en estrategias de acción, vinculación e imaginarios del activismo social y político mexicano? ¿Qué impacto tuvo la recepción de los procesos revolucionarios centroamericanos –especialmente de El Salvador– en las cosmovisiones, prácticas y métodos de organización en el activismo social mexicano? Y por último, ¿qué lecturas y reacciones tuvieron los organismos de inteligencia mexicanos ante la presencia de los refugiados salvadoreños y la organización de un movimiento de solidaridad amplio que involucró a organizaciones populares y movimientos de la oposición al Partido de la Revolución Institucionalizada (PRI)?

En las siguientes páginas se presentarán algunos hallazgos y conclusiones basados en un primer análisis del material empírico obtenido a través de entrevistas narrativas con militantes salvadoreños y mexicanos, realizadas en el 2010 y 2014,[11] complementado

[10] Mónica Toussaint, Guadalupe Rodríguez de Ita y Mario Vazquez Olivera, *op. cit,* p. 200.

[11] Hasta este momento contamos con un total de siete entrevistas narrativas. De ellas, tres se hicieron con militantes de organizaciones revolucionarias salvadoreñas –una militante de origen argentino, una militante salvadoreña y un militante salvadoreño–, otra fue realizada a una refugiada salvadoreña sin militancia y tres corresponden a activistas y dirigentes de organizaciones del movimiento urbano popular en la Ciudad de

con la información sobre refugiados salvadoreños y el trabajo de solidaridad de comités y colectivos mexicanos de solidaridad recabada por agentes de la Dirección General de Información y Seguridad Nacional (DGISN) y conservada en las Galerías 1 y 2 del Archivo General de la Nación (AGN).[12] De esta manera, en esta investigación estamos reconstruyendo las convergencias e interacciones entre militantes exiliados y mexicanos desde tres perspectivas: 1) desde las prácticas políticas y estrategias de sobrevivencia de los militantes exiliados de las diversas organizaciones político militares que formaron el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional; 2) desde la visión del activismo mexicano, solidario con los movimientos revolucionarios centroamericanos, y 3) desde la visión de Seguridad Nacional de los aparatos de seguridad, que orientaba las interpretaciones y visiones del Estado respecto a la presencia de los refugiados políticos salvadoreños, y las actividades de la solidaridad mexicana para con estos.

Puente, retaguardia y voz: La Ciudad de México para los militantes del FMLN

Con el estallido de la guerra civil en El Salvador a partir de 1978, especialmente a partir de 1979 y 1980, aumentó considerablemente el número de salvadoreños que abandonaron su país a raíz de la violencia política y/o los impactos socioeconómicos derivados de la misma. Si bien los estudiosos de la migración centroamericana coinciden en las dificultades para establecer el tamaño real de la oleada migratoria salvadoreña, y sobre todo para saber cuánto de este flujo correspondía directamente a la persecución y violencia política, los números existentes dan cuenta del incremento alarmante en el número de población migrante desde principios de la década de 1980. De acuerdo con cifras del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), solo de 1981 a 1983 el número de salvadoreños en México creció de 70 000 a 120 000 personas, asentándose la mayoría en la Ciudad de México en condiciones de vida y jurídicas precarias. No obstante, según organizaciones no gubernamentales, el número llegaba incluso a unos 250 000, excluyendo a quienes solo pasaban por México en su

México, que tuvieron contacto o participaron activamente en el movimiento de solidaridad con El Salvador. Queremos agradecer la disposición de las personas entrevistadas para entregar sus testimonios. Por razones de confidencialidad sus nombres permanecen en el anonimato. Un listado con el perfil de los/las entrevistados/as se encuentra al final del artículo.

[12] En el momento de realizar el trabajo de archivo para este artículo (junio de 2014 a diciembre de 2014), todavía era posible consultar los documentos en el mostrador de la galería 1 del AGN. Desde enero de 2015, debido a cambios administrativos y legales, este acceso ya no es posible. Las fuentes consultadas abarcan los momentos más activos del Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño, que van de 1980 a 1985.

camino a Estados Unidos.[13] En efecto, si bien el gobierno mexicano se había comprometido en 1981 a no deportar a ningún centroamericano a su país de origen, a muy pocos se les reconocía el estatus de refugiado político, colocándolos, por tanto, en una situación de vulnerabilidad e indefensa legal ante abusos de las autoridades migratorias mexicanas.[14] Un grupo específico dentro de este universo amplio y heterogéneo de salvadoreños desplazados por la violencia política fueron militantes y colaboradores de las organizaciones revolucionarias que habían abandonado el país por la persecución política, pero que mantuvieron en el exterior un nivel de participación y trabajo político para denunciar el terrorismo de Estado y fortalecer las organizaciones político-militares a las cuales pertenecían.

Las entrevistas con refugiados permiten conocer las diversas circunstancias que los orillaron a llegar a la Ciudad de México. En el caso de una activista sindical y militante de la organización político-militar Resistencia Nacional (RN), ella empezó a sentirse amenazada después de una primera detención en San Salvador en 1989, por lo cual decidió abandonar el país por unos meses para "despistar" a los escuadrones de la muerte:

> cuando yo salí de la cárcel [en San Salvador] empecé a ser perseguida pero ya por cuerpos en civil, ya no por cuerpos de seguridad. Entonces allí sí ya empecé a temer por mi vida porque yo dije "me agarran los de civil y amanezco muerta mañana en cualquier calle", ¿no? Entonces allí fue donde yo pedí ayuda y apoyo a extranjeros mientras yo sacaba visa y dinero para irme. Entonces me fueron a comprar el boleto, y mi hermano sacó la visa para ir a México y ya me pusieron en el aeropuerto [...].
>
> PREGUNTA. ¿Y cuando te fuiste, o sea... cómo te fue aquí en México cuando llegaste... llegaste con alguien?
>
> RESPUESTA. Sí, con unos amigos de mi hermano... ellos fueron los que me dieron un tiempo para estar, porque yo venía por tres meses nada más, y entonces yo me volví a comunicar con la gente del partido, porque esta persona que a mí me recibió estaba conectado también con gente del FDR [Frente Democrático Revolucionario] y allí me conecté con ellos y empecé yo a trabajar con ellos. Ya después ellos me dieron casa, cuando me reconecté con la FENASTRAS de acá, Resistencia Nacional me dio casa para vivir.[15]

[13] Laura O' Dogherty, *Central Americans in Mexico City: Uprooted and Silenced,* Washington, Center for Immigration Policy and Refugee Assistance/Georgetown University, 1989, p. 12.

[14] *Idem. Vid*. Sergio Aguayo, "Los centroamericanos olvidados en México", *Nexos,* 1 de noviembre de 1986. Disponible en línea www.nexos.com.mx/?p=4685 [consultado en abril de 2015].

[15] Fenastras: Federación Nacional Sindical de Trabajadores Salvadoreños. En la década de los años ochenta fue la federación sindical anti-gubernamental más relevante que la izquierda revolucionaria logró controlar a través de sus cuadros y militantes sindicales. Entrevista 1, 10 de diciembre de 2003.

Otra posibilidad era pedir asilo político directamente en la embajada mexicana en San Salvador. Un militante de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) cuenta su llegada a México en 1983 de la siguiente manera:

> catearon la casa de mi exmujer, y estuvo perseguida, buscada en estas pinches listas negras que tenían, y se escapó dos veces de retenes en la carretera, y otra vez de un operativo grande, [...] entonces le pedimos asilo en la embajada mexicana, a mí me tocó después de un enfrentamiento, muy cerca de ahí, del Monumento Salvador del Mundo [en San Salvador], ahí estaba la embajada mexicana cerca de ahí, íbamos tres compañeros, a una distancia, no juntitos, así 4, 5 metros, vimos que aparecen dos Guardias Nacionales por una esquina, y pinches locos pues, empezamos a disparar [...] eran dos nada más como dicen, la punta del iceberg, y después un madral de hijos de puta, y a la verga, a correr y la embajada mexicana siempre estuvo abierta, siempre, pinches soldados se quedaron así, a 20 metros y sabían los hijos de puta que era territorio extranjero, entonces [...] Y lo primero que haces en una acción de esas es, "aquí está mi pistola y ya", esa fue la salida. La salida de la S. [su exesposa] fue un poquito después, y nos volvimos a juntar aquí en México [...] nosotros quedamos aquí, después para ganarnos la vida hicimos distintas labores... [silencio], desde, yo me acuerdo que trabajé como una semana cargando papel de la Kimberly Clark, y una organización holandesa [...] nos benefició con un proyecto productivo del cual vivimos algunos años, como unos 12 años o menos, lo que haya durado, que financiaba esto para la sobrevivencia de refugiados de Centroamérica [...] después hicimos un proyectito con una organización que se llamaba La Casa de Ajusco, porque estaba ahí por una colonia que se llama Ajusco [...] una especie de escuelita para niños centroamericanos que no podían entrar a las escuelas por el trámite legal, porque debo decirte que en esa misma época era un porcentaje mínimo los que teníamos la protección legal del gobierno, habían otros tolerados.[16]

Pero la mayoría de los colaboradores civiles y bases de apoyo de las organizaciones político-militares llegaron, como bien lo señala Sergio Aguayo, en pequeños grupos, dispersos y mucho menos organizados que los dos ejemplos señalados. Este fue el caso de otra entrevistada, originaria de San Salvador, ella sin militancia política, pero con hijos que colaboraban con el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Uno de ellos, un activista estudiantil que trabajaba con los pobladores y participaba en las luchas por ampliar el acceso a los Institutos Técnicos Estatales fue asesinado en 1980.[17] Cuando su segundo hijo –trabajador en una fábrica– también fue amenazado por los escuadrones de la muerte, éste decidió trasladarse a Belice en compañía de su hermana. Desde Belice

[16] Entrevista 4, 3 y 10 de julio del 2014.

[17] Entrevista 3, 3 de octubre de 2010.

enviaron el dinero necesario para traer a sus padres. Después de obtener una visa de 15 días para ingresar a México, la familia llegó primero a Chetumal, y se quedó durante dos años en Villahermosa para, finalmente, trasladarse a la Ciudad de México.

En cada uno de estos desplazamientos se repitió la misma estrategia: la familia, a través de diversos modos de empleo informal (la hija como empleada doméstica, la madre como costurera y los varones como carpinteros o albañiles) aseguraba su sobrevivencia y, cuando se presentaba la oportunidad, uno de los hijos se adelantaba para instalarse y traer al resto de la familia. De acuerdo al relato, no había redes estructuradas ni organizaciones para facilitar los desplazamientos, más bien muestras de solidaridad de mexicanos/as (como, por ejemplo, proporcionar un cuarto, ayudar en el traslado de la familia, dar trabajo) y una relativa tolerancia de las autoridades migratorias, lo que permitió a la familia instalarse en la Ciudad de México. Una vez radicada, la entrevistada empezó a participar en las actividades del Comité Monseñor Arnulfo Romero que había surgido como expresión de la solidaridad cristiana hacia las víctimas de la represión gubernamental en El Salvador.

Desde la perspectiva de los activistas salvadoreños, la Ciudad de México cumplía tres funciones: la de ser puente, retaguardia y voz de las organizaciones político-militares. "Puente", porque para muchos militantes y combatientes, México se erigió en punto de llegada para quienes tuvieron que abandonar su país por razones políticas, y de tránsito en caso de seguir el camino a Estados Unidos y Canadá o querer regresar a El Salvador. Para el logro de este propósito se constituyeron redes sociales de apoyo –muchas veces al amparo de parroquias y congregaciones– que resultaron importantes a la hora de sacar a personas en peligro y ofrecerles lugar de refugio en la ciudad. Empero, México y su capital también servían para que, en dirección inversa, pasaran "correos" desde terceros países (Cuba principalmente), los que incluían información, recursos y –de acuerdo a una entrevista– armamento para la revolución salvadoreña.

Conforme avanzaba la guerra y los activistas salvadoreños permanecieron, el "puente" se transformó en "retaguardia". En efecto, gracias a estas posturas de política exterior, el FMLN consideraba a México como una plataforma ideal para el trabajo internacional de su aparato político-diplomático. Este trabajo se estructuraba de la misma manera que en El Salvador: la coordinación entre las cinco organizaciones político-militares del FMLN[18] se realizaba en el nivel de la dirección, pero en el establecimiento

[18] En el FMLN convergieron cinco organizaciones politico-militares: las FPL (Fuerzas Populares de Liberación), FARN (Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional), ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), PRTC (Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos) y las FAL (Fuerzas Armadas de la Liberación, brazo armado del Partido Comunista Salvadoreño). Si bien, a partir de 1980 existía un mando común –la llamada Comandancia General– cada una de las cinco organizaciones mantuvo hasta después de 1992 sus propias estructuras, tanto militares, como políticas e internacionales. En la Comandancia General

de contactos y redes de solidaridad con organizaciones mexicanas cada organización atendía y cuidaba sus contactos y frentes de trabajo. Para sostener un pequeño aparato organizativo orientado a esta labor de solidaridad, las organizaciones político-militares destinaban algunos "cuadros" a la comunicación y difusión de asuntos relacionados con la coyuntura salvadoreña (centrados especialmente en los temas de la represión gubernamental y los éxitos militares de la guerrilla) y atención de los vínculos con organizaciones mexicanas, a cambio de brindarles cierta protección, estabilidad y un ingreso mínimo. Por ejemplo, a través de departamentos y casas –muchas veces puestos a disposición por mexicanos solidarios con la lucha salvadoreña– proveer dinero para cubrir los gastos esenciales y, en algunos casos, para el viaje hacia otros países como Estados Unidos, Canadá o Australia.

Esto significó que algunos cuadros político-militares que en El Salvador habían conservado un trabajo formal, en México tendieron a convertirse en "profesionales" de la organización, es decir, trabajaron en comités y plataformas por medio de los cuales se movilizaron los apoyos solidarios al FMLN. Es el caso de una de las entrevistadas, quien inicialmente pensó quedarse tan solo tres meses en México mientras los escuadrones de la muerte dejaban en seguirla en su país, pero al incorporarse al trabajo de solidaridad promovido por organizaciones nacionales y salvadoreñas en la Ciudad de México, su estancia inevitablemente se extendió.[19]

Sin duda, Nicaragua fue más relevante como "retaguardia lejana" porque allí estaban los principales dirigentes del FMLN y de las organizaciones de masas salvadoreñas, se daba atención médica a combatientes y se pasaba la mayor parte del armamento para los frentes de guerra. Pero en la Ciudad de México, la Comisión diplomática del FMLN podía reunirse con políticos y diplomáticos mexicanos y extranjeros, así como con la prensa nacional e internacional; por otra parte, la presencia de representantes sindicales, del movimiento de derechos humanos de El Salvador y de académicos e investigadores salvadoreños, convertía a la Ciudad de México en un espacio para analizar y discutir la coyuntura del país, no solo con fines de denuncia sino para producir insumos analíticos y programáticos para la agenda político-diplomática del FMLN. La apertura de algunas de las principales universidades públicas a la presencia de académicos de ese país, junto al interés y la simpatía que despertó la coyuntura salvadoreña entre universitarios mexicanos, permitió que durante una década, México fuera un centro de producción de conocimiento científico sobre El Salvador. Por entonces, se dio refugio a destacados académicos e investigadores como Rafael Menjívar Larín, Mario Salazar

---

se coordinaban las ofensivas militares, las iniciativas diplomáticas y la formulación de comunicados y posicionamientos, mientras recursos, estructuras y militantes operaban de manera separada.

[19] Entrevista 2, 17 de octubre de 2010.

Valiente, Rafael Guidos Béjar y Felix Ulloa (hijo), quienes abrieron en la UNAM, UAM o ENAH espacios para los Estudios Centroamericanos.

Al ser un centro para el debate, el análisis y la denuncia, la Ciudad de México permitía también reclutar a ciudadanos mexicanos, sin los cuales no hubiera sido posible sostener la red organizativa del FMLN en el exilio. Había diversos apoyos: hospedar a salvadoreños recién llegados, pagar la renta del local de alguna de las organizaciones de solidaridad u ofrecer sus instalaciones –desde oficinas hasta comedores– para que los exiliados pudieran reunirse, redactar sus boletines o planear sus actividades. Pero los activistas nacionales no solo se incorporaron al movimiento civil de solidaridad con El Salvador, también a los frentes de guerra como médicos, enfermeras, maestros y combatientes.[20]

En este sentido, México funcionaba como un lugar para construir y consolidar redes de solidaridad y difundir los mensajes de la insurgencia hacia el mundo. Según una entrevistada, para el movimiento revolucionario salvadoreño, México era la "voz para el mundo". En consecuencia, una parte importante de la estructura organizativa de las organizaciones del FMLN en México y, por tanto, de las actividades de los militantes exiliados, giraba en torno a las tareas de denuncia y solidaridad. En esta tarea, algunos militantes pudieron aprovechar los vínculos tejidos con periodistas de los medios nacionales de comunicación, como fueron los periódicos *El Día* o *Unomásuno*, para difundir posicionamientos o boletines o utilizar sus instalaciones para acceder a las noticias internacionales necesarias para los análisis de coyuntura que realizaban las organizaciones político militares (como fue en el caso de *Unomásuno*).

Por otra parte, los eventos de solidaridad, las campañas de denuncia de las violaciones a los derechos humanos o las actividades culturales (conciertos, fiestas, exposiciones) eran momentos de (re)encuentro, tanto entre salvadoreños, como espacios de reclutamiento de activistas y militantes mexicanos. Sobre todo las universidades públicas estuvieron abiertas a la realización de festivales, campañas de solidaridad, exposiciones, periódicos murales para que activistas extranjeros se vincularan con académicos y estudiantes nacionales. Así, por ejemplo, al ser lugares de trabajo para intelectuales y académicos salvadoreños –por lo general vinculados al FMLN o al FDR – se formularon acuerdos institucionales para apoyar las actividades de la Universidad de El Salvador (UES) que sufría el hostigamiento militar. Así se puso en marcha la Casa de la Universi-

[20] Es el caso de una ciudadana mexicana detenida por las Fuerzas Armadas salvadoreñas en 1982 y que aparece en los informes de la DGSIN. Su caso fue atendido por el Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo de El Salvador para denunciar su detención ante la opinión pública y gestionar ante diversas instancias del gobierno nacional para que actuaran a favor de su liberación. DGISN, ficha del 3 de febrero de 1982, AGN, galería 1: 009-022-020.

dad de El Salvador, con sede en la colonia Roma, o el Comité Internacional de Apoyo a la Universidad de El Salvador.[21]

Otro espacio importante fue el trabajo político dirigido hacia el movimiento sindical y popular mexicano, en particular, el realizado por militantes de RN gracias a los lazos de FENASTRAS con los gremios nacionales. Por ejemplo, para vincularse con un amplio espectro de sindicatos –que incluía hasta la oficialista Central de Trabajadores de México (CTM)– los activistas publicaban un Boletín Sindical para documentar y difundir las violaciones a los derechos laborales y la persecución sindical en El Salvador. Este acercamiento era diferenciado: mientras el objetivo para buscar el apoyo de la CTM era instrumental –el acceso a fondos para apoyar proyectos sindicales en el país centroamericano– los vínculos tejidos con el sindicalismo independiente –el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME), el Sindicato de Costureras, los sindicatos universitarios SITUAM y STUNAM y de transporte público como el ya extinto Ruta 100– respondía más a afinidades y simpatías ideológicas que a las posibilidades de acceder a recursos económicos. Como señala una entrevistada:

> Yo por ejemplo visitaba el sindicato de la UNAM, de la UAM, de Telmex... la Ruta 100, el movimiento popular independiente, muchísimos sindicatos, ellos colaboraban con nosotros, porque aquí no hay mucho dinero, México no es una plaza que tenga dinero, ellos colaboraban con nosotros a veces dándonos local para trabajar, dándonos tinta para impresora, papel, lápices, como útiles de oficina.[22]

El activismo político en temas como los derechos humanos y el de los presos políticos encontraba espacio propicio en las parroquias y Comunidades Eclesiales de Base (CEB). Desde 1981, por solicitud del Episcopado salvadoreño, el Episcopado mexicano empezó a convocar a varias "Cruzadas de Ayuda al Pueblo de El Salvador" en las parroquias de la Ciudad México. Por medio de misas y ayunos, el objetivo era denunciar la persecución política de religiosos y laicos en El Salvador. Este ambiente fomentó la formación de comités vinculados más a la iglesia popular. Es el caso del Comité Monseñor Oscar Arnulfo Romero, propiciador de un discurso y una práctica inspirados en el cristianismo liberacionista y en la Teología de Liberación, y abierto a la participación de militantes de las organizaciones del FMLN.

Tanto las entrevistas como los informes de los agentes de seguridad coinciden en señalar como lugares centrales para el activismo religioso las parroquias de San Pedro Mártir en la Delegación Tlalpan, Los Ángeles en la colonia Guerrero o la del Divino

[21] Entrevista 2, 2 de octubre de 2010.

[22] Entrevista 1, 10 de diciembre de 2003.

Redentor en la Colonia Roma (sede del Comité de Solidaridad Cristiana con El Salvador).[23] Las iglesias, incluyendo las congregaciones protestantes (como, por ejemplo, la iglesia bautista o la iglesia luterana), ofrecían sus espacios como lugares de recepción para los refugiados centroamericanos y centros de acopio de ropa, comida y artículos de primera necesidad. Es de destacar que esos espacios contaban con sus propias redes nacionales e internacionales, medios de comunicación y "líderes de opinión" (como obispos y teólogos), a quienes los activistas políticos buscaban acceder con la finalidad de que difundieran la visión de sus organizaciones respecto a las violaciones a los derechos humanos y a la guerra sucia entablada por el presidente de los Estados Unidos Ronald Reagan en contra de su país.

A diferencia de otros ámbitos de intervención militante, como por ejemplo las universidades o los sindicatos, las iglesias procuraron que ninguna organización político-militar hegemonizara este espacio. Así, el Comité Monseñor Oscar Arnulfo Romero se convirtió en uno de los pocos espacios de convergencia para atender las necesidades inmediatas de la población civil que llegaba huyendo de la guerra, impulsar la denuncia de la violencia gubernamental y difundir los testimonios de las víctimas de las violaciones a los derechos humanos. Pero este trabajo de solidaridad eclesial no estuvo exento de conflictos: como señala un informe de seguridad, el arzobispado mexicano, a partir de las misas de solidaridad realizadas en la parroquia Iglesia Divino Redentor, se vio preocupado por la creciente politización de los comités cristianos de solidaridad y advirtió sobre la posibilidad que estas actividades pudieran ser interpretadas como una violación a la prohibición constitucional de participación política del clero mexicano.[24] No obstante estas tensiones, la dinámica de los comités (específicamente el Monseñor Oscar Arnulfo Romero), al apoyarse en estructuras de la iglesia católica y no de una organización político-militar, hizo posible que este esfuerzo se mantuviera después de cesar oficialmente la guerra civil en 1992, cuando el FMLN desmanteló sus estructuras de apoyo en la Ciudad de México y sus activistas regresaron a El Salvador o se insertaron en una vida profesional en México.

[23] DGISN, fichas del 19 de julio de 1980 y 15 y 29 de mayo de 1981, AGN, galería 1: 1 009-021-004. Entrevista 1, 10 de diciembre de 2003. Entrevista 1, y 3 de octubre de 2010. Entrevista 2, 17 de octubre de 2010. Entrevista 10, 10 de julio de 2014.

[24] Entrevista 1, 3 de octubre de 2010. Entrevista 2, 17 de octubre de 2010. DGISN, ficha del 19 de julio de 1980, AGN, galería 1: 009-021-004.

Los procesos centroamericanos desde la perspectiva de los activistas mexicanos

La llegada de salvadoreños a territorio mexicano coincidió con un momento de movilización política y social importante. Después de la represión estatal del movimiento estudiantil de 1968 y la guerra sucia en contra de los grupos guerrilleros, la reforma política de 1977 abrió espacios de participación política legal a la izquierda reformista –como el Partido Comunista Mexicano (PCM), luego convertido en el Partido Socialista Unificado de México (PSUM), y el Partido Socialista de los Trabajadores (PST)–. En los ámbitos de la movilización social, la segunda mitad de la década de los setenta se caracterizó por la emergencia de organizaciones en el ámbito sindical, campesino y urbano-popular que se enfrentaron a las prácticas corporativas y clientelares de las organizaciones sociales del PRI, impulsando procesos de coordinación, unificación y politización a partir de la lucha por demandas particulares y locales. Una mención especial amerita la formación de la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (CONAMUP) que recogía las experiencias de lucha por la vivienda y los servicios públicos de numerosas organizaciones urbanas surgidas en los años anteriores. Durante este periodo (y hasta mediados de la década de 1980), el movimiento urbano popular fue sin duda el movimiento social más dinámico y un espacio donde la izquierda socialista pudo insertarse con mayor facilidad.[25] Otro actor relevante en este periodo y presente en el espacio urbano-popular fueron las CEB. Las organizaciones populares que emergían en este contexto de movilización social compartían, pese a las particularidades de sus demandas, las luchas por la democratización política, en contra del corporativismo y el clientelismo priista. Y sobre todo en los ámbitos político-culturales de la izquierda socialista y del cristianismo liberador, se reforzó la sensibilidad respecto a las luchas sociales y procesos de emancipación que tuvieron lugar en otros países de la región. Las campañas de solidaridad que iniciaron desde 1975 para con El Salvador apuntalaron esta sensibilidad.

En este contexto, la fundación del Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño (CMSPS) en la Ciudad de México, en 1979, jugó un papel importante para entrelazar a activistas salvadoreños y mexicanos, coordinar las campañas nacionales de solidaridad, distribuir material de denuncia y colectar fondos para el Frente Democrático Revolucionario (FDR), el frente político-civil de la guerrilla. En sus mejores momentos, el Comité tuvo aproximadamente 600 miembros activos tanto en la Ciudad de México

[25] Massimo Modonesi, *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*, México, Casa Juan Pablos / UACM, 2003, pp. 25-36.

(donde estaba la sede nacional) como en comités regionales ubicados en varias ciudades de la república (Morelia, San Cristóbal de las Casas, Guanajuato, Toluca, entre otras).[26]

El CMSPS había sido fundado por activistas y dirigentes de diversas organizaciones y partidos de izquierda (como el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), el PST y el PCM), solidarios con la revolución salvadoreña y en contacto con la dirigencia exiliada del FMLN-FDR. Por tanto, los actos públicos de solidaridad a los que convocaba –por ejemplo, mítines, manifestaciones, jornadas y paros de solidaridad en sindicatos y universidades– también fueron una oportunidad para que organizaciones y movimientos mexicanos presentaran sus demandas respecto a conflictos y luchas específicas en el espacio público nacional. Así, por ejemplo, es notable la presencia de Rosario Ibarra como representante del Comité Nacional Pro-Defensa de Presos Políticos (y candidata presidencial en 1982) en los actos de solidaridad con El Salvador en 1981 y 1982, así como organizaciones sindicales, campesinas y urbano-populares que presentaron consignas y pancartas para visibilizar sus demandas y agravios.[27]

Además de los espacios formales y politizados de coordinación del activismo de solidaridad y por fuera de las fiestas, mítines y actos de solidaridad, había colonias populares donde la convergencia de CEBs, organizaciones del movimiento urbano popular y colectivos de la izquierda radical mexicana produjo una densidad organizativa que generaba espacios para la convivencia cotidiana entre activistas nacionales y salvadoreños. Es el caso, por ejemplo, de las zonas urbanas del Ajusco medio, en el sur de la Ciudad de México (delegación Tlalpan), territorio en el cual coexisten pueblos tradicionales con sus propias formas organizativas, la parroquia de San Pedro Mártir (reconocida por su organización popular) y colonias fundadas a partir de tomas de tierra o la compra (no regularizada) de tierras ejidales en las décadas de 1970 y 1980. Tres formas de organización con sociabilidades distintas.

En esta época, las colonias fundadas a partir de las tomas de tierras en el Ajusco medio y controladas por organizaciones de izquierda y el movimiento urbano popular independiente, se habían constituido en espacios al margen del control gubernamental (tanto los cuerpos policiales, como los representantes del PRI tenían vetado su ingreso), lo cual abrió la posibilidad a la convivencia de militantes de la izquierda radical y

[26] Andrés Fábregas Puig, "El Comité Mexicano de Solidaridad con el pueblo salvadoreño. Una experiencia latinoamericanista", en Verónica Oikión Solano y Marta Eugenia García Ugarte (eds.), *Movimientos armados en México. Siglo XX,* Zamora, El Colegio de Michoacán / CIESAS, 2006, pp. 649.

[27] Un informe de seguridad menciona explícitamente al movimiento de médicos desempleados que participaba en un acto y marcha de solidaridad, y sus pancartas que decían: "¡Por una medicina gratuita y popular". Otro ejemplo son las pancartas del Sindicato Único de Trabajadores de Chapingo (STUACH) respecto al aumento del contrato colectivo. *Vid.* DGISN, ficha del 7 de marzo de 1980, AGN, galería 1: 009-022-020.

revolucionaria mexicana, integrantes de los grupos armados salvadoreños[28] e incluso grupos de la delincuencia común. Sin que este espacio se convirtiera en un lugar para realizar campañas de solidaridad u otras formas de trabajo político, las entrevistas dan cuenta que fue un lugar adonde los refugiados llegaron para vivir y convivir con los habitantes de estas colonias.

La Parroquia San Pedro Mártir, por otra parte, funcionó como un refugio reconocido y abierto para "todos aquellos que venían de Centroamérica y Sudamérica y que estaban en problemas".[29] De acuerdo al relato de una entrevistada (activista del movimiento urbano popular y cercana al trabajo pastoral de San Pedro Mártir), el sacerdote a cargo de esta parroquia (el padre Chucho), ligaba en sus prédicas las situaciones de violencia estructural y movilización social acaecidas en América Latina con los casos de desigualdad e injusticia que experimentaban los habitantes de la zona (por ejemplo, el problema de desabasto de agua en las colonias populares *versus* las colonias residenciales de la Delegación Tlalpan). Para nuestra entrevistada, estas prédicas fueron centrales para desarrollar una empatía y sensación de solidaridad con los activistas exiliados salvadoreños que empezaron a llegar, muchas veces, a través de las redes eclesiales. Así, por ejemplo, ella relata que su contacto personal con los activistas centroamericanos se inició en un campamento/retiro organizado por la iglesia en las faldas del volcán Popocatépetl. A través de este contacto inicial, empezaron a llegar los primeros refugiados a su casa, en la colonia San Andrés (Ajusco), a tal punto que su morada fue conocida como "La casa de los salvadoreños".[30]

Por otra parte, otro entrevistado, originario de Guerrero, que hacia fines de la década de los setenta estudiaba en la ENAH y participaba como activista en las tomas de tierra en Santo Domingo y en la colonia Belvedere (Ajusco medio), recuerda que entre 1980 y 1981 fue invitado a asistir a reuniones informativas convocadas por activistas salvadoreños (que él identifica como miembros de los grupos guerrilleros del FMLN) para dar a conocer la situación política y las violaciones de los derechos humanos en su país de origen. Según él, estas reuniones eran espacios para "compartir experiencias", pero también para "dar línea", es decir, organizar actividades de solidaridad dentro y fuera de la Ciudad de México. Acompañándolos a universidades y escuelas públicas participó en las diversas formas de "militancia": el "boteo" y el "volanteo" a favor de la revolución salvadoreña, y también de la habilidad de los salvadoreños de invitar a

[28] Un entrevistado mencionó la existencia de al menos tres núcleos de grupos armados en las colonias del Ajusco medio, una de las cuales, "del Señor Antonio", se fue –según el testimonio– a Chiapas a mediados de la década de 1980. En consecuencia, los límites de estas zonas fueron militarizadas por elementos del Ejército Mexicano.

[29] Entrevista 6, 11 de junio de 2014.

[30] *Idem.*

otros a sumarse a los comités de solidaridad formados en estos espacios. Además lo impresionaron los canales de comunicación por medio de los cuales los salvadoreños difundían la información sobre lo que ocurría en su país, específicamente la violencia estatal y las formas de lucha del movimiento popular. Pero no fueron las estrategias de acción política exclusivamente por lo que los salvadoreños destacan en la memoria del entrevistado, sino también cualidades y prácticas simbólicas de la "resistencia": la "mística" y la "entrega" a la causa revolucionaria, y también la disposición de reproducir en discusiones fuertes las diferencias ideológicas de la izquierda salvadoreña:

> P. ¿Qué es lo que, en estas reuniones que tuvieron con los centroamericanos, qué es lo que más te llamó la atención ...o qué es lo que recuerdas ahora?
>
> R. Mira, a mí me gustaba mucho la forma de resistir, la resistencia, o sea, no era una rendición digamos este, así de inmediato, ¿no? Se veían caer muertos y muertos, pero no dejaban de, de, de decir, bueno... "aquí estamos, los que estamos fuera, estamos apoyando", las mismas, la misma este, solidaridad que se juntaba, ellos no se quedaban con nada, ellos pedían, "tú sobrevive a tu manera pero sobrellevamos a nuestra manera", y si quedaban con unos atunes [latas de atún] era muchísimo, y ellos mandaban todo [...] por el otro lado clandestino [...] ellos no traían nada de armas, absolutamente nada, o sea estaban limpios, y a mí sí me llamaba mucho eso de la resistencia, ese, como que nos familiarizábamos en ese asunto, porque finalmente, digamos en, por ejemplo, nuestro estado [Guerrero] igual era de resistir, resistir y muchas, muchos este, los llevaban a cárceles clandestinas, precisamente eso de las cárceles clandestinas nosotros vimos aquí en Belvedere como un reflejo de esa parte, en la clandestinidad y acá también los mataban, en Michoacán también los mataban [...].
>
> P. ¿Recuerdas cómo se llamaba el grupo?
>
> R. Uno era este... eh, digamos se escudaban en el FMLN, ahí, pero de eso nada más era como un escudo porque entre ellos mismos no compartían muchas cosas [...] toda la asistencia y todo lo que conseguían va para allá [El Salvador], a mí me llamó mucho esa parte de la resistencia de ellos y los pleitos ahí que se generaban entre ellos, n'hombre, era terrible, en serio... se llamaban vendido por una cosita de nada, ¿no?[31]

Los aprendizajes sirvieron como insumos para las propias luchas particulares. Según esta entrevista, en las movilizaciones de su comunidad para impedir la construcción de la presa hidroeléctrica San Juan Tetelcingo (Guerrero),[32] a principios de la década de

[31] Entrevista 5, 1 de julio de 2014.

[32] Sobre el caso de la presa hidroeléctrica San Juan Tetelcingo, en Guerrero, *vid.* Guillermo Álvarez Nicanor, "20 años de lucha contra la presa hidroeléctrica San Juan Tetelcingo", *La Jornada de Guerrero,* 27 de octubre de 2010, disponible en: <http://www.lajornadaguerrero.com.mx/2010/10/27/index.php?section=socie-

1990, las estrategias de movilización internacional que los salvadoreños aplicaron una década antes fueron una de las fuentes de inspiración para organizar la difusión de la lucha comunitaria, más allá de las fronteras nacionales, formando (mucho antes del conocido caso de la presa hidroeléctrica La Parota) comités de apoyo y comunicación tanto en Francia como en Estados Unidos.

La visión de Gobernación: la solidaridad, ¿una conspiración internacional comunista?

Como se señaló al inicio, si bien no había una disposición activa por parte de las autoridades mexicanas de reconocer a los refugiados salvadoreños el estatus de asilados políticos, tampoco había una política coherente de persecución y deportación. Esta ambigüedad permitía a las autoridades de Gobernación un amplio margen de discrecionalidad en su relación con los refugiados y militantes políticos, que se interpretaba, por lo general, a favor de los refugiados.

Una entrevistada, por ejemplo, contó que estuvo ocho años como indocumentada en México, y dos veces le llegó un citatorio que decía que tenía que abandonar el país. Sin embargo, nunca llegaron oficiales de migración para verificar el cumplimiento del oficio. Después de casi una década en esta condición, y gracias a la intervención de un amigo abogado, pudo regularizar y legalizar su estancia. Paralelamente a la relativa tolerancia, los salvadoreños podían ser víctimas de tratos arbitrarios, abusos e incluso torturas por parte de agentes de seguridad del Estado, en particular como resultado de los controles que se ejercían sobre las actividades políticas. Fue lo sucedido a un activista salvadoreño secuestrado por agentes de seguridad en civil en la puerta de la representación de la organización Comité de Madres de Desaparecidos de El Salvador (COMADRES)[33] en México, hecho narrado por una de las entrevistadas:

> una vez agarraron a un compañero en frente de mí y le pusieron una tortura, pero gruesa... Lo agarraron porque el chavo estaba esperándome en la puerta de la oficina del Comité de Madres que teníamos en esa época, y se quedó en la puerta para ver pasar a las chicas [...] y enfrente había un banco y él nunca se dio cuenta [...] la excusa fue de que estaba enfrente de un banco, y el muchacho cuando vio que lo perseguían se metió en nuestra oficina [...] y era gente de la seguridad de acá, en civil y le dieron una buena pateada, lo torturaron y lo soltaron, después de que hicimos cuarenta mil gestiones. Pero no lo deportaron, lo torturaron

dad&article=005a1soc> [consultado el 12 de mayo de 2015].

[33] Organización salvadoreña de derechos humanos.

> y después lo soltaron... y poco después lo sacamos para Canadá. [...] pero lo que te quiero decir es que no estaban "a la caza" de salvadoreños ¿no? Era una política no abiertamente permisiva, pero de alguna manera te permitían quedarte, tolerarte...[34]

La arbitrariedad y el control político de los agentes de Gobernación hizo que los militantes salvadoreños fueran conscientes de que la permanente vigilancia que ejercía el Estado tenía por propósito obligarlos a seguir las "reglas del juego", mismas que condicionaban el activismo extranjero en la Ciudad de México como en todo el país: es decir, se podía hacer trabajo político cuando estaba orientado al apoyo de la lucha revolucionaria en El Salvador o Centroamérica, pero no podían ni apoyar ni participar de las protestas que se ejercían en contra del gobierno del PRI, ni utilizar al país como base de operaciones logísticas para las actividades militares. Y la dirección del FMLN también imponía este principio entre sus militantes para no poner en peligro el espacio de acción y los vínculos diplomáticos y oficiales que se habían construido en México.

Las prácticas de seguimiento y control por parte de los organismos de seguridad nacionales significaban que también los militantes exiliados tendían a mantener sus estrategias de camuflaje y compartimentación. Una entrevistada contó que para apoyar a las organizaciones populares mexicanas, solidarias con la lucha salvadoreña, debía "disfrazarse" con lentes para el sol y grandes sombreros para ir a las marchas y mítines. Otro entrevistado contó que el *habitus militante* de cambiar de casa constantemente, fijarse siempre para ver si se estaba siendo seguido o el nunca ir por la vía más directa a reuniones políticas, se mantuvieron entre los activistas salvadoreños en México. Y no solamente para evitar la vigilancia de los informantes de Gobernación, también ante un eventual seguimiento por parte de agentes secretos de los aparatos de seguridad salvadoreña, llegados al país para vigilar y monitorear a los cuadros del FMLN.[35]

Es de suponer que los organismos mexicanos de inteligencia estaban enterados de la presencia de agentes de seguridad salvadoreños en territorio nacional.[36] Ello debió

[34] Entrevista 2, 2 de octubre de 2010.

[35] Entrevista 1, 17 de octubre de 2010. Este mismo entrevistado comentó que se sabía de la presencia de agentes de seguridad salvadoreños en la Ciudad de México con la tarea de seguir y asesinar a cuadros y dirigentes de la oposición salvadoreña. Entrevista 4, 10 de julio de 2014.

[36] En un informe sobre las estructuras y el perfil del FMLN y FDR, así como sus dirigentes exiliados en México, se incluye una lista proporcionada por las FFAA salvadoreñas con los nombres de salvadoreños y extranjeros acusados de formar parte de las estructuras del FMLN y FDR y considerados "traidores" por seguir los lineamientos de la Organización Latinoamericana de Solidaridad acordados en 1967 en La Habana. Entre los 138 nombres se encuentran, además de muchos nombres desconocidos, los nombres de los principales dirigentes del FMLN y FDR, dirigentes y cuadros de organizaciones populares, así como también dirigentes de la oposición civil. *Vid.*, "Informe Frente Democrático Revolucionario (FDR) y Frente

haber contribuido a acrecentar la preocupación de Gobernación de que los conflictos centroamericanos pudieran extenderse y ser fuentes de desestabilización interna. En este sentido, los informes de los agentes del edificio de Bucareli son ilustrativos no solamente porque permiten reconstruir con más detalle las estrategias de los activistas salvadoreños para impulsar un movimiento de solidaridad activo y beligerante en México, o las dinámicas de los activistas nacionales que colaboraban con la causa de la revolución centroamericana, también lo son para conocer la lectura de estas prácticas a través del lente de la Doctrina de Seguridad Nacional de los aparatos de inteligencia mexicanos.

Un ejemplo es un Informe de la Dirección Federal de Seguridad del 14 de noviembre de 1981 en el cual se expresan las preocupaciones respecto a la "Infiltración comunista en México, Norte, Centro y Sudamérica", citando como ejemplo las acciones del Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo de El Salvador. Según el informe, el comité aglutinaba a

> todas las fuerzas de ideología comunista, en sus diferentes modalidades, tales como socialistas, maoístas, trostkístas [*sic*], Fidelistas, Allendistas, etc., y con el pretexto de apoyar la lucha revolucionaria de El Salvador, se han realizado una serie de movilizaciones de tipo "masivo" como son marchas, mítines, piquetes, reuniones, etc., en las que con el común denominador de apoyo y solidaridad han logrado reunir a Partidos Políticos de Izquierda, y Organizaciones de la misma filiación, como el caso reciente de la III Gran Marcha Nacional de Solidaridad con el Pueblo y la Revolución Salvadoreña celebrada en esta Capital el pasado 22 de octubre, y el acto denominado "Asamblea Popular de Solidaridad con Cuba, Nicaragua y El Salvador", celebrada el pasado 12 del presente. En ámbas [*sic*] participaron todos los organismos referidos en párrafos arriba. Independientemente de estos actos de tipo masivo, por medio de los órganos de difusión de los Partidos y de las Organizaciones, se dá ámplia [*sic*] difusión a los apoyos solidarios con el propósito definido de realizar una labor de concientización entre el pueblo en general, y directamente entre los militantes de dichas organizaciones.[37]

Para el agente que redactó el informe, los planes de acción se enviaban directamente desde la Unión Soviética, vía la embajada de Cuba o Nicaragua y con ayuda de una red de dirigentes de la izquierda internacional que recibían sus órdenes del "Soviet

---

Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) en México", 13 de agosto de 1981, AGN, galería 1, 071-001-001.

[37] DFS/Departamento de Información e Investigación Local. Asunto: Infiltración Comunista en México, Norte, Centro y Sudamérica, 14 de noviembre de 1981, AGN, galería 1: 009-022-020.

Supremo" (incluyendo, a modo de anécdota, al argentino y dirigente trotskista Nahual Moreno ubicado en este momento en París). Una mención específica ameritaba también la habilidad y los contactos políticos de los miembros del comité para usar los tiempos gubernamentales otorgados a los partidos legales de izquierda en radio y televisión –el Partido del Trabajo (PT) o el PSUM–, y por los cuales se podían emitir "consignas antiimperialistas" y "revolucionarias" a favor de la causa centroamericana. Empero, otro aspecto que preocupaba al remitente eran los planes geopolíticos para América Latina que compartían los integrantes del comité:

> De acuerdo con un análisis de la infiltración se puede establecer que dentro de los planes para el establecimiento de sistemas de gobierno de tipo "socialista", figuran los Países de Guatemala, Colombia, Perú y otros, donde es evidente que por causas internas de esos gobiernos existe inconformidad en el Pueblo, por lo que aprovechando esta situación y de acuerdo a los planes de tipo internacional en los que participan elementos adiestrados y convencidos de esta ideología, realizan una labor encaminada a obtener estos fines.[38]

Pero la preocupación no tenía que ver solo con la posible intervención cubana o soviética, también lo era la amenaza que significaba la incidencia estadounidense en los conflictos centroamericanos, cuya geopolítica podía alentar un desborde de las guerras civiles afectando la seguridad nacional mexicana, principalmente en la frontera sur. En este sentido, otro informe de inteligencia hizo referencia a esta preocupación al plantear como hipotético escenario el interés de Estados Unidos por querer desestabilizar aún más la frontera entre Guatemala y México. El objetivo sería proporcionar un argumento válido que permitiera al gobierno de Reagan incrementar el apoyo contrainsurgente al régimen militar guatemalteco.[39]

A MODO DE CONCLUSIÓN

Durante mucho tiempo ha sido "políticamente correcto" omitir las identidades políticas de los refugiados salvadoreños en México para no confirmar las posturas conservadoras de la época que señalaron a los refugiados centroamericanos como combatientes o bases de apoyo de la guerrilla.[40] En contraposición, se tiende a reproducir aquellas posiciones

[38] *Ibid.*

[39] DFS/Departamento de Información e Investigación Local. Asunto: Problema de Refugiados en el Estado de Chiapas. Orígenes y Consecuencias*,* 19 de noviembre de 1982, AGN, galería 1: 009-010-010.

[40] Para comparar las posturas gubernamentales respecto a los refugiados centroamericanos, *vid.* Sergio

que insisten en la despolitización de los refugiados, estudiándolos exclusivamente como víctimas de la violencia política. En cambio, consideramos que reconocer el carácter militante de muchos de los refugiados permite visibilizar no solo las estrategias seguidas por sus organizaciones en la Ciudad de México (sea para denunciar las violaciones a los derechos humanos en su país, sea para movilizar recursos y apoyos para el movimiento insurgente), sino también reconocerlos como actores y constructores de un espacio político con dimensiones internacionales al incluir a organizaciones políticas y sociales mexicanas.

En este sentido, nuestra investigación confirma los hallazgos de Héctor Perla Jr. respecto a la participación decisiva de revolucionarios nicaragüenses y salvadoreños en la formación y expansión del movimiento de solidaridad con Centroamérica en Estados Unidos, que jugó un papel central para denunciar las políticas de agresión del gobierno de Ronald Reagan ante la opinión pública y el Congreso estadounidense.[41]

En consecuencia, la reconstrucción de las prácticas del exilio militante obliga a (re)orientar la mirada analítica para fijarse más en las interacciones y las redes de los militantes, no solamente al interior del grupo nacional, también entre exilios nacionales (relaciones de apoyo y solidaridad, sino también de recelos y conflictos) con las militancias y activismos mexicanos. En esta parte de la historia se siguen constatando muchos silencios y tabúes: tanto los entrevistados salvadoreños como los mexicanos insistían en las entrevistas en que no hubo contactos sistemáticos, ni apoyos mutuos en el trabajo político, más allá del trabajo de solidaridad para denunciar el terrorismo de Estado y difundir la lucha popular y revolucionaria en El Salvador. Suponemos que para los salvadoreños el silencio está motivado (hasta el día de hoy) por la interiorización del Artículo 33 de la Constitución. En cambio, para los entrevistados mexicanos es estratégico señalar que su trabajo político en las colonias populares se había desarrollado de manera "autóctona", es decir sin apoyo ni asesoría extranjera.

No se pretende aquí poner en cuestión las interpretaciones de los actores mismos, sino plantear que al poner el énfasis analítico en las prácticas y redes de la militancia y el activismo "trasnacional" será posible profundizar en torno a dinámicas y lógicas de la difusión de conocimientos, repertorios de acción colectiva, estrategias organizativas e imaginarios del cambio sociopolítico que permitirán evitar posturas tajantes respecto a que "no había influencias ni intervenciones directas del exilio en las luchas y formas organizativas mexicanas" o, al contrario, la postura conspirativa de los organismos de seguridad nacional en torno a la presencia de intereses externos en la movilización

---

Aguayo. *El éxodo centroamericano. Consecuencias de un conflicto,* México, SEP, 1985, pp. 74-83.

[41] Héctor Perla Jr., "Si Nicaragua venció, El Salvador vencerá. Central American Agency in the Creation of the U.S.-Central American Peace and Solidarity Movement", en *Latin American Research Review,* vol. 43, núm. 2, 2008, pp. 136-158.

social y política mexicana como único factor explicativo para interpretar procesos de radicalización nacional –debate que, por cierto, se actualizó con la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994–.

Los hallazgos parecen confirmar que la presencia de los refugiados salvadoreños en México contribuyó en importantes segmentos del activismo mexicano a una mayor sensibilidad respecto a los procesos sociopolíticos que estaban ocurriendo en América Latina, es decir, a extender una suerte de "consciencia revolucionaria latinoamericana". Lo que llama la atención (hasta ahora, por lo menos, y para el caso salvadoreño) es que esta sensibilidad y solidaridad parece haberse consolidado sobre todo en las organizaciones de solidaridad vinculadas a parroquias y Comunidades Eclesiales de Base (CEB). Esta conclusión se confirma con lo siguiente: mientras se desmantelaron las estructuras organizativas de la militancia exiliada, los únicos espacios que sobrevivieron al fin de la guerra fría y de los conflictos bélicos en Centroamérica han sido los articulados por las parroquias. Al día de hoy, San Pedro Mártir sigue siendo punto de referencia clave para la emigración centroamericana en su camino hacia el norte.

Entrevistas

Entrevista 1: Mujer salvadoreña (San Salvador), militante de la Resistencia Nacional-Fenastras. 10 de diciembre de 2003 y 17 de octubre de 2010.

Entrevista 2: Mujer argentina militante de la Resistencia Nacional. 2 de octubre de 2010.

Entrevista 3: Mujer salvadoreña (municipio de Apopa, departamento San Salvador), refugiada política sin militancia. 3 de octubre de 2010.

Entrevista 4: Hombre salvadoreño (Chalatenango), militante del FPL. 30 de junio y 10 de julio de 2014.

Entrevista 5: Hombre mexicano militante del movimiento urbano popular del Ajusco. 1 de julio de 2014.

Entrevista 6: Mujer mexicana militante de las CEB y del Movimiento Urbano Popular del Ajusco. 11 de junio de 2014.

Entrevista 7: Hombre mexicano militante del Movimiento Urbano Popular de Ajusco. 5 de julio de 2014.

Repositorios

Archivo General de la Nación (AGN).

Bibliografía

Aguayo, Sergio, *El éxodo centroamericano. Consecuencias de un conflicto*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985.

_____, "Los centroamericanos olvidados en México", en *Nexos*, 1 de noviembre de 1986. Disponible en: <www.nexos.com.mx/?p=4685> [consultado en abril de 2015].

Armony, Ariel, "Transnacionalizando la 'guerra sucia': Argentina en Centroamérica", en Daniela Spenser (coord.), *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Secretaría de Relaciones Exteriores / Miguel Ángel Porrúa, 2004, pp. 319-348.

Friedman, Max Paul, "Retiring the Puppets, Bringing Latin American Back In: Recent Scholarship on US-Latin American Relations", *Diplomatic History,* 2003, vol. 27(5), pp. 621-636.

Gleijeses, Piero, *Misiones en Conflicto. La Habana, Washington y África. 1959-1976*, 3ª ed., trad. de María Teresa Ortega, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2007.

Modonesi, Massimo, *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*, México, Casa Juan Pablos / Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2003.

O'Dogherty, Laura, *Central Americans in Mexico City: Uprooted and Silenced*, Washington, Center for Immigration Policy and Refugee Assistance / Georgetown University, 1989.

Pellicer, Olga, "Política hacia Centroamérica e interés nacional en México", en Jaime Labastida *et al., Centroamérica. Crisis y política internacional*, México, Siglo XXI, México, 1985.

Perla Jr., Héctor, "Si Nicaragua venció, El Salvador vencerá. Central American Agency in the Creation of the U.S.-Central American Peace and Solidarity Movement", *Latin American Research Review*, vol. 43, núm. 2, 2008, pp. 136-158.

Puig Fábregas, Andrés, "El Comité Mexicano de Solidaridad con el pueblo salvadoreño. Una experiencia latinoamericanista", en Verónica Oikión Solano y Marta Eugenia García Ugarte (eds.), *Movimientos armados en México. Siglo XX*, Zamora, El Colegio de Michoacán / Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2006, 3 vols., pp. 643-652.

Rodríguez y Rodríguez, Jesús, "Situación jurídica de los asilados y refugiados centroamericanos en México", en *Estudios en homenaje al Doctor Héctor Fix-Zamudio en sus treinta años como investigador de las Ciencias Jurídicas*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1988, 3 vols.

Saull, Richard, "El lugar del sur global en la conceptualización de la guerra fría: desarrollo capitalista, revolución social y conflicto geopolítico", en Daniela Spenser

(coord.), *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Secretaría de Relaciones Exteriores/Miguel Ángel Porrúa, 2004, pp. 31-66.

Toussaint, Ribot, Mónica, Guadalupe Rodríguez de Ita y Mario Vázquez Olivera, *Vecindad y diplomacia. Centroamérica en la política exterior mexicana*, *1821-1998*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores-Dirección General del Acervo Histórico Diplomático, 2001.

Hacia nuevos objetos de estudio. El conflicto centroamericano en la academia mexicana

María Patricia González Chávez[1]

Los estudios académicos en México sobre la historia reciente de los países de la región se han venido sucediendo con dinámicas propias que arrojan interesantes elementos de análisis, igual si se trata de una perspectiva cualitativa o de una cuantitativa, en tanto hacen referencia a las intenciones, intereses y preocupaciones de una diversidad de actores y agendas. Desde esta mirada hemos venido explorando qué tipo de comportamiento han tenido los estudios sobre tres países de Centroamérica en la academia de investigación en México, desde la claridad de un esfuerzo incipiente y exploratorio que pueda generar a futuro una sólida línea de investigación.

Quienes hemos trabajado la región centroamericana esperamos que esta contribución atienda dos problemáticas que hemos identificado: por una parte la necesidad de posicionar en la agenda de investigación institucional mexicana los temas de países que tienen enorme relevancia tanto por su contigüidad como por el sistema de impactos de distinta naturaleza que se han dado y previsiblemente continúen; por otro lado, para contribuir al fortalecimiento de una perspectiva integradora para la academia, que puede parecer en ocasiones, segmentada y asimétrica de acuerdo a distintos factores de intereses. Es decir, impulsar el esfuerzo por una gestión del conocimiento más equitativo y vinculante entre los países de la región México-Centroamérica.

[1] Maestra en Derechos Humanos y Democracia por Flacso-México. Alumna del doctorado en Estudios Latinoamericanos de la UNAM.

Con tal propósito se examinaron detenidamente los puntos de salida y de llegada de una exploración que pudiera aportar líneas muy generales de interpretación sobre el tema arriba señalado. La delimitación resultante fue en tres dimensiones:

1. Geo-diacrónica: la historia política reciente de tres países, El Salvador, Guatemala y Nicaragua, por sus conflictos armados internos y cuyos efectos se sintieron en México en distintos órdenes, niveles y dimensiones.
2. Disciplinar-temático: desde lo sociológico y político en primera instancia; desde lo internacional en segundo nivel; y conocimientos subyacentes o relacionados. De esta forma abarcamos programas, carreras y cátedras que se identifican con distintas categorías conceptuales dependiendo del centro de investigación, y abarcarían: Historia, Ciencias Sociales, Sociología, Ciencias Políticas, Antropología, Humanidades y Relaciones Internacionales.
3. Formatos de investigación institucionales: tesis de licenciatura, maestría y doctorado, en las plataformas digitales de siete centros académicos:
    - Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP)
    - El Colegio de México (Colmex)
    - Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) Sede México
    - Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (Mora)
    - Universidad Autónoma Metropolitana (UAM)
    - Universidad de Guadalajara (UdeG)
    - Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)

Sobre la dimensión geo-diacrónica apuntamos los siguientes datos que permiten contextualizar este trabajo. Si bien las fechas para hacer referencia a eventos históricos no tienen la exactitud de un comienzo y un fin, sí son útiles para comprender los mapas cronológicos en dimensión temporal, por ello utilizamos las fechas que son reconocidas ampliamente para los tres casos. El Salvador de 1980 a 1992; Guatemala de 1960 a 1996; y Nicaragua de 1970 a 1990. Para los tres es viable afirmar que estos procesos internos correspondieron a las luchas revolucionarias por el cambio social, que intentaron revertir largos periodos históricos de autoritarismo, militarización e inequidades sistémicas económicas, sociales, culturales y políticas; con el escenario de fondo de la guerra fría y las operaciones político-militares de la aplicación de la Doctrina de Seguridad Nacional, con trágicos resultados en la región. Los sectores enfrentados fueron organizaciones revolucionarias de izquierda y las élites económico-políticas de extrema derecha que se apoyaron históricamente en gobiernos autoritarios, ejércitos, cuerpos policiacos y grupos paramilitares.

De los tres conflictos, hay dos tipos de impactos en México: por un lado los que devienen del exilio y refugio que encontraron en el país el apoyo de distintos sectores solidarios de la época; por el otro lado, la intervención directa en el proceso de pacifica-

ción a través de las dinámicas establecidas a partir de las iniciativas que se concretaron en el Grupo de Contadora con México en papel protagónico.

Entre algunas de las referencias sobre el tema, encontramos esta interpretación de Caraveo en su tesis en la UAM-I,[2] "El interés nacional mexicano en Centro América y el Grupo Contadora. Notas sobre la *Realpolitik* y las relaciones México-Centroamericanas 1970-1984":

> La búsqueda constante de México por la paz, reafirmando los principios básicos del Derechos Internacional y los principios rectores de la política exterior mexicana, ha tenido varios momentos fundamentales a través de la historia reciente: momentos que no podemos decir nos remitan necesariamente a la dinámica sexenal de nuestro sistema presidencialista.
>
> Las trasformaciones de la participación internacional mexicana nos remiten inmediatamente a la realidad política, es decir, al juego de intereses en conflicto, y a la presencia de un poder global hegemónico en el área. Si consideramos hasta hoy tres momentos de transformación estructural es porque partimos de las diferentes proyecciones que la política mexicana ha tenido. La primera transformación o momento se sitúa a partir de 1970 con lo que se ha tratado de calificar como "la nueva política exterior tercermundista" inaugurada por Luis Echeverría; el segundo momento parece coincidir con las gestiones de paz hacia Centroamérica desde 1970 hasta enero de 1983, fecha en que se adopta la participación especial (no utilizada con el formalismo y la dinámica diplomática como hoy, antes) de Contadora. En Contadora existe una trasformación estructural de la política exterior mexicana, particularmente hacia la región. Significa, entonces, un tercer momento, el proceso de Contadora.[3]

La delimitación de seleccionar solo tesis tiene la intención de identificar los contenidos que llegan a posicionarse y ser nombrados en la gama de intereses de personas y centros de investigación, que se van traduciendo, dependiendo de diversos factores, como marcos de agendas institucionales.

Metodología

Este trabajo fue el resultado de un diseño metodológico que consistió en tres fases: la indagación exploratoria, la sistematización analítica y la narrativa de presentación de

[2] Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.

[3] Raúl Caraveo T., "El interés nacional mexicano en Centro América y el Grupo Contadora. Notas sobre la *Realpolitik* y las relaciones México-Centroamericanas 1970-1984", México, tesis de licenciatura en ciencias políticas. Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, 1984, p. 134.

los hallazgos que se exponen en este material. Para el procedimiento de indagación se utilizó el sistema virtual de los catálogos disponible en servicio *web* abierto. En algunos casos también obtuvimos información directa de expertos en bibliotecas digitales o consultas directas a los centros de investigación, encontrándonos distintas denominaciones para los trabajos finales como tesis, tesina o proyecto terminal.

Los trabajos exploratorios tienen dos características: por una parte hacer una delimitación espacio temporal lo más precisa posible, y por otra parte tener bien identificadas las categorías de búsqueda. Para este trabajo se procedió a delimitar la búsqueda en un periodo que abarca desde 1950, cuando se pueden ubicar los antecedentes inmediatos de los conflictos en los tres países, hasta la fecha. En cuanto a los caracteres buscados, se determinó que en estuvieran nombrados en el título: el nombre de los tres países o sus gentilicios; el nombre de la región en sus distintas acepciones: Centroamérica, Centro América y América Central.

En cuanto a las categorías subyacentes, los términos que se relacionan con el marco conceptual de la historia política en general: historia, política, sociología, diplomacia, derechos humanos. Las palabras clave de subcampos: revolución, paz, violencia, justicia, derechos humanos, guerra fría, militarización, contrainsurgencia, refugiados, asilados, conflicto armado, relaciones de cooperación en general de México con los países o la región.

La sistematización tiene los siguientes contenidos y características: 1) el vaciado principal se hizo en un instrumento base que cruza: centro de investigación, año, autor, título, grado y liga de búsqueda digital; 2) se elaboró una matriz por institución; 3) para el vaciado integrado de hallazgos se elaboró una "matriz integrada de hallazgos"[4] que organiza y caracteriza: números de tesis por periodos y por institución, los totales y se clasifican las tesis por grado. Se incluye además una columna que registra cuando el tema está vinculado al ámbito del refugio en México, para ponderar la alta incidencia del tema.

Para la elaboración de la presente narrativa se estructuraron los contenidos a partir de una introducción como encuadre teórico-metodológico y los supuestos que guiaron la búsqueda; el cuerpo central del trabajo con los hallazgos, organizados y agrupados de acuerdo a la sistematización en cinco ámbitos: general, geopolítico, histórico, académico e institucional; la problematización donde se discuten los temas a partir de los supuestos iniciales, con énfasis en los periodos históricos, los actores que escribieron, las agendas institucionales y las disciplinas preponderantes; para finalizar en una serie de conclusiones, desafíos y recomendaciones, que sean de utilidad para trabajos futuros

[4] Se anexa al final del texto.

y para repensar las agendas de la academia de investigación en México desde una nueva perspectiva regional actualizada al contexto.

Supuestos previos

La función que tiene elaborar estos supuestos responde a la necesidad de identificar nudos problemáticos en torno al tema y, al menos, identificamos tres. El primero se refiere a la posición geopolítica de contigüidad; el segundo al ámbito disciplinar; y tercero respecto a los intereses de personas e instituciones en el tema. Entre una de las creencias que sobresale en estudiosos de relaciones entre países desde cualquier disciplina, es común encontrarse que debe existir mucho interés en conocer y familiarizarse con los sucesos del otro país. Ya sea por contigüidad, por afinidad política, económica, cultural o cualquier cuestión que sea factor de interrelación entre los países. Es natural pensar que debido a la contigüidad en el caso de Guatemala con México y la cercanía geopolítica con El Salvador y Nicaragua existiese un interés para el abordaje desde la academia de investigación. Al final, es una zona geopolítica "natural" del país, con la cual han existido vínculos sociales y económicos durante mucho tiempo.

Desde este pensamiento consideramos como un primer supuesto que encontraríamos una amplia gama de estudios sobre Centroamérica y Guatemala en particular en la academia de investigación mexicana. Ciertamente, el hecho de que estamos abarcando centros e instituciones de la capital del país no reflejen el interés que pueda haber desde los centros del sur y sureste, sin embargo, dado que se concentran los estudiosos y campos de investigación precisamente en la capital, la expectativa consistía en que habría numerosos trabajos relativos a la región.

El segundo supuesto, y relacionado con el anterior: se piensa desde el ámbito en que podrían ubicarse dichos trabajos, considerando que tendrían preponderancia los de Relaciones Internacionales y la amplia gama de temas diplomáticos y económicos que devenían de las relaciones que se dan entre los países de la región centroamericana y México. Sin embargo, hemos manejado un supuesto que en particular que tiene que ver con los conflictos armados internos en los tres países, considerando que dada la relevancia por el contexto global político, por la magnitud de la represión y, en particular, las atrocidades y genocidio en Guatemala, y los numerosos casos de exilio y refugio que México debió enfrentar, que el tema motivaría numerosos estudios del orden sociopolítico y socioantropológico, tratando de aportar al conocimiento y el debate del tema.

Y en tercer lugar el supuesto de que las instituciones académicas estarían abriendo programas especiales, o académicos nacionales o extranjeros que estudiaban en México se dedicarían a estudiar la región como parte de una agenda nacional de investigación,

motivando la creación tanto de una planta curricular con materias sobre el tema, como investigaciones; considerando que deberían ser temas prioritarios desde el punto de vista político y humano.

Estos supuestos que teníamos al principio sirvieron para la problematización final de los hallazgos, elaborando, si no respuestas, más preguntas que motiven, ahora sí, una posición más sólida con respecto a la región centroamericana en la academia de investigación y docencia en México.

Trayectorias de Centroamérica como objeto de estudio en México

Panorama general

Las principales ponderaciones encontradas reflejan un interesante panorama que da lugar a futuras líneas de investigación que permitan verificar, ampliar, dar certeza a estos hallazgos exploratorios. Para hacer una comprensión más clara y concreta de lo encontrado, agrupamos y estructuramos cuatro dimensiones del análisis, de acuerdo a la frecuencia, énfasis, singularidad y relevancia.

La primera fue la cantidad de tesis encontradas y cómo estaban distribuidas por instituciones, para visibilizar si existía algún dato de interés que reflejara impacto o interés del tema por centro de estudios. La segunda desarrolla la dimensión temporal, con la cantidad de tesis por periodo, distribuido por décadas desde 1950 al año 2014, con el propósito de descubrir la relación con algún evento en este lapso de tiempo, tanto en México como en Centroamérica. La tercera dimensión está referida al ámbito temático y disciplinar, identificando cinco: tres países con procesos revolucionarios y conflictos armados internos en el periodo: El Salvador, Guatemala y Nicaragua; Centroamérica como región; y el caso de refugiados guatemaltecos en México, que representó un tema muy convocado en el periodo; con el propósito de diferenciar y ponderar las disciplinas y los intereses respecto a objetos de estudio concretos. La cuarta dimensión comprende la distribución de tesis por grado estudiado: licenciatura, maestría o doctorado, con el objetivo de verificar el interés del tema, ya que cada nivel responde a inquietudes diferentes, personales e institucionales.

Tesis por institución

En esta dimensión es importante aclarar que tanto para la UdeG como para la BUAP no estamos seguros del resultado, ya que nos basamos únicamente en las plataformas

virtuales disponibles, pero en opinión de algunos conocedores, es posible que no estén todas las que existen. Con las demás instituciones sí verificamos que tienen completo y al día las tesis. En el caso de UNAM encontramos algunas en la plataforma virtual del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

En el cuadro 1 se muestran las cifras de tesis por institución, que en conjunto son 275. Podemos apreciar que salvo el caso de la UdeG y BUAP, la tendencia en los cinco centros que se ubican en la capital del país concentran el mayor número de tesis y la distribución tiene coherencia con el número de estudiantes.

INSTITUCIÓN	TESIS
BUAP	3
Colmex	18
Flacso	5
I. Mora	10
UdeG	2
UAM	16
UNAM	221
Total	275

Cuadro 1. Tesis por instituciones

Tesis por periodos cronológicos

El resultado obtenido por periodos es de rápida lectura, comprende el periodo de auge, entre 1980 y 2010, y el descenso ya para 2011. Esto puede estar en relación con los momentos álgidos de los procesos sociales y revolucionarios de los países seleccionados, que generaron una fuerte dinámica geopolítica regional, en la cual México tiene papel protagónico para remontar los conflictos; y la presencia de refugiados masivos en México. Los periodos de conflicto están convencionalmente aceptados entre estas fechas: El Salvador, de 1980 a 1992; Guatemala, de 1960 a 1996; y Nicaragua, de 1970 a 1990.

PERIODO	TESIS
1950 – 1960	3
1961 – 1970	3
1971 – 1980	4
1981 – 1990	82
1991 – 2000	82
2001 – 2010	75
2011 – 2014	26
Total	275

Cuadro 2. Tesis por periodos cronológicos

Tesis por ámbitos temáticos

La cantidad de tesis por países estudiados son similares: 65 Guatemala, 62 Nicaragua, 59 El Salvador, muy cercanos a las 51 de Centroamérica. Rápidamente podemos apreciar que la contigüidad y lo largo del proceso social y conflicto entre países no queda reflejado, Guatemala tendría una ponderación mayor por estas causas. Destaca asimismo el tema de refugiados, siendo parte muy clara de la agenda de investigación en el periodo. Esto es comprensible dado el fuerte impacto diplomático, económico, político, cultural y social que se dio con la presencia y atención de la masiva presencia de refugiados guatemaltecos en México, situación que aún tiene repercusiones en el país.

PAÍS	TESIS
El Salvador	59
Guatemala	65
Nicaragua	62
Centroamérica	51
Refugiados	38
Total	275

Cuadro 3. Tesis por temas

Tesis por grados académicos

En este caso también es pertinente la aclaración respecto a las dimensiones de las universidades, siendo la UNAM la más grande y con más número de tesis. Las diferencias de una tesis de licenciatura, de maestría y doctorado generalmente reflejan lo encontrado, de mayor a menor, ya que en maestría y sobre todo en doctorado hay muchas menos tesis en general y los temas ya están sujetos a intereses específicos de las personas que estudian, mientras que en licenciatura hay más influencia de las cátedras, de los profesores o de los programas de las agendas institucionales.

	Licenciatura	Maestría	Doctorado	Total
BUAP	1	2		3
Colmex	13	3	2	18
Flacso		3	2	5
I. Mora		10		10
UdeG	1	1		2
UAM	15		1	16
UNAM	163	34	24	221
Total	**193**	**53**	**29**	**275**

Cuadro 4. Tesis por grado

Centroamérica en la academia mexicana: aproximaciones generales

La sistematización de los hallazgos encontrados en la exploración, colocada en el apartado anterior, expone en forma sucinta las principales tendencias y ponderaciones que se pueden apreciar de los estudios sobre Centroamérica en el ámbito sociopolítico de la historia reciente en las instituciones mexicanas seleccionadas, que están concentradas en la capital del país y abarcan dos grandes centros la UNAM y la UAM. A partir de dicha sistematización desarrollamos algunas líneas analíticas que recorren las interrelaciones geopolíticas, temáticas, individuales, institucionales, históricas y académicas.

Con la pertinente aclaración de que estos resultados son apenas un esbozo, producto del ejercicio exploratorio, consideramos que contribuyen a tener un panorama general sobre el tema, ya que permiten conocer los principales o más llamativos rasgos de las preocupaciones, intereses e inquietudes en México sobre Centroamérica como región, y de El Salvador, Guatemala y Nicaragua como objetos de estudio de mediados

del siglo pasado a la fecha. Para este análisis desde un panorama general, partimos de los supuestos previos, abordando los tres nudos problemáticos identificados: geopolítica de contigüidad, ámbito disciplinar, y agendas de interés individual o institucional.

Geopolítica de contigüidad

El supuesto respecto a que la contigüidad de México con Centroamérica significaría un especial interés entre países no parece que se cumpla. La lectura de lo que encontramos refiere más bien dos cosas. La primera es que la agenda mexicana en general mira más hacia el norte que hacia el sur. La relevancia hacia Guatemala en particular y Centroamérica en general no se refleja en la investigación como objetos de estudio. Esto es comprensible si partimos de que el norte interesa mucho más debido a la dependencia económica; de que México es zona de influencia política natural de Estados Unidos; el histórico y masivo desplazamiento migratorio como zona de atracción; la alta frecuencia de mexicanos que estudian posgrado en el país del norte con distintas oportunidades para becas y movilidad; el interés de cuerpos de investigación de ese país de lo que sucede en México. Y todo lo anterior no aplica para el sur.

Podríamos argumentar también que la larga historia autoritaria, de conflictos armados internos complejos y largos como el de Guatemala, son difíciles de aprehender; es decir, puede haber desconocimiento e incomprensión, que son factores que inciden directamente en la selección de un proyecto de tesis, en casi cualquier nivel.

Ámbito disciplinar y temático

El segundo supuesto, respecto a que encontraríamos presencia relevante en torno a temas que abordasen lo sociopolítico profusamente, por la gravedad del autoritarismo, represión y crisis sucesivas de largo plazo en cuanto al estado de derecho en estos países de Centroamérica, tampoco resultó muy numeroso, aunque sí presente.

Entre los temas abordados en las tesis están los movimientos sociales, desde distintos ángulos disciplinares: sociología, sociología histórica, historia, ciencias políticas y relaciones internacionales. Predominan los conflictos, los actores involucrados, la transición a la democracia, los efectos de las guerras, el postconflicto, refugio y asilo. También se pudo observar que en general no incrementa mucho el número en otras disciplinas, solo destacan temas de salud en la UdeG, comercio internacional y algo de biología. El sesgo disciplinario-temático es clarísimo: el refugio guatemalteco en México. Las cantidades de las tesis son interesantes, con similares cantidades en los

países y la región: Centroamérica: 51; El Salvador: 59; Guatemala: 65; Nicaragua: 62; Refugiados: 38.

Es natural este interés ya que el tema implicaba definir y actuar desde la política interior y exterior de México con extrema precaución. La diplomacia mexicana se distinguía por su calidad, cantidad y caracter progresista al brindar protección a personas y grupos perseguidos políticamente. Sin embargo, los desplazamientos masivos, físicos, por tierra, de comunidades enteras, que además venían huyendo de la violenta política contrainsurgente en la época y en la región, debían ser muy bien abordados. Las repercusiones de estos eventos, aún son procesos abiertos, como indica Verónica Ruiz en referencia al problema de la naturalización:

> Según Comar se entregaron 10 000 cartas de naturalización. Sin embargo, miles quedaron sin documentos migratorios. Ingresaron 46 000 refugiados, y 1 224 fallecieron. Si se repatriaron 7 200, quedaron unos 37 500; si retornó la mitad, ¿cuántos no finalizaron el proceso? Miles permanecen en México sin huella documental. En 2005 Comar retiró sus oficinas de Comitán, sin evaluación ni seguimiento de los refugiados que no concluyeron su naturalización.[5]

Esto fue motivo poderoso para tratar de entender y aportar en el tema; significaba la oportunidad para concretar objetos de estudio, de interés, pertinencia, compromiso con causas progresistas, y sobre todo, que abarcaba casi cualquier disciplina: económica, diplomática, social, cultural, política y de salud. Las tesis tuvieron una amplia gama temática. También hemos encontrado algo interesante aparte de este sesgo marcado en torno al refugio, y se refiere a la posición ideológica y política de la mayoría de trabajos, que tienen un punto de llegada en común: denunciar el carácter autoritario y militarizado de los regímenes de estos países, las violaciones masivas a derechos humanos y la crisis del estado de derecho y principios democráticos; cuestionar la política injerencista de los Estados Unidos; es decir, desde una posición que reivindicaba el cambio social, democrático, revolucionario. El significado de esto puede deberse a que en los centros de investigación estudiados predominaban estas posiciones, así como al hecho de que exiliados políticos, intelectuales afines, estudiaban o trabajaban en los mismos.

[5] Verónica Ruiz L., "El eterno retorno de los refugiados guatemaltecos", Ojarasca: Suplemento mensual del periódico *La Jornada*, México, núm. 187, noviembre 2012, p. 2.

Agendas de interés individual e institucional

El tercer supuesto respecto a que las instituciones académicas estarían abriendo programas especiales o hubiese personas dedicándose específicamente a estudiar la región como parte de una agenda importante de investigación nacional, motivando a la creación de un mapa curricular y una planta docente con cátedras sobre el tema no se ve con claridad.

El hallazgo a este respecto más parece ser que la existencia de estudios respondió a docentes y estudiantes interesados, muy en lo particular, en levantar el tema. También sugieren los hallazgos que al existir poca continuidad de interés en el tiempo, las personas interesadas respondían a vínculos directos o indirectos con los procesos sociales centroamericanos; que los intereses fueron modificándose en las personas y migraron de tema; y que las instituciones académicas mostraron una limitada visión regional de la importancia que podía tener para México el tema de Centroamérica.

Muy interesante y evidente es el hecho de que los periodos de estudio responden al auge de los conflictos de los tres países de Centroamérica, que incluyen múltiples eventos simultáneos: acciones militares, represión y violaciones masivas a derechos humanos, refugiados, negociaciones y acuerdos para fin de conflictos, dinámicas de gran impacto regionales con México fuertemente colocado a través de Esquipulas II, Contadora y el cobijo y acompañamiento directo de México a El Salvador y Guatemala en estos procesos, y los mecanismos de cese al fuego y post-conflicto. Se marca el periodo de 1981 a 2010 con el principal porcentaje de tesis entre 1950 y el 2014.

Respecto a los centros de investigación, encontramos que la UNAM por su preponderancia en matrícula destacó con mayor número de tesis: 221 de las 275; y los estudios se concentraban en facultades o programas de investigación de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales. En cuanto al número de tesis por grado, responde también a cómo está estructurado el sistema educativo de educación superior, donde son más numerosas en licenciatura, se reducen en maestría y son muy selectivas en doctorado. Las más numerosas corresponden a licenciaturas con 193, maestrías con 53, doctorados con 29. Se puede observar que no hay continuidad entre los estudiantes y temas, solo en contados casos. Es posible también encontrar periodos de varias tesis en un mismo grado en un mismo periodo, sugiere interés institucional o de actores académicos. El recurso de enfocarse a las tesis de licenciatura, maestría y doctorado permiten acotar el tipo de interés personal y/o institucional que surge en el ámbito de la academia de investigación en términos generales, pues en estos trabajos precisamente se proyecta un ámbito de la realidad que se desea conocer por alguna razón concreta.

La perspectiva mexicana en la "geopolítica" de la investigación académica: desafíos y recomendaciones

Desafíos

Los resultados preliminares de lo que a futuro puede llegar a ser un campo de investigación necesario para México: la práctica investigativa nacional en el marco de las agendas geopolíticas de país, apuntan claramente a que la contigüidad geográfica con Centroamérica no ha sido motivo para provocar un interés sostenido y profundo. Las razones apenas quedaron apuntadas y nos quedan numerosos nudos problematizadores en ese camino.

Desde esta reflexión podríamos enumerar tres desafíos desde el momento y contexto actual en el país y la región: cómo integrar a la agenda de investigación nacional una mirada compleja de la geopolítica de país en distintas direcciones; cómo fortalecer a lo largo del proceso cognitivo en todos los ciclos de educación obligatoria una conciencia de pertenencia societal en distintas dimensiones geopolíticas, de tal forma que en la elección de proyectos de investigación ya no solo dependa de lo que se aprende en la educación superior o la coyuntura del momento, sino como parte ya de un conocimiento aprehendido; y finalmente, cómo articular las distintas academias regionales para que se fortalezcan mutuamente, a partir de la idea de articular necesidades de conocimiento compartidos y complementarios.

El primero tiene que ver con la situación de país y su contexto inmediato. El hecho de que la agenda de la academia de investigación tenga una visión limitada hacia el sur le dificulta desarrollar una visión integral de su espacio geopolítico de influencia natural. Las relaciones sociales, culturales, económicas y políticas que son potencialmente generadoras de oportunidades para la gestión espacial de un territorio requieren información y tratamiento rigurosos para acertar en buenas acciones y decisiones. Tanto desde la perspectiva institucional con políticas públicas, como desde los sujetos que conforman la población. El desafío está en identificar esas oportunidades y darle un papel a la academia incentivando y promoviendo los estudios geopolíticos para una integración regional dinámica y que responda a las necesidades concretas de las personas y del Estado en su conjunto.

Destacamos que se ha sostenido y movilizado la agenda de intereses hacia temas como la migración, el crimen organizado transnacional y el fenómeno de maras y pandillas, más recientemente, pero que, al ser tematizados de manera aislada, pierden de vista aspectos de fondo como son los desafíos a la construcción de Estados de Derechos sólidos, fundados en principios democráticos y de derechos humanos. Es decir, que es necesario ver los fenómenos estructurales y de fondo, no solo parcial o coyuntu-

ralmente, estudiando por ejemplo la historia reciente de los países en relación a la impunidad actual, la emergencia de actores nuevos y las posibilidades de articulación de actores que constituyan un espacio más fortalecido e integrado en diversos planos y dimensiones. De alguna forma, resolver cómo ir colocando cada vez con más fuerza en las agendas de investigación, como objetos de estudio, el tema de los flujos, reflujos, influencias e impactos de los procesos sociopolíticos desde el espacio regional que se conforma hacia la frontera sur de México.

Un segundo desafío se ubica desde el espacio institucional educativo, como el lugar desde donde se media y reproduce el conjunto de elementos que constituyen los imaginarios colectivos, las cosmovisiones del mundo y los paradigmas de la representación social. Este es un trasfondo que ya existe en los jóvenes cuando deciden sus temas de investigación en un proyecto de tesis y tiene una impronta relevante. Es decir que no podemos aislar los objetos de estudio para graduarse en la educación superior, de toda una trayectoria cognitiva dirigida desde los paradigmas institucionales. La tarea entonces no es sencilla; para que un joven adulto identifique un tema de interés para investigar, es necesario que se sienta parte de una comunidad concreta, desde la cual va tejiendo sus relaciones sociales. El espectro de intereses para un estudiante estará muy marcado por la formación lograda a lo largo de su trayectoria educativa. En este sentido el desafío se formularia en cómo presentarle una realidad de país integrado regionalmente, siendo parte de distintas comunidades de pensamiento, saberes y prácticas; y cómo puede aportar en cualquier ámbito disciplinario desde una visión más compleja, integral y geopolítica en la que ya está inmerso, solo es necesario tomar la conciencia de ello.

El tercer desafío se refiere a la creciente necesidad de estar articulados como sujetos y comunidades ante los grandes problemas que se enfrentan en este siglo veintiuno y que no pueden darse en forma aislada. Es cada vez más evidente que se requiere una acción sostenida y claramente orientada a responder como región a los enormes desafíos que se presentan hacia este siglo XXI en diversos planos, en el cual la dimensión de las luchas por el fortalecimiento democrático, una agenda medioambiental holística, la defensa de los recursos naturales, y todos aquellos procesos que buscan la equidad de oportunidades para una vida digna de todas las personas.

Recomendaciones

Para finalizar esbozamos algunas ideas que consideramos pueden aportar para que en la agenda de investigación nacional exista más visibilidad de Centroamérica:

1. De enorme importancia resultó el hecho de que durante la exploración los expertos en el tema mencionaban numerosas tesis vinculadas a los países de la región, pero dada la acotación del objeto de estudio, no se encontraba reflejado que el tema se ubicara en alguno de los tres países seleccionados. Por ejemplo, estudios de personajes, de instituciones, de movimientos, pero que no recogían los nombres específicos. Un ejemplo de ello, es la tesis de maestría del Programa de Estudios Latinoamericanos de la UNAM, de Ángel Adalberto Juárez Rodríguez, experto en El Salvador, que lleva por título: "La Filosofía de la historia de Ignacio Ellacuría". Esto nos motiva a recomendar que cuando se trabajen objetos de estudio de Centroamérica se hagan visibles en el título de la tesis. Esto permitirá que se hagan visibles los trabajos en estos países para estudiosos o consultores del tema. En términos generales recomendamos una discusión sobre la acotación del objeto de estudio en los títulos de las tesis, que es un tema de fondo, ya que tiene la oportunidad de mostrar aquellos focos de atención que nos interesan, y en este sentido creemos que los títulos permitirán visibilizar a Centroamérica y sus países si son nombrados.
2. Revisión de mapas curriculares en los distintos ciclos educativos donde se dé cuenta de un sujeto cognoscente desde su realidad geopolítica integral y particularmente la presencia e importancia de Centroamérica. No solo para la educación superior. Para éste último nivel consideramos de enorme importancia colocar como cátedras obligatorias los temas de Centroamérica y la historia reciente. Esta recomendación se haría con énfasis en las carreras de Historia, Ciencias Sociales, Sociología, Ciencias Políticas, Antropología, Humanidades y Relaciones Internacionales.
3. Creación y o fortalecimiento de un área de investigación especifica que se especialice las relaciones México-Centroamérica, en sus diversas dimensiones.
4. Promover estudios regionales México-Centroamérica en todas las disciplinas.
5. Incentivar redes de intercambio académico en todos los niveles, fortalecer y ampliar los marcos de participación, con difusión en todos los países.
6. Propiciar intercambio de estudiantes para estancias de investigación sobre temas de interés común.

Reflexión final

Las presencias y ausencias de los temas de Centroamérica en las agendas de investigación en México reflejan esas miradas nacionales que no siempre tenemos presentes, y que de vez en cuando es importante recuperar, visibilizar, problematizar y nombrar,

con el fin de tomar conciencia una y otra vez de nuestra naturaleza colectiva constitutiva como pueblos que están entrelazados histórica e identitariamente, para superar de todas las formas posibles esos olvidos poco inocentes que nos disgregan, y contribuir desde la academia a lograr más articulación y conciencia de comunidades tejidas a lo largo del tiempo y a las cuales pertenecemos.

Bibliografía

Caraveo T., Raúl, "El interés nacional mexicano en Centro América y el Grupo Contadora. Notas sobre la *Realpolitik* y las relaciones México-Centroamericanas 1970-1984", México, tesis de licenciatura en Ciencias Políticas, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1984.

Malo, Salvador. La Educación Superior en Cifras 2013-2014. Secretaría de Educación Pública, México, diciembre 2014. Disponible en <http://www.google.com.mx/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=4&ved=0CDgQFjAD&url=http%3A%2F%2Fdsa.sep.gob.mx%2Fpdfs%2FESDEPED%2520FORO%2Fsegundo%2520foro%2F00%2520SMalo_CarreraDocente_Dic2014.pdf&ei=yxo5VdvHC4mNsAWu2oGwDw&usg=AFQjCNH46mrq-y0M4iapFL3KP_ghCQFEZw&bvm=bv.91427555,d.b2w> [consultado abril 23 del 2015]

Ruiz L., Verónica. "El eterno retorno de los refugiados guatemaltecos", Ojarasca: Suplemento mensual del periódico *La Jornada*, México, núm. 187, noviembre 2012.

Repositorios virtuales

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (buap).

Casa Amarilla. Biblioteca "Dr. Ernesto de la Torre Villar" Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades. "Alfonso Vélez Pliego" <http://biblio-icsyh.blogspot.com/>.

El Colegio de México (Colmex).

Tesis Colmex

<http://200.52.255.191/F/9993FCEQBUI5AD6LV37IHPG2LYP21S94DXMP8IUHHB5CX4XKBE-22196?func=find-b-0>.

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt).

Red Mexicana de Repositorios Institucionales (Remeri)

<http://www.remeri.org.mx/portal/REMERI.jsp?busca=los+refugiados+guatemaltecos+en+mexico%2C+rosa+isela>.

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - México (Flacso).
Tesis Flacso
<http://conocimientoabierto.flacso.edu.mx/>.

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
Biblioteca Ernesto de la Torre Villar
<http://bibliomora.institutomora.edu.mx/F/2JUVI92SMSX26CJFQPJ8RGJHXJ877P3IPQRGQR7MUKSMB8F13T-03735?func=find-b-0>.

Universidad Autónoma Metropolitana (UAM).
Tesis UAM Iztapalapa
<http://tesiuami.izt.uam.mx/uam/aspuam/presentatesis.php?recno=14646&docs=UAMI14646.pdf >.

Tesis UAM Xochimilco. Colección tesis
<http://148.206.107.11/F/EKGHS5U2JRRU7BARLDCPI2PMD2ND5LVK1XPLAHELH99S8DSPR2-16408?func=find-b-0&local_base=TESIS>.

Tesis UAM Azcapotzalco. Proyectos terminales
<http://cosei.azc.uam.mx/index.php/catalogo-publico/proyectos-terminales>.

Tesis UAM Cuajimalpa
<http://morfeo.cua.uam.mx/F/3IX3HCVJ5CFHTR9QH65N4U9RJBTF9R33C4FDJ3RRM2R4HSJ2G8-00047?func=find-b-0>.

Universidad de Guadalajara (UdeG)
<http://148.202.105.23:8991/F/?func=find-b-0>.

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)
<http://www.metricas.unam.mx/TESIUNAM/index.php>.

Anexo 1

Centroamérica – C	El Salvador – S	Guatemala – G	Nicaragua – N	Refugiados – R

Licenciatura – L	Maestría – M	Doctorado – D

CENTRO			CANTIDAD-PERIODOS							TOTAL-PAÍS				
				1961-1970 1950-1960	1971-1980	1981-1990	1991-2000	2001-2010	2011 – 2014	C	S	G	N	R
BUAP 3	Benemérita Universidad Autónoma de Puebla	C												
		S												
		G							2-M					
		N												
		R					1-L							
	Sub-totales por grado y periodo						1-L		2-M					
	TOTALES POR PERIODO						1-L		2-M			2		1
Colmex 18	El Colegio de México	C			1-L	2-L		1-L						
		S					1-L	1-L/1-M/1-D	1-L					
		G				1-L	1-L	1-L/1-D						
		N				1-L	1-L		1-M					
		R					1-L		1-M					
	SUB-TOTALES POR GRADO Y PERIODO				1-L	4-L	4-L	3-L/1-M/2-D	1-L/2-M					
	TOTALES POR PERIODO				1	4	4	6	3	4	5	4	3	2

(continuación)

CENTRO			CANTIDAD-PERIODOS							TOTAL-PAÍS				
				1961-1970 1950-1960	1971-1980	1981-1990	1991-2000	2001-2010	2011 – 2014	C	S	G	N	R
Flacso 5	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales	C						1-D						
		S						1-M						
		G						2-M						
		N												
		R						1-D						
	SUB-TOTALES POR GRADO Y PERIODO							3-M/2-D						
	TOTALES POR PERIODO							5		1	1	2		1
I. Mora 10	Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora	C						2-M						
		S							1-M					
		G						4-M	2-M					
		N							1-M					
		R												
	SUB-TOTALES POR GRADO Y PERIODO							6-M	4-M					
	TOTALES POR PERIODO							6	4	2	1	6	1	
UdeG 2	Universidad de Guadalajara	C												
		S												
		G					1-L							
		N												
		R						1-M						
	SUB-TOTALES POR GRADO Y PERIODO						1-L	1-M						
	TOTALES POR PERIODO						1	1				1		1

(continuación)

CENTRO			CANTIDAD-PERIODOS																TOTAL-PAÍS				
				1961-1970 1950-1960	1971-1980	1981-1990			1991-2000			2001-2010			2011 – 2014			C	S	G	N	R
UAM 16	Universidad Autónoma Metropolitana	C				3-L			2-L													
		S				2-L			1-L			1-D										
		G							1-L			1-L										
		N				1-L																
		R				2-L			1-L			1-L										
	SUB-TOTALES POR GRADO Y PERIODO					8-L			5-L			2-L/1-D										
	TOTALES POR PERIODO					8			5			3						5	4	2	1	4
UNAM 221	Universidad Nacional Autónoma de México	C	1-L			16-L		3-D	6-L	3-M	2-D	5-L	1-M		1 –L	1-M						
		S		1-L		10-L	1-M	1-D	11-L	2-M		9-L	3-M	1-D	5 –L	2-M	2-D					
		G	1-L/ 1-M	1-D	1-L/ 1-M	6-L	3-M		10-L	2-M	4-D	12-L	1-M	2-D	2-L	1-M						
		N		1-L	1-L	23-L	3-M	1-D	12-L	3-M	1-D	2-L	2-M	6-D		2-M						
		R				3-L			14	1		9	1		1							
	SUB-TOTALES POR GRADO Y PERIODO		2 –L/ 1-M	2-L/ 1-D	2-L/ 1-M	58-L/7-M/5-D			53-L/11-M/7-D			37-L/8-M/9-D			9-L/6-M/2-D							
	TOTALES POR PERIODO		3	3	3	70			71			54			17			39	48	48	57	29
275	TOTAL GLOBAL		3	3	4	82			82			75			26			51	59	65	62	38
			2-L/ 1-M	2-L/ 1-D	3-L/ 1-M	70-L/7-M/5-D			64-L/11-M/7-D			42-L/19-M/14-D			10-L/14-M/2-D							
			1950-1960	1961-1970	1971-1980	1981-1990			1991-2000			2001-2010			2011 – 2014							

Anexo 2

Principales instituciones de educación superior por tamaño de su matrícula total[1]

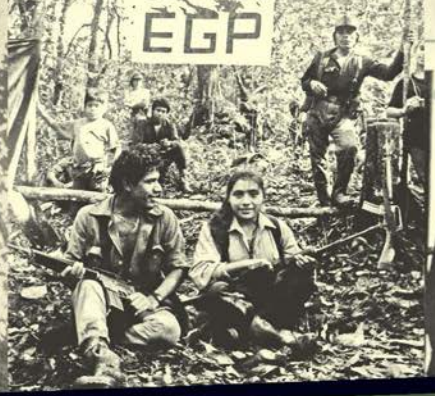
UNAM	222,724	Unitec	48,053	UIA	23,638
IPN	109,927	UADM	46,552	Uachs	22,155
UdeG	109,375	UMSNH	39,911	UAZ	21,827
UANL	92,659	Uatams	36,975	Umexi	21,730
UVM	77,202	Upaver	30,409	Ugto	21,576
UASIN	63,917	Uachih	30,111	Ulas	20,859
UV	62,129	Unison	30,078	Uaqro	20,115
BUAP	61,548	UJAT	29,336	UAEMor	18,931
UPN	61,058	Uagro	27,661	Uanah	18,289
UABC	58,267	UASLP	26,765	Unid	18,029
Itesm	57,454	Uacj	26,405	Ucsea	16,943
UAM	55,967	UAEH	25,778	Uabjo	16,619
UAEM	52,280	UAC	23,638	Udesp	15,982

[1] Salvador Malo. *La Educación Superior en Cifras 2013-2014. Secretaría de Educación Pública*. México, diciembre 2014. Disponible en <http://www.google.com.mx/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=4&ved=0CDgQFjAD&url=http%3A%2F%2Fdsa.sep.gob.mx%2Fpd.

México ante el conflicto centroamericano. Testimonio de una época

coeditado por **Bonilla Artigas Editores S. A. de C. V.**
y el CIALC de la UNAM
se terminó de imprimir en **diciembre de 2016,**
en los talleres de Reproducciones Gráficas del Sur, S.A. de C.V.
Calle Amatl No. 20, Col. Pedregal de Sto. Domingo,
Coyoacán, México 04369, D.F.

En su composición se utilizaron los tipos **Garamond Premier Pro** y **Optima LT.**
Los interiores se imprimieron en papel bond ahuesado de 90 gramos
y la portada en papel couché de 300 gramos.
La edición consta de 500 ejemplares.



Durante la década de los años ochenta, México se vio afectado de distintas maneras por el escalamiento del conflicto centroamericano. En la frontera sur, los combates se acercaron de manera peligrosa a territorio nacional. Por varios años perduró el temor de que estallara una guerra generalizada en el istmo que incluso involucrara contingentes militares de Estados Unidos y Cuba. Miles de salvadoreños y guatemaltecos llegaron a nuestro país en busca de refugio. En este contexto, el gobierno mexicano jugó un papel activo en función de propiciar soluciones políticas a la confrontación, aunque sin declinar su respaldo a las fuerzas progresistas del área, cuya participación en dicho esfuerzo consideraba indispensable para poder alcanzar acuerdos de paz efectivos y duraderos. A la vez, amplios sectores de la sociedad mexicana respaldaron de manera entusiasta los procesos revolucionarios de Nicaragua, El Salvador y Guatemala. En este sentido, México no fue un actor neutral. Su involucramiento en el conflicto centroamericano tuvo alcances que sólo se equiparan al apoyo prestado a la República Española durante la Guerra Civil de 1936-1939. Los textos reunidos en este volumen dan cuenta de ello y abren nuevas rutas para el análisis de aquella coyuntura de nuestra historia reciente.

América Central/
Historia/ Relaciones
exteriores/ México

Bonilla Artigas Editores

UNAM

BONILLA ARTIGAS EDITORES

CIALC
Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe

9 786078 450749

9 786070 287923